

DAD A
CIÓN

YOUNG
PAISES
TOLICHO

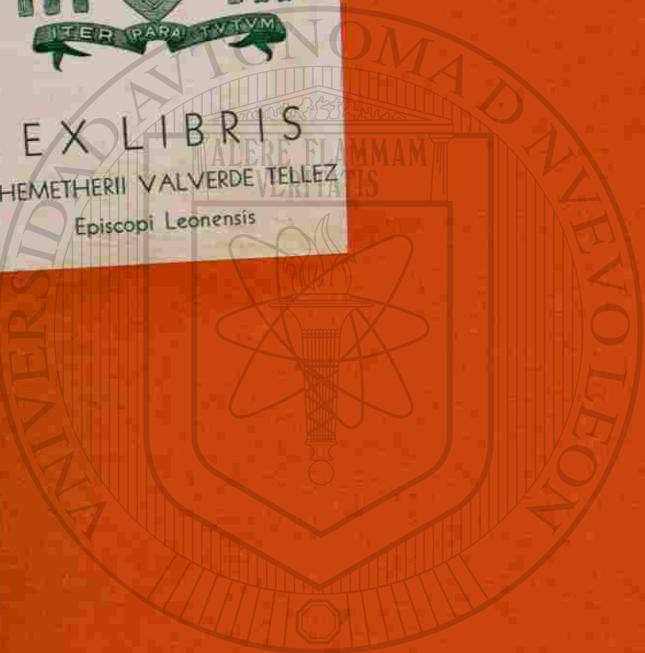
HN37
.C3
Y6
c.1

008264



1080020812

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PAISES
CATÓLICOS Y PROTESTANTES

COMPARADOS

EN CIVILIZACIÓN, BIENESTAR GENERAL, CULTURA
Y MORALIDAD

OBRA ESCRITA EN INGLÉS

POR EL

R. P. ALFREDO YOUNG

de la Congregación de S. Pablo Apóstol

TRADUCIDA Y ARREGLADA PARA LA EDICIÓN ESPAÑOLA

POR UN

PADRE DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

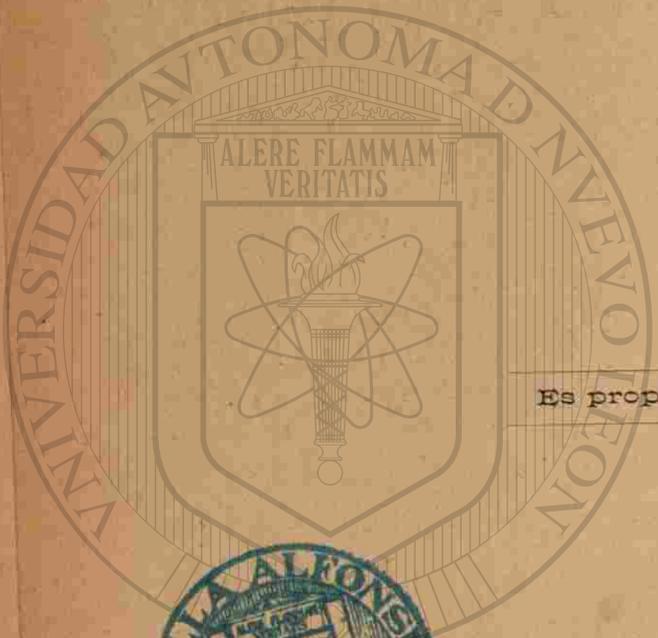
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

MADRID
SAENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES
10, Calle de Campomanes, 10

1903

44923

HN 37
223
46



Es propiedad



LIBRERÍA S. BARRERIO
VALDEDE Y TELLEZ

Establec. tipográfico á cargo de R. Méndez, Calle de Trujillos, 7.—Madrid.

PRÓLOGO

Para un buen número de personas que pasan por ilustradas, tan sólo en los pueblos anglosajones brilla en todo su apogeo el astro de la civilización moderna, derramando sus bienhechoras influencias sobre todas y cada una de las clases de la sociedad. ¡Aquello debe ser un nuevo Jauja; un segundo Paraíso terrenal, aparecido en las orillas del Támesis ó del Rhin, bajo el benéfico influjo del Protestantismo!

En las naciones latinas el paisaje cambia de colorido. ¡Allí, tinieblas, asfixia, parálisis completa!

Y ¿cuál es la causa de que ambas razas sigan tan diferente marcha en la vía del progreso social? ¡Ah! Es que en la vida de los pueblos latinos influye muy poderosamente un agente principal de retroceso y decadencia: ¡El Catolicismo!

Más ó menos desembozadamente, con más ó menos mala fe, así vienen á expresarse en las columnas del periódico y en los entusiasmos del mitin tantos y tantos oradores callejeros y escritores asalariados, que consagran sus energías á la innoble tarea de vilipendiar á su raza, y ultrajar de rechazo la santa religión de sus mayores.

Y ¿cuáles son los argumentos con que se prueba la tan decantada superioridad de la civilización protestante? El argumento Aquiles, el que á todas horas y en todos los tonos se nos repite, es la fabulosa prosperidad material de que gozan Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos.

008264

Pero ¿cómo?, ocurre preguntar. ¿Acaso es eso la civilización? No, responderemos con un célebre orador sagrado: la civilización es más grande que los caminos de hierro, más grande que los telégrafos eléctricos y los cañones rayados, más grande que los buques de vapor y los milagros más ó menos babilónicos de la industria moderna. Todo eso será, cuando más, uno de los factores, tal vez el menos importante, en la suma de elementos que integran el bien complejo, denominado *Civilización*. Para que una nación se llame civilizada, no basta que viaje en alas del vapor ó de la electricidad; ni que maneje á su arbitrio las energías físicas; ni que arranque á la naturaleza fecundos secretos por luengos siglos ocultos á las miradas del hombre: si carece de otras condiciones intelectuales y morales de mayor importancia en la vida humana, esa nación no está civilizada.

Aun ese mismo fantasma de prosperidad material que falsamente se nos vende por genuina civilización, ¿cuánto tiene de ilusorio, si bien se le mira!

Los que para encarecer el bienestar de la Gran Bretaña, minuciosamente nos recuentan los artefactos que elabora su industria, ó los crecidos capitales que expresan su movimiento comercial, demostrarán, cuando mucho, que hay en *Inglaterra grandes riquezas*, pero en manera alguna que el *pueblo inglés* sea rico.

El *pueblo inglés* no lo forman uno, dos ó cien Lores ó hacendados opulentos, sino esos miles y millones de hombres y mujeres que, aunque nacidos en Inglaterra y viviendo á pocos pasos del más fastuoso lujo, pasan los días de su mísera existencia en las excavaciones de una mina ó en los talleres de una fábrica, tan alejados del festín de la civilización moderna como el negro salvaje de la Cafrería.

En la generalidad de los estudios sobre la civilización protestante publicados entre nosotros, ¿qué se nos dice de la vida íntima del pueblo bajo; de sus costumbres, instrucción, moralidad y prácticas religiosas? Nada ó casi nada. ¿Ni qué podría decírsenos, si la mayor parte de sus autores no cono-

cen los pueblos cuya civilización tanto ponderan, sino por las noticias publicadas en algún periódico, ó por los datos recogidos acá y allá en una Guía de viajeros, ó, cuando mucho, por las impresiones recibidas desde la ventanilla de un ferrocarril en una rapidísima excursión de recreo?

Muy diversas eran las condiciones en que se encontraba el autor del libro que hoy publicamos en lengua castellana. Nacido el Rdo. P. Young en los Estados Unidos, donde la mayoría de la población profesa los errores protestantes; criado y educado en las sectas protestantes; y aun después de su conversión á la Iglesia católica, dedicado por instituto á tratar y convertir protestantes, podía como pocos conocer el grado de cultura á que los pueblos han subido merced al impulso prestado por la Reforma del siglo XVI.

Sin remontarse á muchas sutilezas metafísicas ni entretenerse en largos discursos, echa mano de otros argumentos más al alcance de todos y muy del gusto de la época: de las estadísticas. Con la irresistible elocuencia de los números, va demostrando que en moralidad, instrucción, finura de costumbres, y en las demás cualidades que forman un pueblo culto, no ceden los católicos un ápice, si es que no llevan inmensa ventaja, á sus detractores los protestantes.

Cuando callan las estadísticas, hablan testigos abonados, nada sospechosos por cierto. De los testimonios que se citan, y cuenta que forman la principal parte de la obra, todos ellos, á excepción de dos ó tres, están tomados de autores protestantes, muy conocidos algunos precisamente por su odio implacable contra el nombre católico.

En cuanto á nuestra traducción, sólo diremos que, usando de la facultad que el autor generosamente nos concedió para ello, hemos cambiado en varios puntos el texto original. Siendo el intento del P. Young al escribir su obra hacer una defensa del Catolicismo, vilmente calumniado por sociedades protestantes, como la intitulada *Asociación Protectora de las Instituciones Americanas* y otras análogas, forzosamente debía detenerse en cuestiones de interés puramen-

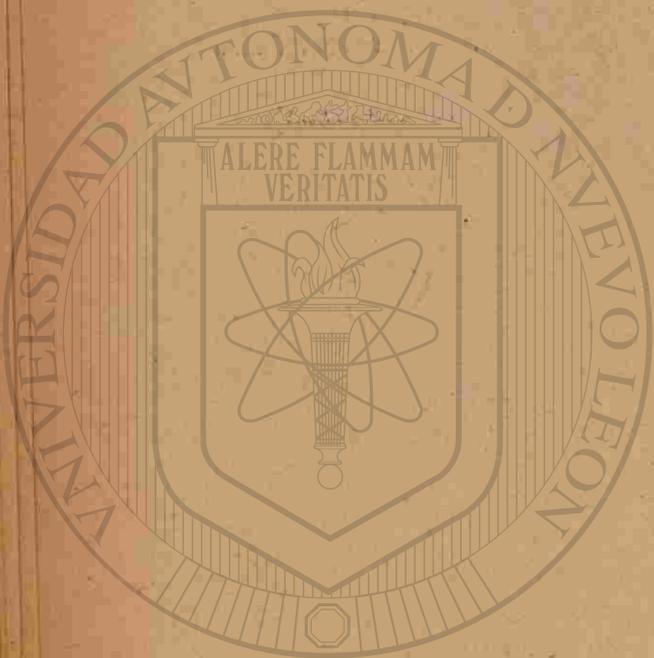
te local, que, si en su patria eran de actualidad, absolutamente carecían de importancia para la mayoría de los extranjeros. Por esta causa suprimimos dos capítulos que tratan de la educación patriótica que se recibe en las escuelas católicas de los Estados Unidos, el intitulado *Notas características del Cristianismo americano*, y algún otro más que á buen seguro sería de escaso interés á la generalidad de nuestros lectores. Alguna que otra vez refundimos en un solo capítulo lo que el autor extiende en varios. Así, v. gr., al capítulo que trata de la instrucción general hemos añadido lo principal que se dice en otros dos muy relacionados con aquella materia, intitulados el uno *Méjico Artístico y Literario*, y el otro *Educación en Roma*. Si á esto se añade la supresión de alguna que otra cita cuando se acumulan con exceso, y la de varias alusiones á personajes y hechos de la historia ó literatura inglesa, se tendrán todas las mudanzas introducidas en el texto. Como se ve, todas ellas se reducen á suprimir algo del original. En cambio de estas supresiones, hemos añadido por vía de notas algunos datos históricos que, sobre confirmar la tesis sostenida en el texto, podrían ser de interés para los lectores españoles.

En todas estas alteraciones, que, dicho sea de paso, ni en lo más mínimo afectan á la substancia del original, nos ha guiado exclusivamente el laudable fin de españolizar la obra y hacerla así más acomodada al gusto español. ¿Habremos salido con nuestro intento? Pregunta es ésta á que deben contestar nuestros benévolos lectores.

Muy lejos estamos de esperar para la traducción castellana el éxito verdaderamente extraordinario que ha alcanzado el original inglés en los Estados Unidos. Porque, en efecto, muy pocos libros, y menos si son del género serio, pueden gloriarse, como el del P. Alfredo Young, de haber tenido diez ediciones y la enorme venta de 200.000 ejemplares en el corto espacio de seis años (1894-1900). Ya que nuestra versión castellana no se vea tan favorecida por las circunstancias del lugar ni por la oportunidad del tiempo,

quiera el cielo que, al menos, no le falte la gracia de Dios, que sirviéndose de estas páginas como de instrumento, haga ver á cuantos las lean, pocos ó muchos, que sólo en la Iglesia católica está la verdadera salvación y civilización del mundo. Con esto habrá logrado el fin que se propuso al traducir este libro, y el cumplimiento de sus más vehementes anhelos,

EL TRADUCTOR.



CAPÍTULO PRIMERO

IDEA DE LA VERDADERA CIVILIZACIÓN

Se dice que una nación está más ó menos civilizada, según que en ella más ó menos se reconozcan, se respeten y aun, si preciso fuese, por medio de la fuerza se garanticen, los inalienables derechos que todo hombre tiene á la vida, á la verdadera libertad, al desarrollo armónico de sus facultades, y, por último, á la asecuración del fin que en esta vida se le ha impuesto, en lo que consiste toda su felicidad. El hombre esencialmente compuesto de materia y espíritu, va desarrollando su vida social con arreglo á ciertas condiciones, en las cuales, ó ambas partes del compuesto humano se perfeccionan armónicamente conforme á la dignidad y nobleza de cada una, y entonces se tendrá el ideal de civilización; ó se da la preeminencia á la materia sobre el espíritu, resultando en consecuencia, ese estado social que hoy han dado en llamar con expresión un tanto paradójica, *civilización material*.

¿Que las energías de un pueblo se consagran al cultivo de las facultades del espíritu y á la satisfacción de sus nobles aspiraciones? Su resultado inmediato será un mayor grado de perfeccionamiento religioso y moral; una marcada aptitud para hacer recto uso de la facultad de razonar y dedicarse á estudios filosóficos y de abstracción; un refinado gusto para las bellas artes, y una notable afición á la agricultura, y análogas ocupaciones propias de un carácter pacífico; en una palabra, ese pueblo en su moralidad, finura y suavidad de costumbres, reflejará vivos destellos de los tres objetos que constituyen la felicidad humana: la belleza; la verdad, el bien.

Por el contrario, ¿se dirigen los esfuerzos al desarrollo y perfeccionamiento de la parte material? En tal caso, el campo de

acción se reduce á lo útil, á lo que próximamente pueda satisfacer las rastreras necesidades corporales y contribuir á sus comodidades y bienestar. Y aunque en nuestros días de extraordinario desarrollo para las ciencias físicas y mecánicas, el progreso material se presente con aparato deslumbrador á los sentidos; ante la razón, sin embargo, no puede pasar como exclusiva, ni aun siquiera como principal medida para apreciar la civilización de un pueblo, lo que no traspasa el limitado horizonte de la materia, ni responde más que á sus innobles exigencias. Se han formado, por lo tanto, un pobrisimo concepto de la sociedad, los que entre los objetos de la actividad humana dan la supremacía á la materia y gradúan la prosperidad de un pueblo por su mayor ó menor adelanto material, prescindiendo por completo de otros bienes más nobles y levantados.

Este nuevo orden de ideas y esta nueva fase de la sociedad moderna se debe en gran parte á los protestantes. Ellos, si se trata de naciones civilizadas no os hablarán más que de Inglaterra, Alemania ó los Estados Unidos; y mientras que os encarecen con ampulosas frases, los ferrocarriles, vapores, líneas telegráficas, colosales fábricas é inmensas riquezas de estos países, con gesto desdenoso y tono despreciador os pondrán á la rezaga de las naciones cultas á Italia, España, Méjico y Sur-América como indignas de figurar en el concierto progresivo de nuestro siglo.

Mas estos flamantes filósofos no reparan que en su trascordada teoría se toma simplemente como fin, lo que en realidad no es en sí mismo más que un medio. Preguntadles ¿cuál es el fin que persiguen? Os contestarán que el progreso. Pero ¿qué es progreso? ó más bien ¿en qué se ha de progresar? En la explotación y beneficio de las maravillosas fuerzas escondidas en la naturaleza. Muy bien; pero eso á qué conduce? Aquí ya no sabrán qué responder, y por decir algo os dirán, aunque de un modo más paliado y menos claro: Sirve para proporcionarnos comodidades, dinero, lujo y la satisfacción de todos los caprichos y apetitos de la parte animal. ¡Este es el bello ideal de la tan decantada civilización! ¡Á esto se dirigen, y en esto se reconcentran, todos los esfuerzos y actividades del hombre! En tanto, para el perfeccionamiento de la parte espiritual, para el único objeto que dignamente puede ocupar nuestras energías, para lo único que nos ennoblece y dignifica, una diligencia cualquiera; un cuidado secundario y accidental; quizá, quizá, el olvido.

Muy otra ha sido la conducta de la Iglesia de Jesucristo en las diversas épocas de su vida eminentemente civilizadora. Lo mismo en los siglos pasados, al encontrarse frente á frente con la brillante y fastuosa civilización romana, dominadora del mundo, como al contener en su devastadora carrera las hordas de Godos, Hunos y Lombardos; ó en nuestros mismos días, al sacar de la barbarie á los pueblos salvajes, ó querer apartar á los que se llaman cultos del espantoso precipicio á que se encaminan; la Iglesia católica no cesa de repetir aquel principio fundamental de civilización que Jesucristo predicó para todas las naciones: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura.»

Así que el verdadero destino de la civilización es servir de guía y de paje de hacha, en frase de nuestros antiguos clásicos, para que el hombre á través del camino de la vida, vaya derecho y sin tropiezos á la consecución del fin que debe obtener en este mundo. Cuanto á esto conduzca debe ser promovido y fomentado; pero considerándolo siempre como medio nada más, en manera alguna parando en ello como en fin. Cuanto con nuestra felicidad está dudosa y secundariamente relacionado, debe usarse con cautela; y condenarse, y á ser posible, evitarse, cuanto con ella esté reñido ó en algún modo le sea perjudicial.

Donde más á las claras se ve el errado concepto que reina acerca de la vida social, y la absoluta carencia de lógica con que los medios se convierten en fin, es en ese culto casi idolátrico que se tributa á la ciencia y á la educación. ¡Noble empresa la de ilustrarse y ensanchar las fronteras del saber humano! Pero la ciencia nunca será más que un medio, aunque tal vez de los más eficaces, para labrar nuestro bienestar; y en calidad de medio, susceptible de ser empleado en bien ó en mal nuestro y de nuestros semejantes. No todas las ciencias son para todos los hombres; y prueba de ello son, los pésimos resultados que en algunas clases de la sociedad ó en razas medio civilizadas, se han seguido de una indigestión de lecturas hechas sin discreción ni criterio. Dígalo si no la aparición de esa nueva clase social, hasta hoy poco menos que desconocida, á la que llamaremos holgazanería ilustrada; masa dispuesta para el crimen y la revolución. Si esos infelices hubieran dedicado á aprender un oficio el tiempo que malgastaron en estudiar lo que no entendieron, serían hoy honrados ciudadanos y un valioso elemento de prosperidad social.

No sé que se pueda explicar de otro modo la aparición de esas hordas de nuevos bárbaros, más ilustrados, pero por lo mismo más terribles que los de Atila, que amenazan arrasar desde sus cimientos, el grandioso edificio de la civilización cristiana con tanto trabajo levantado por los esfuerzos de diecinueve siglos. La Masonería, el Comunismo, Socialismo y Anarquismo y otras sociedades por el estilo, son los frutos que un progreso ilimitado como le llaman, y una educación material y atea pueden producir. La antorcha de la ciencia puesta en manos de hombres furiosos, se ha convertido en tea incendiaria con que intentan reducir a cenizas la sociedad.

Tenemos, pues, que la civilización es el resultado de la cultura intelectual y del desarrollo de las artes e industrias útiles a la vida, siempre que estos dos factores se enderecen a labrar la verdadera felicidad de los pueblos. Y solamente la labrarán, donde los intereses del orden espiritual y moral obtienen la primacía que se les debe y no son sacrificados ni postergados a los del orden material. Cuando suceda lo contrario, puede muy bien una ciudad alumbrada por luz eléctrica y cruzada en todas direcciones por automóviles, distar muy poco, en cuanto a civilización, de los pueblos sumidos en la barbarie.

Puede gloriarse el Protestantismo de haber producido la civilización del siglo XIX; nadie que discurra bien le disputará este derecho: puede prohijar el espíritu de este siglo, que en el odio declarado que profesa al cristianismo en nada desmiente a su madre. El Protestantismo trabajó por emancipar la razón humana de la esclavitud en que el Catolicismo le tenía, y por librar el corazón de las leyes y prescripciones de la moral de Jesucristo. El moderno ateísmo, el frío escepticismo, la duda mordaz, el pesado materialismo aplastando bajo sus ruedas de hierro, las nobles y levantadas expansiones del espíritu, la baja aristocracia del dinero, el refinamiento en el lujo, la desenfrenada licencia en la satisfacción de los más bestiales apetitos, la insubordinación a la autoridad, etc., etc., son otras tantas heridas que hoy desangran el cuerpo social, y que le fueron inferidas por el Protestantismo. Estos son el fruto natural, la consecuencia lógica y necesaria de haber el Protestantismo emancipado el entendimiento y el corazón humanos del magisterio intelectual y moral de la Iglesia católica.

CAPÍTULO II

CIVILIZACIÓN PROTESTANTE EN INGLATERRA

En ningún país como en Inglaterra se ha desarrollado el Protestantismo tan pujante, ni desplegado tan libremente las civilizadoras que, según él dice, tiene la gloriosa misión de esparcir benéficas influencias por el mundo. ¿Cuáles han sido los resultados?

Ciertamente, la civilización *material* de la Inglaterra de hoy como Nación, es admirable. El Sol nunca se pone en su Imperio. Sus dominios se extienden por Europa, Asia, América, África y Oceanía, y por los mares todos. ¿Qué Nación puede competir con ella en comercio, industria y riqueza?

Pero el estado del pueblo, ¿es correspondiente al grado de prosperidad por que la Nación atraviesa? Una evidencia espantosa nos demuestra lo contrario. En ninguna Nación del globo está el pueblo sumido en tanta degradación moral, en tan brutal esclavitud, en tan asquerosa inmoralidad y en tan extrema miseria como en Inglaterra. Y esto por confesión de los mismos ingleses. ¿Cuántos son los civilizados e ilustrados en Inglaterra? Pocos, muy pocos, si se comparan con la gran masa del pueblo, con esos millones y millones de obreros, trabajadores y mineros, que se llaman pueblo inglés y no son más que unos infelices salvajes.

Como prueba de este aserto, además de las que se darán en los capítulos destinados a «La Inmoralidad y al Pauperismo,» citamos al afamado publicista Mr. Lester, que en su obra *The Glory and Shame of England* (La Gloria y Vergüenza de Inglaterra) dice así:

«Se ha dicho, con razón, que hablar de felicidad en Inglaterra es como hablar de libertad en Esparta, donde existían los ilos-

tas... Cuanto las clases altas prosperan en riqueza, poder é influencia, tanto la clase baja es más oprimida. La ganancia de unos pocos *supone* una pérdida para muchísimos más. Si el propietario se enriquece es á costa del bolsillo de sus inquilinos, que, privándose de lo necesario á la vida, soportan arrendamientos exorbitantes é injustos. Si el fabricante hace colosales fortunas, es porque el sudor del obrero no es suficientemente retribuido. Si el Obispo anglicano nada en la abundancia, su lujo es el precio del hambre y desnudez de miles de diocesanos. Si un Lord Lugarteniente de Irlanda hace dimisión de su cargo después de un mes de administración y se retira á un magnífico *château* del Continente con la renta de 5.000 libras anuales, esta suma ha sido estrujada de los hambrientos labradores irlandeses.» (Vol. I, pág. 141.)

Ningún historiador ha puesto en duda el estado social próspero de la Inglaterra anterior á la Reforma, ni se puede negar que esta prosperidad era debida á la fe católica, la cual, además de otros nobles sentimientos, inspiró á los ingleses medioevales el intenso amor de la libertad que los caracteriza. Ningún pueblo ha defendido sus derechos con tanta valentía contra injustas pretensiones de Reyes ó nobles. ¿Quién no recuerda la célebre Carta Magna, arrancada al Rey Juan Sin Tierra, por los Barones capitaneados por un Arzobispo católico? ¿Quién no ha oído hablar de las afamadas Cunas de la libertad, y de los Gremios ó Ligas de comerciantes y artesanos, que, además de implantar un sistema industrial netamente cristiano, basado sobre la justicia y la caridad, fueron incontrastable baluarte de las libertades civiles y fuente de los derechos políticos del pueblo?

Lo que tal vez no sea tan conocido es que en aquellos tiempos de Catolicismo, cuando habia en Inglaterra miles de frailes y monjes, estaba la propiedad tan dividida, que las tierras, en su máxima parte, eran de los mismos que las cultivaban. No habia entonces Pauperismo, ni era necesario dictar leyes de pobres. Provisto suficientemente en lo material de lo necesario á la sustentación y al vestido, aquel pueblo profundamente religioso, encontraba en las creencias y prácticas del Catolicismo todos los bienes espirituales que podía apetecer, y la más envidiable felicidad sobre la tierra. ¡Singular contraste el que forman la Inglaterra católica de entonces y la Inglaterra protestante de unos siglos más tarde! Las patéticas ruinas de iglesias católicas, monasterios é institu-

ciones de caridad ó enseñanza, que en gran número cubren el suelo inglés, son mudos testigos que nos hablan de una felicidad social muerta á manos asesinas por el Protestantismo.

Léase la *Historia de la Reforma*, por Cobbett; aquéllo parece un sueño ó una fábula de robos y asesinatos. Ni aun se encontrará cosa que le iguale en ferocidad y rapiña en las incursiones de las hordas bárbaras, cuando como un torbellino se arrojaron sobre el Sur de la Europa. En el pendón que enarboló el Protestantismo parecen escritas estas palabras: «Hagamos al rico más rico, y al pobre más pobre. Sea el dinero una virtud, y un crimen la pobreza. Si el pueblo nos habla de derechos á la vida y á la prosecución de su felicidad, sea tenido por traidor.»

Y, en efecto, por traidores se tomó á 40.000 católicos, que por el gran crimen de serlo, sufrieron la muerte sólo en el reinado de Enrique VIII.

Preciso es estar ciego, para no ver la desastrosa influencia que por medio del brazo político ejerció la Reforma en las clases obreras de la Gran Bretaña. Oigamos cómo nos las pinta Mr. Lester:

«La ignorancia, el vicio, la deformidad, el malestar y miseria de los obreros ingleses, considerados en conjunto, sobrepujan cuanto se puede creer. Tengo para mí, que la condición del trabajador en la Gran Bretaña, es mucho peor que la de los esclavos de América antes de su emancipación. Son demasiado ignorantes para conocer sus derechos; y por demás débiles para reclamarlos.» (Ibid., pág. 161.)

En todo país civilizado se respetan los sagrados derechos que todo hombre tiene á la vida, á la libertad y á la consecución de su felicidad. Veamos si se cumple así en Inglaterra.

«Nosotros — dice Mr. Lester — hablamos mucho de la libertad de los ingleses, y ellos también hablan de su libertad: pero en Inglaterra no hay libertad para el pueblo. Es verdad que ya no se les vende identificados con la gleba, pero no sé si es preferible no poder trasladarse de un lugar á otro, aun en el caso que la enfermedad ó los años lo reclamen. En tales circunstancias, los pobres se dirigen adonde la vida ó la miseria les sea más llevadera: pero son pronto apresados cual si fueran criminales, y restituidos de nuevo á su distrito. Y como es costumbre en la muerte de los pobres que el funeral corra á cuenta de la Parroquia donde mueren, se han dado casos de ser sacados precipitadamente en un carro de paja pobres agonizantes, á quienes se

ha dejado morir abandonados en medio de un camino.» (Ibid., vol. I, pág. 181.)

Esta es la civilización cristiana que ha traído la Reforma. El autor á quien copiamos, aunque protestante, dirige indignado la siguiente invectiva á los ministros de su culto:

«Nos declaman mucho desde el púlpito sobre la misericordia de Dios, y nos dicen maravillas de su compasión para con el desgraciado. Pero los pobres ya no los creen, ni tienen por ministros de una Religión bajada del cielo, á unos hombres que esquilman al pobre, y que por cobrar una deuda han dado muerte á hijos de viudas, como lo han hecho en Irlanda» (1).

«El mismo Gibbon, á pesar de sus ribetes filosóficos, confiesa que la corrupción del Cristianismo (protestante) le ha hecho escéptico... Si hay alguna forma de tiranía inieua y abominable á la luz de los cielos, es, ciertamente, el despotismo de un Estado que convierte la sublime religión de Jesucristo en un instrumento de avaricia y ambición; de medro político y esquilamiento de pobres viudas y desvalidos huérfanos, que están muriendo de hambre para proveer al lujo y satisfacer los capri-

(1) Alude á la llamada «matanza de Rathcormac», sucedida en Irlanda el 18 de Diciembre de 1834. Habiendo conseguido del Gobernador un piquete de soldados, el Archidiácono Rider, al frente de ellos, se dirigió á la choza donde vivía una viuda llamada Ryan, exigiendo el pago de cinco libras que se le debían, y la pobre mujer no tenía. El pueblo, indignado ante aquel derroche de crueldad, quiso obligar al Pastor á que desistiera en su demanda. Mas él, lejos de ceder, dió orden á los soldados que le acompañaban, primero, de cargar á sablazos, y más tarde, aun de hacer fuego á los que se le oponían. En todo fué obedecido, resultando de la descarga, nueve muertos y otros tantos heridos. Había en aquel pueblo 2.900 católicos y 29 protestantes, de los que pertenecían á la familia del Archidiácono más de la mitad. Producíale anualmente esta Parroquia de 7 á 8.000 duros de renta.

Es por demás trágico ver después á la viuda Ryan buscar entre los cuerpos muertos á su hijo, y encontrarle bañado en sangre con la boca abierta y los ojos fijos en el cielo. Otros dos de los muertos eran también hijos de viuda. Cuando los cadáveres fueron llevados á casa de la desventurada madre, avalanzóse á ellos gritando en lengua irlandesa ó céltica:—¡Todavía no están muertos, puesto que aún sangran!—Una terrible evidencia le convenció pronto de que sus hijos no vivían. La desventurada mujer se volvió loca. ¡Tantas lágrimas por el cobro de cinco libras!

chos de quienes usan el pomposo nombre de ministros de Dios. Ministros de Dios serán; ¡pero como lo son también los rayos, las tempestades, el fuego y la muerte!» (1). (Ibid., pág. 195.)

«En otra obra del mismo Lester, publicada en 1876 con el mismo título de *Glory and Shame of England*, cita el testimonio de Sydney Smith, que dice:

(1) Nos parece oportuno dar aquí una idea del evangélico desinterés del Clero anglicano, cuya avaricia tan duramente se reprende.

Un Obispo protestante de Durham, cuya renta es de 760.000 reales, confirió á un hijo suyo los cargos siguientes: Canciller de Lincoln y Vicario de Nettleham, con la renta de 171.000 reales; Canónigo de Stoch, con el sueldo de 38.000 reales (eso sin los diezmos); Prebendado de Brigewart, con 32.580 reales; Rector de Weathamstead y Párroco de Harpenden, con 125.470 reales; Rector de Shalfout Saint-Gilles, 58.420 reales; Canónigo de Winchester, con 84.683 reales; Capellán del Hospital de San Leonardo, cuyos beneficios eran 1.140.000 reales. Suma total del sueldo entre padre é hijo, 2.408.153 reales. Y si es verdad, como dice Franqueville, que el segundo y tercer hijo habían sido agraciados de igual suerte que el primogénito, la afortunada familia del Obispo de Durham, ella sola reunía más renta que todos los Arzobispos y la mitad de los Obispos de España juntos. Casos parecidos son frecuentes. Y es de saber que, además de sus rentas, cada Prelado dispone de gran número de beneficios: el de Cantorbery, de 277; el de Londres, de 102; el de York, de 78; el de Ely, de 83; etc.

Otro dato curioso: En una nota oficial presentada hace unos cuantos años á la Cámara de los Comunes sobre las riquezas legadas en sus testamentos por algunos Obispos protestantes, se leía:

El Dr. Stopford, Obispo de York.....	650.000 francos.
» Perey, de Dromore.....	1.000.000 »
» Cleever, de Ferus.....	1.250.000 »
» Bernard, de Limerich.....	1.500.000 »
» Knox, de Hillaloe.....	2.500.000 »
» Jowler, Arzobispo de Dublín.....	3.850.000 »
» Foster, Obispo de Clogher.....	6.250.000 »
» Howkins, de Raphoe.....	6.500.000 »
» Bererford, Arzobispo de Armagh..	6.500.000 »
» Agar, Obispo de Cashel.....	10.000.000 »
» Warbuston.....	15.000.000 »
<i>Total</i>	<u>55.000.000 »</u>

«No hay duda que el pueblo bajo de Inglaterra sufre mayor miseria y mayores penalidades que el de ninguna otra nación. Hay miles y miles de seres humanos sin hogar, sin pan; sin un amigo, ni un consuelo, ni esperanza en el mundo; y hay millones sin instrucción, mal sustentados, arrastrados al crimen y á toda clase de vicios, que son el séquito inseparable de la ignorancia y del abandono. Y todo esto en tal grado, que no reconoce igual en la nación menos culta, menos libre, menos rica y poderosa de cuantas hay en Europa.»

Y á continuación añade:

«El gran crimen de Inglaterra consiste en sostener un sistema que oprime, brutaliza y mata de hambre á las masas populares. La política inglesa tiende á empobrecer más á los pobres y enriquecer más á los ricos. El esclavo africano se veía forzado á trabajar improbablemente y sin descanso, si no quería morir de hambre. Pues en esta terrible alternativa se ven, hace ya varios siglos, las clases obreras de Inglaterra. Aquí hay millones de hombres que tanto han oído hablar de Jesucristo como de Confucio ó de Mahoma. Puedo afirmar, sin temor de ser desmentido, que no hay pueblo que, nacido en medio de la cristiandad, sepa menos de Cristianismo; que, viviendo en medio de tanto lujo, carezca aun de lo necesario á la vida, que habite en covachas tan sucias é insalubres, y que goce menos aún de los benéficos rayos del sol.»

Las escenas más patéticas que se leen en las modernas novelas socialistas, aun en las de más exagerado romanticismo, no llegan á retratar nos el estado del populacho inglés. Prueba de ello, lo que el autor á quien venimos citando nos cuenta de Irlanda. Dice así (pág. 151):

«Los propietarios de fincas rústicas arrojan á los inquilinos de sus casas y labranzas, y dedican el campo á la cría de ganado. Es un retroceso á los tiempos prehistóricos y primitivos, en que las bestias, y no los hombres, tenían el usufructo de la tierra.»

Y unas páginas más abajo presenta las estadísticas oficiales de estos despojos de morada ó destierros de domicilio. Sólo en el decenio de 1841 á 1851 han sido destruidas 269.253 casas ó aldeas, y sólo en el año 1849 arrojadas violentamente de su hogar 50.000 familias.

Otra de las cosas que da más luz para conocer el estado de las clases bajas, es el género de viviendas que usan, en sótanos y

subterráneos, tan generalizadas en todas las grandes ciudades. José Kay, comisionado por la Universidad de Cambridge para examinar y dar su informe sobre la condición social de los pobres en diversos países, escribió como resultado de sus observaciones una obra de singular mérito, intitulada *The Social Condition and Education of the English People*. Nada igual puede imaginarse por lo horrible de los cuadros, copiados todos del natural. Conmovida la Sociedad Estadística de Londres ante aquellos descubrimientos, que revelaban incomprensibles escenas de degradación «en el seno mismo de la civilización más floreciente del mundo» (son palabras de la Sociedad Estadística), determinóse tomar cartas en el asunto, y al efecto se nombró un Comité. Este, tras de maduras investigaciones, halló que cuanto había dicho Kay era muy cierto, y que aún había quedado corto. Véase cómo termina la Memoria que los comisionados llamaron «Calendario de horrores:»

«Vuestro Comité os ha presentado una pintura detallada de la miseria, degradación y embrutecimiento de la plebe. Esto es una desgracia enorme y una vergüenza en un país civilizado; y tememos con razón, que ésta será muy en breve la suerte de una gran parte de nuestra sociedad, que pasa su vida en reducidos y mal ventilados cuartos de las ciudades fabriles, ó en las chozas de nuestras aldeas. En una de estas miserables viviendas viven amontonados todas las edades y sexos, padres é hijos, hermanos y hermanas ya adultos, y aun á veces también personas ajenas á la familia, junto con un batallón de chiquillos. A veces viven con enfermos y moribundos, todos ellos tan próximos y tan apretados, que no lo está más un rebaño de ovejas en el redil. Allí es físicamente imposible guardarse la debida decencia y consideraciones de unos á otros; y es necesario que desaparezca toda idea de respeto mutuo y de propiedad.» (*Journal of the Statis. Soc.*, London, vol. VI, pág. 17.)

En la revista que acabamos de citar (vol. XI) aparecieron los datos siguientes, como resultado de una nueva investigación sobre el estado del proletariado:

«De 1.954 familias visitadas, 551, con un total de 2.025 individuos, tenían un solo cuarto para toda la familia; 562, con 2.554 individuos, tenían dos cuartos por familia, uno de ellos destinado á alcoba, donde, por lo tanto, dormían juntas personas de todos los sexos y edades, y el otro, que servía para los

demás usos de la casa. En 705 familias, con 1.950 personas, no se encontró más que una cama; y dos, una para los padres y otra para los hijos, en 728 familias, que constaban de 3.455 individuos.»

Mr. Lester nos dice, que en la ciudad de Liverpool se encontraron 6.294 sótanos habitados por 20.168 personas, y 621 barracas, con 2.000 compartimentos de 10 á 12 pies de largo por seis de ancho. ¡Ni los esquimales ó los negros del Congo, podrían soportar estas cuevas ó calabozos donde vive el 20 por 100 de la población, en una ciudad que es el emporio comercial de la Gran Bretaña! Razón tiene, por tanto, nuestro filantrópico autor americano, al exclamar que prefería ver á sus hijos en la esclavitud antigua de los negros, antes que en la mísera condición del proletario británico.

Crearé, sin duda, el lector que ha visto las escenas más odiosas y repugnantes que se desarrollan en el tremendo drama de la barbarie civilizada. Pero no es así: aún le falta por ver «la esclavitud del niño y la mujer en las minas de carbón.» Un periódico de Londres se expresaba sobre el particular en los siguientes términos:

«En ningún tiempo se ha visto cosa parecida á las infernales crueldades cometidas con niños y muchachas en nuestras minas de carbón; en esos oscuros subterráneos, sepulturas de la salud, bienestar y moralidad. Hemos leído, y nunca sin horrorizarnos, que en los países salvajes se ultraja y atropella á la niñez y á la debilidad. Pero creemos, que ni aun entre bárbaros se ve tanto refinamiento de crueldad, tanta ferocidad á sangre fría, como en nuestras minas de carbón. En ellas, hay niños y niñas de siete, ocho y nueve años, á veces casi desnudos, atados como brutos á los carros, que arrastran por lodazales de cuatro y cinco pulgadas, en la obscuridad más completa, y por espacio de diez, veinte, y alguna vez aún treinta horas consecutivas, sin otra interrupción que la precisa para tomar un escaso alimento, que ellos mismos se proporcionan, aprovechando la distracción ó el descuido de algún minero. Aquí está pintada la civilización británica. Al leer las declaraciones hechas por diversas Comisiones encargadas de examinar el asunto, viénenle á uno tentaciones de renegar, aun de ser inglés.»

Estas pobres criaturas, niños, muchachas y mujeres, no sólo trabajan como animales atadas á un carro, sino que aun son gol-

peadas con horrible crueldad. Por otra parte, pasan el día entre hombres del todo desnudos, resultando de aquí una bestial inmoralidad. «¡Cuántos y cuántos miles de niños—dice el Conde de Winchelsea—se han echado á perder física y moralmente por ese embrutecedor trabajo!»

Ya no es extraño que estos seres desgraciados estén en una completa ignorancia de lo más esencial y rudimentario. Vayan algunos ejemplos recientes, rigurosamente históricos.

Guillermo Beaver, de diez y seis años, decía: «El Señor hizo el mundo y mandó á la tierra á Adán y Eva á salvar pecadores. He oído hablar de un Salvador, que debía ser un buen hombre, pero no murió en Inglaterra.»

Ana Eggle, de diez y ocho años, dijo lo siguiente: «Alguna vez me han hablado de un tal Cristo que hizo milagros: pero no sé qué cosa sea eso. Murió echándole por la garganta fuego y azufre. El año tiene catorce meses y no sé cuántas semanas.» Téngase presente que los que así hablan, y otros muchos más que pudiéramos aducir, están en el pleno uso de sus facultades mentales.

A vista de tamaña barbarie ocurre preguntar: ¿Y no se pone algún remedio? Ninguno que sea de utilidad y provecho, contesta Mr. Lester.

El año de 1883 escribía Mr. Chamberlain en una Revista: «Nunca nuestro país ha pasado por un período de tanta riqueza; nunca se ha hecho tanto alarde y ostentación de lujo y prosperidad: pero al mismo tiempo nunca la miseria ha sido tan extrema, ni la condición de los pobres más desesperada.» Y prosigue diciendo que el país tiene un millón de pobres, número que duplicará ó triplicará muy en breve. (*Forntightly Review*, Diciembre de 1883.)

W. J. Conybeare, hablando de la irreligión tan general entre las clases obreras, dice: «Es muy triste que los que hacen nuestras máquinas, nuestros ferrocarriles, el mueblaje de nuestras habitaciones y el vestido de nuestras personas, hayan perdido en proporción tan enorme todo resto de cristianismo. Consideran la Escritura como un invento, la religión como un engaño mundos, y pasan la vida sin ley y sin Dios. El último censo da á sola Inglaterra (sin Escocia é Irlanda) la cifra de cinco millones de personas que no profesan prácticamente ninguna religión.» (*Essays Ecclesiastical and Social*, pág. 99.)

El Revdo. F. Hugo se expresa sobre el mismo particular del modo siguiente: «El pueblo de Lancaster y Londres en nada se diferencia de aquellos paganos que nos pinta San Pablo con tan vivos y terribles colores.» (*Church Times*, Octubre 13 de 1876.)

El obispo protestante de Rochester, en un sermón predicado en la capilla real de St. James, decía: «Lamento la grosera, supina y casi brutal ignorancia de lo concerniente á su salvación, en que se deja vivir y morir á los clases trabajadoras. Para cientos de miles de compatriotas nuestros, el nombre de Dios sólo sirve para objeto de blasfemia: Jesucristo y su amor infinito está tan distante de ellos como una estrella fija.» (*Good Words*, Enero 1880, pág. 61.)

Treinta años hace que la Revista *Quarterly Review* decía: «Hay en Londres, y en las afueras, no lejos del centro de la ciudad, calles enteras donde vive la gente como si Dios no existiera. Podríamos citar barrios donde el concubinato es cosa corriente y general; donde los tenderos hacen público alarde de ateísmo, y obligan á los parroquianos á ser cómplices de sus blasfemias y otras lindezas por el estilo.» (*Quarterly Review*, Abril 1861 (1).

¿Y todavía se pondrá por las nubes la civilización inglesa, como orgullo de nuestro siglo? ¿Y todavía habrá simples ó apasionados que llamen semibárbaros á España, Italia y otros países sobre que el Catolicismo derrama sus beneficiosas influencias? Hemos visto lo que es la civilización del Protestantismo y por el Protestantismo: un poco más abajo veremos la del Catolicismo y por el Catolicismo: y cuando comparemos á ambas, podremos juzgar si es ó no cierto, que distan entre sí tanto como el cielo de la tierra.

(1) Ya que el autor pasa por alto la condición de los obreros en las fábricas de tejidos, vamos á añadir cuatro palabras sobre el particular. En las fábricas de hilados de Manchester, por ejemplo, se trabajaba hace pocos años catorce horas diarias en grandes y pequeñas cuadras saturadas de polvillo de algodón y de emanaciones de aceite. Los hombres más robustos quedaban inválidos para los cuarenta años; y los niños que entraban en los talleres á los ocho, morían casi todos antes de los diez y seis. Estaba prohibido hablar. Llegando cinco minutos más tarde se pagaban 10 reales de multa. Si uno caía enfermo, debía poner un sustituto, so pena de medio chelín. (Véanse más datos sobre el particular en *Nuestro Siglo*, por Leixner.)

CAPÍTULO III

CIVILIZACIÓN PROTESTANTE EN IRLANDA Y LA INDIA

El célebre escritor francés, Juan de París, dice en su obra *La Question Irlandaise*.

«La Irlanda que en tiempos antiguos ocupó uno de los primeros puestos entre las naciones cultas de Europa, ha dejado un luminoso rastro en la historia de la civilización cristiana. Más tarde, la violencia ayudada por la traición, hicieronla esclava del extranjero. Desde entonces, sus virtudes son la causa de sus infortunios. Fiel al credo de sus padres, es perseguida por un pueblo apóstata.»

Esta es la pura verdad. Y siendo esta isla uno de los países mas privilegiados por la naturaleza, dotado de un suelo fertilísimo y un clima suave; poblado por una gente brava é inteligente, á quien nadie supera en espíritu de empresa y de progreso; por un pueblo que en todas partes sabe ser libre, menos en su propio país; ocurre preguntar con M. de París: ¿cómo es que el nombre de Irlanda, en los oídos de todo el mundo viene á ser sinónimo de Tierra del hambre? Voy á contestar á esta pregunta, valiéndome del testimonio del tantas veces citado Mr. Lester, quien habla, no de oídas, sino de ciencia propia, adquirida tras diligente observación.

Ochenta páginas de su libro *The Glory and Shame of England* consagra á este argumento, trazándonos un cuadro histórico acabado, que intitula *Penas y luchas de Irlanda bajo la opresión inglesa*. Este escritor protestante no deja de reconocer que la brutal opresión social, política y religiosa que se ha ejercido con este heroico pueblo, es debida á la que él llama la forma peor de Protestantismo: la Iglesia Episcopal Anglicana. Empieza así el citado trabajo:

El Revdo. F. Hugo se expresa sobre el mismo particular del modo siguiente: «El pueblo de Lancaster y Londres en nada se diferencia de aquellos paganos que nos pinta San Pablo con tan vivos y terribles colores.» (*Church Times*, Octubre 13 de 1876.)

El obispo protestante de Rochester, en un sermón predicado en la capilla real de St. James, decía: «Lamento la grosera, supina y casi brutal ignorancia de lo concerniente á su salvación, en que se deja vivir y morir á los clases trabajadoras. Para cientos de miles de compatriotas nuestros, el nombre de Dios sólo sirve para objeto de blasfemia: Jesucristo y su amor infinito está tan distante de ellos como una estrella fija.» (*Good Words*, Enero 1880, pág. 61.)

Treinta años hace que la Revista *Quarterly Review* decía: «Hay en Londres, y en las afueras, no lejos del centro de la ciudad, calles enteras donde vive la gente como si Dios no existiera. Podríamos citar barrios donde el concubinato es cosa corriente y general; donde los tenderos hacen público alarde de ateísmo, y obligan á los parroquianos á ser cómplices de sus blasfemias y otras lindezas por el estilo.» (*Quarterly Review*, Abril 1861 (1).

¿Y todavía se pondrá por las nubes la civilización inglesa, como orgullo de nuestro siglo? ¿Y todavía habrá simples ó apasionados que llamen semibárbaros á España, Italia y otros países sobre que el Catolicismo derrama sus beneficiosas influencias? Hemos visto lo que es la civilización del Protestantismo y por el Protestantismo: un poco más abajo veremos la del Catolicismo y por el Catolicismo: y cuando comparemos á ambas, podremos juzgar si es ó no cierto, que distan entre sí tanto como el cielo de la tierra.

(1) Ya que el autor pasa por alto la condición de los obreros en las fábricas de tejidos, vamos á añadir cuatro palabras sobre el particular. En las fábricas de hilados de Manchester, por ejemplo, se trabajaba hace pocos años catorce horas diarias en grandes y pequeñas cuadras saturadas de polvillo de algodón y de emanaciones de aceite. Los hombres más robustos quedaban inválidos para los cuarenta años; y los niños que entraban en los talleres á los ocho, morían casi todos antes de los diez y seis. Estaba prohibido hablar. Llegando cinco minutos más tarde se pagaban 10 reales de multa. Si uno caía enfermo, debía poner un sustituto, so pena de medio chelín. (Véanse más datos sobre el particular en *Nuestro Siglo*, por Leixner.)

CAPÍTULO III

CIVILIZACIÓN PROTESTANTE EN IRLANDA Y LA INDIA

El célebre escritor francés, Juan de París, dice en su obra *La Question Irlandaise*.

«La Irlanda que en tiempos antiguos ocupó uno de los primeros puestos entre las naciones cultas de Europa, ha dejado un luminoso rastro en la historia de la civilización cristiana. Más tarde, la violencia ayudada por la traición, hicieronla esclava del extranjero. Desde entonces, sus virtudes son la causa de sus infortunios. Fiel al credo de sus padres, es perseguida por un pueblo apóstata.»

Esta es la pura verdad. Y siendo esta isla uno de los países mas privilegiados por la naturaleza, dotado de un suelo fertilísimo y un clima suave; poblado por una gente brava é inteligente, á quien nadie supera en espíritu de empresa y de progreso; por un pueblo que en todas partes sabe ser libre, menos en su propio país; ocurre preguntar con M. de París: ¿cómo es que el nombre de Irlanda, en los oídos de todo el mundo viene á ser sinónimo de Tierra del hambre? Voy á contestar á esta pregunta, valiéndome del testimonio del tantas veces citado Mr. Lester, quien habla, no de oídas, sino de ciencia propia, adquirida tras diligente observación.

Ochenta páginas de su libro *The Glory and Shame of England* consagra á este argumento, trazándonos un cuadro histórico acabado, que intitula *Penas y luchas de Irlanda bajo la opresión inglesa*. Este escritor protestante no deja de reconocer que la brutal opresión social, política y religiosa que se ha ejercido con este heroico pueblo, es debida á la que él llama la forma peor de Protestantismo: la Iglesia Episcopal Anglicana. Empieza así el citado trabajo:

«Mirada á cierta distancia esta hermosa isla, aparece como las ruinas de una ciudad encantada, á la que alumbraba la indecisa luz del crepúsculo vespertino. Su antigua gloria y poderío, han pasado, quizás para siempre. Los cantares más patéticos de sus afamados bardos, no son tan sublimes ni tan sentidos, como el arrullo de una madre irlandesa adormeciendo á su hijito famélico. Las querellas por su pobreza, y el grito arrancado por el sufrimiento, son más conmovedores que sus más sentimentales y bellísimas melodías. Sus dolores y su deshonra no mueven el corazón de sus opresores; pero, ciertamente, son oídos por el Dios de los pobres.»

Es verdad, que aun antes de que Enrique VIII, cual otro Mahoma intentara, espada en mano, imponer á Irlanda la Reforma, la política de Inglaterra para con la Isla hermana, era una política de dominación y de pillaje. Pero desde que la nueva religión vino á sancionar todo atropello, y á estimular la persecución política, no menos que la religiosa, empezó para Irlanda una era de martirio que aún no ha terminado. No hay crueldad ni ultraje que no hayan cometido allí los ingleses. Han saqueado ciudades, incendiado pueblos, violado mujeres y degollado millares de niños y gente indefensa. Cada día se confiscaban sus propiedades á los católicos; y como consecuencia, no se hizo esperar la aparición del hambre y la miseria.

En el reinado de la Jezabel sajona, la bastarda hija de Enrique VIII, parte por el hambre y parte por la guerra, pereció la mitad de la población. Nada tiene ya de extraño que al acercarse la hora de la muerte, aterrada su conciencia por la terribilidad de la próxima cuenta, y perseguida por el espectro de la asesinada Irlanda, mandara la impía reina fueran inmediatamente devueltas muchas de las posesiones confiscadas.

Da una idea del estado de los campesinos por aquellos tiempos, un pasaje del poeta Spencer que se había hecho con 3.000 acres de terreno confiscado, y recomendaba la continuación de análogas medidas. Dice así: «Por lo más oculto de los montes y de los valles, veíanse hombres que andaban á gatas por no poder sostenerse sobre sus piernas. Parecían esqueletos ó sombras de la muerte. Se tenían por dichosos cuando hallaban carne muerta que comer; para lo que á veces, desenterraban los cadáveres. Si por el campo encontraban algunos berros ó un poco de trébol, era para ellos un opíparo banquete...»

Al subir al trono Jacobo I, se implanta de nuevo, aunque en mayor escala, el sistema de confiscación. Por todas partes se descubren conspiraciones católicas, que no existían sino en el deseo de hallar un pretexto para robar haciendas y propiedades. Aún empeoraron las cosas en tiempo de Carlos I. Diéronse edictos de proscripción para toda la nobleza católica de los condados de Meath, Wicklow, Dublin y para 300 señores de Kildare; resultando, como consecuencia de estos destierros, un robo oficial de 3.500.000 acres de terreno. Viene después Cromwell, el «Defensor de la libertad inglesa.» Bajo el régimen de este monstruo sediento de sangre, todo católico irlandés era un traidor. Su invasión de Irlanda, fué el degüello general de un pueblo hambriento é indefenso. Tanto él como sus tropas, proclamáronse enviados por el mismo Dios para perseguir á los católicos á sangre y fuego, considerándose como un crimen cualquier acto de compasión con los vencidos. En esta guerra exterminadora, degolláronse millares de personas, á algunos se transportó á América en calidad de esclavos, y otros, en gran número, se desterraron voluntariamente de un país donde la vida les era ya imposible. Los pocos que no abandonaron su patria, se vieron forzados á labrar la tierra para sus ladrones y asesinos, y á sufrir en paciencia el duro látigo que desangraba sus espaldas.

Hasta ahora, ¿donde están para la *Verde Erin* las humanitarias influencias del Protestantismo? ¿Acaso en aquella caza (como suena) de clérigos católicos, diversión de las más entretenidas de aquella época?

La restauración de Carlos II vino á confirmar los actos de Cromwell, relativos á Irlanda. Otras 3.000 familias son ahora despojadas de sus haciendas. Pero donde el Protestantismo halló un instrumento dócil para reducir á Irlanda al último grado de abatimiento porque puede pasar un pueblo, fué en el usurpador Guillermo de Orange. Este Monarca llevó la persecución religiosa hasta un extremo de donde no pasaron los antiguos Neronés y Dioclecianos. Todos, bajo penas pecuniarias ó de prisión, debían asistir á los actos del culto protestante. Al que abría una escuela se le castigaba con la pena de 20 libras esterlinas ó tres meses de prisión. Si el hijo de una familia católica abjuraba la religión de sus padres, entraba inmediatamente en posesión de la hacienda. Ningún católico podía heredar á parientes protestantes. Todo sacerdote católico debía salir desterrado del país, y

otras barbaridades por el mismo tenor. En 1709 se dan nuevas leyes, estimulando por medio de premios el cumplimiento de las anteriormente dictadas. «Á quien descubriera un Arzobispo, Obispo, Vicario-Apostólico, ó cualquier otra persona que ejerciese jurisdicción eclesiástica *extranjera*, se le daban 50 libras esterlinas; 20 si se delataba á un clérigo secular ó regular, y 10 si á un maestro de escuela» (1).

(1) Para mejor entender la apurada situación en que se puso por este tiempo á los heroicos y fieles irlandeses, queremos extractar del «Código penal contra papistas», compuesto en su mayor parte en los reinados de Guillermo III y Jorge I, algunas leyes verdaderamente draconianas.

Leyes relativas á los derechos civiles. Ningún católico puede sentarse en el Parlamento irlandés, ni tener voto en las elecciones, ni formar parte de los Jurados, ni pertenecer al Ejército, ni á la Armada, ni á la Magistratura, ni á Corporación alguna municipal, ni desempeñar oficio alguno de gobierno alto ni bajo. Si no es en los telares, en ninguna industria ú oficio puede tener más de dos dependientes ó aprendices. No pueden poseer un caballo que valga más de cinco libras; por tanto, todo Protestante que entregue dicha cantidad, es por el mero hecho dueño del animal. No pueden asistir á las Universidades, ni ser mandados á estudiar en el extranjero. Se les incapacita para ser maestros de escuela ó tutores de huérfanos.

Leyes relativas á la propiedad. Ningún papista puede comprar, heredar ó aceptar terrenos que hayan pertenecido á protestantes; si lo hiciere, el primer protestante que lo denuncie se constituirá propietario. Item: si un católico por su industria y trabajo aumentare los productos de su hacienda hasta cierta cantidad que se fijará por ley, sin que proporcionalmente aumente también su contribución, incurrirá en la pérdida de sus bienes, que pasarán al protestante que ponga el hecho en conocimiento de la autoridad.

Leyes relativas á la vida doméstica. Si el primogénito de una familia católica se hiciere protestante, pasará á ser el representante de la casa, y su hacienda no podrá ser vendida ó cargada con gravamen alguno. Si un hijo aunque sea menor de edad quiere hacerse protestante, será al punto apartado de sus padres católicos, y puesto bajo la tutela de algún pariente protestante. Igualmente si la esposa de un papista reniega de la religión romana, se la libra de cualquier sujeción á su marido, de cuya hacienda se le asignará cierta parte para su congrua sustentación. Ningún protestante puede casarse con papista so pena de incurrir en las incapacidades del Código penal. El sacerdote que bendijere tal matrimonio será ahorcado.— Aquí huelgan los comentarios.

En 1727 sube al trono Jorge II, y el cuchillo se ahonda aún más en el corazón de la moribunda Irlanda. Los católicos que todavía formaban *cinco sextas partes de la población*, fueron privados de las pocas franquicias y privilegios que aún les quedaban, lo que dió lugar á resistencias y alzamientos que fueron reprimidos fusilando y ahorcando á cualquiera que fuese irlandés, sin guardar aún las formas ordinarias de derecho.

El siglo XIX empieza con la célebre *Act of Union*, como la llaman; que, en frase de un historiador, no fué otra cosa que un sistema de latrocinio, violencia y falsía, autorizado por la ley. Para hacer ver que la política de Inglaterra con Irlanda no cambió en este siglo á pesar de la suavidad de costumbres y rectitud de principios de que se gloria, bastará recordar que en el trienio de 1818 á 1821 entabló el clero anglicano 100.000 causas criminales para cobrar sus injustos diezmos de un país empobrecido y hambriento. Diez millones de duros se extraían anualmente de un pueblo, en su inmensa mayoría católico, para llenar los bolsillos de cuatro Arzobispos, ocho Obispos y 1.200 sacerdotes anglicanos, la mitad de los cuales en su vida habían visto las parroquias que tan pingües rentas les producían.

Pocos años después se hizo sentir un hambre cruel; y aunque estaban repletos los graneros de los humanitarios lores, que filantrópicamente se habían incautado de la propiedad de Irlanda, no bastó para conmoverles el corazón la presencia de tantas lástimas, cuya sola narración excitó á almas compasivas en los Estados Unidos y aun en Turquía, á enviar naves cargadas de víveres con que socorrer la apremiante necesidad de los heroicos irlandeses (1).

En lo tocante á la India, hacemos nuestras las siguientes palabras de Mr. Seymour Keay: «El efecto desmoralizador que nuestra dominación produce en el carácter de los naturales de la India, es desgraciadamente un argumento más, que corrobora un dicho de Shore, repetido después por Campbell. Según estos es-»

(1) Con ocasión de esta hambre (año de 1831), decía el Obispo irlandés Doyle que era cosa corriente y que ya á nadie extrañaba encontrar por cualquiera parte personas hambrientas agonizando. De los 7.767.000 habitantes que á la sazón tenía Irlanda, 4.863.000, ó sea el 63 por 100, eran arrendatarios ó braceros que no ganaban sino 12 ó 13 reales por semana.

critores, el modo de ser de un pueblo y sus costumbres características desaparecen y se corrompen en proporción al tiempo que esté sujeto á nuestro gobierno. Y, ciertamente, en el transcurso de pocos años hemos destruído la fidelidad y honradez natural del indio, y en cambio le hemos enseñado mil embustes y trapacerías. Hoy es dicho común, que no hay un indio honrado, y los pocos que lo parecen son los mayores pícaros y tunantes. Nuestro sistema de legislación, gobierno y aun de educación, tiende á convertirlos en irreligiosos, holgazanes y penderciosos. Ha desaparecido de todos la mutua confianza. Antiguamente, la palabra empeñada era tan sagrada como un juramento: hoy ya los juramentos nada valen; y ningún banquero presta un céntimo si no es con hipotecas...» (De la Revista *Nineteenth Century*, Julio 1883.)

Fácilmente se echan de ver cuáles serán los efectos civilizadores del monopolio absorbente y sin igual que ejerce la «British East India Company;» Mr. Lester llama á esta política «sistema de robar á los indígenas, y apoderarse de todas sus tierras.» ¿Qué consecuencias se pueden esperar de tales antecedentes? Las que en la práctica se han visto: la muerte por hambre de millones de indígenas. Razón tiene el Dr. Bowring, citado por Lester. «Nosotros nos preciamos de nuestra cultura, religiosidad é instrucción: ¿cuál de estos bienes hemos llevado á la India? Nuestro país es eminentemente comercial. ¿Hemos hecho sentir en la India las benéficas influencias que acompañan al comercio? ¿Qué aspecto presenta aquella colonia? Su suelo es de los más dispuestos para la agricultura por la diversidad de climas y fertilidad del terreno. Y, sin embargo, cientos de miles de indígenas están muriendo de hambre, mientras los almacenes de la «East India Company» están abundantemente repletos de toda clase de alimentos y producciones, que arrancamos de aquel país por la fuerza de un ejército en pie de guerra. Nos preciamos de nuestra religión; ¿qué hemos hecho por extender el cristianismo entre los indios? Somos una nación bien gobernada, y apreciamos la libertad en lo mucho que se merece; ¿les hemos dado libertad? ¿Siquiera justicia?» (*The Glory and Shame of England*, vol. II, pág. 428.)

La dominación protestante no sólo ha esclavizado, sino que también ha desmoralizado la India. «En el sistema colonial implantado en la India—prosigue Mr. Lester,—el aspecto más re-

pugnante es la degradación á que se halla reducida la mujer. Las religiones de Brama y de Mahoma considéranlas como seres de naturaleza inferior, como esclavas; pero los cristianos de Inglaterra han hecho más, mucho más: en ninguna parte la esclavitud ha echado tanto ciemo y degradación sobre el sexo femenino. Uno de los periódicos de gran circulación de Londres escribía: «Con el nombre de criadas domésticas ó labradoras del campo, tienen rebaños de concubinas y bailarinas, destinadas á la prostitución, cuya infame ganancia va á engrosar la bolsa de los amos.» (Ibid., pág. 433.) El más vergonzoso desenfreno se permite á los militares, desde el último soldado hasta el jefe de más graduación; y en las marchas al interior son frecuentes brutales ultrajes cometidos aún por los oficiales con las jóvenes indígenas.

Concluyamos este capítulo, diciendo con Lester: «¿Qué ha hecho Inglaterra los dos siglos y medio que domina en la India? Huelga la respuesta. Ya se ve. Una colonia pagana puede ser de tanta utilidad para la metrópoli como otra cristiana, y aún más; porque los idólatras se avienen más fácilmente á arrastrar la cadena de la servidumbre.» (Ibid., págs. 435-36.)

CAPÍTULO IV

RÁPIDA OJEADA POR ALGUNAS NACIONES CATÓLICAS DE EUROPA

Bastan pocas palabras para hacer ver que en los países católicos el pueblo goza de mayores consideraciones y se halla en una posición mucho más holgada. En este punto se deja todavía un poco que desear, pero al menos sirve de algún consuelo el que no haya esa tendencia general, y por nadie contrarrestada, á embrutecer y explotar las clases trabajadoras. Los principios de civilización católica, adaptándose al carácter propio de cada país, han sido poderosos para armonizar tendencias opuestas, que si no son regidas por ideas de un orden superior, fomentan un violento antagonismo entre las clases de que necesariamente ha de componerse la sociedad.

El ideal de la civilización católica es generalizar, extender la felicidad; no acumularla en unos pocos, como el Protestantismo pretende. Para ello se requiere que haya la mayor igualdad posible entre las diversas clases, y que unas y otras miren la conservación de las mutuas relaciones como objeto de interés común. El Catolicismo en todos los tiempos ha procurado inculcar á ricos y pobres, sabios é ignorantes, amos y criados, esta importantísima máxima, fundamento del orden social: «Amáos mutuamente como hermanos en Cristo, y sobrelleváos los unos á los otros.» La constante proclamación de tan sublime verdad dió por resultado en tiempos pasados que grandísima parte del género humano se emancipara de la ominosa esclavitud pagana; y en nuestros mismos días, aunque las enseñanzas de la Iglesia no son por muchos atendidas, siendo ésta la causa principal de los daños que deploramos, sin embargo, las benéficas influencias que en torno suyo irradia el espíritu católico, son causa de que el nivel de fe-

licidad y civilización esté más subido en los pueblos católicos, según puede verse pasando ligera revista á las principales naciones europeas.

FRANCIA

Hace ya bastantes años que en la *Edinburgh Review*, examinándose el sistema económico francés de dividir entre muchos propietarios la posesión de los terrenos, se escribía en tono irónico: «En ningún país de Europa hay tantos propietarios como en Francia (la mitad de la población); y en ningún país tampoco, excepción hecha de Irlanda, hay tantos labradores (dos terceras partes de los habitantes) dedicados al cultivo, ó mejor, tortura de la tierra. Si tal sistema dura medio siglo más, la gran nación será la nación más pordiosera de Europa.»

Así pensaba entonces el órgano político-economista del Protestantismo. Pero pasaron veinte años, y Samuel Laing se reía de la predicción del revistero edimburgués.

«¡La nación más pordiosera! Sí; no hay más que mirar á la actual prosperidad, bienestar general y creciente industria del pueblo. Francia debe la prosperidad por que atraviesa y el extraordinario desarrollo que su industria toma, á su sistema de subdivisión de la propiedad. Por este medio, poniendo en manos de todas las clases el instrumento de la industria y el bienestar, se consigue que no haya hombre ocioso ni capital que no trabaje por reproducirse.» (*Notes of a Traveller*, págs. 64-78.)

Continúa comparando al trabajador y soldado de Francia con los de Inglaterra, y como prueba de la condición mucho más próspera de los primeros, aduce el hecho de que en Inglaterra se reclutan mozos para el servicio militar por un chelín, ó cualquiera bicoca; mientras que en Francia, se encuentran con dificultad por 1.800 y 2.000 francos.

Vemos en el capítulo II que entre los principales opresores del pobre se contaba el clero protestante anglicano. Veamos ahora lo que, después de diligente investigación personal y de largos estudios históricos, juzga Mr. Laing del clero católico de Francia en sus relaciones con las masas populares.

«La riqueza de la Iglesia católica romana, de los conventos, monasterios y otros establecimientos, no son el menor obstáculo para la riqueza nacional y prosperidad de todo el país. Es este

un capital que se invierte en beneficio del pueblo, con más utilidad que las fortunas de los ricachones aristócratas; porque los que administran los bienes eclesiásticos conocen mejor á las clases necesitadas y los emplean en obras benéficas y dentro de localidades fijas, con lo que forman una clase media que á su sombra va levantándose y prosperando.»

¿Quién desconoce que entre las naciones cultas y civilizadas de la actualidad debe contarse la Francia entre las primeras? ¿Quién ignora que en otros tiempos, cuando era más de corazón católica, no fué inferior á ninguna otra? Aquella Francia, cuyo nombre era sinónimo de patriotismo heroico, empresas caballescascas, nobles aspiraciones é inmaculado honor, era la Francia del catolicismo y por el catolicismo; era la hija primogénita de la Iglesia. Aquella fué la patria de los grandes hombres cuyas hazañas gloriosas jamás se borrarán de las páginas de la Historia. Y si hoy se cuenta en el número de las naciones vencidas y decadentes, es porque en gran parte le ha abandonado aquella fuerza vivificadora que le comunicaba el espíritu católico, que era el espíritu que animaba á todos los franceses. La nación, madre un tiempo de tantos héroes, hoy se ve gobernada por parricidas masones y anarquistas. Cuando la Francia vuelva á los principios de la civilización católica, aquel será el día en que recobre el antiguo prestigio y poderío.

BÉLGICA

El pueblo de esta nación católica forma también chocante contraste con las escenas que presenciamos en la protestante Inglaterra, en Irlanda y la India. Se ha alegado como excusa de la degradación y embrutecimiento reinantes entre las clases obreras de las islas británicas, la densidad de su población. Pero la mejor refutación de este pretexto se halla en el estado floreciente de Bélgica, hoy en día, el país de Europa relativamente más poblado.

El carácter distintivo de los belgas es un entusiasta patriotismo y un vivo interés general por el bien de las clases obreras, para las que se han abierto numerosos establecimientos benéficos y escuelas, consiguiendo de este modo formar una clase media, inteligente é instruida, que á su vez consagra las energías todas de su vida á labrar la prosperidad de la patria y conservar sus libres instituciones.

También en Bélgica existen numerosas minas de carbón de piedra, pero en ellas no se presencian las escenas de barbarie ni la brutal estupidez que pudimos ver en Inglaterra. Oigamos cómo se expresaba en el Parlamento inglés el Inspector de las Escuelas, Revdo. J. P. Norris.

«En un corto viaje que el último otoño hice por la región carbonífera de Flandes, tuve ocasión de admirar el grado de ilustración, relativamente grande, á que los mineros han llegado por la asistencia asidua á las escuelas nocturnas y dominicales. En algunos de estos centros enséñanse agrimensura, y otras ciencias relacionadas con la minería. Las autoridades municipales dan premios y certificados de aprovechamiento, cabiéndoles la satisfacción de ver formarse una clase obrera culta y fina, según yo mismo he podido experimentarlo en todos los obreros con quienes he tenido el gusto de hablar.»

El periódico de Londres *Daily Telegraph* (2 de Agosto de 1878), decía así:

«La libertad civil se concede en Bélgica en una forma casi casi republicana. Ni aun cuando el partido Ultramontano clerical está en el Poder, se cercena en lo más mínimo la más omnimoda libertad de Cultos. El comercio florece de un modo extraordinario, y la industria manufacturera progresa tan rápidamente, que pronto dejará atrás á su rival la inglesa. Tampoco podemos hablar del florecimiento de la agricultura con la extensión que merece la importancia del asunto. No hay exageración en decir, que todo Bélgica es un vasto y hermosísimo jardín, y que no hay palmo de terreno laborable al que no se le haga producir cuanto de sí pueda dar. Y prueba de ello son los entusiastas elogios que los economistas todos, desde Mac Culloch hasta Mill, tributan al agricultor belga por la riqueza y prosperidad que ha dado á su Patria, gracias á un inteligente y asiduo laboreo de los campos.»

ITALIA

Á tan alto grado llegó en tiempos pasados la civilización espiritual de este país, gracias al Catolicismo, que á pesar del insensato clamoreo de los enemigos de Cristo y de su Iglesia, se ven precisados á confesar que Italia ha sido cabeza del mundo, ciuda-

dela del Cristianismo, santuario de toda piedad y religión, Escuela de todas las Ciencias y Academia de las Bellas Artes. Ni se puede negar tampoco, que al Espíritu del Siglo, encarnación del espíritu protestante, se debe el que la Italia, sacudiendo el ligero yugo de la soberanía Pontificia y gobierno católico, se echara en manos de los corifeos de la Masonería, que á boca llena le prometían las bendiciones sin cuento del progreso material. ¿Cuáles han sido los resultados inmediatos de este cambio político y social? Dígalo un testigo nada sospechoso tratándose de la Iglesia católica, á cuya comunión no pertenece ni profesa muchas simpatías. Hablamos de la popular escritora Ouida, de la que copiamos las líneas siguientes:

«La Prensa de Inglaterra atribuye todas las desgracias de Italia á su antiguo Gobierno. Aunque yo no he vivido bajo el antiguo régimen italiano, y, por lo tanto, ni estoy en disposición de juzgarle por propia experiencia, puedo, sin embargo, asegurar, que el pueblo bajo recuerda con cariño, y aun desea con pasión, aquellos tiempos pasados, en los que vivía con completa seguridad personal y aun nadaba en la abundancia. La culpa de todas las desgracias que hoy afligen á Italia la tienen una burocracia absorbente, que por todas partes hormiguea, y el egoísmo interesado, que es una grande falta del carácter nacional. Por lo demás, el país está conformado para el pastoreo. Querer hacerle fabril, tanto vale como convertir un tabernáculo de Giotto en una pocilga. Allí, el pueblo necesita un ambiente puro, un cielo sin nubes: sus aficiones son el canto, la danza y la risa... Lejos de las ciudades, aún predomina el tipo antiguo del hombre sencillo y contento con su vida pastoril, fiel creyente de la doctrina de Cristo y cantor interminable de los versos del Tasso. Tal vez ni la una ni los otros pueda leer; pero, ¿qué importa, si los sabe gozar y sentir?»

Feliz en su simplicidad, honrado en su libertad, puro en sus costumbres de familia, y laborioso cual los antiguos griegos, esta clase de gente, no contaminada aún con la atmósfera de la moderna Italia, tengo para mí, que será de lo mejor y más honrado que habrá sobre la tierra. Cuando algún *picapleitos* de los de nuevo cuño se extasia puerilmente ante las ventajas de un ferrocarril ó de una máquina de trillar, no sabe los tesoros de poesía, dicha y paz que destruye en miles de corazones, sólo para enriquecer á algún contratista escocés ó llenar las arcas de un usu-

tero judío. Razón tiene el pobre pueblo de estar descontento é indignarse al ver que sus antiguos derechos, y aun el bienestar material de que hasta aquí han gozado, se les arrebató de las manos por especulaciones de algún banquero extraño. Esto se ha dado en llamar Progreso, mas es un progreso que el país abomina y el pueblo maldice.» (*Village Commune*, Apéndice.)

Tiene mucha razón Miss Ouida, pues todo el mundo sabe que desde que los italianísimos se encargaron del Gobierno, la Nación ha ido de escollo en escollo, de bancarrota en bancarrota.

En los primeros años del nuevo régimen (1872-1877), por no poder pagar las exorbitantes contribuciones que se imponían, se les embargó la casa á 40.000 familias: ¡196.883 personas que se encontraron en la miseria ó tuvieron que salir de su Patria! (Informe oficial citado por el *London Tablet*, 25 de Octubre de 1879) (1).

Por lo demás, aun bajo el punto de vista material, la agricultura de Italia puede sufrir competencia con la de otros países, gracias al sistema económico de subdivisión de la propiedad, que lo mismo que en Francia, España y Portugal ha implantado también aquí el Catolicismo, en contraposición al absorbente monopolio que predomina entre los protestantes. Oigamos sobre el particular á Mr. Laing:

(1) Á los datos que da el P. Young, queremos añadir algunos más de época más reciente. La Deuda pública, que en 1861 era solamente de 3.000 millones, en 1890 había subido á 13.000 millones, é incluyendo la de los Ayuntamientos, suma 22.000 millones de francos. En 1890, el presupuesto de Guerra subió á 520 millones, es decir, 86 millones más que lo votado en el Parlamento de la Gran Bretaña. El déficit anual oscila entre 250 y 300 millones. Todo este gasto ha de salir del bolsillo del contribuyente. Así, una familia de la clase media, que en otras Naciones no pagaría arriba de 87 pesetas por contribución, en Italia debe pagar ¡565! El comercio, asimismo, va muy mal. Por fijarnos sólo en el artículo de vinos, en 1888 se exportaron por valor de 1.030.471 francos; en 1890, sólo 278.363 francos. En 1879 se registraron 700 bancarrotas; en 1889, 4.400.

El resultado es una miseria general. En 4.774 poblaciones sólo comen carne las familias ricas; en otras 3.650 nunca se mata ganado vacuno.

¡Á fe que la Masonería y el Liberalismo pueden estar ufanos de su obra en Italia! Y en otras partes que no son Italia.

«Ni Inglaterra ni Escocia pueden presentar una región comparable con la de las orillas del Arno, no digo en fertilidad, que eso depende del suelo y del clima, en lo que somos inferiores, pero ni aun en la industria é inteligencia del cultivo. Tan perfectos sistemas tienen de desecación, de regadío, abono, laboreo, y tan bien se aprovechan de la tierra. Está, pues, la agricultura muy próspera, y es la condición de estos campesinos muy desahogada.

«Si se comparan unos campos con otros, nuestro sistema de vastas posesiones pertenecientes á un dueño, quizás no pueda equipararse con la división de la propiedad existente en Toscana, Flandes y Suiza.» (*Notes of a Traveller*, pág. 42.)

Es bien extraño, que un entendimiento tan claro como el de Laing, reconociendo estar la agricultura de los países católicos más floreciente que la de los protestantes, no haya adivinado la causa del hecho, ó sea el principio de igualdad y fraternidad proclamado por la Iglesia católica. Ella ha sido siempre la fiel amiga del pueblo, defensora de sus derechos, y enemiga jurada de toda clase de tiranía, bajo cualquier forma que se presente.

ESPAÑA

Para los modernos adoradores del progreso material, España es otra nación que no les merece sino desprecio. Es verdad que la gloriosa civilización católica española ha perdido mucho de su bien merecido renombre y esplendor; que la nación no ocupa ya, como en otros tiempos, el puesto de primera potencia. ¿Pero acaso se debe culpar de este decaimiento á la fe católica? ¿No se debió á ella el antiguo florecimiento y poderío?

Aun hoy, sin embargo, cuenta España con poderosos elementos de civilización. Oigamos á un moderno escritor:

«La literatura española aventaja á la de cualquier otro país protestante en profundidad, riqueza moral y gusto estético; sus pintores y arquitectos figuran en primera línea en el Panteón de los artistas, y su Clero, por su extraordinaria ciencia teológica, asombró en 1870 á los Padres del Concilio Vaticano. Posee monumentos que son verdaderos poemas en piedra, ha tenido en sus manos el comercio de todo el mundo, ha extendido la civiliza-

ción por la mitad del orbe, y ha fundado ella sola más colonias que todas las demás naciones juntas» (1).

Un escritor, de cuya obra *Spain and the Spaniards* vamos á copiar algunas observaciones sobre el carácter español, se lamenta de tanto turista ignorante que, después de un viaje por la Península, precipitado é insuficiente para formarse un juicio, esparce en artículos periodísticos y descripciones de viajes, las más absurdas acusaciones contra un pueblo donde, *hasta los mendigos son caballeros* (son sus palabras). El autor de dicha obra, Mister Thieblin, recogió los datos para ella durante su permanencia en España en 1873, adonde vino, como corresponsal del *New-York Herald*, á enterarse de la situación política en aquella revuelta época. Y aunque á guisa de hombre incrédulo, nada bueno tiene que alabar en la religión de los españoles, sin embargo, de lo que dice sobre otras cosas puede fácilmente deducirse el carácter noble y virtuoso de la nación. Reservamos para otro lugar de este libro el tratar *ex profeso* de las virtudes de este pueblo, entre todos los demás noble y virtuoso.

¿Ha sido España un pueblo feliz? ¿Qué opinan los naturales sobre este particular? Mr. Thieblin lo cuenta con una graciosa historieta que allí corre entre el vulgo. Cuando el Santo Rey Fernando III entró en el cielo, la Santísima Virgen le propuso que pidiese para su Reino una gracia cualquiera. «Pido—repuso el santo—que tenga siempre en abundancia trigo, vino y aceite; que las mujeres sean bellas y virtuosas, los hombres valientes, los caballos fuertes, y, en fin, que sea regido por un buen Gobierno.» «Concedido todo—contestó la Virgen,—menos lo del buen Gobierno; porque si eso se concede á tu España, á buen seguro que ningún ángel querrá quedar conmigo en el cielo.»

Una prueba del bienestar y contento general reinante en España, la da el hecho de ser en ella los suicidios más raros que en ninguna otra parte del mundo.

Es muy general en los países protestantes el creer que en las naciones católicas, y más que en ninguna en España, se han

(1) España ha agregado al mundo civilizado países dos veces más extensos que toda la Europa. Sólo las pérdidas coloniales sufridas en el siglo XIX ascienden á 13.828.627 kilómetros cuadrados; es decir, un poco menos que la mitad de lo que actualmente es el Imperio británico, incluyendo en él aun la Metrópoli.

coartado las libertades civil y política. Nada más erróneo. Dígalo, por lo que á España respecta, un testigo abonado, anticlerical furibundo y presidente que fué de la turbulenta y brevisima República española. Dice, pues, así D. Emilio Castelar, según le cita Thieblin:

«Nuestra patria, hoy por hoy, se presta cual ningún otro país para la confederación. Nosotros no tenemos las tradiciones republicanas que los franceses ó italianos. Nuestro pueblo, en guerra incesante, ha necesitado siempre un jefe que reuniera en su mano, no sólo la espada para pelear, pero aun el cetro de Monarca para mandar. No obstante este secular carácter monárquico, hay regiones que se han librado de la Monarquía, y han conservado su democracia y República. Aún existen en el Norte provincias dueñas de una autonomía é independencia que les da algunos puntos de semejanza con los cantones suizos. Allí los ciudadanos no pagan á los Reyes tributo de sangre ni de dinero. Sus hogares son tan sagrados é inviolables á la autoridad, que no lo son más los de los ingleses ó americanos. Cada pueblo es una pequeña República, gobernada por un Concejo que eligen los mismos ciudadanos, congregados al son de la campana parroquial. Cuando llega el tiempo designado por su Constitución, los representantes de los pueblos se reúnen á la sombra del Árbol secular de su libertad, y allí votan impuestos, promulgan ó enmiendan leyes, nombran empleados nuevos y destituyen los antiguos; todo ello, con la calma y moderación de un pueblo acostumbrado á gobernarse á sí mismo, sin las agitaciones de libertad que hoy conmueven el mundo.

»Pero no sólo tenemos estos ejemplos vivos de democracia; tenemos también tradiciones democráticas, tradiciones que yo llamo republicanas. Nuestras Cortes de Castilla consiguieron más de una vez arrojar de sus sesiones al Estado noble y eclesiástico. Las Cortes de Aragón nombraban su Rey y le fijaban el tiempo en que debían tenerse las sesiones. Navarra era una especie de República más ó menos aristocrática, y los Municipios de Castilla, en la Edad Media, verdaderas Repúblicas democráticas. Todos los ciudadanos tomaban parte en las deliberaciones, nombraban los Alcaldes y alternaban en los Jurados...» (*Spain and the Spaniards*, pág. 323.)

Pasa luego Mr. Thieblin á rebatir otra calumnia, la de supina ignorancia, dirigida contra el pueblo español. Y refiriendo una

entrevista que tuvo con el General carlista Elío, cita las siguientes palabras de dicho General:

«Dígase lo que se quiera contra los frailes; quien estudie un poco las Provincias Vascongadas, donde los curas y los frailes han tenido siempre influencia, hallará muchas cosas que sobremanera los honran. Apenas habrá un aldeano en estas provincias, hombre ni mujer, que no sepa escribir clara y gramaticalmente la lengua vascongada, y muchos aun la castellana.»

Y hablando luego del bienestar de los vascongados, dice: «La buena salud que reina entre esta gente es el resultado de su moralidad. Entre ellos casi no hay mendigos, y muy pocos son los que sufren pobreza y necesidad. Esto es debido en parte al Clero y en parte á los fueros de estas provincias.»

Tocante á la propiedad, hablaremos en otro lugar sobre lo repartida que se encuentra en España al igual que en Francia y Bélgica.

Frecuentemente se saca á colación la indolencia de los pueblos sud-europeos. ¿Y por qué? Pues sólo porque no adoran el duro metal; porque no consideran el *summum* de la dicha condenar el cuerpo á decrepitud prematura y el alma al embrutecimiento, por allegar grandes sumas de dinero. Con razón dice Mr. Thieblin:

«Enorgullécense los ingleses de su actividad, mas los españoles opinan que la virtud del trabajo en Inglaterra es una necesidad si ya no quieren morir de hambre ó de fastidio, según que el país es triste y poco agradecido; mas España, como todo el mundo sabe, es un Paraíso, y en el Paraíso no hace falta trabajo. No; el estado del pueblo español no es lamentable. A nadie falta algo que comer y una casa en que vivir; y esto junto con una esposa más ó menos agraciada y un rebaño de chiquillos, hace la existencia tan llevadera, que con dificultad se cambiaría por otra más desahogada en nación extranjera, aunque sea la más floreciente... Allí, tanto ricos como pobres saben prácticamente lo que es gozar de la existencia... La ausencia de esa insaciable hambre de dinero que atormenta á los ingleses y norteamericanos, hace la vida sosegada y quieta, y lo demás corre á cuenta de la natural fertilidad del terreno y del apacible clima.» (Ibid., págs. 377-378.)

Otro de los distintivos de un pueblo verdaderamente civilizado es la consideración con que se trata á los extranjeros, y el

respeto para consigo mismo con que se conducen los ciudadanos. Sobre lo primero nos dice el autor á quien extractamos, «que todo extranjero es recibido en España con los brazos abiertos y con mayor hospitalidad que en otros países; sobre lo segundo, bastará recordar la proverbial hidalguía y pundonor de la raza, herencia de unos antecesores gloriosísimos.» *En España aun el mendigo es un caballero.* Las corridas de toros suelen traerse como prueba de barbarie y ferocidad de costumbres. Mr. Thieblin hace de esta popular diversión una defensa victoriosa, con argumentos convincentes, á que con dificultad podrá contestar aun el más agudo sofista.

El amor filial y paterno reviste en España una forma cariñosísima y poco común. Los cargos que algunos han hecho á la moralidad de la mujer española no merecen otro nombre que el de burdas calumnias. Habla el redactor del *Herald*: «¡Cuánto no ha sido calumniada la mujer española! Y, sin embargo, de cuántas virtudes, de cuán excelentes prendas (excepto la instrucción) no está adornada... Después que se la estudia, se ve, que es preciso juntar en uno todas las virtudes de la más virtuosa matrona inglesa, toda la gracia y despejo de la más ingeniosa y aguda francesa; toda la belleza de la más agraciada italiana, para formar algo que se aproxime al tipo de la señora española.» (Ibid., pág. 380.)

Lo de faltas de instrucción, que en el párrafo anterior se dice, y lo de fanáticas y supersticiosas que en otra parte se les achaca, son calificativos que tomados en el sentido que se les da entre protestantes, no quitan en lo más mínimo á la madre de familias española, el ser hacendosa, virtuosa y aptísima para educar el entendimiento y el corazón de sus hijos. Pero aunque ello sea así, no es verdad que el sexo femenino carezca en España de la instrucción que le es propia y natural. Señoras y señoritas hay entre la gente rica, que hablan correctamente el inglés, y son en muchísimo mayor número aun entre la clase media las que poseen con perfección el francés.

Sobre la moralidad se expresa así nuestro autor:

«Si habéis tratado con la mujer española, no sólo la habréis admirado, sino que además habréis sentido el atractivo é influjo mágico de su virtud. Sea lo que se fuere, yo debo confesar, que en ningún país de Europa, y los he recorrido todos, he sentido como en España un placer tan puro en el trato con señoras...

Allí, felizmente aún no es moda que los casamientos se hagan atendiendo sólo al dinero ó á consideraciones sociales... La casada, por regla general, es fiel y cariñosa cual en ningún otro país; y aunque tal vez la conducta del cónyuge haga su vida desgraciada, no se trasluce al exterior, ni llevará sus quejas á un tribunal de divorcio, ni pondrá su corazón en nuevo amante... ¿Es esto decir que la inmoralidad y el adulterio son desconocidos en España? De ninguna manera. Lo que únicamente quiero significar, es que el tanto por ciento del vicio profesional y de la relajación de costumbres, es en España muy inferior al de cualquier otra nación europea. Prueba de ello que el demi-monde es casi desconocido aun en Madrid. Y aunque en las grandes ciudades hay seres infelices que comercian con el pudor, el número de todas las repartidas por la Península no llegará á las que hay en alguna de las calles de Berlín, Londres ó París.» (Ibid., página 383.)

Ni se crea que estas virtudes sean exclusivas de sólo alguna clase social; pues como se lee algunas páginas más abajo del texto que acabamos de citar:

«Entre las clases más bajas se encuentran tantas buenas cualidades y virtudes que admirar, como entre la aristocracia. La esposa de un artesano ó labrador no cede, si es que no aventaja, á la de un Grande, en amor á su marido, en solicitud por sus hijos y en finura y bondad para con todos los que la rodean. Si llamáis á la puerta de un mesón ó de un caserío apartado, al punto el ama de la casa saldrá á recibirlos y ofrecérseos en lo que pueda servirlos. Si caéis enfermo, ora sea en un hotel, ora en una casa de huéspedes, ó en el hogar de un amigo, á buen seguro que se os atenderá y cuidará de modo que no echéis de menos el cariño de vuestra propia familia.

Con esto una vez más se demuestra lo que ya antes hemos visto y veremos también en adelante, es á saber: que la influencia del catolicismo tiende á igualar y asimilar las costumbres y á poder ser, aun las condiciones de todos los hombres como hermanos que son en Jesucristo.

CAPÍTULO V

CIVILIZACIÓN CATÓLICA EN MÉJICO

Para estudiar la civilización de Méjico nos servirán de guías dos escritores contemporáneos: uno de ellos el protestante moderado Janvier, en su *Mexican Guide* (1894); y el otro un enemigo acérrimo de la religión de los mejicanos, Mr. D. A. Wells, en su *Study of Mexico*.

En la prensa protestante han corrido tales cargos contra la conducta del clero y pueblo mejicano, que no me cupo la menor duda de hallar en dichos autores la comprobación de los crímenes imputados. A ser los hechos tan ciertos y notorios como se ha cacareado, ¿podrían sustraerse á la investigación de tan perspicaces observadores? Pues bien; ni la menor indicación, ni una sombra de lo que se decía, he podido encontrar. Por el contrario, en Mr. Janvier me hallo con el siguiente elogio: «El clero parroquial consta de hombres virtuosos y de vida ejemplar, merecedores de todo honor y reverencia (pág. 94). Mr. Wells, sin embargo, les hace responsables de la falta de instrucción (para él es sinónimo de ignorancia) en que vive el pueblo, y de la resistencia que en el país se nota á la introducción de las nuevas máquinas de producción y adelantos de civilización material (pág. 114). En otra parte amplifica lo de «las enormes riquezas de la Iglesia,» y parece insinuar que la codicia de poseerlas es la causa y el móvil de la actividad religiosa, que se nota en los eclesiásticos. ¡Es graciosa la salida! ¿Ignora acaso Mr. Wells que el Gobierno de la República ha despojado de sus propiedades á la Iglesia, á los conventos y aun á los establecimientos de caridad?

Veamos lo que hay sobre la moralidad del pueblo. El asilo de Expósitos de la capital, tiene local para 200 niños. Al darnos

esta noticia Mr. Janvier, no nos dice si estaban ocupados todos los números de que el establecimiento es capaz. Pero supongamos que lo estuvieran; y aun demosle si se quiere, hasta 250. ¿Qué significa este número en una ciudad como Méjico, donde el promedio anual de nacimientos no bajará de 2.500? ¿Cabe, pues, sospechar tan espantosa inmoralidad? En otro capítulo citaremos el testimonio de Seaman en favor de la pureza de costumbres, que caracteriza á la mujer de los países que él llama América católica.

¿Y qué decir sobre la criminalidad? De ella nada nos dice Janvier: Wells se contenta con citar una carta del Ministro de los Estados Unidos, Foster, en que sólo de referencias habla de frecuentes robos y asaltos en las líneas de ferrocarriles, á pesar de estar custodiadas por fuerza militar. Pero la mejor contestación á este cargo es la protesta oficial que el Gobierno de Méjico envió al de los Estados Unidos, de la cual entresacamos lo siguiente:

«Por cada atentado contra la vida ó la propiedad que se comete en Méjico podemos citar un gran número de hechos análogos cometidos en los Estados de la Unión. Ni es sólo esto, sino que además, tales crímenes se han cometido en vuestra República, que en la nuestra, ni siquiera se le ocurrirían al presidiario más desalmado; tal es, v. gr., el hecho de secuestrar el cadáver del filantrópico capitalista A. T. Stewart, por cuyo rescate se pide una crecida suma.

«Tratando del carácter general del pueblo, Mr. Wells cita una carta del Cónsul general americano Strother, según el cual «la condición de las clases trabajadoras es espantosa por su grosería y abandono material, no menos que por su atraso intelectual y religioso.» Nuestro autor, sin embargo, tiene el buen gusto de poner al testimonio del Cónsul la siguiente glosa: «A pesar de todo, la clase de agricultores, tanto indios como mestizos, son, por regla general, gente trabajadora, de fácil contentar y muy sumisos» (pág. 98).

Lo son, en efecto, mucho, y por eso también son estimados, según podrá juzgarse por lo que á continuación se lee:

«Al indio que por sus condiciones personales lo merezca, no se le niega la entrada en los salones de la buena sociedad, ni le está cerrada la puerta á cargo alguno de la República. No se abusa de él; ni se le arroja, como en los Estados Unidos, de los campos que sus padres cultivaron desde tiempo inmemorial.» (Ibid., página 99.)

Tocante á educación, no deja de tener gracia la flor que Mr. Wells dirige al Catolicismo:

«La Iglesia católica, estimulada por sus mismos infortunios, y queriendo *aparentemente* deshacer la acusación que se le hace de abandonar la educación, le dedica en la actualidad especialísimos cuidados: y, según se dice, en cualquier pueblecito donde el Gobierno ó algunas de las sectas protestantes abra una escuela, trata Ella de establecer por cuenta propia, dos.»

¡Ya se ve! Sin duda por rechazar el apodo de oscurantista, y no porque estime la ciencia en lo mucho que vale, habrá el catolicismo fundado en Europa 15 Universidades más que el protestantismo, sólo desde el tiempo de la Reforma. ¡Hasta que los secuaces de Lutero ó Enrique VIII encienden la antorcha científica, las más densas tinieblas cubren la redondez de la tierra!

La fidelidad del pueblo mejicano en sus tratos es tanta, que, según nuestro autor continúa diciendo, «con sólo examinar los libros de las grandes casas de comercio, se ve que el 85 ó 90 por 100 de las ventas á largo plazo fueron fidelísimamente pagadas. El siguiente hecho, rigurosamente histórico, comprobará lo que decimos: Una casa alemana establecida en el interior, contrató la compra de 200 potros, que habían de entregarse al año, pagando adelantado el precio, á razón de 20 pesos el par. (Buena prueba de la confianza que se hacía de los rancheros.) Pasó el año, y los potros no parecían. La casa comercial, segura del cumplimiento del contrato, no quiso urgir su ejecución. Y, en efecto: un año más tarde del plazo estipulado, entregábanse los animales. ¿Cuál era la causa de la tardanza? Una enfermedad, y la sequía les había matado la cría del año anterior; y en compensación del retraso, presentaban ahora tres potros por cada par.» (Ibid., página 237.)

¿Y qué decir de los modales y suavidad de costumbres?

«Los comerciantes yanquis—dice de ellos su paisano—nunca podrán hacer fortuna en Méjico; porque sus hábitos y costumbres son el reverso de las de los naturales. Nuestros modales resultan chocantes y disuenan con su *extrema finura y delicadeza*. Entre ellos, el dinero y el tiempo no tienen ese valor trascendental y sumo que entre nosotros.»

Si, lo que Dios no permita, prendiese en tierra mejicana la mala semilla que masones, protestantes y ateos están esparciendo á los cuatro vientos, quizá dentro de pocos años, no habrá hon-

rados rancheros que por infracción involuntaria de un contrato paguen tres caballos en vez de dos; ni los groseros modales del anglosajón chocarán con la suavidad y ternura del hispanoamericano: en cambio, los nobles y levantados sentimientos del corazón serán destronados, cual los ídolos del antiguo adoratorio indio, para dar lugar al gran dios yanqui, ¡el omnipotente *dólar!* ¡el peso duro!

Dos palabras sobre el estado de la Iglesia católica en la República mejicana:

«Cuando en 1867 se estableció la Reforma, toda la propiedad de la Iglesia fué confiscada. Todo convento ó casa religiosa mandóse cerrar y destinarse á fines profanos. Los miembros de las Comunidades religiosas, desde los Jesuitas hasta las Hermanas de la Caridad, que servían en los Hospitales ó enseñaban en las Escuelas, fueron desterrados de la nación. Y con tanto rigor se cumplen aun ahora las leyes de persecución religiosa, que ningún sacerdote ó monja puede andar por las calles con los hábitos ó distintivos de su clase, ni celebrar en público procesiones ó actos religiosos.

»Y aunque el culto católico es *¡permitido!* dentro de las catedrales y suficiente número de iglesias, sin embargo, aun estos mismos edificios, levantados por la piedad y fe ardiente de un pueblo eminentemente religioso, son hoy propiedad del Estado, que á su placer puede, cuando le parezca, ó venderlos, ó destinarlos á otros usos. Aun en el toque de las campanas, que para aquel pueblo creyente suenan como voz de ángeles que convidan á adorar á Dios, debe intervenir la autoridad. Las mismas ceremonias sagradas, que los católicos de todos los tiempos han considerado como Sacramentos, son aquí sustituidas por actos civiles, corriendo á cuenta de la autoridad el registrar los nacimientos, presenciar los matrimonios y dar las disposiciones convenientes para el entierro de los muertos. Y aunque á nadie que lo desee se le impide el casarse y hacer los demás actos por la Iglesia, sin embargo, la ceremonia religiosa no tiene validez alguna civil.» (*Study of Mexico*, pág. 81.)

Mr. Wells no tiene una palabra con que censurar, antes más bien parece aplaudir la confiscación de los bienes eclesiásticos: ese latrocinio de los capitales que tantas generaciones depositaron en manos de la Iglesia, para honor de su culto, sustentación de sus ministros, y patrimonio de los desheredados de la fortuna. No con-

sideraron así este brutal atropello de los derechos de Dios, no menos que del pobre, los católicos mejicanos. Por eso se abstuvieron de pujar cuando se sacó á pública subasta «la propiedad de Dios.»

En cambio, los ministros protestantes y otros enemigos jurados de la fe de aquel pueblo no fueron tan escrupulosos ni dejaron desperdiciar la buena ocasión que se les presentaba.

En la calle de San Francisco, una de las más céntricas y concurridas de la capital, está situado el antiguo convento de los Franciscanos, con una magnífica iglesia de las más bellas y concurridas. Pues este soberbio edificio, evaluado en más de 200.000 pesos, fué adjudicado en 35.000 al Obispo protestante Riley y á un conocido filántropo neoyorkino, como representantes de la Secta Episcopal Americana.

Para hacer esta clase de compras, preciso es tener la conciencia poco delicada en materia de sacrilegios, y ser hombre un poco desalmado para no amedrentarse de la histórica maldición que tan frecuentemente ha alcanzado á los poseedores de bienes eclesiásticos. Pero, sin duda, el Obispo comprador Riley debía pertenecer á esta clase de hombres. Y á fe que su conducta no desdijo de uno de ellos. De tal modo parece que empezó á gobernar la Iglesia episcopal fundada en Méjico, que mereció repetidas protestas de sus correligionarios de los Estados Unidos. El, á guisa de buen protestante, protestó también contra ellos; y de tantas protestas por activa y por pasiva, resultó que Riley se alzó con el santo y la limosna, es decir, con la Iglesia mejicana, á la cual declaró independiente, constituyéndose él en cabeza. Si Lutero y Enrique VIII, que no eran Obispos, pudieron hacer otro tanto, él, que lo era, ¿por qué no lo había de hacer? ¡Y sobre ser jefe de una Iglesia, el valor de un edificio evaluado en más de 200.000 pesos! (1).

Hablando de los numerosos levantamientos y guerras civiles que han desangrado á la América católica, ó sea á las antiguas colonias españolas, un afamado publicista, Mr. Seaman, se expresa en los términos siguientes:

(1) A la pintura que el autor nos hace del evangélico Obispo, que-remos añadir un solo rasgo con que puso fin á su misión en Méjico. Parece ser que el buen hombre se llenó de deudas, y no teniendo con qué cubrirlas, vendió la iglesia. Comprósele el Ilmo. Sr. Obispo de Méjico, D. Próspero María Alarcón, por el valor de 100.000 pesos. El Prelado se la cedió á los Padres de la Compañía de Jesús.

«Los protestantes, llenos de prejuicios contra el Catolicismo, creen que las maquinaciones del Clero católico y una religión corrompida y alterada, son la causa de casi todas estas perturbaciones políticas. Pero la verdad es que las tendencias de la Iglesia romana y sus ministros son más bien conservadoras y partidarias de la paz; pues aconseja sumisión á los Poderes legítimamente constituidos, y rara vez fomenta espíritu revolucionario, si no es cuando se trata de defender los intereses sagrados de la religión. El Protestantismo es mucho más progresista en su espíritu, más ambicioso de propagar sus principios y doctrinas, de promover la libertad política y el bienestar material de los pueblos, y por eso es más revolucionario en sus tendencias.»

Con su *mica salis*, deben entenderse algunas expresiones del párrafo copiado. Que el Protestantismo sea revolucionario en su espíritu, nadie lo negará. Mas para admitir que promueva el bienestar material y la libertad política, necesitanse otras pruebas de las que suministra la historia de los pueblos cuyos destinos han regido Gobiernos protestantes. Quisiéramos que se nos demostrara cuándo ó dónde, si en la práctica ó en la teoría, por virtud de sus doctrinas fundamentales, ha defendido y puesto en salvo los intereses del pueblo en contra de los atropellos de la autoridad. Su táctica en todos tiempos ha sido acogerse á la sombra de los Tronos y captarse su benevolencia, sin reparar para ello en medios algunos. Donde esa protección le ha faltado, ¿en qué país goza hoy de simpatías con el pueblo? Por el contrario: si el Catolicismo, á pesar de violentas persecuciones por parte de los Poderes públicos, vive robusto y se extiende y florece, como en la actualidad lo vemos en Méjico, es porque los pueblos ven en él su verdadero y leal amigo, defensor de sus derechos y verdadera grandeza, que está muy por encima de unas cuantas mejoras materiales y económicas.

CAPÍTULO VI

CIVILIZACIÓN DE LOS PUEBLOS BÁRBAROS DE OCEANÍA

La Religión católica, hoy como siempre, es la más poderosa y aun la única fuerza civilizadora que en el mundo se conoce. Es que entre los caracteres con que su Divino Fundador la distinguió, se cuentan la verdad y la santidad: aquella que disipa el error, y ésta que se sobrepone á la degradación moral.

Por eso el Protestantismo, falto de la divina misión que á la Iglesia católica confiara Jesucristo, aún no ha podido civilizar una sola nación salvaje. Gloriase, sin embargo, de haber hecho abrazar su forma de cristianismo á los isleños de Sandwich. Aún concedido que así fuera, ¿logró por eso civilizarlos; infundirles siquiera los elementos más primordiales de civilización, cuales son la conservación del ser nacional y el aumento numérico de la población?

El Censo de las Islas Sandwich, hecho por los misioneros protestantes en 1823, arrojó una población de 142.000 naturales. Este número había bajado en 1878 á 44.088; y en 1890, á 34.436. En cambio las Filipinas, evangelizadas por Misioneros católicos, tenían en 1833 una población de 3.153.290 habitantes; en 1877 eran 5.561.223, y en 1893, 7.000.000.

Un escritor protestante que dista mucho de ser afecto al Catolicismo, poniendo en parangón á las Islas Filipinas con las Sandwich, dice de las primeras:

«El Gobierno español dió á estas tribus indígenas paz y tranquilidad, dos cosas de las más necesarias para los pueblos salvajes: por eso estos malayos han prosperado tanto, bajo la dominación española.»

Después, notando el rápido descenso de la población Sandwich, que amenaza total extinción, atribúyelo á la asquerosa lujuria á que viven entregados los naturales, y añade:

«Las leyes físicas de Dios son inflexibles, y pues el freno de la religión que siguen no basta á contenerlos en su relajada conducta, preciso es que las enfermedades que acompañan á estos vicios completen la destrucción de estas gentes como pueblo.»

¡Cuánto hablan estos hechos en favor de la obra civilizadora del Protestantismo! Sin embargo, hoy que son ya católicos la mitad de los infelices kanacas, hay mayores esperanzas de que su raza no llegará á desaparecer. Y cierto, que ni desearse podía campo mejor dispuesto, ni circunstancias más favorables para desplegar todas las energías civilizadoras del Protestantismo en la conversión de un pueblo gentil.

La Sociedad de Misiones de los Estados Unidos envió en 1820 á dos de sus más celosos misioneros, Bingham y Thurston. La Reina de las Islas recibiólos con los brazos abiertos, nombrólos Consejeros Reales, hizolos prácticamente Gobernadores de sus Estados y concedióles omnimoda é ilimitada facultad para hacer de su secta la religión oficial. ¿Hay más que pedir? Se obligó por ley á todos los naturales á asistir á las instrucciones religiosas, y eran admitidos ó no al Bautismo, según que á los misioneros parecía bien. De los amplios poderes que se les concedieron, usaron en cierta ocasión que dos Misioneros católicos arribaron á las Islas. Se consideró como criminales á los que abrazasen la nueva ley, y no se paró hasta expulsar á los predicadores.

Dueños absolutos del campo, y sin rivales que los molestaran, constituyéronse los ministros con sus respectivas familias en una especie de aristocracia colonial con ribetes de Monarquía; y los pobres salvajes se vieron forzados á servir y laborear sus tierras para aquellos hombres que se apellidaban cristianos y habian venido á civilizar el país y traerles las bendiciones del moderno progreso. ¿Qué más? Hasta hubieron de tirar como brutos irracionales del coche en que viajaban sus Apóstoles, prestando el servicio de caballos y recibiendo en recompensa tal vez peores tratamientos de los que se darían á estos cuadrúpedos.

Con tales precedentes no es extraño que la obra civilizadora resultase un fracaso, y que la Sociedad de Misiones dejase de

subvencionar á los misioneros en 1850, declinando cualquiera responsabilidad sobre aquella empresa, y abandonando á los kanacas á su desgraciada suerte. Pero no es esto todo: aún falta por conocer lo más chusco y casi inverosímil de esta verídica historia.

Es, pues, de saber, que los celosos evangelizadores, junto con alguna Biblia ó libro de rezo, llevaron consigo en su entrada á las Islas grandes cargamentos de espejos, cintas, cuchillos y otras *chucherías* por el estilo; y revistiéndose del doble carácter de medio sacerdotes y medio comerciantes yanquis, abrieron público comercio de sus mercancías al precio corriente de 150 duros por un espejo y otros objetos de no mayor valor. Y como los salvajes no tenían bastantes recursos para hacerse con todo lo que excitaba su codicia, los *generosos* comerciantes empezaron á vender *al fiado*; y los *parroquianos*, ignorantes del devorador principio del *interés compuesto*, se dieron á comprar sin preocuparse mucho ni poco del día de mañana.

Pero ese día llegó algunos años después. Una mañana de Junio apareció en aguas de Haway un buque de guerra americano, la corbeta *Peacock*, cuyo Capitán, Jones, reclamaba la paga de un millón de dollars que los naturales de la Isla debían á dos *honrados* ciudadanos de los Estados Unidos. El Rey Kamehameha, después de deliberar con sus Consejeros, determinó satisfacer la reclamación, promulgando al efecto una ley por la que obligaba á todos los hombres hábiles á recoger por los montes cada uno 67 libras de madera de sándalo; y á todas las mujeres, desde trece años en adelante, á tejer cierta tela peculiar del país y hacer un género de esteras caprichosas que allí se estilan. Estos objetos fueron llevados á la China, y allí muy bien vendidos (1). (Véanse más pormenores en el *New York Herald*, 23 Abril 1894.)

Mientras los hechos que hemos relatado sucedían en Haway, en otras islas vecinas del grupo de la Polinesia, tales como las de Gambier, Wallis y Futana, al Sur del Pacífico, obtenían los Misioneros católicos los más brillantes resultados. Cuando los enviados de Jesucristo arribaron á ellas en 1840, presentaban el mismo aspecto que las de Sandwich á la llegada de los protestantes. Los naturales de unas y otras islas pertenecientes á la misma

(1) Las islas Haway ó Sandwich han sido últimamente, en 1898, anexionadas á los Estados Unidos.

raza, hablaban la misma lengua; participaban de los mismos instintos de canibales; y aun tenían las mismas supersticiones religiosas.

Pues bien: aunque aquí no hubo la protección oficial é ilimitado poder que se concedió en Sandwich, no faltó la gracia del Espíritu Santo, con la que en pocos años, todos los habitantes recibieron voluntariamente la instrucción cristiana y el Bautismo. Á nadie se quitaron las tierras, pero á todos se enseñó á cultivarlas. Y los que antes de su conversión se destruían mutuamente con sus continuas guerras, después de convertidos y educados en todas las artes de la paz, crecieron rápidamente en población y prosperidad material, y han merecido de un escritor moderno el siguiente elogio:

«Estas islas son al presente la única rama de la raza Polinesia, de quien se puede decir, con verdad, que vive y prospera.»

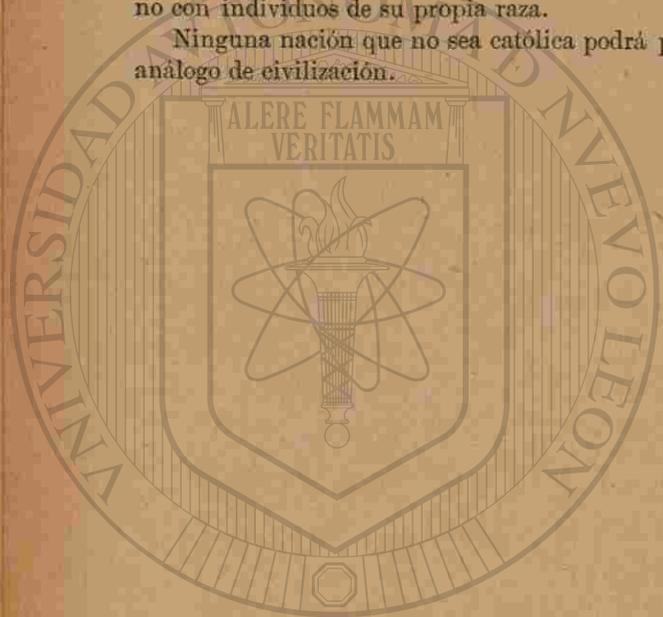
El cristianizar y civilizar tribus bárbaras es una de las obras más audaces y con frecuencia de las más peligrosas; como quiera que á los ojos de los gentiles la empresa de la conversión aparece siempre como una conquista de sus personas y tierras á extranjeros advenedizos. ¿Pueden concebir en otros, distintas intenciones de las que ellos tienen al invadir los dominios de un contrario?

Por eso nada tiene de extraño, el que aun los españoles, el pueblo más eminentemente civilizador que el mundo ha conocido, se viesan precisados á valerse de las armas casi siempre que se presentaban á una nación bárbara brindándole con las bendiciones de la fe cristiana y la civilización. Pero el primer acto de aquellos heraldos del Evangelio al tocar tierra en playa desconocida, era plantar una cruz, símbolo de paz y de amor. Y ellos, que tenían lo que no tiene ningún protestante, empapada su alma en la doctrina de Jesucristo, se arrojaban animosos á cualesquiera penalidades con tal de cumplir la alta misión que creían confiada providencialmente á sus esfuerzos.

Así que, aunque la historia presenta escenas de conquistas sangrientas y deplorables crueldades, debemos tener presente que estos son hechos aislados de algunos particulares (menos de los que se cree) motivados con frecuencia por feroces y pertinaces enemigos, pero en manera alguna de la nación cuyo primario y principal fin al arrostrar por tantas dificultades, era la salva-

ción de las almas y la extensión del reinado de Jesucristo. Prueba es de ello el haber conservado la raza indígena de casi todas sus vastísimas colonias, haber reconocido á los individuos los derechos y la igualdad que la dignidad humana reclama, haber elevado á la mujer á la dignidad de esposa del europeo, haber formado siempre la mayoría de la población con naturales del país, no con individuos de su propia raza.

Ninguna nación que no sea católica podrá presentar ejemplo análogo de civilización.



CAPÍTULO VII

CIVILIZACIÓN DE LOS INDIOS AMERICANOS

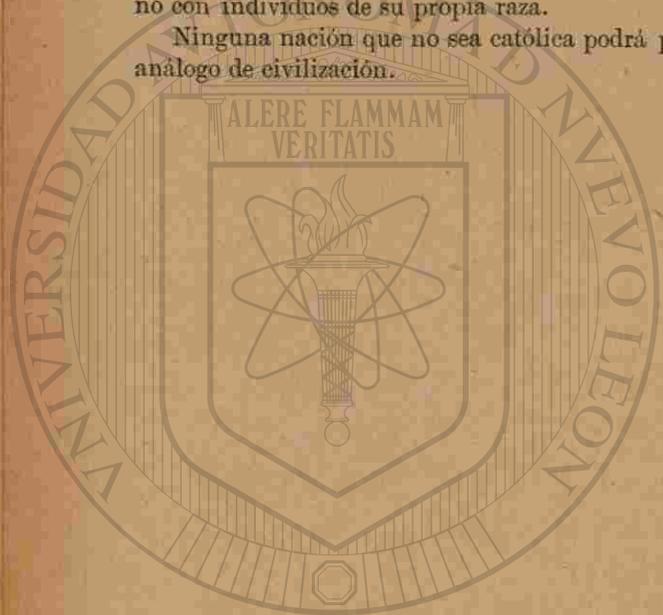
Uno de los capítulos más interesantes de la obra de Seaman, *Progress of Nations*, es el que lleva por epígrafe «Catholic America.» Y es tanto más convincente su testimonio en esta materia, cuanto que á mil leguas se traslucen sus pocas simpatías con Roma. Dignos son de ser conocidos algunos párrafos relativos á las influencias tan diversas del Catolicismo y protestantismo en la gran obra de difundir la civilización.

«Debemos confesar, en honor de las colonias españolas y portuguesas, de sus misioneros, y en general, de la política católica, que ellos conocieron el secreto de transformar las costumbres y el género de vida de más de veinte millones de indios americanos: mientras que los colonos anglosajones y germanos apenas si han ejercido influencia alguna favorable sobre unos 120.000, únicos restos que quedan de los aborígenas de la América del Norte. Los ingleses, escoceses y alemanes no guardaban consideración alguna, y casi ni sentimientos de humanidad para con los indios; mirábanlos como una casta degradada, cuyo trato era para ellos vitando: los enlaces matrimoniales de entrambas razas considerábanse como infamantes, y en algunas partes llegaron hasta á prohibirse por ley: ningún medio se puso en práctica para atraerlos á la vida social de los blancos, reprimir sus costumbres nómadas, é infundirles los hábitos del trabajo, con un sistema moderado y humanamente coercitivo, cual debe aplicarse en la infancia de toda sociedad.

»Las naciones católicas, por el contrario, siguieron una política diametralmente opuesta. Consideraron á los indios como miembros de la familia humana: dotados, por lo tanto, de en-

ción de las almas y la extensión del reinado de Jesucristo. Prueba es de ello el haber conservado la raza indígena de casi todas sus vastísimas colonias, haber reconocido á los individuos los derechos y la igualdad que la dignidad humana reclama, haber elevado á la mujer á la dignidad de esposa del europeo, haber formado siempre la mayoría de la población con naturales del país, no con individuos de su propia raza.

Ninguna nación que no sea católica podrá presentar ejemplo análogo de civilización.



CAPÍTULO VII

CIVILIZACIÓN DE LOS INDIOS AMERICANOS

Uno de los capítulos más interesantes de la obra de Seaman, *Progress of Nations*, es el que lleva por epígrafe «Catholic America.» Y es tanto más convincente su testimonio en esta materia, cuanto que á mil leguas se traslucen sus pocas simpatías con Roma. Dignos son de ser conocidos algunos párrafos relativos á las influencias tan diversas del Catolicismo y protestantismo en la gran obra de difundir la civilización.

«Debemos confesar, en honor de las colonias españolas y portuguesas, de sus misioneros, y en general, de la política católica, que ellos conocieron el secreto de transformar las costumbres y el género de vida de más de veinte millones de indios americanos: mientras que los colonos anglosajones y germanos apenas si han ejercido influencia alguna favorable sobre unos 120.000, únicos restos que quedan de los aborígenas de la América del Norte. Los ingleses, escoceses y alemanes no guardaban consideración alguna, y casi ni sentimientos de humanidad para con los indios; mirábanlos como una casta degradada, cuyo trato era para ellos vitando: los enlaces matrimoniales de entrambas razas considerábanse como infamantes, y en algunas partes llegaron hasta á prohibirse por ley: ningún medio se puso en práctica para atraerlos á la vida social de los blancos, reprimir sus costumbres nómadas, é infundirles los hábitos del trabajo, con un sistema moderado y humanamente coercitivo, cual debe aplicarse en la infancia de toda sociedad.

»Las naciones católicas, por el contrario, siguieron una política diametralmente opuesta. Consideraron á los indios como miembros de la familia humana: dotados, por lo tanto, de en-

tendimiento con que perfeccionarse y de un alma que salvar. De aquí el no huír su trato, elevar á las indias á la calidad de esposas de los europeos, dictar unas mismas leyes para blancos y colorados, instruirlos en las artes útiles y en la industria, mejorar su condición, tanto física como moral, elevarlos en la escala de la civilización y convertirlos en un pueblo quieto, pacífico y regularmente industrial. En vista de tales resultados, ocurre preguntar: ¿cuál es aquí la política humana y cristiana, y cuál la egoísta é interesada?

Los más de los escritores, por encontradas que sean sus opiniones políticas y religiosas, se expresan en idénticos términos cuando tratan el asunto á sangre fría y no movidos por la pasión. Pero todavía es más enfático Mr. Seaman en otra obra suya, *The American System of Government*, donde dice (pág. 64):

«Con nuestras tan ponderadas instituciones libres y civilización protestante, después de un periodo de doscientos cincuenta años, no hemos logrado sino medio civilizar á los 100.000 indios que han vivido á cuatro pasos de nosotros. Mientras que nuestros vecinos los españoles, con auxilio del clero católico, por medio de matrimonios mixtos y de un Gobierno y legislación acomodados, han sujetado al Evangelio y á vida civilizada á más de doce millones de indios, á quienes han elevado en la escala de la dignidad humana á un grado muy superior al que han alcanzado los aborígenas de nuestros dominios. En verdad que no tenemos por qué orgullecernos del éxito obtenido en nuestra empresa civilizadora y humanitaria.»

Estas observaciones de Mr. Seaman, las veremos exactísimamente cumplidas si ligeramente recorremos los diversos países que componen la actual América. En los que hoy son territorios de los Estados Unidos, nos encontramos con los jesuitas franceses, consagrando innumerables trabajos y aun sacrificando sus vidas por el bien de unas tribus de las más salvajes en el mismo salvajismo. De los labios de aquellos heroicos religiosos escucharon la historia de la cruz y aprendieron á adorar y amar á Aquel que murió por ellos. ¿En quién encontraron en todas ocasiones, un hermano, un amigo, un protector y maestro y consolador? En su querido «Ropa Negra», como ellos le llamaban. Y ¿quién pudo demostrar al mundo, que la religión cristiana tiene el mágico poder de convertir hordas brutales y sanguinarias en pueblos pacíficos y legales, y de refrenar con las saludables riendas del temor divi-

no una naturaleza estragada por la sensualidad más repugnante y los vicios todos del paganismo? ¿Quién? El Santo «Ropa Negra.»

Y ¿quiénes eran, en cambio, los que en vista de tan prodigiosas transformaciones, confesándose impotentes para obrar tan señalados milagros de la gracia, carcomiéndose de celos y envidia, conseguían se diesen leyes encaminadas á entorpecer la benéfica influencia del «Ropa Negra», y matar la fe y caridad divina en los corazones de los pocos indios supervivientes? ¿Quiénes? Los obispos y ministros protestantes. Ellos, sí; no por deseos de tomar sobre sus hombros la pesada carga de la evangelización, sino sólo por el placer de impedir los gloriosos progresos del Catolicismo, se complacían en poner todo género de trabas, hasta lograr, por último, arrancar á los jesuitas de sus amados indios, que huérfanos y desconsolados clamaban: Que el Gran Padre que está en Washington nos mande á los «Ropas Negras» que tanto nos aman y nos enseñan á nosotros y á nuestros hijos la manera de vivir y servir al Gran Espíritu. Pero todo en vano: la súplica se hacía á sordos (1).

Vengamos ahora á las que fueron colonias españolas: «En ellas—continúa hablando Mr. Seaman—los indios y mestizos son morigerados, sobrios, trabajadores y pacíficos; no como los negros y mulatos de todas las Indias, que están corrompidos por la laxitud de las leyes y las ambiciones políticas; de aquí que la primera sea una población mucho más civilizada que la segunda, aunque su desarrollo intelectual no sea mayor.»

De Méjico hablamos en otra parte. De Chile, nos dice Mr. Sea-

(1) Los protestantes colonizadores de la América del Norte no se contentaron con impedir á los indios el gran bien de su evangelización; hicieronles, además, cuanto mal pudieron. La historia de este país, por lo que se refiere á las relaciones entre las dos razas, puede resumirse en este solo hecho: guerra continua y exterminadora. El asesinato de tres blancos en el estado de Virginia, motivó en 1622 una guerra feroz, en que se determinó por ley no entablar negociación de paz con los naturales, sino acabar con ellos. Otro asesinato cometido por los indios Pequods, es motivo suficiente, para que se los sorprendiera de noche en su pueblo principal, y se ponga fuego á sus chozas de paja. Unos mueren entre las llamas, y los demás que huyen del incendio, son recibidos por las balas de un cuerpo de soldados formados en círculo alrededor de la población. Poco después los Wampanoags matan á ocho ó nueve ingleses; noticia que arranca lágrimas de sen-

man, después de haber ponderado los adelantos que en número de habitantes, industria y población se notan:

«Se ve que hasta un pueblo compuesto de elementos heterogéneos, puede con el impulso dado por la dominación española hacer grandes progresos, bajo las circunstancias favorables de un clima templado.» (Pág. 541.)

Y del Paraguay:

«La influencia de los jesuitas y otros misioneros que han doctrinado á estos indios y enseñadoles los usos de la vida civilizada, se ha visto coronada con el éxito más brillante. Jamás se ha conseguido análogo resultado en una población donde la diversidad de razas y lo cálido del clima, y la inferior capacidad intelectual, favorecían tan poco.» (Ibid., pág. 546.)

Pues vemos trazado á grandes rasgos los resultados de la civilización católica, veamos lo que han obtenido los protestantes; y advierto que nos suministrará los datos el mismo autor, á quien copiamos en este capítulo. Dice así de las islas Barbadas:

«Entre todos sus demás vicios, la deshonestidad es una plaga asquerosísima. Según el último censo, más de la mitad de los nacimientos son ilegítimos.»

Y de la isla Trinidad:

«La amalgama de las razas Europea y Africana es en Trinidad aún más general que en las Barbadas. En Port of Spain el nivel de la moralidad está más bajo que en la Habana, hallándose los nacimientos en la relación de 136 ilegítimos por 100 legítimos.»

De Kingston, capital de Jamaica, dice:

«Sus habitantes, en general, están sumidos en la lujuria más vergonzosa: los hijos ilegítimos son más que los legítimos.»

timiento al cacique Philip, hijo del famoso Masassoit, favorecedor y amigo de los primeros colonos. Esto bastó, para que se encendiera una sangrienta guerra en que por ambas partes se derrochó el más sañudo encarnizamiento. Los indios destruyeron 12 poblados, quemaron 600 casas y mataron de 500 á 600 colonos. Pero, en cambio, ellos fueron exterminados por las carnicerías del capitán Church; así como los Narrangansets lo fueron por el capitán Winslow. De las guerras que los holandeses tuvieron con los indios, diremos con el historiador Gögemberger, que en ellas, el procedimiento usual y corriente consistía en matar tribus enteras en masa. (Véanse más pormenores sobre esta materia en la historia del citado Gögemberger, tomo III, números 93, 94, etc.)

Y luego transcribe lo que el periódico *The American Missionary* dijo de esta isla:

«Puede un hombre ser tenido por borracho, mentiroso, infractor de las fiestas, fornicador, adúltero, etc., y, sin embargo, al entrar en un templo ú otra reunión de sociedad, no hay porque le suban los colores ni se le caiga el rostro de vergüenza. ¡Son esos vicios tan comunes, que más bien disponen al público en su favor!»

Resumamos ya con Mr. Seaman:

«En todas las islas del dominio británico, la sociedad se halla profundamente desmoralizada: la holgazanería, las diversiones frívolas y una licencia desenfrenada reinan por todas partes; la industria y el trabajo están paralizados en las más de estas islas...» (Pág. 518.)

Nada nos extraña que las condiciones de civilización sean tan lamentables en una sociedad compuesta en su mayor parte de razas inferiores, cuya única norma para la vida del individuo, de la familia y aun para el orden social, son los principios tan elásticos y acomodaticios del protestantismo. Él predica doctrinas morales á los individuos, pero carece de poder para hacerlas aceptar, puesto que, prácticamente al menos, niega la divina institución de la familia, y con impugnar la igualdad de la naturaleza humana en todos los hombres, se priva del único medio capaz de establecer verdadera y sólida armonía entre los heterogéneos elementos que concurren en pueblos formados por razas diferentes.

Ciertamente, la verdadera civilización de un pueblo empresa es únicamente reservada al catolicismo; y sin él, cuantas tentativas civilizadoras se hagan, saldrán siempre irremisiblemente fallidas (1). Y si no, ¿qué ha hecho el protestantismo con los pueblos bárbaros que ha intentado civilizar? Lo único que ha hecho ha sido degradarlos, diezmarlos y poco menos que aniquilarlos.

(1) Así lo acaba de reconocer últimamente (1901) el profesor norteamericano Lawson, uno de los miembros más ilustres de la Iglesia Bautista y político de reconocida fama. Este señor, en un discurso acerca de la desmoralización y semibarbarie de la raza negra, en la parte Sur de los Estados Unidos, confesó que su secta había fracasado en cuantos medios se habían tomado para morigerarla, y que, por lo tanto, no veía para los pobres negros otro puerto de salvación que la Iglesia católica.

CAPÍTULO VIII

MISIONES CATÓLICAS Y PROTESTANTES ENTRE LOS GENTILES DE ASIA Y ÁFRICA

Un volumen entero llenaríamos, si quisiéramos tratar con la extensión que el asunto merece los maravillosos frutos que las Misiones católicas han reportado de sus trabajos entre idólatras, al par que la esterilidad á que se ve condenado el Protestantismo, no obstante los muchos millones de duros que anualmente expende en sembrar por el mundo sus doctrinas. Pero hemos de contentarnos con citar tan sólo un testimonio, aunque de extraordinario peso, por la autoridad del testigo, evidencia de los hechos que refiere, y, en fin, porque con sólo cambiar nombres, contiene la historia de todas las Misiones protestantes.

Dice, pues, así el Dr. Isaac Taylor, canónigo protestante de York, en un artículo intitulado «El gran fracaso de las Misiones,» que vió la luz pública en la revista *Fortnightly Review*. (Octubre de 1886.)

«Más de un millón de libras esterlinas sale cada año de nuestro país, y casi otro tanto de los Estados Unidos y otras naciones de Europa, con destino á nuestras Misiones. En ellas están empleados 6.000 misioneros europeos y americanos, y unos 30.000 indigenas, á título de ayudantes ó colaboradores. Ciertamente, lo que falta no es personal.»

A continuación demuestra que han fracasado completamente en la India, en China, en el Egipto, Persia, Palestina, Arabia y África, y se pregunta: «¿Cuál es la causa de tal resultado?» Á lo que responde:

«El Dr. Legge dice que la experiencia de treinta y cuatro años de misiones le ha enseñado que es imposible hacer fruto ningun-

no mientras las sectas cristianas no depongan esa acerba animosidad que divide á unas de otras; pues esto, junto con los ejemplos de embriaguez y disolución que á veces se observan en quienes menos debiera, y la noticia de los grandes males sociales que aquejan á las naciones europeas, produce en los neófitos un efecto funestísimo. El Obispo Steere igualmente señala como dos obstáculos insuperables la desunión de los misioneros entre sí, y las rivalidades que existen entre las diversas «Sociedades de propaganda protestante» (1), cada una de las cuales desea atraerse á sí los prosélitos. Y lo mismo viene á decir, en substancia, el secretario de la Sociedad de Misiones en la Presidencia de Bombay, mister Squires. Este señor, con sus 97 asistentes, ha bautizado el último año 36 adultos y 92 niños, para lo que ha hecho un gasto de 9.441 libras y pico. Las conversiones hechas por toda la Sociedad, después de sesenta y seis años de trabajos, no llegan á 2.000, mientras que el Clero romano está convirtiendo, educando y consolando á muchísimos miles con un pequeñísimo gasto, que, en su mayor parte, es recolectado entre los mismos convertidos.» (Pág. 493.)

»A pesar de las crecidísimas sumas que las Sociedades invierten, tres cuartas partes de los que en la India profesan hoy la religión de Jesucristo son descendientes de los bautizados por los primeros Jesuitas. En los distritos que evangelizó Javier, el 90 por 100 de los cristianos son aún católicos romanos. Sólo en Travancor hay medio millón, es decir, el doble de cuantos prosélitos ha hecho la Iglesia anglicana en Asia y África. (Pág. 497.)

»Atinadamente observa Sir W. Hunter que el predicador de una nueva religión, cómo lo enseña la práctica de veinticuatro siglos, si quiere ganar los corazones, preciso es que renuncie al mundo por medio de un acto solemne, como el de la gran renuncia de Budha, y con la soledad y el ascetismo, se disponga á recibir el mensaje de que ha de ser portador. Pero nuestros misioneros no van por tales caminos. Por eso, á los ojos de los indigenas no son otra cosa que unos ingleses filantrópicos que abren una Escuela gratuita, chapurrean tal cual el indostánico, predicán en forma europea de encarnaciones y triadas análogas á las de Budha, y por las tardes salen de paseo, con su mujer y sus hijos, en un coche tirado por lindas jacas. ¡Si San Pablo, antes de salir para

(1) Hay 224 de estas Sociedades.

una de sus apostólicas excursiones, debiera exigir á un Comité de Jerusalén la pensión de 300 libras anuales, pagaderas por trimestres, y fuera cargado de un tren de mundos y baúles, y acompañado de esposa é hijos, ciertamente no hubiera cambiado la historia del mundo! (Pág. 498.)

«Este sistema, no sólo no es conducente, sino que va del todo descaminado. Es preciso adoptar el método que se usaba en los siglos que vieron convertirse al Imperio Romano y á las naciones barbaras del Norte. Lo que hoy se hace no es sino contratar, alquilar unos cuantos hombres, que se imponen la profesión de misioneros; reclutar un ejército mercenario, que estará, si se quiere, bien disciplinado, pero que, al fin, como mercenario, nunca realizará las hazañas del soldado voluntario de la Cruz. Si queremos lograr algo, necesitamos hombres animados del espíritu apostólico, del espíritu de un San Pablo, de un San Columbano, de un San Javier. Estos hombres trajeron á naciones enteras á los pies de Jesucristo, y sólo otros como ellos, si tales hombres existen, han de ser los que recojan la abundante cosecha que se descubre en el campo de la idolatría. Hay que evangelizar, no por ganarse la paga que la Sociedad señala, sino puramente por amor de Dios. Hay que dar un adiós perpetuo á las comodidades, á las amistades y compañías de Europa, y despreciando hasta la propia vida, sin otra aspiración que la de ganar infieles, participar de la suerte de los indígenas y vivir entre ellos y como ellos. El General Gordon, protestante puritano, celoso si alguno le hay, decía que nadie sino los católicos romanos llenaban el ideal de abnegación y desprendimiento que él se había formado de un misionero apostólico. En la China halló que los misioneros protestantes estaban establecidos sólo en los puertos de mar, disfrutando de la pingüe renta de 300 libras, mientras que los católicos dejaban la Europa para jamás verla, y sin esposa ni hijos, sin salario ni comodidades, internábanse en el país y acomodábanse en un todo á los usos, costumbres y aun á la vida de los chinos. Por eso los católicos conseguían tan feliz éxito, y los protestantes nada, sino es confusión y vergüenza. Es que la empresa del verdadero misionero es empresa heroica, tan sólo reservada para los que están vaciados en el molde de los héroes.» (Págs. 499-500.)

Dice muy bien: tienen que estar hechos por el molde de donde salieron, por no citar más que contemporáneos, el renombrado P. Damián y sus dos sucesores los Padres Conrady y Wendelin,

que en la actualidad están sacrificando sus vidas por el consuelo espiritual y el alivio material de los infelices leprosos de Molo-kai (1). Pero ¿á qué citar el interminable catálogo de héroes católicos, de cuyos sacrificios sobrehumanos y hazañas memorables están llenas las historias? Cuando la Iglesia católica ha de enviar algún heraldo de la fe y de la civilización, le escoge de entre aquellos hijos que en su escuela han aprendido las sublimes lecciones del sacrificio y abnegación de todo afecto por amor de Cristo; y ellos, á fuer de aprovechados discípulos, van adonde se les manda, y saben sufrir gozosos cuantas penalidades les salen al paso.

Quien desee conocer la historia circunstanciada de las Misiones, así católicas como protestantes, de nuestros días, lea la preciosa y completa obra *Christian Missions: their Agents und their Results*, por T. W. M. Marshall.

(1) A mediados de 1901 ha ido á juntarse á estos dos apóstoles de los leprosos, hoy supervivientes, un tercer compañero, joven de veinticinco años, el P. Leur.

CAPÍTULO IX

FINURA DE MODALES Y SUAVIDAD DE COSTUMBRES

En otro lugar tocamos incidentalmente la singular eficacia de la Iglesia católica en suavizar las costumbres de los pueblos sometidos á su influencia. Tal resultado es un efecto natural de las doctrinas de Jesucristo, de que ella es única depositaria y maestra. En su lema civilizador están estampadas tres palabras, muy mal entendidas de un siglo á esta parte, y que para muchos son la divisa de los enemigos de Cristo: «Libertad, Igualdad, Fraternidad.» «Todos sois libres, todos iguales, todos hermanos en Jesucristo: consideraos, pues, y trataos como tales.»

Así dijo la Iglesia católica. Ella y sólo ella fué capaz de predicar á los pueblos en guerra: «Ama á tu prójimo como á ti mismo.» Y al misterioso influjo de esta palabra cayéronse las armas de las manos á los inveterados enemigos, que se abrazaron en ósculo de paz, y en lo sucesivo conformaron sus vidas á la norma que se les prescribía en la doctrina de caridad y fraternidad.

Cuantos han estudiado con detenimiento la fisonomía de las diversas Naciones están contestes en afirmar que en los pueblos católicos, aun el más bajo vulgo no cede en nobleza y generosidad de pensamientos, en ternura y delicadeza de corazón á la clase aristocrática y de educación más esmerada. Pues si se compara el populacho sin instrucción de los pueblos católicos con el de los protestantes, cómo salta á la vista la semejanza de ambos! Poned á un rústico plebeyo de Italia, Francia, España ó Irlanda junto á otro de su misma clase nacido en Inglaterra, Alemania ó los Estados Unidos. Veréis desde luego una ventajosa desproporción á favor del primero. Notaréis en él dignidad personal, virilidad, cortesanía, delicadeza de sentimientos y ex-

quisita sensibilidad; y tal vez, sobre todo si es italiano ó español, estará dotado de un refinado gusto para las Bellas Artes. Y nada digo del conocimiento teórico de su Religión ni del práctico, que vale algo más. Pues en todos estos respectos hallaréis á la plebe protestante, tomada en general y considerada como clase inmensamente inferior, y en absoluto muy deficiente.

El juicioso observador escocés Samuel Laing se ha fijado también en el fino gusto y mayor aptitud que las Naciones católicas tienen en general para las Bellas Artes, pero no quiere que se infiera menor perfeccionamiento intelectual en los que carecen de semejantes aptitudes. Dice así:

«La música, pintura, arquitectura, escultura, danza y otras artes, tanto bellas como útiles, llaman poco la atención del público entre nosotros. Una de las notas del carácter británico es el que en sus diversiones y entretenimientos populares ha de predominar la fuerza intelectual y descollar el individuo. La caza, el ejercicio de tiro, carreras de caballos, regatas, etc., ejercen tal predominio sobre el espíritu nacional, que es empresa punto menos que imposible el conseguir inspirar á nuestra clase baja y aun media ese gusto pasivo por la música ó la pintura que reina en otras Naciones. ¿Es esto prueba de menor perfección intelectual? Creo que no. Pero, séalo ó no lo sea, es innegable que en el pueblo inglés, aun entre la clase alta, no hay gusto, ni afición, ni sentimiento, ni estima por las Bellas Artes.» (*Notes of a Traveller*, págs. 441-442.)

Por lo que toca á Religión, es cosa corriente encontrarse con personas que no tienen ninguna, porque de ninguna han oído hablar: otras hay, y en muy gran número, que, nominalmente al menos, pertenecen á alguna Iglesia, pero que en punto á conocer las doctrinas que profesan, se hallan tan en ayunas como el salvaje más salvaje del África. Aun entre la gente instruida y de letras, la inmensa mayoría no sabrá dar razón ni siquiera de los dogmas ó principios fundamentales de su secta.

Formando un chocante y desventajoso contraste con la más baja ralea de cualquier país católico, tenemos, sin ir más lejos, en nuestra misma República de los Estados Unidos, una población de dos ó tres millones de almas viviendo en una brutal rusticidad y completo abandono religioso. Me refiero á los habitantes de esa vasta región, de 500 millas de largo por 200 de ancho, llamada *The Mountain Whites of the South*. Merece la pena de

copiarse la vívida descripción de estas gentes, que se lee en un tomo publicado por la *Alianza Evangélica*, como resultado de la Conferencia general tenida en Boston en 1889.

Dijo así el Pastor protestante Rev. Jenkins, uno de los conferenciantes:

«Aun en los tiempos de la esclavitud eran estos montañeses, ó muy holgazanes, ó muy soberbios, para querer cultivar sus campos; y, como por otra parte, carecían de recursos para comprar un esclavo, las tierras quedaban sin labrar, y la miseria que era consiguiente los redujo al estado de embrutecimiento ó idiotismo en que hoy se encuentran. Aun los mismos esclavos negros los trataban con desdén, y por burla los llamaban *los blancos despreciables*. El viajero que visite hoy estos pueblos, lo primero que encontrará á la puerta de la generalidad de las chozas, será una mujer de rostro demacrado, sentada, con una gran pipa de tabaco entre los labios, los codos apoyados sobre las rodillas y el rostro sostenido entre ambas manos. Rodéala un pelotón de sucios y harapientos chiquillos, que, desde los ya crecidos hasta las criaturas que aún no saben andar, están todos mascando tabaco. Miran con ojos fijos y asombrados, y en su rostro jamás asoma una sonrisa.

«No por falta de madera, pues la tienen abundantísima, sino por sobra de pereza y abandono, construyen los *cuchitriles* que les sirven de vivienda de una sola pieza, que á la vez sirve para los usos todos de familia por el día, y para el sueño durante la noche. El inventario de estas habitaciones se hace muy pronto. Hay en ellas la imprescindible escopeta, una mesa rudimentaria, cuatro sillas desvencijadas, unos cuantos jergones tirados sobre el santo suelo, algunos platos y pucheros, uno ó dos calderos de hierro, y por cocina un montón de leña y unas cuantas piedras puestas en un rincón ahumado. Este ajuar y esta habitación no es cosa rara ó excepcional: es lo ordinario, el tipo característico. Aquí, familias de 12, 15, y, á veces, 20 individuos, comen y duermen, enferman y mueren, todo ello á la vista y tocándose unos á otros codo con codo. Aquí mismo se les hace una caja, á que, sólo por el destino, llaman *ataúd*. Poco después se dan unos ensordecedores chillidos, con que se despide al cadáver, que llevan á enterrar sin una plegaria, sin el menor aparato funeral. Éste se celebra diez, veinte ó treinta años después, y uno basta para todos los miembros de la familia muertos en este período.»

Se habla mucho de lo atrasada que está la educación en los países católicos. Veremos en otro capítulo lo que hay de verdad en este cargo. Ahora vamos á ver hecha por el mismo orador que nos acaba de pintar una familia, la descripción de una escuela.

«Al entrar en uno de estos pueblos, oís á larga distancia un gran ruido. Al acercaros más, distinguís voces humanas en la confusión más discordante. ¿Qué sucede? Nada. Es una escuela de niños que estudian gritando con toda la fuerza de sus pulmones, y en el tono más alto de sus atipladas voces. El sistema escolar tal vez os parezca extraño, pero tiene un nombre resonante y científico; llámase «enseñanza vocal.» Y en efecto, tan importante papel juegan la voz y la boca en estas escuelas, que en las nueve décimas partes de ellas hasta hace algunos años no entraba otro libro que un abecedario ó catón. Así que se cuentan por miles los que en su vida habrán visto una docena de libros; muchos ni siquiera uno, y ni sabrán lo que eso significa. Más de un millón serán los que no saben escribir, ni leer sus nombres impresos. Es un estado intelectual que ni siquiera imaginarse puede sino viéndolo entre ellos. Aun después de haberlo visto, parece como que uno duda de si la memoria le es fiel.»

De la condición moral y espiritual, dice el Rvdo. Jenkuis que la pintura más viva será débil sombra de la realidad.

«Las relaciones de los dos sexos son escandalosísimas: ha desaparecido todo rastro de sentimiento público, y no se puede poner freno alguno que los contenga.

«Sin embargo—prosigue el orador,—no son infieles; creen en Dios y en la Biblia; aunque cierto, lo que de uno y otra conocen es muy poco. Las iglesias lo son únicamente de nombre: ni creen que la religión tenga eficacia para la reforma de la sociedad. Gran parte de ellos no tienen la menor instrucción religiosa, ni idea del culto. Hay millares y millares de niños á quienes jamás se les ha enseñado á balbucear una oración en las rodillas de sus madres y que ni siquiera saben lo que es rezar.»

A continuación señala la causa de tamaño abandono religioso. ®

«Es que los ministros de estas iglesias yacen en la más grosera ignorancia. De ellos habrá, que ni siquiera sepan leer la Biblia. No es menor la inmoralidad. Conozco á uno, actualmente ministro en Tennessee, á quien, cuando va á una ciudad minera de las cercanías, cogen por su cuenta algunos chuscos para reirse un

rato á su costa: le hacen rezar y predicar en un salón de juego. La paga por el divertido sermón y rezo, suelen ser algunas copas de whiskey.

En sus fiestas religiosas reñese todo el pueblo con varios ministros á la cabeza, que aunque vendrán bien provistos de tabaco, quizá no traigan una Biblia. Empieza una monótona plática acompañada de furiosas gesticulaciones, encaminadas á producir una excitación fanática en el auditorio. El orador anda, salta, se echa por el suelo, grita y se retuerce como un energúmeno. En este momento empiezan las *¡¡conversiones!!* Los convertidos se adelantan al medio; tienen un apretón de manos con el Pastor, á lo que en su jerga llaman «incorporarse al ministro,» en vez de incorporarse á la Iglesia; se les confiere el bautismo, y es hecho miembro de la secta. Al disolverse la junta, se retiran á sus casas, sin el menor pensamiento de emprender nueva vida. Como su religión no impone carga moral ninguna, cuesta poco el profesarla, etc...

Esto bastará para formarse una idea de la desastrosa influencia que para con una gran masa de nuestro pueblo norteamericano ha ejercido el protestantismo. Y cuenta que no nos referimos al protestantismo en alguna de sus formas más groseras, de esas que José Kay calificó de corrompidas y corruptoras, sino en una forma de las más cultas y moderadas.

Volvamos ya los ojos á cuadros más risueños; fijémonos en algunas de las pintorescas descripciones que la popular novelista Ouida nos ha trazado en su *Pascarel*, donde á grandes rasgos se nos pintan las nobles prendas del pueblo italiano, aunque sin atinar con la causa de donde proceden, que es la religión. Dice así:

«El italiano, aun el de la última clase social, tiene cierto aire de reposo y dignidad, que dice perfectamente con su fisonomía, y que se descubre en la serenidad del rostro, y poéticas actitudes del cuerpo. ¡Cuán alegre es y cuán vivo! ¡Qué tratable! ¡Qué insinuante y agraciado en sus modales! ¡Qué delicado y ardiente en sus sentimientos! Cualquiera placer del gusto y el estómago sacrificaría él por el goce estético que pueden proporcionarle la vista ó el oído. Aunque sea un mendigo, sin instrucción, medio muerto de hambre y de miembros estropeados, siempre tendrá algunos delicados toques de artista, algo así como la finura y la distinción de un caballero. Si ofrece una flor á una mujer en su

cortesanía, parecerá un príncipe; y si rechaza una insolencia, se revestirá de tal aire de majestad, que no sería mayor si vistiese sedas ó púrpuras.»

En otra parte nos pinta la caridad cristiana de unos con otros.

«En las calamidades públicas, inundaciones, pestilencias, incendios, la desgracia de uno se convierte en desgracia de todos. En las naciones del Norte de Europa no hay nada comparable en lo heroico y generoso con la institución llamada *La Misericordia*. ¿Dónde se ve á un noble dejar sus salones de baile, á un novio abandonar á su dama, un comerciante sus negocios y hasta un enemigo su venganza, para acudir al escuchar la señal convenida, en socorro del pobre, del enfermo, del agonizante?»

Cambiadas algunas ligeras líneas en el cuadro precedente, están también retratados los españoles. De ellos observa Chateaubriand:

«En su aire no se nota pizca de servilismo, ni en su porte hay nada que revele abyección de pensamientos ó degradación de alma. El lenguaje del gran señor es el mismo que usan los aldeanos, é igualmente son comunes los saludos, cumplimientos, costumbres y aun modales.»

Entre las notas características de este pueblo verdaderamente católico, tal vez ninguna impresiona tanto á los extranjeros que la visitan como la práctica de la igualdad y uniformidad entre todas las clases sociales. El siguiente testimonio es de un viajante inglés:

«Diré, en honor de los españoles, que no hay nación donde, como en la suya, se observen en el trato social las consideraciones y respetos que se deben á la dignidad de la naturaleza humana; donde mejor se entienda prácticamente la conducta que todo hombre debe adoptar para con sus semejantes. No se idolatra á los ricos, ni el duque ó marqués tiene mucha ocasión de pavonearse de sus títulos, porque no hallará necios admiradores que le hagan la rueda.»

Trasladémonos ahora á una nación católica, de la que nada hemos dicho hasta aquí. Un agente de la Sociedad Bíblica, Daniel Kidder, enviado á hacer propaganda en el Brasil, publicó á la vuelta de su excursión un libro intitulado *Sketches of Residence and Travel in Brazil*, del cual copiaremos algunos párrafos, referentes á las costumbres brasileñas:

«En los tranvías y coches del servicio público se conoce ya el

temperamento suave y amistoso de estas gentes. Quien está acostumbrado á ese aire de despreocupación, á esas caras de qué se me da á mí, tan generales en los trenes y ómnibus de Nueva York, sorpréndese, y no poco, al encontrarse aquí con rostros amigos, con personas llenas de atención y urbanidad que se interesan tanto por el compañero de viaje, aunque le reconozcan por extranjero. Admiróme igualmente que de estos vehículos no se excluye á nadie, á causa de su color ó raza.» (Vol. I, pág. 161.)

Como la permanencia de Mr. Kidder en el Brasil fué hace ya medio siglo, cuando aún no se había abolido la esclavitud, nos ha dejado consignado en sus páginas un ejemplo de la suavidad y amor que se usaba con los esclavos, bien distinto del trato que se les daba en nuestro país.

«Al lado de nosotros vivía una viuda portuguesa, de edad algo avanzada, que tenía numerosos esclavos. Era un dechado de amabilidad para con ellos. Tratábalos con igual cariño que si fueran hijos. Al anochecer reuníanse todos en una vasta pieza á rezar Padrenuestros y cantar una letanía. Y tanta práctica de canto debían tener, que sus voces no desmerecían, en comparación de los buenos coros que se oyen en nuestras iglesias. Muchas veces pude observar á aquellos buenos negros que entraban con los brazos cruzados y nos dirigían al pasar junto á nosotros este piadoso saludo: *Seja louvado nosso Senhor Jesus-Cristo...*»

Semejantes reuniones de esclavos y criados son muy frecuentes en las haciendas de los campos, y no raras en las ciudades. En tales ocasiones, amos y sirvientes confundidos, aparecen iguales: el nivel de la religión los equipara.» (Ibid., págs. 159-246.)

Aunque entre los extranjeros ninguno ha puesto siquiera en duda la superioridad que la raza francesa lleva á la anglosajona en punto á urbanidad y finura de modales, sin embargo, entre los ingleses está hondamente arraigado un prejuicio nacional contra la nación vecina. Por eso es tanto más significativo el siguiente testimonio de Mr. Laing:

«Hagamos justicia al carácter francés. El dominio sobre sí mismo, y el obrar por principios de honor, virtudes son mucho más extendidas entre ellos que entre nosotros. Según yo creo, es un pueblo mucho más pundonoroso que el nuestro. Entre ellos es muchísimo más respetada la propiedad, y este sagrado respeto y veneración hacia todo lo ajeno, es una de las ideas que más se inculcan en la educación que se da á los hijos en las familias, aun-

que sean de la más baja esfera social. Está estrechamente ligado con el respeto á la propiedad el respeto á los sentimientos de nuestros conciudadanos, en lo que propiamente consiste lo que se llama urbanidad. Esta se infiltra desde los primeros años en el alma de los franceses, cualquiera que sea la clase social á que pertenezcan, enseñándoles á hacer siempre lo que sea agradable y pueda dar placer á los demás. Nosotros, los ingleses, solemos despreciar ese espíritu, por creer que únicamente consiste en meros cumplimientos de palabra y en superficiales apariencias exteriores. Pero, en realidad, ese respeto á los sentimientos y bienestar de los demás es un hábito moral de gran precio, que si llega á generalizarse, es un poderoso factor para la educación de las familias. Pues por medio de los modales finos y de las conveniencias de la urbanidad, tanto los padres como los hijos se informan en el espíritu de moralidad de que nacen, ó al que suplen las etiquetas sociales. En este género de educación de familia, nuestra clase baja y aun media se hallan muy deficientes. Y es un honoroso distintivo del carácter nacional y economía social de la Francia, el que en ella, más que en ningún otro país de Europa, se enseña la moral práctica, por medio de la finura y urbanidad.» (Notes of a Traveller, pág. 79.)

Lo que acaba de decirse de Francia, proporcionalmente puede aplicarse á los demás pueblos católicos, en cada uno de los cuales notaremos serle peculiar cierto tono ó cierta forma en el lenguaje y gesticulación, de atractivo encantador. Quien haya estudiado la historia de Irlanda y no haya tratado á los naturales de ella, no podrá menos de figurarse al aldeano irlandés, después de tres siglos de la más despiadada persecución, reducido á un estado de brutal y rudo salvajismo. Sin embargo, ¿cuál no sería su agradable sorpresa si visitando aunque sea los distritos más pobres y estériles, se encontrara con un pueblo digno de figurar entre los más finos, urbanos y simpáticos del mundo? Y si nuestro visitante, á fuer de filósofo, quisiera investigar la causa de este hecho social, ¿podría encontrar otra, que las humanizadoras influencias de la religión, á que los irlandeses están tan fuertemente adheridos? Dondequiera que ella informe y dirija la vida social de un pueblo, allí como en Irlanda serán los hombres urbanos, alegres, caballerosos, considerados y respetuosos para con todos, obedientes para con los superiores, serviciales para con los iguales, deferentes para con las mujeres, tiernos y afectuosos para

con los niños, y en fin, correctos tanto en la forma moral como en el tono del lenguaje, sin nada de esas palabras groseras ó soeces que forman la conversación ordinaria y favorita de algunas gentes. Esta pintura, con más ó menos variantes, siempre pequeñas, es el retrato etnológico de todos los pueblos que viven de la savia vivificadora del Catolicismo. ¿Es también aplicable á los que el Protestantismo ha criado á sus pechos? Quien desee respuesta categórica y probada con hechos, lea la revista *Lippincott's Magazine* (Enero de 1892), donde encontrará un interesante artículo, «La pérdida de la urbanidad», que no copiamos aquí por no alargarnos.

Una de las causas por que el pueblo protestante carece de esa finura y elegancia de sentimientos y modales, es porque su Iglesia ha suprimido con las ceremonias del culto una de las más eficaces escuelas de educación. La urbanidad esencialmente práctica, mejor que estudiando sus reglas en algún libro sobre la materia, se aprende tratando con personas bien educadas y observando su manera de conducirse. Del mismo modo, el ceremonial de la Iglesia católica pone ante la vista de sus fieles admirables ejemplos de respeto, humildad, mansedumbre y otras virtudes de constante uso en las relaciones mutuas de la vida social, y de ahí esa poderosa influencia que, tal vez sin conocerlo y sin quererlo, ejercen en su vida las ceremonias que tantas veces han presenciado, y en que tal vez han tomado mucha parte. Además, contribuye al mismo efecto la constante inculcación y práctica de las virtudes cristianas, las cuales son como el fundamento que sustenta, y el alma que anima y vivifica á la verdadera urbanidad y policía. Así lo reconocen cuantos por razón de su estado se consagran á enseñar este importante ramo de la educación social. Entre ellos, el Santo Fundador de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, San Juan Bautista de la Salle, dice las siguientes palabras en un tratado que escribió sobre urbanidad:

«Es muy chocante que haya tantos cristianos para quienes la urbanidad y buena crianza no pasa de ser una cosa meramente humana y natural. Esto indica cuán poco espíritu cristiano hay en el mundo, y cuán contados son los que conforman sus vidas y su conducta con las enseñanzas de Jesucristo. Todas nuestras acciones exteriores, al ajustarse á las reglas de urbanidad, deben llevar también el sello de la virtud cristiana.» (*Les Règles de la Bienséance et de la Civilté Chrétienne.*)

Si el escritor, con todo y pertenecer á una Nación tan justamente célebre por su finura, halló que aun sus paisanos distaban mucho del ideal de urbanidad cristiana, ¿con qué epítetos hubiera calificado á otros pueblos que en este particular son muy inferiores al francés?

Pero donde, á no dudar, se nota con mayor dolor la ausencia más completa de sentimientos tiernos y delicados, es en el tinte secularizado, ó, mejor dicho, embrutecido, que, gracias al Protestantismo y espíritu del siglo, revisten actualmente las relaciones de la familia, fundamento y sostén de la sociedad. Son muy oportunas para cerrar este capítulo las siguientes palabras del eminente filósofo español Donoso Cortés (*Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo*, cap. II):

«En las edades católicas, la tendencia de la familia es á perfeccionarse: de natural se convierte en espiritual, y del hogar pasa á los claustros. Mientras que los hijos se postran reverentes en el hogar á los pies del padre y de la madre, los habitantes de los claustros, hijos más rëndidos y reverentes, bañan con lágrimas los sacratísimos pies de otro Padre mejor, y el sacratísimo manto de otra Madre más tierna. Cuando la civilización católica va de vencida y entra en su período decadente, luego al punto la familia decae, su constitución se vicia, sus elementos se descomponen, y todos sus vínculos se relajan. El padre y la madre, entre quienes no puso Dios otro medianil sino el amor, ponen entre los dos el medianil de un ceremonial severo, mientras que una familiaridad sacrilega suprime la distancia que puso Dios entre los hijos y los padres, echando por el suelo el medianil de la reverencia. La familia, entonces envilecida y profanada, se dispersa, y va á perderse en los clubs y los casinos... La familia humana anticatólica dura entre el padre y la madre algunos años; entre el padre y los hijos, algunos meses; la familia artificial de los clubs dura un día, la del casino un instante...»

CAPÍTULO X

FELICIDAD POPULAR

Es una verdad de todos admitida que el fin primario de la humana sociedad no es otro que asegurar á los individuos que la componen la asecuración de su felicidad. Los padres de nuestra República Norteamericana enunciaron ya este principio como fundamento y sostén de todo orden social; pero mucho antes que ellos lo proclamó la Iglesia católica, y en su defensa y planteamiento escribió una de las páginas más brillantes de su brillantísima historia. Nadie á quien guíe la buena fe podrá negar al Catolicismo la gloria de haber llevado á cabo la alta misión de labrar la felicidad de los pueblos, de haberles dado tal forma de civilización que garantice el mayor grado de prosperidad al mayor número de individuos posible: debiéndose atribuir el secreto de esta mágica influencia al poder sobrenatural que le asiste de unificar y fundir en uno los antagonismos más encontrados de raza y condición social.

Si; entre los acontecimientos más sorprendentes que registra la Historia debe contarse la transformación del mundo pagano en la nueva civilización que sobre sus ruinas levantara el Cristianismo. Pero la grandeza é importancia de este hecho sube de punto si se considera que la Religión del Crucificado supo convertir á sus seguidores en hermanos, é inspirarles sentimientos de la más íntima fraternidad é igualdad, á pesar de múltiples y necesarias desigualdades físicas, intelectuales y morales. Y esta igualdad se plantea, no rebajando á las clases elevadas, sino levantando á las inferiores; no estableciendo la autoridad sobre la fuerza bruta, apoyada por bayonetas ó mayorías anónimas y sin conciencia, sino inspirando sentimientos de justicia y lega-

lidad; no degradando la obediencia, hasta trocarla en sumisión servil, sino ennobleciéndola hasta convertirla en una virtud que todo hombre libre debe conservar como el baluarte y salvaguardia de sus más preciadas libertades.

Cuanto esta doctrina de solidaridad humana sea desconocida en una sociedad, tanto el nivel de civilización estará en ella más bajo, y tanto más se alejará del prototipo ideal á que la Iglesia católica en todos tiempos ha aspirado: de aquel estado en el que cada individuo, según su esfera, no sólo ejercita libre de trabas los derechos que le son inalienables, de tender hacia su felicidad, sino que aun es ayudado en esta misma tendencia por el concurso de sus hermanos cristianos. Y como el espíritu de Jesucristo dista mucho de cifrar la ventura del hombre exclusiva y primariamente en el goce de ningún bien criado, de ahí el que los pueblos vaciados en los moldes del Catolicismo manifiesten mayor indiferencia, aunque no desprecio, por el acumulamiento de riquezas y comodidades corporales, formando chocante contraste con esa ansia febril de dinero y enervantes placeres, que constituye la característica poco honrosa, de las Naciones educadas en la escuela del Protestantismo.

Y porque los católicos se dan por contentos y satisfechos con una medianía y moderación de bienes temporales, motéjaseles de retrógrados, olvidando al lanzar semejante acusación que el fin primario de la sociedad es hacer virtuosos y prósperos á la colectividad de ciudadanos, no amontonar riquezas y privilegios sobre unas cuantas individualidades; en una palabra, hacer que el dividendo de felicidad que se posee quede dividido por el divisor mayor que sea dable. Este sistema político podría formularse: «La mayoría de los ciudadanos no han de ser ni muy ricos ni muy pobres. La estabilidad de los Estados se halla en razón directa del número de fortunas medianas.»

La prueba más convincente en abono de esta doctrina nos la suministra la Historia, demostrándonos que hasta la desastrosa revolución de la Reforma no se conocía en Europa el Pauperismo, ni había sido preciso fundar ninguna de esas instituciones á que más tarde se ha apelado para sanar esta llaga social. La palabra «pobre,» en la acepción que hoy se le da, ó sea «el Pauperismo,» debe su introducción en los modernos idiomas al Protestantismo.

Cuantos hayan leído el afamado poema *The Deserted Village*

(*La aldea abandonada*), de Goldsmith, no habrán podido menos de deleitarse con el aroma de felicidad que se respira en aquellas descripciones tan encantadoras de la vida del pueblo, que no son sino un vivo retrato de la Inglaterra anterior á Enrique VIII. Aquella idilica, *Auburn*,

... El más risueño hogar de todo el valle
Do la salud y la abundancia olean
Del labrador la sudorosa frente;
Do la florida primavera paga
Su primera visita; do el otoño
Aun flores lacias al partirse deja...

no es más que un modelo que nos presenta el tipo general de las aldeas inglesas:

«Moradas de la dicha y la inocencia.»

Y eso eran, en realidad, mientras el Catolicismo las cubrió con su manto protector. Pero vino la Reforma, trayendo no sólo una nueva religión, sino también un nuevo orden social de puro progreso material; y aquellas gentes, hasta entonces alimentadas por la fertilidad de la Madre tierra, se encontraron de la noche á la mañana despiadadamente despojadas de sus pequeñas pero suficientes posesiones, y con ellas también de los sencillos y naturales goces que les proporcionaban el arraigado apego á su pueblo natal y á su hogar, y la compañía simpática y cordial de íntimos amigos de la infancia. Con esto solo podían cantar y reír, como nos dice el poeta. Pero cuando la nueva secta excitó ese amor desmesurado de riqueza; esa hambre de goce material, el alegre y risueño aldeano se cambió en el melancólico mendigo á quien el hambre

Á latigazos de sus lares lanza
Y desdeñoso le hunde en tumba innoble.

Dejamos de traducir una larga y sentida descripción en que pinta Goldsmith el miserable estado á que se vió reducido aquel pueblo, un tiempo tan envidiable, para señalar los frutos que en la nueva era se cosecharon. Fueron éstos el Pauperismo, la esclavitud de fábricas y minas, el crimen, la prostitución y el destierro voluntario.

¡Razón tiene para estallar de indignación y de pena el corazón del poeta ante la vista de tan doloroso cuadro!

No es extraño ya que Guillermo Cobbett, el escritor protestante tan conocido por su entereza incorruptible, nos diga «que la Reforma fué una devastación general de Inglaterra, en aquella época el país más feliz que tal vez había en el mundo.» ¡¡Como tampoco hoy habrá otro de mayor miseria y degradación, según habrá podido verse con sólo hojear este librito!

La civilización católica dirige preferentes cuidados á mantener inmovible y sobre sólidas bases la vida de familia, fundamento sobre que ha de descansar la felicidad popular. Mientras la justicia y la caridad no presidan el orden social, mientras no se distribuyan suficientemente los medios de subsistencia que han de conservar el calor y mantener el encanto de la vida del hogar, será deseo irrealizable el aspirar á la prosperidad de una nación ó comunidad civil. Como el ave tiene su nido, y la fiera su guarida, y la culebra su cueva, así también el hombre debe tener su casa; un pedazo de terreno que pueda llamar suyo y sea el centro en torno del cual giren sus cuidados y sus amores. Por eso el Catolicismo ha impreso un sello indeleble de santidad sobre la familia, y aun la morada en que ella habita ha sido consagrada con oraciones propias y un rito peculiar.

Directamente opuesto es el objetivo á que tiende la civilización anticatólica: deshacer la divina institución de la familia; profanar y degradar la santidad del hogar; y hacer prácticamente imposible la vida doméstica, sobre todo en las grandes ciudades (1). ¡Oh! Si Goldsmith viviera en nuestros días, ¡cuán patética y sentidamente expresaría su musa aquellas ideas que con tanta verdad escribió la prosa de Ruskin!

(1) En la desaparición de la vida de familia ha influido muy principalmente una causa de que el autor nada dice, y es el trabajo de las mujeres en las fábricas. El número de las que en estos trabajos se ocupan es grandísimo. En 1847 se empleaban en los telares de Inglaterra 544.876 personas, de las cuales eran mujeres ó niños menores de diez y ocho años 363.796. En las fábricas de tejidos de Suiza trabajaban en 1882 unos 85.703, de los que eran mujeres ó niños 58.214. (*Schweizer Fabrik statistik*, Berna, 1883.)—La misma industria ocupaba en Alemania el año 1881 á 122.180 mujeres, cuya edad era de doce á veintisiete años.

«Aunque le ensordece el ruido de las máquinas hiladoras y el estrépito de los telares, nuestro pueblo no tiene vestidos; aunque se halla ennegrecido de carbón, tiembla de frío; aunque siega millones de fanegas de trigo, muere de hambre, por faltarle un pedazo de pan.»

Y, sin embargo, las hiladoras deben hilar, y los telares tejer, y las minas excavar, y cultivarse los campos; mas al ver al que fabrica las telas harapientas, al que soterra la hulla aterido de frío, y al que siembra y cosecha los granos muertos de hambre, ¿no nos ocurre preguntar entre sorprendidos e indignados: «¿Es esto civilización?» ¿Y en qué países se practican en mayor escala estas repugnantes contradicciones, esta negación práctica de los principios más esenciales de humanidad y progreso? Precisamente en los que más alardean de adelanto material; en los que se tienen por más cultos: en los países protestantes. Y ¿en dónde no muere el pueblo de hambre y de frío; y las familias viven en casas, como seres humanos; y aun los mendigos gozan, al igual que los aristócratas, la más sublime dicha que el hombre puede experimentar en vida, y sobre todo en la hora de la muerte, mediante el conocimiento y consoladora práctica de su divina religión? Pues todo esto sucede en los países a quienes más se moteja de retrógrados, obscurantistas y estólidamente ajenos a los triunfos de la Edad moderna; es decir, en los países católicos.

La economía política, horrorizada ante la pérdida del bienestar popular, acaecida en estos últimos tiempos, ha indagado su causa, y, por fin, la ha encontrado en la organización del sistema industrial. Cuánto trabajo de zapa no ha debido preceder a la implantación de semejante sistema, y qué espantosa desmoralización de las masas no supone la aceptación y paciente sufrimiento de tanta injusticia, puntos son éstos que jamás llegarán a comprender los economistas. No; el pueblo no entregaría voluntariamente su alma y cuerpo a ominosa servidumbre, ni habría en el mundo tiranos poderosos a reducirle a tan lamentable estado, si antes no hubieran desaparecido de las conciencias las más rudimentarias nociones de dignidad y felicidad humanas; si antes no se hubiesen negado y pisoteado los más inviolables derechos de Dios y del hombre.

A la proclamación y defensa de estos sacrosantos derechos se han enderezado en todo tiempo los afanes del Catolicismo; y dondequiera que esta sagrada religión ha tenido autoridad suficiente

para implantar y hacer aceptar sus doctrinas de orden social, allí vemos al punto un pueblo verdaderamente libre y feliz.

El Catolicismo perdió su antiguo poder en Inglaterra; nuestros lectores conocen ya las consecuencias inmediatas de este hecho: la pérdida del bienestar popular. De la misma manera en las demás naciones; según que la Iglesia romana ha ido perdiendo su influencia y ganándola el Liberalismo, según que la vida social y teorías económicas netamente cristianas han sido reemplazadas por el moderno sistema industrial anticristiano, ha ido proporcionalmente desapareciendo la dicha de las naciones, y los pueblos han sufrido las calamidades que forman el séquito forzoso de nuestra moderna civilización, basada sobre el falso principio de buscar primero el reino de este mundo y su gloria, dejando completamente olvidado el reino de Dios y su justicia.

Y esto debe suceder así necesariamente. Porque el ideal de la por antítesis llamada civilización, inaugurada por el Protestantismo y desmenuada por el Liberalismo, no puede realizarse sino con esos sistemas industriales que hacen del obrero un esclavo que vende su trabajo, no por su valor real, ni siquiera por el del artículo que fabrica, sino por el que la codicia de un amo sin entrañas le señala, y él se ve precisado a aceptar, constreñido por el hambre, frío y desnudez que amenazan a su mujer y a sus hijos. Explotado de tan brutal manera el obrero, y convertido desde la madrugada hasta la noche en una simple máquina humana, su vida de familia desaparece por completo, y con ella los gozos más íntimos y nobles. Oigamos sobre el particular a dos ilustres dignidades de la Iglesia romana, el Cardenal inglés Manning y el Obispo americano Spalding, ambos incansables adalides de los derechos de las clases obreras. Dice así el Cardenal:

«Si la vida doméstica es de una trascendencia suma; si la paz y pureza de la familia, la educación de los hijos, los deberes de madre y esposa y de padre y esposo, están imperiosamente prescritos por el derecho natural, y son más sagrados y preciosos que cuantos artículos se presentan en un mercado, ¿puede la ley permitir que arbitraria e injustamente, en un precio bajísimo, se compren los brazos e inteligencia de un hombre, y juntamente se destruya la vida doméstica, se abandone la educación de los hijos, se conviertan las madres en máquinas vivientes, y los padres en esclavos del trabajo, sin otra interrupción que el tiempo preciso para tomar un escaso alimento y un corto sueño? Es pre-

ciso desandar este peligroso camino. Las cosas no pueden ir así; las cosas no deben ir así. Debe fijarse un límite á la acumulación de riquezas en manos de determinada clase y de contados individuos. El bienestar común no puede asentarse sobre estas bases.»

(*Characteristics.*)

El Obispo Spalding se expresa del modo siguiente:

«El obrero es hoy en día un complemento de la máquina. Su trabajo requiere poco aprendizaje y menos habilidad: y por lo mismo que es tan fácil, siempre abundan quienes lo puedan hacer; con lo que los jornales abaratan hasta ser lo puramente preciso para no morir de hambre. Si por cualquier causa deja un día de trabajar, queda convertido en un pordiosero, y un enjambre de pretendientes solicitará ocupar el vacío que queda en el taller.

La evolución social ha creado una nueva especie de seres, una raza de hombres-máquinas destinada á ser parte integrante de las enormes maquinarias que transforman el mundo. Esta raza singular forma un pueblo aparte que no ha reconocido igual, ni aun siquiera en el mundo pagano. Tienen el nombre de libres; pero en realidad son esclavos: fabrican lujosísimas joyas y ellos visten andrajos; trabajan en verdaderos palacios y viven en chozas ó cuchitriles. Su trabajo es por demás penoso é insalubre, y sin embargo, el salario no alcanza á sustentar á sus esposas é hijos. Cuando la enfermedad ó la vejez los inutiliza, arrójanlos á la calle ó á un hospital. ¡Y el capitalista que así ha chupado la sangre del pobre, pasa ante el mundo como persona honrada!

Uno de los males más graves que afligen á las ciudades industriales es la disolución de la vida de familia. ¿Qué vida de familia pueden hacer, si muchos infelices ni aun casa tienen en que poder vivir? ¡Ni una casita que hayan heredado de sus mayores, y esperen legar á sus hijos, santificada con los recuerdos del pasado y los encantos del presente! Su habitación es, cuando más, un cuarto arrendado en algún barrio ó callejuela desviada, donde viven confundidos en espantosa mescolanza y respirando un aire viciado y corrompido, no menos química que moralmente, la niñez y la ancianidad, la inocencia y el vicio, la virtud y el crimen. Los niños asfixiados en aquella atmósfera deletérea corren á la calle no bien asoma la aurora; y los charcos de las aceras ó las plazas donde ven y oyen lo poco bueno y mucho malo que

allí pasa, son las escuelas donde reciben la educación que el día de mañana los haga miembros útiles de la sociedad.» (*Mission of the Irish race.*)

Oigamos ahora otra voz, salida del centro de ese gran poder protestante, Alemania. El Dr. Engel, Director de la Real Sociedad Estadística de Berlín, nos dice:

«Los estadistas más afamados y otras personas de las más autorizadas en la materia, han dado ya su juicio sobre el moderno sistema industrial, y han dicho de él, que es el sacrificio del ser humano al capital; la consunción del hombre, ya por el gasto de sus fuerzas individuales, ya por la debilitación de generaciones enteras, por la disolución de la familia y la ruina de la moralidad: males todos que han traído á la sociedad al borde de una espantosa catástrofe.»

¿Puede el Protestantismo declinar la responsabilidad de haber traído al mundo civilizado á tan inminente peligro? Pues ¿qué, ¿no es él quien sin cesar ha colmado de elogios las aparatosas ostentaciones de prosperidad meramente material; quien se jacta de haber encauzado las corrientes sociales en la dirección que ahora llevan? ¿No reprocha al Catolicismo de servir de rémora al triunfante carro del moderno progreso?

¡Ah! La diferencia existente entre lo que es hoy el moderno sistema industrial, hijo del Protestantismo y Liberalismo; y lo que hubiera sido bajo la influencia predominante del Catolicismo, no consiste ciertamente en el desarrollo y adelanto mayor ó menor que en uno ú otro caso pudiera adquirir, sino en el carácter de los principios sobre que se hubiera fundado en una ú otra hipótesis. El principio fundamental del moderno sistema laico es la ganancia; pura y simplemente la ganancia. Pasa ya por axioma que ni las necesidades morales y sociales de los obreros, ni las calamidades generales que á veces afligen á los consumidores, tienen derecho á disminuir en un centavo el producto total del rendimiento. De ahí el que el capitalista contrate directamente los trabajadores, y directamente venda los objetos preparados ya para el consumo; el que compre las materias primas en el mercado más barato y exporte al más caro sus artefactos.

Con la mira puesta exclusivamente en el lucro, hácese uso del poder financiero para dominar en las plazas comerciales, y se procura que donde se venden los objetos de segunda mano sea siempre el abastecimiento inferior ó igual al consumo, con lo que

los precios habrán de mantenerse subidos; mientras que, por el contrario, se hace que las materias primas estén siempre en exceso y se pueda comprarlas á la baja. A lo mismo tiende esa absorbente centralización comercial é industrial, la formación de poderosas Compañías, ó *trusts*, como hoy se dice con término corriente, las cuales, acaparándose toda una industria ó la venta de un artículo, consiguen que, tanto obreros como consumidores, estén á merced de unos cuantos monopolizadores que procurarán sacar el mayor partido posible de su ventajosa situación.

Siguiendo el rastro del progreso laico, tras de los *trusts* nos encontramos con los sindicatos, entre cuyas garras vienen á parar inmensas extensiones de terreno, arruinando de este modo á los pequeños propietarios, y poniendo á disposición de unos pocos accionistas á la clase agrícola entera. Si seguimos por el camino que hasta aquí llevamos, llegará un término en que comercio, industria y agricultura vengán á parar á manos de unos pocos, que forzosamente habrán de hacerse *muy ricos*; mientras que el resto de la humanidad proporcionalmente se hará *muy pobre*. Y si la Divina Providencia, ó alguna revolución social que cambie la faz del mundo, no pone un término á tantas injusticias, el resultado lógico y natural de esta inhumana explotación será el convertir al género humano en esclavo de la vil y rastrera plutocracia; el más indigno é insoportable de todos los tiranos.

El sistema industrial católico admite, sí, el interés y el lucro como un motivo legítimo y aun necesario para estimular la actividad del hombre; pero en ninguna manera hace de él la razón suprema que deba gobernar las relaciones del capitalista con los obreros ó los consumidores. El engrandecimiento de un cierto número de personas ó de determinada clase á expensas de la colectividad, es del todo contrario al espíritu del cristianismo. El derecho á adquirir riquezas no es tan sagrado, que á ningún otro deba ceder; ni su adquisición un bien tan precioso que nada más haya que apetecer. Es de más valor, y por tanto más deseable, el cumplimiento de los deberes de caridad y justicia para con el prójimo, que la razón nos dicta y el Evangelio nos prescribe. ¿Cuál es el orden social que el catolicismo tiende á realizar? El asegurar la felicidad al mayor número. ¿Con qué medios cuenta para asegurar la realización de este fin? «Haz con otros lo que desearías se hiciera contigo.» Esta es su norma de justi-

cia. «Ama al prójimo como á ti mismo.» Esta es su norma de caridad.

Si el mundo estuviera bien imbuido en estas máximas de justicia y caridad, no se haría el fabricante el siguiente cálculo: «¿Cómo puedo yo arreglarme para pagar lo menos posible á mis jornaleros, y cobrar lo más posible á mis clientes?» Sino que más bien se echaría esta cuenta: «¿Cuánto puedo aumentar los jornales y rebajar los precios, de modo que me quede todavía un producto líquido, honesto y razonable?»

Saltan á la vista los resultados que se seguirían de semejante conducta. Habría una relativa igualdad de clases, tan necesaria para la conservación de la sociedad; las fortunas serían moderadas; desaparecerían á la vez la plutocracia y el pauperismo; no habría ocasión para esos violentos alzamientos del Trabajo contra el Capital; y, por último, el Socialismo y Anarquismo se harían imposibles. Si no con absoluta perfección, que en lo humano es punto menos que imposible, al menos, sí, con grandes ventajas, se ha visto realizado este orden de vida social dondequiera que el Catolicismo, libre de trabas, ha hecho sentir sus benéficas influencias. Dígalo la católica Inglaterra, la católica Alemania, la Italia, Francia y España de siglos pasados.

¡Ah, cuán ciegos están los pueblos para conocer la verdadera causa de sus infortunios y para distinguir al que de verdad es su amigo, de quien no lo es más que de nombre! La Iglesia católica jamás ha dicho palabra ó realizado acto que ni á mil leguas tendiera á coartar los legítimos derechos ó perjudicar los verdaderos intereses de las clases pobres. Tanto es así, que los anarquistas, en sus impíos atentados contra toda autoridad, y los socialistas, en sus locos ataques contra todo derecho de propiedad, alegan blasfemamente la autoridad de la Esposa de Jesucristo, interpretando su amor hacia las clases necesitadas como una aprobación implícita de criminales desvarios, tan perjudiciales, si ya no más, para los pobres que para los ricos. Pero no, no son los derechos del motín ó de la dinamita los que la Iglesia ha patrocinado. Hoy, como ayer y como siempre, su doctrina, fundada sobre la legalidad y la justicia, es la misma: la que se halla contenida en la Encíclica *Rerum Novarum*, que sobre la condición de los obreros escribió hace pocos años el actual Pontífice León XIII.

En este importantísimo documento, después de señalarse las causas productoras de los graves males que hoy afligen al

mundo, se indican los remedios que se deben aplicar. Dice así el Papa:

«Si prevalecen los preceptos de la ley cristiana, ambas clases, capitalistas y proletarios, ricos y pobres, estarán unidos no sólo con los lazos de la amistad, sino también con los del amor fraternal. Porque, de este modo, entenderán y sentirán que todos los hombres son hijos de un Padre común, que es Dios; están destinados á un mismo fin, que es la posesión de Dios mismo, único objeto que puede hacer la felicidad de hombres y ángeles; están redimidos por la sangre de Jesucristo y elevados á la dignidad de hijos de Dios, uniendo, por lo tanto, lazos fraternales á los hombres todos entre sí y á los hombres con Jesucristo, *el primogénito de todos los hermanos*. Si la sociedad busca algún remedio á su mal, no le hallará sino en la vuelta á las prácticas é instituciones del Cristianismo.»

No es posible seguir copiando más de esta hermosa Encíclica, que, ciertamente, no contiene la proclamación de alguna doctrina nueva, sino una repetición é inculcación de la que en todos tiempos se ha enseñado en la Iglesia romana. Ni para esta enseñanza en una brillante teoría, sino que también cuenta con medios para llevarla á la práctica.

¿Y cuáles son ellos? ¿Acaso la fuerza de las armas, las algaradas del motín, ó las incendiarias arengas á una multitud desesperada? Todos estos imaginados medios, lejos de mejorar la situación, sólo sirven para empeorarla (1). La única esperanza de salvación está en que se proclamen y extiendan sanos y verdaderos principios de una vida social fuerte y vigorosa, y en que los aplique á la práctica una fuerza moral capaz de afrontar la mag-

(1) De un estudio sobre las huelgas hecho por Mr. Carrol Wright, entresacamos estos datos. En 1889 las huelgas fueron 471, y 120.000 el número de huelguistas; dos años después, en 1891, habían subido las primeras á 1.411, y los segundos, poco más ó menos, á 500.000. La cesación del trabajo produjo á los obreros durante estos dos años una pérdida total de 260 millones de francos, ó sea 200 francos por cabeza. Eso sin contar los 17 millones empleados en sostener la huelga, salidos también del bolsillo de los obreros. Los patronos, á su vez, sufrieron una pérdida de 150 millones de francos, que, sumados con lo perdido por los proletarios, forman una pérdida de 400 millones para el mundo del trabajo.

nitud de la obra; empresa superior á todo otro poder sobre la tierra que no sea el de la Iglesia católica.

En el número correspondiente al 10 de Mayo de 1894, publicó el periódico *Independent*, órgano del Protestantismo, un artículo muy notable, intitulado «Religión en América.» Está firmado por un japonés, Profesor de la Universidad de Tokio. La única forma de cristianismo que conoce es la protestante: y comparándola con las enseñanzas del Evangelio, hace las siguientes observaciones:

«Hay entre ellos muchas personas que mueren de hambre ó se suicidan por no tener que comer, aun en los años de cosechas buenas. El mundo es rico, y los trabajadores pobres. La civilización progresa, pero no aumenta la misericordia con el necesitado. El Evangelio se predica y los obreros no pueden oírle. ¡Ah! Las palabras *Bienaventurados los pobres* y *Los pobres son evangelizados*, ya no son verdad, ya sólo sirven para amplificaciones oratorias en el púlpito. Aun se dan casos en que las puertas del templo cristiano se cierran para el pobre. El resultado de la Reforma, llevada á cabo en el siglo XVI, ha sido la sustitución de una superstición por otra: á la infalibilidad papal ha sucedido la infalibilidad bíblica; y el hacer Jefe de la Iglesia al que lo es del Estado, ha dado lugar á la creación de muchos Papas en vez de uno que había antes.»

Á las claras se ve que el Profesor Ukita conoce poco de la historia del Catolicismo, y menos de su espíritu. Sin embargo, ha llegado á su conocimiento la Encíclica del Papa á favor de las clases proletarias, y este acto de justicia y caridad cristianas le inspira las siguientes reflexiones:

«En un tiempo en que el mundo metalizado está completamente sometido al dinero; cuando á las clases bajas se les incita á rebelarse contra la Iglesia de Jesucristo, el actual Romano Pontífice ha declarado á la faz del mundo cuál es la divina misión de la Iglesia católica en las presentes circunstancias. Es, según la autorizada palabra de su Jefe en la tierra, proteger al débil contra los ataques de la opresión... Es ponerse de lado del pobre, del humilde, del falto de apoyo; es decir, de aquellos que fueron los preferidos y predilectos de Nuestro Señor... ¡Cuán divinas son estas palabras! Si el mismo Dios encarnase de nuevo é hiciese al terminar el siglo XIX una nueva revelación, ciertamente no se expresaría de otro modo. No hay exageración en decir que se-

mejante acto es una manifestación viviente de Dios sobre la tierra.»

Si la gracia de Dios ilumina los ojos del Profesor japonés para descubrir la verdadera *manifestación viviente de Dios*, en la única Iglesia de Jesucristo por divina fundación establecida y por divino influjo gobernada, comprenderá mejor cuál es la fuente misteriosa y sobrenatural de donde proceden esas doctrinas que le han impresionado tan profundamente como si escuchara el lenguaje del mismo Dios.

CAPÍTULO XI

EL CATOLICISMO Y LA LIBERTAD DE LOS PUEBLOS

Los escritores anticatólicos en general, imbuidos en los prejuicios del vulgo ignorante, consideran como verdad axiomática que la libertad nació con la Reforma. La Iglesia reformada pasa por sinónimo de *libertad*, y la Iglesia secular romana vale tanto como *despotismo*. Este es el argumento Aquiles que en nuestro país se aduce contra el Catolicismo: el de que si llegara á ejercer influencia y predominar, desaparecerían nuestras instituciones libres, y la nación caería en esclavitud política y espiritual. Propongo aclarar esta cuestión, valiéndome para ello únicamente de la autoridad de los escritores protestantes más afamados. Si sus obras fuesen más leídas, á buen seguro que no pasarían por valederas algunas opiniones corrientes hoy entre el vulgo de los semi-ilustrados, y aun entre buen número de los que se llaman sabios. Vamos, pues, á citar, de los historiadores y sociólogos protestantes más en boga, alguno que otro testimonio de los innumerables que de sus obras pudiéramos entresacar, y con ellos demostraremos cuán legítimos son los títulos que á la Iglesia católica asisten para ser llamada madre, protectora y guía de toda clase de libertades verdaderas, de que una civilización cristiana puede gloriarse.

Abolición de la esclavitud

Si los calumniadores de la Iglesia, cuando la acusan de ser el enemigo más declarado de la libertad, abriesen las páginas de la Historia, se encontrarían en ella con un hecho estupendo, capaz

mejante acto es una manifestación viviente de Dios sobre la tierra.»

Si la gracia de Dios ilumina los ojos del Profesor japonés para descubrir la verdadera *manifestación viviente de Dios*, en la única Iglesia de Jesucristo por divina fundación establecida y por divino influjo gobernada, comprenderá mejor cuál es la fuente misteriosa y sobrenatural de donde proceden esas doctrinas que le han impresionado tan profundamente como si escuchara el lenguaje del mismo Dios.

CAPÍTULO XI

EL CATOLICISMO Y LA LIBERTAD DE LOS PUEBLOS

Los escritores anticatólicos en general, imbuidos en los prejuicios del vulgo ignorante, consideran como verdad axiomática que la libertad nació con la Reforma. La Iglesia reformada pasa por sinónimo de *libertad*, y la Iglesia secular romana vale tanto como *despotismo*. Este es el argumento Aquiles que en nuestro país se aduce contra el Catolicismo: el de que si llegara á ejercer influencia y predominar, desaparecerían nuestras instituciones libres, y la nación caería en esclavitud política y espiritual. Propongo aclarar esta cuestión, valiéndome para ello únicamente de la autoridad de los escritores protestantes más afamados. Si sus obras fuesen más leídas, á buen seguro que no pasarían por valederas algunas opiniones corrientes hoy entre el vulgo de los semi-ilustrados, y aun entre buen número de los que se llaman sabios. Vamos, pues, á citar, de los historiadores y sociólogos protestantes más en boga, alguno que otro testimonio de los innumerables que de sus obras pudiéramos entresacar, y con ellos demostraremos cuán legítimos son los títulos que á la Iglesia católica asisten para ser llamada madre, protectora y guía de toda clase de libertades verdaderas, de que una civilización cristiana puede gloriarse.

Abolición de la esclavitud

Si los calumniadores de la Iglesia, cuando la acusan de ser el enemigo más declarado de la libertad, abriesen las páginas de la Historia, se encontrarían en ella con un hecho estupendo, capaz

por sí solo de imponer silencio á sus infundadas recriminaciones. Tal es la gloriosa regeneración de la sociedad europea, llevada á cabo por el Catolicismo, mediante la abolición de la esclavitud.

Más de la mitad del género humano gemía aherrojado en cadenas. En ninguna parte era reconocida la dignidad humana, y no había escuela filosófica ni religión alguna que enseñase la igualdad específica de todos los hombres. Y precisamente esta verdad, desconocida hasta los tiempos de los apóstoles, es el fundamento sobre que descansa la libertad humana. Sembraron, pues, los fundadores de la Iglesia cristiana primitiva la semilla de esta fundamental verdad, que en plazo no muy lejano había de producir la emancipación del género humano, llevada á cabo, no con violentas sacudidas revolucionarias, sino inculcando profundamente en las almas esta gran máxima: «Todos sois hermanos; amaos unos á otros.» Y los que esta lección habían aprendido en la verdadera escuela de la libertad, al querer ponerla por obra, lo primero que hacían era romper las cadenas de sus esclavos. Que nadie esclaviza á quien ama.

En este sentido se expresaba en todos tiempos la Sede romana. Oigamos, aunque no sea más, al Papa San Gregorio el Grande:

«De-de que nuestro adorable Redentor y Criador de todas las cosas se dignó, en su bondad, tomar nuestra naturaleza para restaurarnos á la primitiva libertad, rompiendo las ataduras de nuestra servidumbre, es un acto meritorio y saludable devolver al hombre la libertad en que todos fuimos criados; porque la naturaleza hizo á todos libres, y el yugo de la esclavitud ha debido su origen á leyes humanas.»

Sin duda que debía ser enemiga jurada de la libertad, aquella Iglesia Católica, que inspiró y fomentó la fundación de Ordenes religiosas, consagradas con votos solemnes á la redención de los cautivos cristianos, detenidos en tierras de moros é infieles, dando, si preciso fuere, la propia libertad en pago de la de sus hermanos esclavos. Pero ¿qué sabe la generalidad de los protestantes de los heroicos hechos y gloriosas instituciones de la Iglesia católica? Hay, sin embargo, entre ellos, hombres sabios que claramente han comprendido lo absurdo y apasionado de semejantes opiniones populares, y han tenido la laudable entereza de manifestar públicamente la admiración que les produce el Catolicismo. Oigamos á algunos. Sea el primero el historiador Mister Lecky.

«La Iglesia católica — dice — fué el corazón y alma de la cristiandad. Con su poderoso ascendiente, logró dar nuevo rumbo á la civilización: hecho el más grandioso que registra la historia de las evoluciones humanas. A la caída del Imperio Romano, supo armonizar los heterogéneos y anárquicos elementos que agitaban á Europa, y por medio del cristianismo, establecer un lazo de unión, más fuerte que las divisiones de nacionalidad; un lazo moral, más poderoso que la fuerza bruta. Por estos medios, suavizada la antigua esclavitud se convirtió en vasallaje feudal, y de este, se pasó á la emancipación de las ciudades y de los pueblos, echándose así los fundamentos de la moderna civilización. Y en esta obra de transición, desde la esclavitud al vasallaje del feudalismo, y de éste á la libertad individual y social, la Iglesia católica fué el agente más celoso, más incansable y más eficaz.» (*Hist. of Rationalism.*, vol. II, págs. 36, 37, 209.)

En efecto, cuando la Iglesia empezó su obra divina, cada trabajador era un esclavo; pero á costa de incesante trabajo se le elevó á la dignidad de hombre libre é independiente, como el que más. Aquí ocurre una pregunta: ¿es hoy en día el trabajador verdaderamente libre? Y si no lo es, si por el contrario, le vemos convertido en una nueva especie de siervo social, y esclavo de corporaciones paganizadas, sin alma y sin sentimientos; ¿desde cuándo data, y por culpa de quién, se ha hecho este retroceso á la esclavitud? ¿Quién es hoy mismo, el verdadero campeón de los derechos y libertad de los proletarios, en contra de la avasalladora influencia y doctrinas del Protestantismo, Laicismo y Liberalismo? La respuesta cae de su propio peso. Pero sigamos adelante.

El Dr. Maitland declara, que:

«En los periodos más sombríos y críticos de la historia, la Iglesia es fuente y principio de civilización; dispensadora de bienestar y seguridad, cuanto en lo humano es posible, y en fin, protectora y defensora declarada de los derechos del hombre.» (*Essays on the Dark Ages*, pág. 393).

El conocido historiador francés, y protestante, M. Guizot, dice: «No hay duda de que la Iglesia católica ha luchado resueltamente contra todos los grandes vicios sociales; contra la esclavitud, por ejemplo. Estos hechos son tan sabidos, que no necesita entrar en pormenores.» (*Hist. Gén. de la Civilization en Europe*, VI leçon).

Libertad civil y política

El mismo M. Guizot, hablando del siglo V, cuando el Imperio romano estaba en las agonías de su disolución, y la Europa toda inundada por hordas de bárbaros, dice así:

«No hay exageración en decir que la Iglesia fué la que salvó la cristiandad. La Iglesia, con sus instituciones, sus magistraturas y su poder, resistió vigorosamente á un mismo tiempo á la disolución de dentro y á los enemigos de fuera. Ella conquistó á los bárbaros, y fué el lazo de unión entre el mundo culto vencido y el salvaje vencedor. En medio de aquel anegador diluvio de fuerza bruta, fué un beneficio inmenso la presencia de un poder moral cuya fuerza estribaba en las convicciones, creencias y sentimientos morales. Á no ser por la Iglesia de Jesucristo, el mundo todo hubiera quedado abandonado á los abusos de la fuerza material. La Iglesia solamente podía ejercer un poder moral.» (Ibid., 2.^{me} leçon.)

«La Iglesia era una Sociedad perfectamente organizada, dotada de leyes y disciplina propias, y animada por un ardiente deseo de extender su influencia y de conquistar á los vencedores. Entre los cristianos de este periodo, sobre todo entre el Clero, había hombres versados en cuestiones morales y políticas, que tenían ideas fijas, sentimientos valerosos, y un ardiente deseo de propagar sus creencias. Ninguna sociedad ha hecho esfuerzos tan vigorosos por dejar sentir su influencia y vaciar en sus propios moldes al mundo que le rodeaba, como la Iglesia, desde los siglos V al X. Aquello fué un asalto general á los bárbaros para someterlos á la civilización.» (Ibid., 3.^{me} leçon.)

«Todos los elementos civiles de la moderna sociedad, Municipio, Feudalismo, Monarquía, se encontraban en la infancia ó en la decrepitud. Sólo la Iglesia, joven y organizada, podía conservar su forma propia y retener su vigor primitivo. Ella sólo tenía actividad y orden, energía y plan; los dos grandes factores de su influencia. Resolvía todas las grandes cuestiones relativas al hombre; daba solución á todos los problemas que se rozaban con su naturaleza ó su destino. De aquí que en la moderna civilización su influencia ha sido inmensa; mucho mayor de lo que jamás

han imaginado sus más ardientes adversarios ó sus más entusiastas apologistas.» (Ibid., 5.^{me} leçon, pág. 132.)

En otra parte dice:

«Destruir la autoridad del Papado, hubiera sido asestar un golpe de muerte á los derechos y libertad del pueblo.»

Oigamos ahora á un escritor inglés. El historiador Milman se expresa del modo siguiente, hablando del siglo VI de la era cristiana:

«Cuando la anarquía amenazaba todo el Occidente de Europa, y casi había envuelto á la Italia entre ruinas y desolación, surge el poder de la Santa Sede...

«Es imposible concebir la confusión, ilegalidad y estado caótico de los siglos medioevales, sin la influencia de los Papas de aquella época.» (*History of Latin Christianity*, vol. II, lib. 2.^o, capítulo VII.)

En parecidos términos se expresa este autor en otras obras suyas, como en *Metropolis of Christianity* y *History of Early Christianity*.

El biógrafo del heroico Papa San Gregorio VII, el protestante Voight, refiere las constantes luchas, que en defensa de la libertad civil y religiosa sostuvo ese poder, á quien los protestantes consideran como prototipo de tiranía y firmísimo baluarte del despotismo. Y ¿cuál es la conclusión que deduce? La siguiente:

«La Santa Sede era el único poder capaz de poner límites al despotismo imperial, y así lo hizo, en efecto; siendo una vez más defensora de la humanidad.» (*Hist. Greg. VII*, II, pág. 98.)

Leemos en una obra publicada por una Sociedad inglesa, destinada á propagar la instrucción cristiana:

«En la Edad media, la Iglesia era una gran institución popular. Á no dudarlo, una de las causas de esta popularidad era el ser la Iglesia en todos tiempos el campeón de los derechos del pueblo, y el amigo del pobre. En política, la Iglesia se colocaba siempre al lado de la plebe y en contra de la tiranía señorial. Los plebeyos eran considerados por los nobles como seres de casta inferior; por las leyes, como bienes muebles; pero la Iglesia los consideró como hermanos en Jesucristo, dotados de un alma destinada al reino celestial... Hablando en general, podemos decir que la Iglesia de los siglos medios cumplió sus deberes para con el pueblo, haciendo cuanto entonces se podía. Cultivó las ciencias y artes, y puso especial cuidado en la educación del pueblo.»

La pintura y escultura de las iglesias, la representación de los Misterios, las festividades religiosas, los Catecismos y la predicación, fueron otros tantos medios, merced á los cuales los principales hechos de la historia evangélica y los principales dogmas del Credo eran más universalmente conocidos, y sus prescripciones más fielmente observadas que en nuestros mismos días.» (*Turning-points of English Church History*, págs. 16, 165.)

El historiador Froude escribe así:

«Nunca jamás, ni en los tiempos antiguos ni en los modernos, se ha visto una institución tan grande, tan beneficiosa, tan admirable como la Iglesia católica en las pasadas edades... Los Obispos y el Clero eran tenidos por ministros del Altísimo, y cierto que eran acreedores á este honor. No era precisamente la doctrina que predicaban lo que les conciliaba tanto respeto; que los bravos guerreros de aquel entonces no se humillaban ante un hombre, mortal como ellos, por las palabras misteriosas que pronunciara, ó por las ceremonias con que oficiara. Sabiduría, justicia y abnegación; desprendimiento, pureza y elevación de alma; tales eran las cualidades ante las cuales se postraban rendidos los bárbaros indómitos; y estas virtudes, en ninguna clase de hombres se encontraban en grado tan eminente como en el Clero de la Iglesia católica. Ellos, los clérigos, se apellidaban sucesores de los apóstoles; reclamaban, en nombre de su Divino Maestro, absoluta autoridad espiritual, y sus pretensiones parecían abonadas por la santidad de sus costumbres... No quiero con esto decir que todo el Clero fuera perfecto; la generalidad de las veces distaba bastante de serlo, y su prestigio no influía tanto... Jamás lograron que desaparecieran las guerras, ni las luchas de sucesión, ni los feudos civiles, ni las conspiraciones políticas. Pero lo que siempre consiguieron fué defender al débil contra las agresiones del fuerte. Para ellos, tan respetable era el vasallo como el señor feudal: uno y otro eran hijos de Adán, sin otra distinción que la muy accidental y secundaria del nacimiento más ó menos noble. El hijo de un artesano ó de un labrador se ceñía la mitra ó la tiara, si de tamaño honor se le encontraba digno. Era, pues, la Iglesia esencialmente democrática...» (*Short studies on Great Subjects*, volumen I, pág. 33.)

Dejando otras varias autoridades que la edición inglesa cita, por expresarse en todas ellas idénticos conceptos, vamos á cerrar esta serie de escritores protestantes con el testimonio de Laing.

«Legislación, conocimientos útiles, artes, ciencias, todo, en fin, lo que comprendemos al decir civilización, debe su origen á la supremacía que los Papas y el Clero católico ejercieron sobre la nobleza en los siglos medioevales. La libertad civil, política y religiosa que las naciones han disfrutado, es efecto de los trabajos de la Iglesia romana, y de su influencia en la propiedad, la economía social, la instrucción, en fin, en todo aquello que de algún modo se relacionase con ella en la sociedad en que vivía.»

Puesto que hemos oído de la boca autorizada de tantos protestantes el juicio que les merecía la actitud del Catolicismo con respecto á la libertad, veamos ahora la consecuencia filosófica que de la Historia deduce un sabio católico de merecida fama. Dice así Balmes en su obra *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*:

«Mirada la libertad política bajo este punto de vista, ¿debe, acaso, su origen á las ideas protestantes? ¿Tiene nada que agradecerles? ¿Tiene nada que echar en cara al Catolicismo?»

»Yo abro los escritos de los autores católicos anteriores al Protestantismo para ver qué es lo que pensaban sobre esta materia, y encuentro que veían claramente el problema que había por resolver: yo escudriño si puedo encontrar en ellos nada que contrariase el movimiento del mundo, nada que se oponga á la dignidad ni que menoscabe los derechos del hombre, nada que tenga afinidad con el despotismo, con la tiranía, y los encuentro llenos de interés por la ilustración y progreso de la humanidad, rebosando de sentimientos nobles y generosos, llenos de celo por la felicidad del mayor número, y noto que levanta la indignación su pecho, al sólo mentar el nombre de tiranía ni despotismo. Abro los fastos de la Historia, examino las ideas y costumbres de los pueblos, las instituciones dominantes, y veo por todas partes fueros, privilegios, libertades, Cortes, Estados generales, Municipalidades, Jurados. Véolo con cierta informe confusión, pero lo veo, y no extraño que no se presente con regularidad, porque es un nuevo mundo que acaba de salir del caos. Pregunto si el Monarca tiene facultad de formar leyes por sí solo, y en esto, como es natural, encuentro variedad, incertidumbre, confusión; pero observo que las Asambleas que representan las varias clases de la nación toman parte en la formación de esas leyes: pregunto si tienen intervención en los grandes negocios del Estado, y encuentro consignado en los Códigos que se las debe consultar en

los asuntos de más gravedad é importancia, y hallo que muy á menudo lo verifican así los Monarcas: pregunto si esas Asambleas tienen algunas garantías de su existencia é influjo, y los Códigos me muestran textos terminantes, y cien y cien hechos vienen á recordarme el arraigo de estas instituciones en los hábitos y costumbres de los pueblos.

¿Y qué religión era entonces la dominante? ¿El Catolicismo? ¿Eran muy apegados á la religión los pueblos? Tanto, que el espíritu religioso lo señoreaba todo. ¿Tenia el clero mucha influencia? Muy grande. ¿Cuál era el poder de los Papas? Inmenso. ¿Dónde están las gestiones del clero para acrecentar las facultades de los Reyes á expensas de los pueblos? ¿Dónde los decretos pontificios contra estas ó aquellas formas? ¿Dónde las medidas y las trazas de los Papas, para menoscabar ningún derecho legitimo? Entonces me digo con indignación: si bajo la influencia del Catolicismo salió del caos la Europa; si la civilización marchaba con rápido y acertado paso; si el gran problema de las formas políticas ocupaba ya á los sabios; si las cuestiones sobre las costumbres y las leyes empezaban á resolverse en sentido favorable á la libertad; si mientras era muy grande aun temporalmente la influencia del clero, mientras era colosal en todos sentidos el poderío de los Papas, se verificaba todo esto; si cuando hubiera bastado una palabra del Pontífice contra una forma popular para herirla de muerte, las libres se desenvolvían rápidamente, ¿dónde está la tendencia de la religión católica para esclavizar á los pueblos? ¿dónde esa impia alianza de los Reyes y de los Papas, para oprimir y vejar, para entronizar el feroz despotismo y gozarse á su sombra con los infortunios y las lágrimas de la humanidad? Cuando los Papas tenían desavenencias con algunos reinos, ¿eran con los principes ó con los pueblos? Cuando había que decidirse contra la tiranía ó contra la opresión de alguna clase, ¿quién había que levantase voz más alta y robusta que el Pontífice romano? ¿No son los Papas quienes, como confiesa Voltaire, han contenido á los soberanos, protegido á los pueblos, terminado querellas temporales con una sabia intervención, advertido á los reyes y á los pueblos de sus deberes, y lanzado anatemas contra los grandes atentados que no habian podido prevenir? (El Protestantismo comparado con el Catolicismo, cap. LXI.)

Se hace difícil concebir cómo hay hombres de recto juicio que después de leída con ánimo imparcial la excelente obra, que

acabamos de citar, no vea clara como la luz del medio día la gran verdad con que Balmes cierra el último capítulo. Dice así:

«Antes del Protestantismo la civilización europea se había desarrollado tanto como era posible: el Protestantismo torció el curso de esta civilización y produjo males de inmensa cuantía á las sociedades modernas. Los adelantos que se han hecho después del Protestantismo no se han hecho por él, sino á pesar de él. He procurado consultar la Historia y he tenido sumo cuidado en no falsearla, porque recuerdo muy bien aquellas palabras del Sagrado Texto: «¿Acaso necesita Dios de vuestra mentira?» Ahí están los monumentos, ahí están en todas las bibliotecas, prontos á responder á quien los interroge; leed y juzgad.»

Todavía hay, sin embargo, protestantes que se dan por desentendidos, y como si tal cosa, propagan en periódicos y sermones, abusando de la candidez del público, las más absurdas calumnias contra el Catolicismo. ¿No reparáis, se les podría decir á los tales, parafraseando una sentencia del Cardenal Newman: no reparáis, que los que injurian á la Iglesia le deben á ella todo lo que son y todo lo que tienen; hasta el idioma de que se sirven para insultarla?

CAPÍTULO XII

EL PROTESTANTISMO Y LA LIBERTAD

Se habrá alguien extrañado de que en el anterior capítulo ni siquiera hayamos aludido al establecimiento de las libertades inglesas y valiente defensa de las mismas, que tuvieron lugar algunos siglos antes de que se entronizara la tiranía protestante en la moderna Albión. ¿Pero á qué había de repetir lo que, tanto católicos como heterodoxos, están cansados de saber? ¿Qué persona, por poco instruida que esté en estudios históricos, ignora que la famosa Carta Magna fué firmada y sellada por manos católicas; que muchísimo antes de que nadie soñara en Iglesias reformadas, tenían ya los anglosajones Gobierno representativo, Jurado, Cortes fijas, el *Habeas corpus*, tributación por consentimiento del pueblo, y otras libertades análogas, que en siglos más próximos al nuestro, los regios fundadores y cabezas del Protestantismo se complacieron despóticamente en pisotear con aprobación, ó al menos sin resistencia, de los Parlamentos, serviles aduladores de tiránicos antojos?

Los protestantes, sin embargo, se jactan de haber proclamado y extendido por el mundo los principios de libertad política y civil. Si por tal nombre entienden el libertinaje y la anarquía, nadie les disputará tan poco envidiable gloria. Mas si quieren significar lo que en la libertad hay de justo, bueno y verdadero, ¿con qué títulos legitiman su pretensión? Contra ella reclama la Historia, demostrando que las libertades populares han ido perdiéndose según que el Protestantismo ha ido ganando en influencia; que el acrecentamiento del poder real data precisamente desde el día en que se dió el grito de rebelión contra la autoridad religiosa de la Iglesia de Jesucristo para transferir al Estado un poder absoluto é irresponsable, político á la vez que religioso.

Dígalo un Enrique VIII ó la bastarda Isabel, ambos á dos, los Monarcas más déspotas que tal vez haya tenido un reino cristiano. Dígalo Suecia, reducida por Gustavo Adolfo y sus sucesores á una condición servil, análoga á la de los primitivos tiempos feudales. Diganlo Dinamarca y Prusia, cuyos Soberanos se arrojan un poder ilimitado; Austria, donde Carlos V hace lo mismo; Italia, donde son absorbidas las pequeñas Repúblicas, y España, donde desaparecen las antiguas Cortes de Castilla, Aragón, Valencia y Cataluña.

Al Protestantismo se debe aquel absurdo principio político: «Las leyes divinas no se han dado para el régimen de los pueblos: los Reyes, personificación del derecho divino, tienen en su voluntad la única ley que pueda limitar su poder.» Rota por el mismo tiempo la unidad religiosa, gracias también á la Reforma, la Europa se vió por esta causa envuelta en una guerra general, en la que ambas partes contendientes derrocharon el más feroz encarnizamiento. No dejó desperdiciar tan propicia ocasión la política de los Reyes. Ellos, imbuidos por el Protestantismo en la falsa idea de que, tanto la Iglesia como el Estado, son organismos dependientes exclusivamente de su regia voluntad; acostumbrados, por otra parte, á mirar sin miedo los anatemas del Vicario de Jesucristo; desde sus elevados é irresponsables tronos vieron con gusto á los pueblos devorarse unos á otros en fratricida guerra. Y cuando, pasado el primer frenesí de la pasión, cansados de la lucha, exhaustos de fuerzas, se vieron los pueblos al borde del aniquilamiento político y social, ellos mismos acudieron á sus Reyes para que, aun á costa de la mermada libertad que aún les quedaba, los salvaran de una segura ruina. De este modo se sometió la Suecia en 1680 al fiero y despótico gobierno de Carlos XI; y Dinamarca, alarmada ante la constante anarquía por que atravesaba el país, suplicó en 1669 á su Rey, Federico III, que declarase la Monarquía absoluta y hereditaria. Por los mismos pasos se vino en Inglaterra al despotismo de Cromwell, y en Holanda al establecimiento de los *Stadholders*, hereditarios.

Al sentarse en el trono inglés Jacobo I, con sus *pujos* de teólogo, declaró públicamente en el Parlamento «que Dios había hecho al Rey Señor y Gobernador absoluto de los súbditos; que aun los privilegios de que gozaban los Cuerpos Colegislativos eran pura concesión de la bondad real.»—¿Cómo creemos que

sonarian estas palabras en los oídos de los protestantes, de los padres y fundadores, como ellos se llaman, de la libertad política europea? Todos las escucharon con cobarde silencio.

¡Muy otra era la conducta del pueblo *esclavizado*, de la católica España! Un predicador del mismísimo Felipe II, por adular, sin duda, á su real oyente, se dejó decir en un sermón que los Reyes tenían poder absoluto sobre las vidas y haciendas de sus súbditos. Esta doctrina, que nada hubiera chocado en países protestantes (como que á la letra se practica en Suecia, Dinamarca y aun Inglaterra), sonó tan mal en España, y tanta indignación excitó, que fué denunciada á la Inquisición. El Tribunal de la Fe condenó la proposición y castigó al predicador, obligándole á cantar la palinodia y retractarse delante del mismo Rey. ¡Ahl! La causa de conducta tan diversa es que los ingleses se olvidaron de sus antiguas libertades al abandonar la fe católica, mientras que los españoles, que entonces la conservaban vigorosa, conservaban en ella un despertador incesante de sus derechos.

Las tendencias del Protestantismo han sido en todas partes las mismas: absorbentes y avasalladoras. Lo que de Inglaterra nos cuenta la Historia, con solo cambiar nombres puede aplicarse á las demás Naciones donde la Reforma ha prevalecido. Veámoslo de algunas.

El protestante Bremner dice así de Dinamarca:

«El Poder real no conoce traba ni limitación alguna: las leyes, la propiedad, las contribuciones, todo está á merced de la tiranía ó el capricho. Los labradores de algunas comarcas dinamarquesas están hoy en peores condiciones que los antiguos siervos.» (*Excursions in Denmark, Norway and Sweden.*)

Y cuenta que el autor se refiere al siglo XIX. En el mismo sentido habla Laing:

«Dinamarca presenta en la Historia moderna un hecho muy singular. Á mediados del siglo XVII, cuando las demás Naciones entraban, más ó menos abierta y resueltamente, por la senda del parlamentarismo para el afianzamiento de sus libertades, el pueblo dinamarqués, por un acto solemne de sus Estados ó Dieta, renuncia aun á la sombra de Constitucionalismo de que hasta entonces disfrutara, é inviste á sus Soberanos de plenos poderes, tanto legislativos como ejecutivos, sin la menor cortapisa en el uso de su absoluta autoridad. Á propósito de esta transacción, observaba atinadamente Mr. Molesworth, que en la religión cató-

lica habia siempre un principio de resistencia al absolutismo político á causa de la división de las dos autoridades, espiritual y temporal: mientras que en los países protestantes del Norte, Inglaterra, Dinamarca, Suecia y Noruega y Alemania, reconcentradas ambas autoridades en una persona, habian desaparecido las libertades al cambiarse la Religión...»

No era más halagüeño el estado de la protestante Prusia. También aquí, bajo la influencia de la Reforma, prevaleció hasta entrado el siglo XIX un sistema de servidumbre política. No soy yo, es Laing quien nos asegura ser en su tiempo la condición de una gran mayoría del pueblo bajo de Prusia, muy semejante á la de los esclavos negros de América, antes de su emancipación.

Pero en Suiza, como en ninguna parte, es donde el lector podrá formarse adecuado concepto de las diversas tendencias que, en orden á la libertad civil de los pueblos, han seguido el Protestantismo y el Catolicismo. Allí, bajo un mismo cielo, entre personas de una misma raza y de idéntica historia, verá en los cantones protestantes conculcados los principios democráticos, y el poder legislativo, aun en lo civil, arrogado por la Iglesia; mientras que, formando singular contraste, en los cantones católicos hallará florecientes las antiguas y características libertades suizas, sin que la Iglesia se entrometa en los asuntos, que son de la exclusiva incumbencia del Estado. El historiador protestante D'Aubigne, queriendo explicar el hecho que acabamos de consignar, nos da una peregrina razón, que no deja de tener su gracia. Dice que como los cantones católicos están situados en las partes montañosas de Suiza, no han subido todavía hasta aquellas alturas las corrientes de ilustración é inteligencia de que hace tiempo disfrutaban las regiones más bajas y llanas, habitadas por protestantes!

Los católicos desean, sí, ardientemente, y en cuanto depende de ellos y es hacedero, procuran que su religión sea la religión del Estado; pero para ello no es preciso que una Sociedad perfecta en su orden, cual lo es la Iglesia católica, esté en un todo supeditada al Estado, y convertida en un mero instrumento del poder civil. Los católicos dan el verdadero sentido á aquella máxima de Jesucristo, tan desfigurada por algunos: «Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.» Por el contrario, el Protestantismo sacrifica los intereses de Dios á los del César,

constituyendo á éste jefe supremo de ambas sociedades, eclesiástica y civil, de donde naturalmente se sigue la subordinación de la religión á la política.

Libertad de conciencia

He aquí otro punto sobre el que reina la más espantosa confusión de ideas, y sobre el que se han propalado las más ridículas consejas contra el papismo, falseando torpemente algunos hechos históricos. Tanto los protestantes como los católicos, conformes, por lo general, en punto á doctrinas morales, confiesan que la conciencia humana es la norma suprema, que inflexiblemente regula y ordena nuestras acciones. «La conciencia—dice el Cardenal Newman—es el lugarteniente y vicario de Dios; es un profeta cuando intima, monarca cuando manda, sacerdote cuando bendice ó condena; y si por un imposible hubiera de faltar el sacerdocio eterno de la Iglesia, jamás faltará en el mundo el sacerdocio de la conciencia, ni su inflexible autoridad.» Continúa el ilustre Cardenal demostrando lo desfigurada que está en nuestros tiempos la verdadera noción de conciencia, y, por último, resume en los siguientes términos lo que el sentido común, de acuerdo con la filosofía, dice sobre el particular:

«Tanto la acepción vulgar como la científica, dan á la palabra conciencia su verdadero sentido, que no es otro que aquel en que la usa el Catolicismo. Ultimamente, sin embargo, se le ha dado una nueva significación que dista mucho de ser la propia. Cuando en muchos días se apela á los derechos de la conciencia, no se invocan en ello los derechos del Criador, ni los deberes para con El, que en sus pensamientos y acciones debe guardar la criatura, sino que, por el contrario, se invoca el derecho de pensar, hablar, escribir y obrar conforme al humor predominante ó á la ocurrencia del momento, sin el menor respeto ó consideración á Dios. En esto consiste lo que se ha dado en llamar prerrogativa de hombre libre; en hacer lo que á cada uno se le antoja, sin contar para ello con nadie, considerando como un intruso intolerable á quienquiera que en este particular se atreva á decir una palabra de censura.

»La conciencia tiene derechos, porque tiene deberes: pero en nuestra edad se prescinde de los deberes, y los derechos se exa-

geran hasta desentenderse de toda obligación y hacer caso omiso de todo legislador ultramundano, quienquiera que sea. La libertad de conciencia ha venido, pues, á ser sinónimo de licencia para tomar ó dejar una religión, para alardear de incrédulo y hasta para criticar si á mano viene aun lo más divino y sacrosanto.»

Más de cuatro de los que tantas alharacas mueven contra la Iglesia católica, por lo que ellos llaman intervención en las interioridades de la conciencia, y coartación de la más inviolable de las libertades, podrán servirse de las palabras de Newman para examinar su conciencia y comprobar la rectitud de sus recriminaciones.

Si la idea de conciencia vale tanto como voz de Dios, y expresión de su adorable voluntad, que á toda costa debe ser acatada, nada de extraño debe parecernos que la Iglesia católica haya dado voz de alarma á sus hijos contra algunas doctrinas relativas á la libertad humana, que una filosofía de nuevo cuño ha propalado, no sin la aprobación, más ó menos explícita, de algunos que se dicen pertenecer á la gran familia cristiana. Stuard Mill, por ejemplo, escribe así:

«Entre los objetos propios de la humana libertad está, en primer lugar, el dominio sobre la propia conciencia que exige ser libre en el sentido más extensivo de la palabra: reclama libertad absoluta de pensar y sentir en toda clase de materias prácticas ó especulativas, científicas, morales ó teológicas. La libertad de imprenta, ó sea de expresar y publicar muchas opiniones, quizá parezca nacer de distinto origen por pertenecer su ejercicio á la clase de relaciones sociales. Sin embargo, siendo de tanta importancia como la misma libertad de pensar, y apoyándose en el mismo principio, son una y otra inseparables.» (*On Liberty: Introd.*)

O mucho me equivoco, ó este sacudimiento de toda ley humana y divina es á lo que aspiran los protestantes al proclamar la libertad de conciencia, y con lo que acostumbran justificar su conducta, cuando en países católicos, por medio de la palabra ó del escrito, propagan sus opiniones morales ó religiosas con objeto de perturbar el orden social.

No se piensa lo mismo entre los católicos. Entre ellos es muy frecuente hablar de obligaciones de conciencia. Así se nos recuerda que debemos en conciencia someternos á las leyes de nuestro

país, y á sus autoridades legítimas: que en conciencia estamos obligados á cumplir las leyes de la Iglesia y respetar á sus Prelados; y que obligación gravísima é ineludible de conciencia es asimismo, el obedecer á la ley natural escrita por el dedo de Dios en el corazón de todo hombre, y acomodar nuestras acciones á los dictámenes del rectísimo consejero moral, que llevamos siempre dentro de nuestra alma. Fruto natural de tan repetida inculcación de los deberes de conciencia, es que los *buenos* católicos sean en sus relaciones políticas ciudadanos pacíficos, honrados y patriotas; en sus relaciones religiosas, fieles hijos de la iglesia, amorosamente rendidos á la voz de sus Pastores; y por lo que hace á las relaciones individuales, mucho dice en abono del gran caso que se hace de sus amonestaciones y advertencias, la práctica tan general y espontánea de la confesión, dirigida á conseguir en el fuero interno el perdón de Dios aun para las culpas más recónditas de que la conciencia nos acusa.

De cuanto va dicho, y en especial de las palabras de Newman citadas, podrá entenderse en qué consiste la verdadera noción de libertad de conciencia, y al mismo tiempo cuán diverso significado y aun cuán diversa extensión se da á esta palabra entre los católicos y los protestantes. Entre estos últimos se mira como cosa corriente y lícita el ir á alguno de los países en comunión con la Iglesia romana, y allí insultar, escudados por la libertad de conciencia, á los que, en uso de la misma libertad, profesan distinta fe de la reformada. Allí se puede ridiculizar los más augustos misterios, llamar á los católicos idólatras, fanáticos, esclavos del Anticristo, echar mano de cualesquiera medios, lícitos ó ilícitos, para hacer apóstatas y hasta provocar conflictos sangrientos. Todo en nombre de la libertad religiosa! Y si ante tan violentos ataques al sentimiento y orden públicos, las autoridades, en cumplimiento de un deber, castigan cual lo merece al perturbador de la paz, éste pondrá el grito en el cielo, llamándose perseguido.

No se crea que lo que acabamos de contar son hipótesis aéreas; desgraciadamente son casos históricos, de que voy á referir sólo un ejemplo reciente.

El Ministro metodista, Justo H. Nelson, fué al Brasil á evangelizar, desde las columnas de un periódico que editaba, á un pueblo *fanatizado y clerical*. La libertad religiosa, en la acepción más amplia de esta palabra, estaba, á la sazón, vigente en el país; así

que el buen Ministro pudo repartir Biblias y libros protestantes, y aun publicar su periódico, sin que nadie se le opusiera. Pero no se contentó con esto; quiso más: y para satisfacer sus convicciones personales se propasó, en medio de la calle, hasta á insultar públicamente á una procesión. Alguno de los que en ella tomaban parte, que, por lo visto, no era hombre que se dejaba insultar, obligó al protestante á descubrirse, mal de su grado, dándole un bastonazo en el sombrero, que fué rodando por los suelos. Y ved aquí al Rev. Nelson perseguido por sus ideas religiosas, como él se llamaba, y diciendo desde su periódico las mayores *perrerías* contra aquellas *supersticiosas mojigangas y culto idolátrico de la Virgen*.

No se pueden contar las calumnias é imposturas en que se desató contra respetables sacerdotes y Obispos, ni las blasfemias y burlas sacrilegas contra lo más sagrado que salieron de aquella pluma y de aquella boca. El resultado fué que las autoridades brasileñas, que entendían mejor en qué consiste la verdadera libertad de conciencia, castigaron á unos meses de prisión al reverendo perturbador de la paz pública. Los metodistas norteamericanos, que por medio de su órgano en la Prensa, *The Christian Advocate*, habían reproducido los artículos atentatorios y aun aplaudido la conducta de Nelson, al saber su prisión pusieron el grito en el cielo, y hasta pretendieron que nuestro Gobierno obligara al del Brasil á tolerar de un extranjero los más violentos ataques contra los sentimientos religiosos y la paz del pueblo.

«El Obispo Foss—publicaba *The Christian Advocate*—ha pasado un oficio al Presidente Harrison, quien inmediatamente ha contestado haberse dado ya cuenta al Secretario de Estado, Foster, á fin de que inmediatamente se proceda á una acción diplomática.»

¿No es verdad que es linda manera de entender y practicar la libertad de conciencia la que tienen los metodistas? Sin duda, éste es el ideal de religión libre que pensarían implantar en el Perú, el Ecuador y Bolivia, cuando se atrevieron á pedir que en favor de su obra interpusiera su poderosa influencia el mismo Papa León XIII!! Junto con el memorial de petición, debía el Obispo Newman haber remitido al Padre Santo el número del *The Christian Advocate*, correspondiente al 1.º de Junio de 1893, en el que se retratan del modo siguiente los sentimientos de los

metodistas, sus correligionarios, en favor de los sud-americanos.

«Antes que papista del siglo XIX, prefiriera ser un inca del siglo XV, y postrarme ante los altares idolátricos, no contaminados con el culto á los santos de una Iglesia apóstata;» y todos los demás insultos de cajón que son de moda en estos casos. No cabe duda de que el parrafito citado y el suceso del ministro Nelson, que antes contamos, hubieran dado mucha luz al Pontífice para conocer la clase de libertad religiosa que en todas partes practicarían estos señores Obispos y pastores metodistas, si en los países católicos se les dejara hacer cuanto les da la gana.

¿Queremos una prueba más de cómo se practica en los países protestantes la tan ponderada libertad religiosa? Oigamos á Mister Laing:

«El principio protestante de que el Gobierno civil ó el Estado, como personificación de la Iglesia, tiene derecho á mandar aun en asuntos religiosos, ha dado por resultado una esclavitud mucho más ominosa que cuantas ha ejercido el Papado en los tiempos más atrasados de la Edad media. El Catolicismo no reúne en una sola persona los dos poderes, espiritual y temporal; antes bien, los separa, y á las veces establece entre ellos marcado antagonismo, circunstancia á la que tal vez nuestra Europa es deudora de su civilización y su libertad... Los siete Soberanos católicos de Alemania dominaban en 1846 sobre 12.074.700 católicos y 2.541.000 protestantes. Los veintinueve Soberanos protestantes, incluyendo en este número aun las cuatro ciudades libres, dominaban sobre 12.113.000 súbditos protestantes y 4.966.000 católicos. Pues bien: en todos estos Estados era ley general que allí donde hay separación de ambos poderes, como sucede entre los católicos, que tienen su superior espiritual en Roma, se disfruta de mayor independencia religiosa, y no se inmiscuye el brazo secular en asuntos eclesiásticos. Por el contrario, entre los protestantes, que, á partir de la Reforma, concentraron ambos poderes en una misma persona, se nota que cada Soberano autócrata es de hecho también un pequeño Papa.» (*Notes of a Traveller*, página 194.)

Continúa alabando al *Clero papista* por su resuelta actitud en defensa de los intereses populares, y termina diciendo que «el Catolicismo es de hecho la única barrera que, al presente, puede contrarrestar en Prusia el general y humillante despotismo que el Estado ejerce sobre la inteligencia y la actividad.»

En vista de tales hechos y tales testimonios, ¿qué debemos decir de los ataques sistemáticos y violentos que contra el Catolicismo y su Clero están dirigiendo la *National League*, la *A. P. A.* (*American Protestant Association*) y otras Sociedades análogas, según ellas, «protectoras de las instituciones americanas,» y establecidas en esta tierra clásica de la libertad civil y religiosa? ¡Qué página tan vergonzosa están escribiendo en la Historia de América!

El fin á que se dirigen acordes todas estas Asociaciones es el mismo: hacer que los católicos no participen de la libertad civil y religiosa que la Constitución les concede. Públicamente han confesado que aspiran á eso, y aun que se obligan con juramento á valerse de cuantos medios estén á su alcance para salir con su empeño. Otras Sociedades, como la *National League for the Protection of American Institutions*, se limitan á arrebatarse de nuestras manos la educación de la juventud y el ejercicio de la caridad, para lo que todo padre de familia y todo corazón caritativo tiene derecho inalienable, que nadie le puede arrebatarse.

La razón que para ello alegan es indigna de publicarse en un pueblo libre. Dicen que la educación religiosa, ó, en frase de ellos, «sectaria», es perjudicial á los intereses del Estado, y que, por lo tanto, éste debe ser «protegido» contra el peligro que le amenaza de parte de los católicos, si tienen en sus manos la enseñanza. ¿Hay hombre de sano juicio que no descubra la carencia absoluta de honradez y buena fe en estas algaradas contra el «espíritu sectario?» ¡Que es nocivo al patriotismo! ¿Le ha sido perjudicial en algo la religión protestante? Los muy leales y muy patriotas *protectores* de las instituciones americanas dirán ciertamente que no. Sea así en buena hora. Y ¿quién es el que nos presenta una prueba, nos cita un hecho, que demuestre ser menos patriotas que los protestantes los católicos, que, ciertamente, están más apegados á su religión, ó, si se quiere, tienen más espíritu sectario? ¿Por ventura la incredulidad puede formar mejores ciudadanos que el Cristianismo? Pero ¿á qué gastar palabras inútilmente?

Un eminente político, Mr. Shephard, denunciando hace poco los medios indignos y bajos de que la *A. P. A.* echa mano para acumular cargos contra los católicos norteamericanos, dió en favor de ellos el siguiente significativo testimonio:

«Soy acérrimo protestante; pero aun el protestante más protestante, si es hombre de regular inteligencia y de recto corazón,

ha de reconocer conmigo el inmenso é inapreciable servicio que á la piedad y buenas costumbres está prestando esa misma Iglesia contra la cual se dirige este movimiento de intolerancia. Por lo que concierne á los intereses públicos, de ninguna otra denominación religiosa han salido hombres que hayan prestado á nuestra patria americana servicios tan señalados y desinteresados como los de los católicos de todos tiempos, y muy en especial del nuestro. No hay un principio sano en política, ni se hace una reforma justa en la administración, que no encuentre entre los católicos sus más ardientes promotores y sus más infatigables defensores. Los protestantes debemos recordar, para vergüenza nuestra, que todos los politicastros bribones que nos salen, ora en el Gobierno federal, ora en los particulares de los Estados; los tunantes á lo Tweed; todos, sin excepción, profesan sinceramente el Protestantismo. Debemos, en fin, recordar que en nuestros tiempos, lo mismo que hace trescientos ó cuatrocientos años, más de una vez sucede que los hombres como Sir Tomás More son católicos, y los Enriques octavos protestantes.»

Ahora voy á explicar la verdadera causa por que quieren privar á los católicos de la igualdad de derechos. Es un sentimiento de miedo en un todo parecido al que se apoderó de los legisladores ingleses cuando en 1805 se presentó en la Cámara de los Comunes un proyecto de ley sobre la emancipación de los católicos. El Procurador general ó Fiscal del Gobierno se opuso á que pasara la ley. Y ¿por qué? Digna es de escucharse la razón:

«Recordad que si abrogamos las leyes contra papistas, pronto tendremos un Parlamento católico, y quizá en fecha no remota la Iglesia de Roma suplantaria á la Anglicana hoy establecida.» (*Parliamentary Debates*, vol. IV, pág. 943; *Speech of the Attorney General*.)

¿Puede hacerse más elocuente panegírico de la verdad y exuberante vida del Catolicismo en aquella época, tan crudamente perseguido entre los ingleses? Y, al mismo tiempo, ¡qué confesión tan vergonzosa de la falsa, inconsistencia é injusticia del anglicanismo, que se niega á luchar con iguales armas contra un enemigo que, inicua y traídoramente encadenado, yacía á sus plantas, según las apariencias, exánime y moribundo! ¿Y quién no ve que el espíritu que entonces animó al Parlamento inglés, es el mismo que hoy excita á las Sociedades Protectoras, y que lo que hoy aquí se busca no es, ni más ni menos, que forjar para

los católicos aquellas mismas cadenas de servidumbre civil y religiosa que los ingleses no quisieron romper en aquella ocasión? Muchos puntos de semejanza tiene aquella época con la nuestra. Entonces, las Asociaciones protestantes, intitulándose «Protectoras de las instituciones inglesas,» dieron el grito de «¡Muera el Papismo!» Hoy se ha oído entre nosotros un grito idéntico: «¡Muera el espíritu sectario!» Que equivale á «¡Muera el Catolicismo!» Y esa voz ha salido de la *National League*, «Protectora de las instituciones americanas.»

Y débese notar aquí que estos cargos lanzados contra la Iglesia católica no recaen precisamente sobre ella, sino más bien sobre sus acusadores, cuyo carácter peculiar retratan muy al vivo, lo mismo que el espíritu de las sectas á que unos y otros pertenecen. ¿Qué entendía el pueblo inglés por el nombre de Papismo? No ciertamente lo que en realidad significa, y lo que es entre los católicos, sino más bien se representaban bajo este nombre la sujeción del pueblo á un poder que al mismo tiempo fuese Cabeza de la Iglesia, Jefe de lo espiritual y temporal, Autoridad que define doctrinas que se deben á la fuerza aceptar, y dicta leyes que sin remedio se deben cumplir: una Soberanía, en fin, despótica, que no conoce más límite que su propia voluntad. Este fantasma que se forja en aquellas imaginaciones no es, si bien se le mira, más que el monstruo del Anglicanismo con su autoridad omnimoda, resultante de la unión de los Poderes eclesiástico y civil en una persona; es decir, todo lo opuesto á la dualidad y división, aunque armónica y fraternal de poderes, á que aspira el Catolicismo.

Digase lo mismo de nuestros agitadores americanos. Cuando hablan á las muchedumbres de que pretendemos subordinar nuestra nación á la Iglesia de Roma, ó no saben lo que se dicen, ó si lo saben, son unos pérfidos embusteros y calumniadores. Ni aun siquiera aspiramos á esa protección oficial, con sus pros y sus contras, cual existe en algunos países católicos. Pero tampoco nuestros detractores, lo juramos, implantarán en nuestra República su ideal de «Unión del Estado y la Iglesia protestante,» mientras nuestros brazos tengan robustez para luchar por la Patria, por nuestros derechos de ciudadanos, y lo que es ante todo, por los derechos sacrosantos de Dios.

Es añagaza ya vieja, con capa de celo religioso, gritar mucho «¡Muera el Papismo!», y servirse de este pretexto para cometer

los mayores crímenes y saciar indignas pasiones, que es á lo que última y principalmente se aspiraba. Quien quiera ejemplos de ello, lea en cualquiera Enciclopedia el artículo dedicado á Lord Jorge Gordon (1751-1793), Presidente de las Asociaciones Protestantes de Inglaterra y Escocia. Allí verá un breve relato de los horribles motines conocidos con el nombre de *No Popery*, promovidos por este funesto hombre. Quemáronse Iglesias y casas de particulares, asaltóse el Banco Inglés y otros edificios públicos, entre ellos varios presidios, y hubiera seguido, Dios sabe hasta dónde, la obra devastadora é incendiaria, si la tropa no se hubiera encargado de restablecer el orden á costa de la vida de 500 personas. La novela *Barnaby Rudge*, del célebre Dickens, no es más que una exacta pintura de estos alborotos. ¿Y cuál fué su origen? Haberse propuesto en el Parlamento la derogación de la ley contra los católicos llamada de «Incapacidades.»

Se habrá comprendido ya que los católicos no miramos la libertad religiosa bajo el mismo punto de vista que los protestantes. Firmísimamente convencidos de la divina autoridad de nuestra Religión, nosotros no podemos permitirnos la mal llamada libertad del error. Tenemos por un grave pecado negar las verdades de nuestra fe y aun ponernos en ocasión de dudar sobre ellas. Nadie tiene libertad *moral* para pecar; y así como á nadie debemos permitir que nos exponga á peligro de cometer un pecado mortal, del mismo modo, y por idéntica razón, tampoco debemos permitir que un heterodoxo nos arme lazos con que tal vez nos arrastre á la apostasia. La intolerancia, pues, de los católicos en no permitir que libremente se prediquen y propaguen doctrinas heréticas, es una consecuencia natural de la certeza absoluta de su fe y del deber estricto que la autoridad tiene de no exponer á sus súbditos á peligro de perderla.

La tolerancia de algunos errores políticos ó religiosos, no perjudiciales á la Comunidad, puede en alguna ocasión ser aconsejada por la caridad y la benevolencia, y, en efecto, así lo han practicado los católicos. Pero eso de admitir como principio inconcuso «el error libre en el Estado libre,» omnimoda libertad de acción para la mentira, será un juego de palabras, todo lo bonito que se quiera, pero es un contrasentido manifiesto que ningún hombre de razón se atrevería á sostener.

Si un extranjero criado y educado en una nación monárquica y autócrata viniese á nuestras tierras, y desplegando al aire una

bandera en que estuviesen escritos los principios y sistemas políticos de su país, agrupase las multitudes y las arengase, atacando nuestra forma de Gobierno republicano, acusando falsamente de toda clase de crímenes, é injuriando con soeces insultos y *dicharachos* al Presidente, al Congreso, á los Gobernadores y á toda autoridad, llegando hasta á incitar á sus oyentes á la rebelión; á pesar de hallarse en el suelo clásico de la libertad, á buen seguro que habría en su auditorio leales ciudadanos que darían con él en una cárcel, donde, á ejemplo del Ministro Nelson en el Brasil, podría llamarse *perseguido por sus opiniones*.

No puede probarse que en los países católicos se haya perseguido á nadie por sus convicciones privadas y personales, sostenidas sin perjuicio de nadie, por disparatadas que en sí fuesen. Obrar de otra manera hubiese sido contrario á las enseñanzas de la Iglesia, manifestadas por sus Concilios y sus grandes Doctores. Según antes indicamos, la doctrina católica manda obedecer los dictámenes de la conciencia, como voces que son de Dios, que habla en el interior de cada hombre. La Moral católica enseña que en ningún caso se puede obrar contra conciencia; y el IV Concilio de Letrán dice «que el que obra contra su conciencia pierde su alma.» Igualmente todos los moralistas católicos unánimemente enseñan que aun el hereje ó gentil está obligado á seguir los dictámenes de su conciencia, ora sean acertados, ora sean invenciblemente erróneos. Así lo dice expresamente la escuela de teólogos Salmanticenses (*Theol. Mor.*, tit. V, página 12, edición de 1728), quienes citan en su apoyo á Santo Tomás, San Buenaventura y otros Doctores de los de más autoridad. Quien culpablemente se encuentra en error por falta de sinceridad ó de diligencia en la investigación de la verdad, será, si se quiere, culpable en la causa, pero no en acomodar su conducta á lo que la conciencia le prescribe como recto y hacedero. El jesuita Busembaum, célebre moralista, escribe así:

«Mientras un hereje vea en su secta más razones de credibilidad que en el Catolicismo, no tiene obligación ni puede creer á éste. Los que han sido criados en la herejía, y desde la niñez están persuadidos de que los católicos impugnamos y atacamos la palabra de Dios; de que somos idólatras, engañadores y dignos de todo aborrecimiento, no pueden, en conciencia, mientras tal persuasión les dure, abrazar nuestra santa fe.»

¿Hay en esta doctrina algo reprehensible? ¿Se ha apartado de ella

en lo más mínimo el Catolicismo? ¿Se puede probar que haya castigado á nadie, sólo porque sinceramente ha profesado el error? Es verdad que en muchas ocasiones ha sancionado y aun reclamado la acción del brazo secular en orden á proteger la fe del pueblo y la paz pública, seriamente amenazadas por los ataques descubiertos de herejes apóstatas, ó infieles empleados en la innoble tarea de destruir una y otra. Pero esto, como se ve claro, en nada se opone á la doctrina anteriormente sentada, ni á los principios de la más estricta justicia. ¡Y sin embargo, esto es, ni más ni menos, á lo que se ha llamado persecución religiosa; y los que en realidad son unos viles perturbadores, han aparecido decorados con el título y la palma de mártires de sus convicciones! Con la misma razón podría arrogarse el título de mártir de sus convicciones cualquier criminal detenido en un presidio por transgresor de las leyes del país.

Hace algunos años que en el Tribunal del Estado de Nueva York, cuyo presidente á la sazón era Mr. Kent, se dió sentencia condenatoria contra un reo acusado de haber proferido en público, ante personas de diversas sectas cristianas, palabras impías, blasfemas é injuriosas á Cristo y á su religión. El abogado defensor quiso escudar al reo con la libertad de conciencia concedida por la Constitución á todos los ciudadanos. Pero fué contestado por el Tribunal que «la libertad garantizada por la Constitución no podía en manera alguna ser un pretexto para el libertinaje, ni justificar prácticas incompatibles con la paz y bienestar del Estado.» ¿No es esta conducta exactamente análoga á la que las autoridades del Brasil y las de otros países católicos han guardado con el metodista Nelson y algunos cuantos como él, sacrilegos perturbadores?

En este punto, el proceder de los misioneros católicos, cuando se encuentran entre protestantes ó musulmanes, es algo más circunspecto y moderado. Se cuidan muy bien de no imputar á la religión del país dogmas ó doctrinas erróneas que no sostiene; de no publicar folletos ó artículos llenos de los más groseros insultos á la fe y moralidad del sacerdocio; ni de incitar al pueblo á actos de insubordinación y violencia. De tan bajos medios sólo echan mano los propagandistas del error, que no confían en la bondad de su causa. Los protestantes, enemigos por sistema de la verdadera libertad religiosa, é imbuídos por educación y por historia en el espíritu de persecución, se han arrogado el privilegio

que ni Dios ni los hombres les concede, de impedir á los demás el libre ejercicio de su religión. Los misioneros católicos, por el contrario, juegan armas de mejor ley, argumentos de razón, la suave persuasión del amor y caridad; y, en fin, la poderosa fuerza de su vida santa y abnegada.

El historiador Mr. Lecky, después de reconocer que el Catolicismo no ha usado de la persecución y la violencia, sino en justa defensa contra la agresión y tendencias subversivas, de espíritus noveleros, hace la siguiente antítesis refiriéndose á Inglaterra:

«¿Qué juicio debemos formarnos de una Iglesia nacida ayer, sin títulos ningunos al reconocimiento y gratitud del género humano; hija, no del libre examen como en público se dice, sino de las secretas intrigas de una corte corrompida? ¿Qué juzgar de una Iglesia que á viva fuerza suprime un culto que en la conciencia de todo el pueblo pasaba por único medio de salvación, y que con furor increíble persigue á los que permanecen fieles al credo en que vivieron y murieron sus padres y antepasados? ¿Qué diremos de una religión que, á pesar de no abarcar sino una pequeña parte del mundo cristiano, apenas nace cuando, en virtud de su principio fundamental del libre examen, la vemos dividida en innumerables sectas, todas entre sí contrarias, y todas animadas del mismo espíritu dogmatizador y absorbente? A nombre de la libertad religiosa se inunda la tierra en sangre, se pisotea el patriotismo en lo más esencial, ofreciendo á pago de protección aun el mismo trono á un extranjero (Orange) y se establece una tiranía religiosa más insoportable que la que se trataba de suplantar... La persecución de los católicos que entonces se inició no puede considerarse como un arma de defensa esgrimida en un conflicto, ni como el desahogo necesario de una pasión, ni atribuirse á reminiscencias de raza ó de tradición; fué más bien el fruto natural de una doctrina clara y distintamente enseñada en libros y cátedras, con la sanción y el beneplácito de los más renombrados corifeos de la Reforma.» (*Rationalisme in Europe*, volumen II, págs. 57-61.)

El eminente historiador protestante Hallam se expresa en términos idénticos. Dice así:

«La persecución es un pecado de origen que la Reforma lleva consigo, y tan repugnante, que á todo hombre honrado que estudie la Historia se le apaga cualquier entusiasmo que pudiera

sentir por la Iglesia reformada. El ejemplo de los primeros protestantes ha sido imitado en todas las épocas de la Historia. Recordemos tan sólo algunos hechos relacionados con el establecimiento de las colonias inglesas en Norte América.

»Hopital y lord Baltimore, católicos los dos, y colonizadores del Estado de Maryland, fueron los primeros legisladores que implantaron en la colonia de su mando, igualdad y libertad para todos los cultos. Con esto, Maryland vino á ser un lugar de refugio para todos los perseguidos por religión, cualquiera que fuese su secta. Pero cuando los Puritanos obtuvieron el gobierno de la colonia, empezaron á legislar contra los católicos, y no pararon hasta arrojar del Estado á los que habian sido sus primeros colonos, y habian prestado generosa hospitalidad á los mismos ingratos que más tarde habian de expulsarlos de su propia casa.» (Lecky, *Rationalis*, v. II.)

En el Estado de Virginia, gobernado por Episcopales, se adoptó el Código penal contra los papistas, vigente en Inglaterra, Irlanda y Escocia; y en Massachusetts, dominado por Puritanos, se consideraba como un crimen penado con destierro de la colonia el desembarcar á un sacerdote católico, ó prestarle alimento ó albergue por una sola noche.

En la *Confesión de Fe* de la Asamblea presbiteriana de los Estados Unidos, decia un artículo «ser estricto deber de todo magistrado civil extirpar del país á los herejes é idólatras.» Aun en nuestros mismos días prometen lo mismo en sus profesiones de fe los Presbiterianos de Escocia y los Presbiterianos Unidos de nuestra República. El primer ministro protestante que hubo en Boston, Juan Cotton, llamaba á la tolerancia «doctrina del demonio.»

Es un hecho notorio que cualquier conato de usurpación ó tiranía política que tenga lugar en naciones católicas, halla desde luego manifiestas simpatías y aun poderosos recursos pecuniarios entre los protestantes, principalmente americanos. ¿Por qué ellos, que tanto predicán la libertad política y religiosa, batiéron palmas cuando el Rey de Cerdeña arrebató los Estados pontificios y convirtió á la Italia en la nación más miserable de Europa? ¿Por qué en nuestros días se prodigan tantos elogios á los Gobiernos masones de Francia y Méjico? ¿Es acaso por su forma política republicana? No, por cierto; sino más bien porque en estas naciones los católicos han sido privados de sus legítimas li-

bertades, vejados en su religión, y despojados de sus bienes, templos é instituciones benéficas, cuyos productos han ido á enriquecer los bolsillos de los opresores. ¿Quién entonó más himnos cuando Bismarck proclamó en Alemania el Kulturkampf? ¿Y quién exhaló más lastimeras elegias cuando el canciller de hierro se vió obligado á hacer una y más veces el viaje á Canosa?

El espíritu liberticida del Protestantismo lleva á sus secuaces á los mayores extremos. Los demagogos de periódico y oradores callejeros á diario están protestando contra el celibato del Clero católico, como perjudicial á la propagación de la especie humana. Los que tal acusación dirigen debían acordarse, como el refrán aconseja, de no echar piedras al tejado ajeno, teniendo el propio de vidrio; debían los tales saber, si acaso lo ignoran, que un matrimonio católico en nuestra República, por término medio, provee á la patria con doble número de ciudadanos que otro protestante. Pero no es el patriotismo quien les pone en la boca esta acusación, sino su tendencia á combatir en los católicos el ejercicio de un inalienable derecho, en virtud del cual libremente escogen una vida de castidad, ya para mejor atender á su propia perfección, ya también para sacrificarse con más libertad y desembarazo en beneficio de los prójimos sus hermanos.

Prosigan los protestantes, prosigan su poco envidiable empresa de calumniar por cuantas vías puedan al papismo; de alimentar los prejuicios de la crédula plebe con pueriles y ridículas consejas, y aun de excitar á las multitudes al saqueo é incendio de iglesias y conventos, en nombre de la libertad y so pretexto de proteger las instituciones libres. Si á tales extremos no se llega, no es ciertamente por falta de voluntad, y tal vez lleguemos algún día, si en esta tierra alcanzan nuestros enemigos algún poder. Pero ni su poder ni el de mortal alguno alcanzará jamás á borrar de los corazones humanos ese sentimiento nativo de respeto á la supremacía de la virtud y de admiración á la belleza de la santidad, que no puede menos de ver en el Catolicismo todo hombre honrado que tiene la dicha de conocerle. ®

CAPÍTULO XIII

LA IGLESIA Y LOS GOBIERNOS CIVILES

Después de lo que llevamos dicho, parecía superfluo detenernos á probar que la Iglesia jamás ha sido enemiga de ninguna forma de gobierno absolutamente considerada, según se le objeta, aunque sin tomar el trabajo de demostrarlo. Pero como entre nuestros lectores habrá muchos poco instruidos, que no tengan en la materia la suficiente claridad de ideas, en gracia de ellos vamos á hacer unas brevísimas observaciones.

El Catolicismo no adopta como suya ninguna forma política; todas las abraza igualmente. Reconoce en los pueblos el derecho que tienen de escoger la forma de gobierno que juzguen más conveniente á sus intereses; y una vez hecha la elección, viene Dios á ratificarla y sancionarla, resultando de este modo una autoridad emanada de Dios. La Iglesia la respeta como tal, y en conciencia obliga á todos sus hijos á ser leales al régimen establecido y obedientes á las leyes decretadas. Esta es su actitud con todos los Gobiernos legítimos, sean autoocráticos, monárquicos, oligárquicos, aristócratas ó demócratas.

Pero siendo la Iglesia, á su vez, una sociedad perfecta, instituida por Jesucristo y obligatoriamente impuesta á toda la tierra, síguese que los hombres están sujetos á un mismo tiempo á dos autoridades, perfectas ambas en su género, entre las cuales debe naturalmente reinar el más completo acuerdo y armonía. La Iglesia, por lo que está de su parte, reconoce en el Estado plenisimos derechos, dentro de su esfera, los cuales, lejos de cercenar ó coartar en lo más mínimo, no hace sino perfeccionarlos y dignificarlos.

«Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto,» ha

dicho Jesucristo y lo ha repetido su Iglesia, lo mismo á los particulares que á las Sociedades y á los Gobiernos. El Padre celestial es á la vez el Dios de la Iglesia y del Estado, y Él manda á ambos: «No tendréis otro Dios que á mí.» Ridículo sería decir que este único Señor de ambas sociedades tenía para cada una de ellas encontrados Códigos de justicia, moralidad, autoridad y obediencia, ó que los diversos fines natural y sobrenatural á que una y otra se enderezan, sean entre sí contrarios é incompatibles.

El perfeccionamiento de los individuos, de las sociedades y los pueblos ha sido la gran obra que ha llevado á cabo el Catolicismo, único capaz de acometer con tamaña empresa. Si; la actual civilización es por los cuatro costados cristiana. ¿Á qué otra causa, fuera de la Iglesia, puede atribuirse la divina regeneración y santificación realizada en el mundo del lado acá la Cruz? Sobre el reconocimiento de los derechos de Dios y los del hombre, el Catolicismo levanta y funda los derechos de los Gobiernos; y estrechando en fraternal abrazo á los pueblos más apartados del globo y á los ciudadanos de las más diversas nacionalidades, se levanta entre el cielo y la tierra, como iluminador universal y santificador de todos. Por eso para un católico, ora sea ciudadano de una República, ó súbdito de una Monarquía, el patriotismo, la legalidad, el orden, no son, como para un heterodoxo, meras virtudes cívicas, sino que se convierten en virtudes cristianas, y el contravenir á cualquiera de estos sacratísimos deberes es hacerse reo de un pecado mortal, é incurrir en la sentencia de eterna condenación. La Iglesia, por lo tanto, influye en la sociedad civil, elevándola y ennobleciéndola, y de este modo contribuye á hacer estables los Gobiernos é inspirar á los súbditos sentimientos de obediencia y respeto hacia las personas constituidas en autoridad.

¡Ah! Cuando el Protestantismo, el Liberalismo ó el Indiferentismo mataron en el corazón del pueblo los sentimientos religiosos, destruyendo junto con ellos el más poderoso resorte de honradez y legalidad, ¿con qué sustituyeron tan irreparable pérdida? ¿Acaso la fuerza bruta exterior es más segura garantía de orden social que el impulso interior de la conciencia, que suave pero eficazmente, arrastra al cumplimiento del deber? La Iglesia, además, uniendo á todos sus hijos con lazos de una divina fraternidad, hace desaparecer cierta patriotía raquílica y exclusivista fundada en el temor y el odio. En su Diccionario, la pala-

bra «extranjero» no es sinónima de enemigo. Y aunque todo católico ama á su Patria y á los que en ella nacieron con un amor intensísimo, sin embargo, en su vasto corazón aún se conservan tesoros de cariño para los que nacieron bajo otro cielo y se expresan en un lenguaje que él no entiende. El católico, en cualquiera parte del mundo donde se encuentre, será siempre un ciudadano intelectual y moralmente libre, sin ligaduras que le aten á un señorío ó á determinadas personas.

Tenemos visto, pues, que el pleno goce de los derechos individuales, de la libertad política y de la paz social, no están suficientemente garantizadas en ninguna forma de Gobierno, sino que su mejor y más segura garantía estriba en la virtud y moralidad de gobernantes y gobernados. Y ahora ocurre preguntar: De las dos religiones que en este librito vamos comparando, ¿cuál es la que sobre bases más sólidas asienta los principios fundamentales de justicia, rectitud y moralidad? ¿Cuál ha proclamado más alto la igualdad y dignidad de la naturaleza humana? ¿Cuál está revestida del sobrehumano poder de unir en estrecho vínculo de fraternidad á los hombres de todas las nacionalidades? ¿Cuál se ha mostrado en todos tiempos la fiel amiga del pobre, la acérrima debeladora de tiranos y opresores? ¿Cuál, en nuestros mismos días, ofrece su pecho descubierto para recibir el golpe de muerte descargado contra el proletariado? ¿Cuál florece con mayor número de virtudes públicas y privadas? ¿Cuál inculca con mayor ahinco é insistencia en la educación de la niñez, en el régimen interno de la familia y en la conducta del ciudadano el ejercicio constante de la virtud? Y, en fin, ¿cuál repite más en sus templos, enseña más en sus púlpitos y defiende más en sus obras de Artes ó Ciencias aquella máxima, sencilla pero profundísima, del más Sabio de todos los legisladores y Señor de toda virtud: «Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura?» La respuesta está clara, y la consecuencia que de ella se deduce, también.

CAPÍTULO XIV

INSTRUCCIÓN POPULAR

En el soberbio siglo de las luces es muy natural que á la ignorancia se le mire con desprecio, y á los pueblos donde ella está más extendida se les considere los más infelices de la tierra. Hoy pasa como verdad axiomática que un hombre sin instrucción debe ser á la fuerza menguado en sus facultades mentales, degradado en sus hábitos morales; en una palabra, un sér inútil en este mundo, y para quien la vida misma no puede menos de ser una carga pesadísima. En cambio, un hombre de letras ¡ah!, un hombre de letras ya es otra cosa.

Nosotros estimamos la ciencia é ilustración, pero no más de lo que se merece. Por eso, en obsequio de ellas y de la verdad, debemos decir que esas afirmaciones, hoy tan en boga, son excesivamente exageradas y erróneas. Es falso, en primer lugar, que los que no saben leer y escribir hayan de ser forzosamente nulidades intelectuales, inútiles para todos los usos de la vida. La experiencia de lo que á diario vemos en muchas industrias y profesiones, demuestra evidentemente lo contrario, y la razón misma nos dice que la ilustración y la ciencia, aunque en sí mismas de subidísimo precio, enderezadas como medio á la consecución de un fin social, valen menos, en muchas ocasiones, que la atenta observación, la experiencia reflexiva y un cierto sentido práctico, cualidades excelentes que no es raro encontrar en personas faltas aun de la más rudimentaria instrucción, y que á veces brillan por su ausencia en las que han frecuentado Escuelas y Universidades.

Todavía es más absurdo hacer á la ignorancia madre de la criminalidad, y, por el contrario, convertir á la instrucción,

bra «extranjero» no es sinónima de enemigo. Y aunque todo católico ama á su Patria y á los que en ella nacieron con un amor intensísimo, sin embargo, en su vasto corazón aún se conservan tesoros de cariño para los que nacieron bajo otro cielo y se expresan en un lenguaje que él no entiende. El católico, en cualquiera parte del mundo donde se encuentre, será siempre un ciudadano intelectual y moralmente libre, sin ligaduras que le aten á un señorío ó á determinadas personas.

Tenemos visto, pues, que el pleno goce de los derechos individuales, de la libertad política y de la paz social, no están suficientemente garantizadas en ninguna forma de Gobierno, sino que su mejor y más segura garantía estriba en la virtud y moralidad de gobernantes y gobernados. Y ahora ocurre preguntar: De las dos religiones que en este librito vamos comparando, ¿cuál es la que sobre bases más sólidas asienta los principios fundamentales de justicia, rectitud y moralidad? ¿Cuál ha proclamado más alto la igualdad y dignidad de la naturaleza humana? ¿Cuál está revestida del sobrehumano poder de unir en estrecho vínculo de fraternidad á los hombres de todas las nacionalidades? ¿Cuál se ha mostrado en todos tiempos la fiel amiga del pobre, la acérrima debeladora de tiranos y opresores? ¿Cuál, en nuestros mismos días, ofrece su pecho descubierto para recibir el golpe de muerte descargado contra el proletariado? ¿Cuál florece con mayor número de virtudes públicas y privadas? ¿Cuál inculca con mayor ahinco é insistencia en la educación de la niñez, en el régimen interno de la familia y en la conducta del ciudadano el ejercicio constante de la virtud? Y, en fin, ¿cuál repite más en sus templos, enseña más en sus púlpitos y defiende más en sus obras de Artes ó Ciencias aquella máxima, sencilla pero profundísima, del más Sabio de todos los legisladores y Señor de toda virtud: «Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura?» La respuesta está clara, y la consecuencia que de ella se deduce, también.

CAPÍTULO XIV

INSTRUCCIÓN POPULAR

En el soberbio siglo de las luces es muy natural que á la ignorancia se le mire con desprecio, y á los pueblos donde ella está más extendida se les considere los más infelices de la tierra. Hoy pasa como verdad axiomática que un hombre sin instrucción debe ser á la fuerza menguado en sus facultades mentales, degradado en sus hábitos morales; en una palabra, un sér inútil en este mundo, y para quien la vida misma no puede menos de ser una carga pesadísima. En cambio, un hombre de letras ¡ah!, un hombre de letras ya es otra cosa.

Nosotros estimamos la ciencia é ilustración, pero no más de lo que se merece. Por eso, en obsequio de ellas y de la verdad, debemos decir que esas afirmaciones, hoy tan en boga, son excesivamente exageradas y erróneas. Es falso, en primer lugar, que los que no saben leer y escribir hayan de ser forzosamente nulidades intelectuales, inútiles para todos los usos de la vida. La experiencia de lo que á diario vemos en muchas industrias y profesiones, demuestra evidentemente lo contrario, y la razón misma nos dice que la ilustración y la ciencia, aunque en sí mismas de subidísimo precio, enderezadas como medio á la consecución de un fin social, valen menos, en muchas ocasiones, que la atenta observación, la experiencia reflexiva y un cierto sentido práctico, cualidades excelentes que no es raro encontrar en personas faltas aun de la más rudimentaria instrucción, y que á veces brillan por su ausencia en las que han frecuentado Escuelas y Universidades.

Todavía es más absurdo hacer á la ignorancia madre de la criminalidad, y, por el contrario, convertir á la instrucción,

aisladamente considerada, en preservativo contra el crimen. Los registros de los establecimientos penales cantan claro que el número de presidiarios analfabetos es, aun relativamente, inferior al de los instruidos: y los sociólogos en general convienen en que los más de los criminales han llegado á su infelicísimo estado, no por no saber leer y escribir, sino por falta de un oficio ó modo honesto de ganar la vida. Los que esto tienen jùntanse, como instintivamente, con ciudadanos honrados y pacíficos, buscando en su cooperación, y bajo la salvaguardia de la legalidad, los medios adecuados para el ejercicio de su profesión y el fomento de sus intereses.

Tenemos, pues, que no porque las estadísticas de un país arrojen tal vez crecido número de analfabetos se debe colegir, *a priori*, que todos ellos son inútiles como miembros sociales y perversos como hombres. Habrá entre ellos, y quizá en gran número, personas dotadas de un rectísimo juicio práctico, hábiles é industriosas en sus artes mecánicas ó agrícolas, dotadas de excelentes prendas de carácter, de refinado gusto y exquisita urbanidad, adornadas de acendradas virtudes y fieles cumplidoras de los preceptos que la Religión les impone como padres de familia ó como ciudadanos.

Previamente asentado esto, que creemos muy del caso, nos toca refutar otra acusación dirigida contra el Catolicismo: la de haber fomentado en todos tiempos la ignorancia de las clases sociales; la de haberse mostrado en todos tiempos indiferente ó ajeno al progreso de la Ciencia, si ya no le ha servido de pesadísima rémora. ¡Todo ello, ya se ve, porque así convenía á sus intereses! Tan absurda patraña, casi no merecía el honor de tomarse en cuenta. La Historia, en cada una de sus páginas, le está dando un solemne mentís, demostrando que el Catolicismo ha dado origen, desenvolvimiento y perfección á importantísimas Ciencias, tanto humanas como divinas; que ha abierto en las cinco partes del mundo innumerables Escuelas, Colegios y Universidades; que ha fundado varias familias religiosas, primariamente consagradas á difundir la enseñanza entre toda clase de personas, sin diferencia de condición ó de sexo; y, en fin, que ha criado y alimentado, con el jugo de su espíritu, á la grandiosa civilización cristiana, cuyos benéficos resultados nadie puede menos de experimentar y bendecir.

A pesar de esto, aún hay hombres, como el Rev. Dr. Strong,

Secretario de la Sociedad Anticatólica intitulada *Evangelical Alliance*, que en un libro recientemente publicado (*Our Contry*) se atreve á decir lo siguiente:

«Roma, jamás ha favorecido la educación de las masas. En este particular, siempre ha practicado aquella su máxima proverbial: La ignorancia es madre de la devoción.»

Quisiéramos que se nos citase el Concilio, ó el Santo Padre, ó el documento pontificio, ó el Asceta ó Teólogo de aprobada doctrina, donde se encuentra esa sentencia que, según se dice, pasa como proverbial entre nosotros. El autor no ha tenido la bondad de tomarse este trabajo, en lo que ha obrado con prudencia, porque hubiera sido sin provecho.

Pero prosigue el Rev. Secretario:

«La actitud de Roma respecto á la educación de las masas, puede colegirse del atraso en que se encuentra la instrucción en aquellos países donde predomina el Catolicismo. En Italia, por ejemplo, el 73 por 100 de la población no sabe leer y escribir; en España, el 80 por 100, y en Méjico, el 93.»

Increíble parece, que en nuestro país, donde abundan personas bien enteradas de lo que sucede en el extranjero, se propalen aseveraciones tan gratuitas, y tan descaradas imposturas. Y puesto que el Dr. Strong ha apelado al argumento de los números, acepto su reto con mucho gusto aun en ese terreno, y con estadísticas en la mano cuyas fuentes citaré y serán las de mayor autoridad en la materia, le probaré lo falso é injurioso de sus cargos contra nuestra Madre la Iglesia. Debo advertir de antemano, que las más de las estadísticas no oficiales, son muy inexactas y tienen mucho de adivinación al señalar el número de analfabetos de cada país, como fundadas que están en datos muy insuficientes, tales como alistamientos de soldados, registros de matrimonios, etcétera. Nosotros nos serviremos del Diccionario Estadístico de Miguel G. Mulhall, Miembro de la Real Sociedad Estadística, y una de las mayores autoridades en la materia. (Edic. 1892, artículo *Educación*, págs. 231-243.) A continuación del país, expreso su estado religioso, con datos suministrados por el citado Diccionario. (Artic. *Religión*, pág. 512.)

PAÍSES PROTESTANTES	Protestantes.	Católicos.	Asistencia media á las escuelas por cada 1.000 habitantes.
Australia.....	2.880.000	845.000	140
Noruega, Suecia y Dinamarca.	8.340.500	4.500	140
Estados Unidos.....	50.890.000	9.000.000	130
Gran Bretaña é Irlanda.....	29.398.000	5.336.000	123
PAÍSES CATÓLICOS	Católicos.	Protestantes.	Asistencia á las escuelas por cada 1.000 habitantes.
Francia.....	29.202.000	693.000	170
Bélgica.....	6.016.000	10.000	135
Austria.....	20.227.000	400.000	130
España.....	17.542.000	7.600	106
Italia.....	28.360.000	62.000	90
Portugal.....	4.707.500	500	54
PAÍSES MIXTOS	Protestantes.	Católicos.	Asistencia á las escuelas por cada 1.000 habitantes.
Suiza.....	1.724.000	1.190.000	210
Holanda.....	2.491.000	1.440.000	145
Alemania.....	29.370.000	17.789.000	140
Canadá.....	2.440.000	1.729.000	100

El cuadro que acaba de verse es correspondiente al año de 1888. Ahora vamos á presentar otro más reciente, que copiamos de la Relación presentada por el Comisionado de Educación en los Estados Unidos, 1889-1890 (vol. I, págs. 553-57).

EDUCACIÓN EN LAS ESCUELAS Y UNIVERSIDADES DE EUROPA

PAÍSES	RELIGIÓN	Alumnos matriculados por cada 1.000 habitantes.
Bayera.....	$\frac{7}{10}$ Católica.....	212
Baden.....	$\frac{2}{3}$ Idem.....	206
Sajonia.....	Protestante.....	202

PAÍSES	RELIGIÓN	Alumnos matriculados por cada 1.000 habitantes.
Prusia.....	$\frac{2}{5}$ Protestante.....	196
Suiza.....	$\frac{2}{3}$ Idem.....	195
Wurtemberg.....	Idem.....	190
Imperio alemán.....	$\frac{2}{3}$ Idem.....	188
Inglaterra y Gales.....	Idem.....	166
Escocia.....	Idem.....	164
Noruega.....	Idem.....	154
Suecia.....	Idem.....	154
Francia.....	Católica.....	151
Irlanda.....	Idem.....	147
Holanda.....	$\frac{2}{5}$ Protestante.....	142
Bélgica.....	Católica.....	135
Austria.....	Idem.....	131
Austria-Hungría.....	Idem.....	129
Hungría.....	Idem.....	126
Dinamarca.....	Protestante.....	110
España.....	Católica.....	106
Italia.....	Idem.....	96

Como se habrá notado, grandes son las diferencias que median entre una y otra estadística, con todo y ser ambas de las más acreditadas. Será quizá debido á los diversos datos que han servido de punto de partida para el cálculo; pero cualquiera que sea la causa, siempre salta á la vista que tomados en conjunto los países católicos, no está en ellos la instrucción menos extendida que en los protestantes. ¿A qué vienen, por tanto, esos epítetos de obscurantistas y apagaluces que con harta frecuencia suelen propinarlos nuestros adversarios? Es ordinario escuchar en la protestante Inglaterra descripciones patéticas y ampulosas declamaciones sobre la rusticidad é incultura en que yace el católico pueblo irlandés, fanatizado é idiotizado por el Papa de Roma y sus emisarios. A Irlanda, claro está, es atribuido el que tan bajo figure en la escala de las naciones ilustradas el Reino Unido de la Gran Bretaña. ¡Si allí odian hasta el nombre de escuela! ¡Si los maestros son *rara avis* por aquellas tierras! ¡Oh! ¡Si no fuera por el ardiente celo del Gobierno inglés en difundir las luces y el progreso, quizá se hubiera retrogradado á la barbarie!

No seré yo quien refute acusación tan burda. La refutará más victoriosamente una de nuestras mayores autoridades en materia de enseñanza: Enrique Barnard, que tuvo el honor de ser el primer comisionado que nombró el Centro de Enseñanza norteamericano. Dice así Mr. Barnard:

«Hasta principios del siglo XIX estaba prohibido á los católicos irlandeses que constituían las tres cuartas partes de la población, no sólo abrir escuelas ó pagar maestros, sino también enviar á los hijos á educarse en el extranjero. Era un crimen punible con destierro, y en caso de reincidencia con pena capital, el que un católico ejerciese el oficio de maestro ó fuese tutor de una familia particular.» (*Journal of Education*, vol. XI, página 134.)

Mal se compagina lo del ardiente celo en difundir las lucés con la pena de destierro ó de borca impuesta al pobre pedagogo por el horrible crimen de enseñar el A B C! Pero dejemos á un lado bromas é ironías, y veamos en serio cuál era el estado intelectual de Irlanda cuando estaba libre de la tiranía inglesa. Puede afirmarse, sin pizca de exageración, que hasta el nacimiento de la Reforma florecieron siempre en la Verde Erin, al igual que sus montes y campiñas, sus escuelas y sus ingenios. Recién convertida á la fe por San Patricio, abriéronse por toda la isla numerosos centros de enseñanza, tan célebres algunos como el de Armagh (455 después de Jesucristo), que vió bullir en sus aulas 7.000 discípulos reunidos; Lismore, Cashel, Arran, Clonard, Clonmacnoise, Benchor, escuelas famosas elogiadas por San Bernardo, y, omitiendo otras, las no menos ilustres de Clonfert y Jona (563). El historiador St. Aengis nos ha transmitido que de la Galia, Germania, Italia y aun del Egipto, venían estudiantes á las aulas irlandesas, y San Aldelelmo de Westminster se quejaba en el siglo VII de que las escuelas irlandesas dejaban sin discípulos á las inglesas. «Hoy en día—son sus palabras—es tan afamado el nombre de Irlanda, que cada día vemos dirigirse á ella multitud de estudiantes para aprender, no sólo las artes liberales y las ciencias físicas, sino también los cuatro sentidos de la Santa Eseritura.»

Moore, el inspirado poeta de las *Melodías irlandesas*, refiriendo el hecho histórico de que Irlanda proveía de maestros á casi toda la Europa, hace la siguiente reflexión: «Siempre es en el extranjero donde mis compatriotas han de buscar, y también

hallar, el digno galardón de su genio.» Gran verdad que nosotros, los norteamericanos, vemos demostrada en nuestra República, con mil ejemplos de la actualidad y del pasado.

El Cardenal Newman, después de citar las anteriores palabras de Moore, añade en su *Historical Sketches*: «Si hay en todo el orbe algún pueblo que en materia de ciencias y de ingenio no necesita protección, es ciertamente el pueblo irlandés. No es más que mera justicia á sus privilegiados talentos, el decir que en las lides de ingenio pueden muy bien sostener competencia con los más aventajados del mundo.»

Aun en medio de una persecución social, á la que no han superado en crueldad y duración ni aun siquiera las «Diez Persecuciones generales del Imperio,» según observa Lecky (*History of England in the Eighteenth Century*), á pesar de la ley que se lo prohibía y del empobrecimiento general de la isla, los irlandeses, llevados de su amor á la cultura, fundaron colegios para los estudiantes de su nación en París y Roma, cuyas cátedras estuvieron en todos tiempos ocupadas por profesores de universal reputación. Otro de los establecimientos docentes más afamados de Francia, el llamado *Ecole des Hautes Etudes*, en París, estuvo también por espacio de muchos años presidido y dirigido por un ilustre irlandés.

Los colegios de París y Roma me han traído á la memoria los nombres de otros cinco, fundados por los católicos para estudiantes ingleses, á quienes el Protestantismo, tan amante de las ciencias y el progreso, no permitía dentro de sus dominios hacerse hombres sabios y provechosos á la patria. Me refiero á los colegios de Douay, Reims, Roma, Valladolid y Lisboa, de donde han salido tantas eminencias en ciencia y virtud. Para apreciar la altura científica á que estaban, baste recordar que á los desterrados de Douay se debe la versión inglesa de las Sagradas Escrituras, más popular entre nuestros católicos. La cual traducción, si en las bellezas de la forma y en el estilo es inferior á la protestante del Rey Jacobo, le aventaja inmensamente en el fondo doctrinal y exactitud exegetica.

No es, no, el atraso de Irlanda lo que hace figurar al Reino Unido bastante rezagado entre las naciones instruidas. La causa verdadera de este hecho es su forma dominante de Protestantismo: el Episcopalismo Nacional, que jamás ha gozado ni puede gozar de simpatías con las masas populares, para quienes la mis-

ma Iglesia sectaria ha consagrado en tono despreciativo el término ya corriente de *clases bajas*. La mayor parte de su Clero sale de las *clases altas*, con ellas trata y entre ellas vive; de las demás, de los infelices que roturan los campos, socavan las minas ó son complemento viviente de alguna máquina de hierro, se cuidan muy poco, y ni poco ni nada si se trata de instruirlos y educarlos.

Tiempos ha tenido Inglaterra en que la ilustración y la enseñanza se hallaban más extendidas que en los tres últimos siglos. Al aparecer en mala hora la Reforma, hallábase la isla cubierta de muchos miles de escuelas parroquiales y monásticas, donde abundaban estudiantes de mucha nota, cuyo nombre recorría la Europa. Ya en el siglo XIV se enseñaba á los niños de la escuela, además de la lengua patria, la francesa y la latina. En el siglo XV nos encontramos en el reinado de Ricardo II con nobles que, celosos de lo muy extendida que estaba la instrucción, aun en la clase plebeya, pidieron al Parlamento se les prohibiera asistir á las escuelas de los monjes, de donde salían para las primeras dignidades de la Iglesia y del Estado muchas personas de obscurísimo linaje. Pero el Parlamento dictó la siguiente ley: «Todo hombre ó mujer, de cualquier estado ó condición que fuere, está en pleno derecho de mandar á su hijo ó hija á educarse en el ramo del saber y en el sitio de este reino ó del extranjero que más le plazca.»

Ábrase ahora una Historia de Inglaterra, cuéntese el número grandísimo de monasterios que se confiscaron, y los muchos miles de religiosos consagrados á la enseñanza que fueron expulsados ó decapitados por Enrique VIII; después búsquese las medidas que se adoptaron para reparar este golpe de muerte descargado á las letras y cultura inglesas, y ninguna se hallará. Por eso la ignorancia más crasa se extendió rápidamente sobre el país, donde aun las familias ricas carecieron de los medios más esenciales para su instrucción. El Protestantismo se echó sobre la infeliz Isla de los Santos como un arrebatado ciclón, dejando su paso señalado por las ruínas de instituciones docentes, que hoy mismo se ven hacinadas por dondequiera.

Las antiguas y renombradas Universidades de Oxford y Cambridge apenas si pudieron escapar de una muerte violenta; y aunque lo consiguieron, véase desde entonces condenadas á arrastrar una vida lánguida, sustentada únicamente de recuerdos. La obra de Kay, que tanta sensación produjo por las tremendas revela-

ciones que en ella se hacen, describe también el estado lamentable de degradación mental, no menos que moral, en que yacía el pueblo de Inglaterra y Gales. Por aquella época tenía la isla 17.000.000 de habitantes, de los cuales dice que eran analfabetos 8.000.000, que el 50 por 100 de los niños no pisaba en su vida una escuela, y, en fin, que en los pueblos rurales había maestros cuya única ciencia consistía en saber leer y escribir, y gracias si aun eso sabían regularmente.

¿En qué consiste que en España, Italia y Portugal, países tan profundamente católicos, se encuentre la instrucción popular tan poco extendida? No podemos señalar con entero conocimiento las causas verdaderas de este hecho; pero si afirmamos que esta incultura no es debida, ni mucho menos, á la Iglesia católica. Si ella gozara de verdadera libertad, que se le quita á nombre de protección; si á los religiosos no se pusieran trabas ni cortapisas en el cumplimiento de sus benéficos institutos; si el Estado no arrebatase á los padres de familia el derecho natural que tienen de educar á sus hijos, quizá, y sin quizá, la instrucción pública estaría más floreciente, y sobre todo más extendida.

Y pues que contra Roma principalmente se dirigen los cargos de retrógrada y enemiga de la educación popular, quiero copiar aquí lo que sobre la capital del orbe católico en particular, y en general también sobre los demás pueblos en comunión con ella, dice el presbiteriano escocés Mr. Laing: «En los Estados católicos de Alemania; en Francia, Italia y aun en España, los conocimientos de lectura, escritura, aritmética, música, religión y moral, hállanse tan extendidos entre el pueblo bajo como en nuestra Escocia, y es tan fomentada la cultura é ilustración por el Clero papista como por el nuestro. El amor á la ciencia, y no, como alguien ha dicho, la conservación del propio predominio, es lo que ha producido entre la gente eclesiástica de los papistas una larga serie de científicos de primer orden, que podían avergonzar á nuestros presbiterianos. La Iglesia romana, pues, no sólo no coarta, sino que alienta y difunde la instrucción, que se convierte en sus manos en un arma poderosísima. Así, por ejemplo, al recorrer las calles de Roma, véanse á cortos trechos numerosas escuelas públicas, adonde acuden los hijos de las familias pobres del contorno. Dicha ciudad, con un vecindario de 258.678 almas (escribiase esto hace medio siglo), tiene 372 escuelas de primeras letras, con 482 maestros y 14.099 alumnos. ¿Hay en

Edimburgo tantos establecimientos docentes? Berlín, con una población doble que la de Roma, sólo cuenta con 264 escuelas. Tiene también Roma una Universidad, con una matrícula media de 660 estudiantes, y en los Estados Pontificios, para una población de 2.500.000 almas, hay siete Universidades; el mismo número que en Prusia para 14.000.000 de habitantes; ¡casi el séxtuplo! El dato de que Roma, para una población mitad que la de Berlín, cuenta con un centenar más de escuelas, hace muy poco honor á los tan ponderados sistemas de educación vigentes en Prusia.

Para mayor abundamiento, voy á presentar el cuadro de la instrucción en Roma, hecho oficialmente en 1869, esto es, en el último censo llevado á cabo bajo el gobierno temporal de los Papas.

INSTRUCCIÓN SUPERIOR CIENTÍFICA

Universidad Romana.....	1.300 alumnos.
Liceo del Seminario Pontificio.....	786 »
Colegio Romano.....	1.225 »
Colegio de la Propaganda.....	264 »
Gimnasio de Filosofía.....	91 »
Colegio de Santo Tomás.....	91 »
Idem de San Buenaventura.....	12 »
Instituto de Geodesia é Iconografía.....	60 »
Total.....	3.829 »

INSTRUCCIÓN ACADÉMICA

En 63 colegios de religiosos y conservatorios.....	1.738 alumnos.
En otros establecimientos de caridad.....	1.216 »
Total.....	2.954 »

INSTRUCCIÓN ELEMENTAL

En 44 escuelas privadas y gratuitas para niños.....	6.341 alumnos.
En las municipales, existentes en cada parroquia.....	1.567 »
En 61 escuelas privadas y gratuitas para niñas.....	6.490 »
En otras nueve pensionadas para niñas....	553 »
En las municipales para niñas.....	2.171 »
Total.....	17.122 »

Resumen general: En una ciudad de 220.532 almas hay 23.905 estudiantes, de los cuales 19.614 recibían instrucción gratis, y los 4.291 restantes pensionada.

Además de estos centros educativos, que podemos llamar *nacionales*, existían por aquel entonces en la Alma ciudad otros varios, fundados exclusivamente para extranjeros, con un contingente de 841 alumnos. Entre estos centros se cuentan los Seminarios Urbano, Francés, Pio-Latino y Vaticano, Norte y Sudamericanos, y los colegios de diferentes nacionalidades, tales como el Germánico, el Irlandés, dos Ingleses, Escocés, Griego, Belga, Polaco, etc., etc. Resultado: que Roma no sólo educa á sus propios hijos, sino que aun tiene generosidad para repartir maestros y ciencia á los demás pueblos que agradecidos le envían lo más selecto de su juventud á instruirse con mayor abundancia de medios en la ciudad que es á un tiempo mismo emporio del saber y cabeza del mundo católico.

Nada hemos dicho hasta aquí de los Estados hispanoamericanos; porque, como fácilmente se comprende, encuéntrase en condiciones sociales distintas de las de cualquier nación europea. Regiones vastísimas, escasamente pobladas, con la mitad y á veces $\frac{1}{4}$ de sus habitantes indios de pura raza (conservados, gracias á la beneficencia de Gobiernos católicos); ¿quién no ve que estas circunstancias son las menos á propósito para la difusión de la enseñanza? Por lo tanto, nada tiene de extraño que en los Estados centro y sudamericanos sea mayor el número de analfabetos que en los Estados Unidos, ó en cualquier otra nación europea. Lo maravilloso es que sea tan crecido como es el tanto por ciento de instruidos. Los inconsiderados críticos de los pueblos latino-americanos, debían recordar que aun en los Estados del Sur de nuestra República, hasta hace algunos años, era muy pequeño el número de niños tanto blancos como negros, alistados en las escuelas; debían girar una visita á esa región, protegida también por nuestra bandera y llamada Mountain Whites of the South, de la cual presentamos una pintura en el capítulo IX, y después de enterarse de los sistemas educativos allí en uso, decirnos si son peores los de parte alguna del mundo.

No se crea, sin embargo, que el estado intelectual entre los latino-americanos se halle, en realidad, como sus detractores se complacen en pintarle. Me ceñiré á nuestra vecina República mejí-

cana. (Véase cómo se expresa el Sr. García Cubas sobre la instrucción pública en su libro *Méjico en 1876.*)

La instrucción primaria comprende lo siguiente: lectura, escritura, gramática castellana y urbanidad. En las escuelas de niñas se enseñan también trabajos de aguja y otras labores propias de su sexo. En algunos Estados son también asignaturas obligatorias, la Geografía, la Historia nacional y el Dibujo; y hay escuelas particulares, donde, además de lo dicho, se estudian nociones de Álgebra y Geometría, Historia Natural y Francés.

El número de escuelas de primeras letras asciende á 8.103 (en 1870 eran sólo 5.000). De ellas, según el Sr. Díaz Cobarrubias, 603 son pagadas por el Gobierno de los Estados, 5.240 por las autoridades municipales, 378 por Corporaciones privadas, 117 por el clero católico, 1.581 son pensionadas y 184 son establecimientos no bien clasificados.

Los concurrentes á estas escuelas son 350.000. (En 1888 las escuelas habían aumentado hasta 10.726, en las que recibían instrucción 543.977 niños.)

La enseñanza superior, lo mismo que la profesional, está á cargo del Estado con sujeción á los programas presentados por el Gobierno. Para esta clase de instrucción están destinados 105 establecimientos, distribuidos en la forma siguiente: Una Escuela preparatoria, 19 de Jurisprudencia, 20 de Medicina y Farmacia, 10 de Ingenieros, 2 Escuelas navales, 3 de Comercio, 2 de Agricultura, 3 Academias de Artes y Ciencias, 2 de Bellas Artes, 2 Conservatorios de Música y Declamación, un Colegio militar, 24 Seminarios para el clero católico, una Escuela de ciegos, otra de sordomudos, y, en fin, 14 establecimientos para la enseñanza superior de las mujeres. La asistencia á estos 105 Centros educativos es de 14.809 discípulos (en 1889 eran 21.000). El número de profesores y empleados en la instrucción pública es de 8.770. Hay 20 bibliotecas del Gobierno (72 eran en 1890); y las de particulares, cuyos volúmenes oscilan entre 1.000 y 8.000, son numerosísimas. Museos de antigüedades, Pinturas é Historia Natural, los hay en varias ciudades principales (19 había en 1890). Se cuentan 73 Corporaciones dedicadas al cultivo de las artes y ciencias, de las que 29 son científicas, 3 meteorológicas, 21 literarias, 20 artísticas y 3 de carácter mixto.

Se ve, pues, que Méjico no carecía de medios de instrucción ni aun en 1876, en que acababa de salir de un largo período de

guerras sangrientas. Desde aquella época, gracias á una duradera paz, cual nunca se ha visto en la vecina República, se encuentra la enseñanza mucho más floreciente. Y prueba de ello es la galería ilustre de científicos y literatos de primera nota con que cuenta. Algo idéntico pudiéramos decir de otras naciones latinoamericanas.

Por lo que hace á nuestra República del Norte, voy á copiar algunos datos de una reseña sobre la educación en los Estados Unidos, según el undécimo censo, año de 1890:

ESCUELAS PARROQUIALES EN LOS ESTADOS UNIDOS

	Maestros.	Alumnos.	Blancos.	Negros.
Culto católico.....	12.303	626.496	620.174	6.322
Evangélico Luterano.....	2.991	142.963	142.302	661
Evangélico Germano.....	386	15.639	15.638	1
Protestante Episcopal...	275	8.385	4.635	3.750
Baptista.....	Ninguno.	Ninguno.	»	»
Metodista.....	»	»	»	»
Presbiteriano.....	»	»	»	»
Congregacional.....	»	»	»	»
Otras denominaciones....	195	6.119	5.860	259
<i>Suma total.....</i>	<i>16.150</i>	<i>799.602</i>	<i>788.609</i>	<i>10.993</i>

De modo que de 16.150 maestros que enseñan en escuelas parroquiales, 12.303, es decir, $\frac{5}{4}$, son católicos; y de 799.602 niños que en las mismas reciben educación, 626.490, ó sea $\frac{4}{5}$, son también católicos.

ESCUELAS PRIVADAS, NO PARROQUIALES, ABIERTAS POR INDIVIDUOS DE DIVERSOS CULTOS

	Maestros.	Alumnos.	Blancos.	Negros.
Católicos.....	5.907	75.470	75.074	396
Metodistas Episcopales...	3.026	58.546	49.103	9.443
Presbiterianos.....	1.793	37.965	26.358	11.607
Baptistas.....	1.635	29.869	24.848	5.021
Congregacionalistas.....	1.219	27.453	15.171	12.282
Protestantes Episcopales.	1.339	13.265	12.584	681
Luteranos.....	532	8.688	8.687	1
Otras denominaciones....	1.963	34.866	32.990	1.896
<i>Suma total.....</i>	<i>17.414</i>	<i>286.142</i>	<i>244.815</i>	<i>41.327</i>

RESUMEN GENERAL DE LAS ESCUELAS EN QUE SE ENSEÑA
ALGUNA RELIGIÓN

	Maestros.	Alumnos.
Católicos.....	18.210	701.996
Diversas sectas protestantes....	15.354	383.778
<i>Suma total</i>	33.564	1.085.744

¿Qué decir ante el irrefragable argumento de los números? Vamos á cerrar este capítulo recordando el singularísimo triunfo obtenido por la enseñanza católica en la exposición Colombiana de Chicago de 1893. El gran número de premios que en todos los ramos del saber obtuvieron allí las escuelas católicas, es la mayor apología del aprecio que nuestra madre la Iglesia hace de la instrucción popular y el celo con que la promueve y difunde. Se ha publicado un libro de 350 páginas con el título de la *Enseñanza católica en la Exposición*, el cual no es sino un mero catálogo ó índice de las escuelas que concurrieron y objetos que presentaron: 1.200 establecimientos docentes estaban allí representados. Sus instalaciones se extendían en una extensión de 29.214 pies cuadrados, y sus mostradores ó estanterías ocupaban en alto otros 60.000 pies: 700 premios de medalla ó diploma se asignaron á escuelas católicas de los Estados Unidos, y 90 á extranjeras del mismo culto, dirigidas por Hermanos de la Doctrina Cristiana, en Bélgica, Francia, España, Inglaterra é isla Mauricio.

La Exposición colombiana fué la más significativa apoteosis del sistema educativo católico, y así lo reconoció entonces toda la prensa, sin excluir la disidente, tanto de Norte América como del extranjero.

CAPÍTULO XV

EDUCACIÓN SUPERIOR.—UNIVERSIDADES

Un buen indicador de la cultura intelectual de un pueblo, es el número, carácter y florecimiento de los Centros de enseñanza superior, tales como Colegios y Universidades. Allí donde la ignorancia tiene su asiento, no se abren tales cátedras y mucho menos se llenan con multitud de estudiantes tanto nacionales como extranjeros, atraídos de las más remotas partes del mundo por la fama de sabios profesores. Se puede, por lo tanto, establecer como ley general, que la difusión de la cultura en un pueblo y su nivel intelectual, se hallan en razón directa de los establecimientos científicos con que cuenta.

Por otra parte, la erección de tales Centros de enseñanza superior ha sido, hasta época muy reciente, obra exclusiva de la religión; por ella inspirada, alentada y llevada á feliz término. Así lo enseña la Historia. Luego al comparar las Universidades católicas con las protestantes, implícitamente comparamos las benéficas influencias de una y otra religión en pro de la cultura de los pueblos. Europa nos ofrece un campo muy á propósito para nuestro estudio comparativo.

En la Reseña publicada por nuestro Comisario de Instrucción (1889-1890, vol. I, págs. 561-572), se encuentra una larga lista de todas las Universidades extranjeras, con el año de su fundación, copiada del libro alemán *Minerva Jahrbuch der Universitäten der Welt*. Hay otro catálogo de lo mismo en el *Dictionary of dates*, de Haydn, el cual coincide en un todo con la *Encyclopædia of Chronology*, por Woodward y Cates. Estas son las fuentes que nos han suministrado los datos para las siguientes listas, advirtiendo, que donde hay alguna discrepancia entre los autores, seguimos á Haydn y á Woodward.

RESUMEN GENERAL DE LAS ESCUELAS EN QUE SE ENSEÑA
ALGUNA RELIGIÓN

	Maestros.	Alumnos.
Católicos.....	18.210	701.996
Diversas sectas protestantes....	15.354	383.778
<i>Suma total</i>	<u>33.564</u>	<u>1.085.744</u>

¿Qué decir ante el irrefragable argumento de los números? Vamos á cerrar este capítulo recordando el singularísimo triunfo obtenido por la enseñanza católica en la exposición Colombiana de Chicago de 1893. El gran número de premios que en todos los ramos del saber obtuvieron allí las escuelas católicas, es la mayor apología del aprecio que nuestra madre la Iglesia hace de la instrucción popular y el celo con que la promueve y difunde. Se ha publicado un libro de 350 páginas con el título de la *Enseñanza católica en la Exposición*, el cual no es sino un mero catálogo ó índice de las escuelas que concurrieron y objetos que presentaron: 1.200 establecimientos docentes estaban allí representados. Sus instalaciones se extendían en una extensión de 29.214 pies cuadrados, y sus mostradores ó estanterías ocupaban en alto otros 60.000 pies: 700 premios de medalla ó diploma se asignaron á escuelas católicas de los Estados Unidos, y 90 á extranjeras del mismo culto, dirigidas por Hermanos de la Doctrina Cristiana, en Bélgica, Francia, España, Inglaterra é isla Mauricio.

La Exposición colombiana fué la más significativa apoteosis del sistema educativo católico, y así lo reconoció entonces toda la prensa, sin excluir la disidente, tanto de Norte América como del extranjero.

CAPÍTULO XV

EDUCACIÓN SUPERIOR.—UNIVERSIDADES

Un buen indicador de la cultura intelectual de un pueblo, es el número, carácter y florecimiento de los Centros de enseñanza superior, tales como Colegios y Universidades. Allí donde la ignorancia tiene su asiento, no se abren tales cátedras y mucho menos se llenan con multitud de estudiantes tanto nacionales como extranjeros, atraídos de las más remotas partes del mundo por la fama de sabios profesores. Se puede, por lo tanto, establecer como ley general, que la difusión de la cultura en un pueblo y su nivel intelectual, se hallan en razón directa de los establecimientos científicos con que cuenta.

Por otra parte, la erección de tales Centros de enseñanza superior ha sido, hasta época muy reciente, obra exclusiva de la religión; por ella inspirada, alentada y llevada á feliz término. Así lo enseña la Historia. Luego al comparar las Universidades católicas con las protestantes, implícitamente comparamos las benéficas influencias de una y otra religión en pro de la cultura de los pueblos. Europa nos ofrece un campo muy á propósito para nuestro estudio comparativo.

En la Reseña publicada por nuestro Comisario de Instrucción (1889-1890, vol. I, págs. 561-572), se encuentra una larga lista de todas las Universidades extranjeras, con el año de su fundación, copiada del libro alemán *Minerva Jahrbuch der Universitäten der Welt*. Hay otro catálogo de lo mismo en el *Dictionary of dates*, de Haydn, el cual coincide en un todo con la *Encyclopædia of Chronology*, por Woodward y Cates. Estas son las fuentes que nos han suministrado los datos para las siguientes listas, advirtiendo, que donde hay alguna discrepancia entre los autores, seguimos á Haydn y á Woodward.

UNIVERSIDADES FUNDADAS POR CATÓLICOS

Año.	Año.
HASTA EL SIGLO XIII	
433	Bolonia, Italia.
630	Cambridge, Inglaterra.
700	Cracovia, Polonia.
729	París, Francia.
802	Oxford, Inglaterra.
830	Lión, Francia.
926	Lovaina, Bélgica.
968	Córdoba, España.
1145	Reims, Francia.
<i>Total, 9.</i>	
SIGLO XIII	
1209	Valencia, España (1).
1224	Nápoles, Italia.
1228	Padua, Italia.
1229	Tolosa, Francia.
1233	Salerno, Italia.
1239	Salamanca, España (por la de Palencia, 1208).
1245	Roma, Italia.
1253	Sorbona, Francia.
1264	Ferrara, Italia.
1289	Montpellier, Francia.
<i>Total, 10.</i>	
SIGLO XIV	
1305	Orleans, Francia.
1307	Perusa, Italia.
1308	Coimbra, Portugal (por la de Lisboa, 1279).
1339	Grenoble, Francia.
1343	Pisa, Italia.
1346	Valladolid, España.
1348	Praga, Austria.
SIGLO XV	
1403	Wurtzburgo, Alemania.
1405	Turin, Italia.
1409	Leipsic, Alemania.
1409	Aix, Francia.
1411	St. Andrew, Escocia.
1419	Rostok, Alemania.
1422	Dole, Francia.
1431	Poitiers, Francia.
1436	Cáen, Francia.
1439	Florenzia, Italia.
1440	Meschlin, Alemania.
1445	Catania, Italia.
1450	Glasgow, Escocia.
1450	Barcelona, España.
1454	Valence, Francia.
1456	Greifswalde, Alemania.
1460	Nantes, Francia.
1460	Basilea, Suiza.
1460	Friburgo, Alemania.
1465	Bourges, Francia.
1465	Budapest, Hungría.
1472	Burdeos, Francia.
1473	Treveris, Alemania.
<i>Total, 19.</i>	

(1) Dice Valencia, pero sin duda debe decir Palencia, cuya Universidad fué fundada en 1209 por el Obispo palentino D. Tello de Meneses. La de Valencia es dos siglos posterior; como que fué fundada por los consejos y diligencia de San Vicente Ferrer, en 1411.

Año.	Año.
1474	Zaragoza, España.
1476	Copenhague, Dinamarca.
1476	Uppsala, Suecia.
1477	Tubinga, Alemania.
1477	Maguncia, Alemania.
1477	Inspruck, Alemania.
1482	Parma, Italia.
1491	Munster, Alemania.
1494	Aberdeen, Escocia.
1498	Madrid, España.
1499	Toledo, España.
<i>Total, 34.</i>	
SIGLO XVI	
1502	Wittemberg, Alemania.
1504	Sevilla, España.
1506	Frankfort, Alemania.
1506	Breslau, Alemania.
1517	Alcalá, España.
1517	Sigüenza, España.
1532	Santiago, España (1).
1533	Evora, Portugal.
1537	Granada, España.
1540	Macerata, Italia.
1548	Mesina, Italia.
1562	Sasari, Italia.
1564	Besançon, Francia.
1565	Dilinga, Alemania.
1568	Douai, Francia.
1568	Braunsberg, Alemania.
1572	Nancy, Francia.
1578	Wilna, Polonia.
1580	Klausemburgo, Hungría.
1580	Oviedo, España.
1585	Grätz, Austria.
1592	Venecia, Italia.
<i>Total, 22.</i>	
SIGLO XVII	
1603	Cagliara, Italia.
1606	Parma, Italia.
1614	Paderborn, Alemania.
1621	Strasburgo, Alemania.
1623	Salzburgo, Austria.
1665	Burges, Francia.
1671	Urbino, Italia.
<i>Total, 7.</i>	
SIGLO XVIII	
1722	Dijon, Francia.
1722	Pau, Francia.
1727	Camerino, Italia.
1743	Erlangen, Alemania.
1780	Grosswardein, Hungría.
1784	Lemberg, Austria.
<i>Total, 6.</i>	
SIGLO XIX	
1808	Clermont, Francia.
1808	Rennes, Francia.
1816	Lieja, Bélgica.
1816	Gante, Bélgica.
1826	Munich, Alemania (la de Ingoldsladt, 1472).
1834	Bruselas, Bélgica.
1862	Drumcondra, Irlanda.
1874	Agram, Hungría.
1875	Czernowitz, Austria.
1882	Praga, Austria.
1888	Lille, Francia.
<i>Total, 11.</i>	

(1) Tanto la Universidad de Santiago como la de Sigüenza son del siglo anterior, como fundadas que fueron, la primera, por el Arzobispo Compostelano Don Alfonso de Fonseca en 1462, y la segunda en 1471 por el Arcediano de Almazán D. Jaime López de Medina. También hay algunas incorrecciones en lo referente a otras Universidades así españolas como extranjeras; pero las pasamos por alto.

Tenemos, pues, que aun antes de que apareciera la Reforma, se habían fundado en Europa, con el consentimiento y activa cooperación de la Iglesia, 72 Universidades (no 66, como se dice comúnmente), distribuidas en la siguiente forma:

En Francia.....	20	En Inglaterra.....	2
» Italia.....	15	» Portugal.....	1
» Alemania.....	15	» Polonia.....	1
» España.....	7	» Bélgica.....	1
» Escocia.....	3	» Hungría.....	1
» Austria.....	2	» Suecia.....	1
» Suiza.....	2	» Dinamarca.....	1
<i>Total, 72.</i>			

Veamos ahora las que se fundaron por sabios fieles á la antigua fe, á contar desde la época en que se dejó ver en el horizonte europeo la brillante luz de la Reforma, según frase de cajón. Son las siguientes:

En Francia.....	8	En Bélgica.....	3
» Italia.....	8	» Alsacia.....	2
» España.....	6 (1)	» Portugal.....	1
» Austria.....	4	» Irlanda.....	1
» Alemania.....	9	» Polonia rusa.....	1
» Hungría.....	3	<i>Total, 46.</i>	

Suma total de Universidades fundadas en Europa por católicos, 118.

Tócanos ya conocer las de fundación protestante; y son las que á continuación se ponen, sacadas de las mismas fuentes de que antes nos servimos:

UNIVERSIDADES FUNDADAS POR PROTESTANTES

Año.	Siglo XVI	Año.	Siglo XVII
1527	Marburgo, Alemania.	1575	Leyden, Holanda.
1544	Königsberg, Alemania.	1583	Edinburgo, Escocia.
1588	Jena, Alemania.	1585	Franeker (extinguida), Holanda.
1565	Helmstad (extinguida), Alemania.	1591	Dublín, Irlanda.
<i>Total, 8.</i>			

(1) El número de Universidades de España era mayor del que aquí se señala; pues además de las nombradas, había otras en Oñate, Baeza, Gandía, Osuna, Ávila, Cervera y alguna más.

Año.	Siglo XVII	Año.	Siglo XIX
1604	Groningen, Holanda.	1809	Berlín, Alemania.
1607	Giessen, Alemania.	1818	Bonn, Alemania.
1632	Amsterdam, Holanda.	1826	Londres, Inglaterra.
1632	Dorpal, Rusia alemana.	1832	Zurich, Suiza.
1636	Utrecht, Holanda.	1832	Durham, Inglaterra.
1640	Abo, Finlandia.	1834	Berna, Suiza.
1665	Kiel, Alemania.	1839	Ginebra, Suiza.
1666	Lund, Suecia.	1878	Stockolmo, Suecia.
1694	Halle, Alemania.	1880	Dundee, Escocia.
1694	Dresden, Alemania.	1880	Victoria, Inglaterra.
<i>Total, 10.</i>		1891	Lausanne, Suiza.
<i>Total, 11.</i>			
Siglo XVIII			
1735	Gotingen, Alemania.		
1737	Cristiania, Noruega.		
<i>Total, 2.</i>			

RESUMEN GENERAL

En Alemania.....	12	En Escocia.....	2
» Suiza.....	4	» Irlanda.....	1
» Holanda.....	4	» Noruega.....	1
» Inglaterra.....	3	» Finlandia.....	1
» Suecia.....	3		

Total de Universidades fundadas por protestantes, 31.

Á guiarse uno por los rimbombantes epítetos de emancipadores de la razón, lumbreras de Europa, y otros no menos sonoros que á sí mismos con muchísima modestia se aplican los señores Reformados, creería cualquiera que por obra y gracia de la nueva religión, habían de nacer Universidades en cada aldea, á manera de focos luminosos que alumbrasen el mundo. Pero ¡oh desencanto! La Iglesia romana, obscurantista, apaga-luces, enemiga del progreso y lo demás consabido, ¡quién lo creyera! ha prestado más distinguidos servicios á la ciencia; ha fundado aún en los tres últimos siglos 15 Universidades más.

Hay aquí otro hecho digno de considerarse. Antes de rota en el occidente europeo la unidad de la fe, reinaba en todas partes lo que se llama furor por la ciencia, y miles y miles de jóvenes se agrupaban en las grandes academias en torno de afamados maestros. Así Oxford, el año 1209, llegó á contar hasta 3.000 estu-

diantes, y cincuenta y cuatro años más tarde eran 15.000 (1). Dignas rivales de Oxford eran algunas hermanas suyas del Continente, tales como Bolonia con sus 10.000 escolares en buena parte del siglo XIII, y París, que en sus buenos tiempos llegó á reunir hasta 40.000. Pero vino el Protestantismo, y las antes concurridísimas y animadas aulas de Oxford y Cambridge se vieron vacías, sus fondos confiscados, y si no murieron de inanición, fué tan sólo porque se les concedió una precaria existencia á título de celebridad histórica; no de otra suerte que se conservaron algunas célebres catedrales católicas para exhibirlas á algún *tourista* anticuario ó arqueólogo.

Además de estas dos celebradas Atenas florecían en el reino inglés numerosos colegios y escuelas monásticas, que cual estrellas de segunda magnitud brillaban en el sereno cielo de la ciencia. ¿Qué se hizo de ellas? Aun sus nombres hubieran desaparecido si la historia no se hubiera encargado de transmitirnoslos. ¿Y con qué se remedió esta sensible pérdida para las letras? Hasta entrado el segundo cuarto del siglo XIX, nadie en Inglaterra se ocupó de erigir nuevas Universidades. Desde entonces acá, se han fundado sólo tres: la de Londres, que propiamente no es sino un tribunal de examen para determinados colegios; la de Victoria, título que se ha dado á varios establecimientos docentes asociados entre sí, y la de Durham, verdadera Universidad aunque de tan raquítica vida que en 1890 sólo contaba con 215 estudiantes y tres colegios anejos: uno de Inglaterra, otro de las Islas Barbadas y el tercero de Sierra Leona.

Lo que decimos de Inglaterra, puede en su medida aplicarse también á los demás países separados de Roma. Según la Reseña del Comisario de Instrucción antes citada (pág. 563), existen 29 Universidades católicas y sólo 21 protestantes, en las que el número de alumnos llega á 1.000. En tal estado se hallaban, hace medio siglo, sólo dos de las 21 Universidades enclavadas en el Imperio germánico; hoy existen ya nueve, pero ¿quién ignora que la Alemania de hoy es muchísimo más católica que la de hace cincuenta años?

Quizá habrá ocurrido á alguno preguntar: ¿Dónde es propor-

(1) Según el testimonio de Weis, Oxford llegó á tener hasta 30.000 estudiantes, cuando en su Universidad explicaba el franciscano Juan Duns Scoto.

cionalmente más crecido el número de cursantes en facultad superior? Responda por mí Mulhall. En Bélgica y España. Y con notable diferencia. En efecto, hojeando la Reseña de nuestro Comisionado (1888-1889, págs. 82 y 245) hallo que el número de universitarios ingleses era por aquel entonces 8.802; mientras que los españoles en una población mucho menor, ascendían por la misma época á 15.787.

Digna es de conocerse la estadística de enseñanza superior en el reino belga:

Estudiantes en las Universidades.....	4.252
» en la Academia de Bellas Artes de Amberes.....	1.315
» en las Escuelas de Dibujo.....	14.565
» en los Conservatorios y otras Escuelas de Música.....	14.869
<i>Total</i>	<u>35.001</u>

¡35.001 jóvenes estudiando carrera en un país que sólo cuenta 6.000.000 de habitantes!

Allá va otra prueba. Comparemos un estado protestante y sea el que más fama tiene de culto, Prusia, con otro católico, verbi-gracia, Italia, que no es de los más adelantados. La estadística nos suministra los siguientes datos:

	Población.	Universidades.	Número de estudiantes.
Italia.....	28.000.000	21	16.922
Prusia.....	29.000.000	11	13.483

¿Cuál es la causa de esta notable desproporción que se advierte? Es muy sencilla. La juventud protestante no reconoce otro blanco de su vida, ni atiende á nada más, que á amontonar dinero. De ahí el que tantos se dediquen al comercio, para el que se requiere muy poco estudio, y en donde se pueden satisfacer más fácilmente las supremas y rastreras aspiraciones de sus almas. El joven católico, por el contrario, tiene miras más nobles y levantadas; busca con preferencia el honesto placer que se le sigue del conocimiento de una ciencia y el honor que siempre acompaña al ejercicio de una carrera.— Véase ahora de una ojeada el estado universitario de la Europa, según lo trae el *Statesman's Year Book*, 1893, y el *Report of the United States Commissioner of*

Education, 1889-1890. Sólo se debe notar que en la estadística de Francia no se han considerado como Universidades las que ellos llaman *Facultés*, de las cuales hay 30. Aun de las 20 que aquí se citan, sólo de 11 encuentro expreso el número de alumnos. Según eso, el dato de Francia es deficiente, y la suma total, por lo tanto, aparece de parte de los católicos menor de lo que es en realidad.

UNIVERSIDADES DE EUROPA

	CATÓLICAS		PROTESTANTES	
	Universidades	Estudiantes	Universidades	Estudiantes
Italia.....	21	16.922	Estados protestantes de Alemania.....	14 17.863
Francia.....	20	17.083	Inglaterra.....	4 8.349
Austria-Hungría..	11	18.097	Escocia.....	5 6.585
España.....	10	16.000	Irlanda.....	1 1.193
Bélgica.....	4	4.252	Suecia.....	2 2.405
Estados alemanes católicos.....	4	5.897	Noruega.....	1 1.537
Irlanda.....	1	No se sabe.	Dinamarca.....	1 1.300
			Suiza.....	4 2.928
			Holanda.....	4 2.734
Suma total..	71	78.521	Suma total..	36 44.885

UNIVERSIDADES MIXTAS, CON UNAS FACULTADES CATÓLICAS Y OTRAS PROTESTANTES

Bonn, Breslau y Tubinga..... Alumnos, 3.640

La evidencia que resulta del precedente cuadro, nos ahorra el trabajo de hacer comentarios.

UNIVERSIDADES DE LOS ESTADOS UNIDOS

La varias veces citada Reseña (1889-1890, vol. II, pág. 788) nos da también una lista de los establecimientos docentes, tanto Colegios como Universidades, en que se da enseñanza superior en

nuestra república. Son entre todos 415. De ellos, 99 están calificados de *non sectarian*, ó sea sin religión; los restantes tienen alguna. Véase cuál:

Laicos, ó sin religión.....	99	Protestantes Episcopales.....	6
Metodistas.....	74	Idem Reformados.....	6
Católicos romanos.....	51	Idem Amigos.....	6
Presbiterianos.....	49	Idem Universalistas.....	4
Baptistas.....	44	De la Asociación Evangélica.....	2
Congregacionistas.....	22	Evangélico-Germanos.....	1
Cristianos.....	20	Adventistas del 7.º día (Seventh Day Adventist.).....	1
Luteranos.....	19	«Swedenborgian».....	1
Hermanos Unidos.....	10		

Total, 415.

De donde se desprende que el Catolicismo, cuyos dogmas profesan $\frac{1}{3}$ de nuestros conciudadanos, tiene abiertos $\frac{1}{8}$ de los Centros de estudios superiores. Y es de saber que la Iglesia romana no cuenta, ni con mucho, para los gastos de la Enseñanza, con las pingües riquezas de que disponen los protestantes; sobre todo, habiendo nosotros empleado últimamente muchos millones de *dollars* en la construcción de magníficas iglesias y en la fundación de establecimientos de beneficencia. Atendido, pues, nuestro número, nuestros recursos y nuestra condición social, podemos enorgullecernos de contribuir al adelanto científico de nuestra patria más que ninguna otra de las ciento y tantas sectas en que se divide el Protestantismo norteamericano. Más aún: si descartamos uno que otro establecimiento protestante, y algunos más del Estado, que por sus cuantiosos recursos y larga duración están montados á la altura de los mejores del mundo, nuestros 51 centros docentes pueden competir en cuanto á medios y material de enseñanza, con un número igual de protestantes que se presenten. Si á esto se añaden los numerosos Colegios de señoritas, en lo que nadie nos iguala, habremos presentado un ligero bosquejo de la cultura superior de los católicos norteamericanos y de su ardiente amor por el desarrollo de las ciencias.

Y puesto que tanto se habla del atraso de los católicos sudamericanos, no dejaré de insertar aquí, aunque sin hacer comentarios, el número de Universidades con que cuentan, tomándolo del *Statesman's Year Book* y del *Report of the Commissioner of Education*.

Argentina.....	2	Perú.....	3
Bolivia.....	5	Salvador.....	1
Chile.....	1	Uruguay.....	1
Colombia.....	2	Venezuela.....	2
Ecuador.....	1		
		<i>Total</i> ,	18.

Como se ve, no están los latinoamericanos en condición intelectual tan lamentable como generalmente se dice, con sobra de malicia y falta de conocimiento.

Al principio de este capítulo apuntamos la idea de que todas las grandes Universidades europeas habían sido fundadas por los católicos, siglos antes de la aparición del Protestantismo. Y se le habrá ocurrido á alguno: ¿En qué consiste que á partir desde esta época, aquellas celeberrimas escuelas hayan ido perdiendo de su antiguo esplendor y número casi fabuloso de discípulos? La respuesta va incluida en la misma pregunta. La causa de este hecho no es otra que la Reforma.

Ella, desde sus principios, se declaró en abierta hostilidad con la enseñanza; ya por las sangrientas guerras que promovió; y también por la supresión de numerosos Institutos docentes, y confiscación de Escuelas, Colegios y Universidades. De este modo, robando á establecimientos, incautándose de magnificas bibliotecas, desterrando á unos maestros y ahorcando á otros, convirtió el antes florido campo de las letras, en un desierto desolado é inculto. (*History of the Reformation*. Cobbet.—*Henry VIII and the English Monasteries*. F. A. Gasquet.)

Oigamos el juicio que merecían á Lutero las Universidades. Son sus palabras: «El demonio no ha podido inventar nada más pernicioso ni más apto para desarraigar de la tierra el Evangelio, como la fundación de las Universidades.» En otra parte, las compara con el ídolo de Moloch. Melancton, en su opúsculo *Didymus*, alabando á Wicleff por su sabiduría, dice de él: *Qui omnium primus vidit Academijs esse Satanae synagogas*. Fué el primero en conocer que las Academias eran sinagogas de Satanás. Algunos años más tarde, viendo Lutero la decadencia de sus escuelas, y lo poco que entre los suyos se apreciaba la ciencia, escribía: «Antiguamente, los maestros en Artes eran muy honrados; llevaban siempre su paje de hacha. El día que uno se doctoraba, celebrábase una gran fiesta, y vestido con precioso traje paseábanle á caballo por la ciudad. Esta costumbre ya no existe, y yo quisiera

que se renovara.» (Michelet, *Mem. de Luther.*, III, 107; y Digby, *Ages of Faith.*, l. VIII, c. V.)

Pero de todas las naciones, Inglaterra es la que más ha experimentado en el campo de las ciencias, el espíritu destructor del Protestantismo. A su aparición había en Oxford 300 aulas ó escuelas, de las que sólo 80 estaban en pie al terminar el siglo XVII (Phillips, *Life of Cardinal Pole*, part. I, pág. 220). Hoy sólo quedan 5 escuelas y 23 colegios, en su gran parte de fundación anterior al 1516. Digase lo propio de Cambridge. Estos datos son muy elocuentes para tapar la boca á los que, con muchas afirmaciones generales, pero sin ninguna prueba, se arrojan el monopolio de la sabiduría. Véase en la siguiente lista, que copio del Diccionario Universal, Histórico, Critico y Biográfico, el número de sabios que en algunos ramos del saber han adquirido celebridad por sus obras publicadas desde 1600 hasta 1787:

ESCRITORES	En Inglaterra, Escocia é Irlanda.	En Francia.	En Italia.
Legistas.....	6	51	9
De Matemáticas.....	17	52	15
» Medicina y Cirugía.....	13	72	21
» Historia Natural.....	6	33	11
Historiadores.....	21	139	22
Dramáticos.....	19	66	6
Gramáticos.....	7	42	2
Poetas.....	38	157	34
Pintores.....	5	64	44
<i>Total</i>	132	676	164

También se ha dicho que el moderno desarrollo de las ciencias es perjudicial al Catolicismo, al que llegará á destruir en día no lejano. Omitiendo otras contestaciones más del caso, pero que requieren más espacio del que aquí disponemos, quiero responder con un argumento de autoridad; y al efecto, aduzco el juicio que merece la anterior profecía á Lord Macaulay, nada sospechoso de predilección por el Catolicismo:

«A diario oímos decir que el mundo está constantemente progresando, y que este progreso no puede menos de ser favorable al

Protestantismo y contrario al Catolicismo. Quisiéramos poder pensar así. Pero tenemos grandes razones para dudar de que sea fundada semejante opinión. Vemos que durante los últimos doscientos cincuenta años, la razón humana ha alcanzado un altísimo grado de actividad; que se han obtenido grandes adelantos en todos los ramos de la filosofía natural; que innumerables inventos tienden á aumentar las comodidades de la vida; que la Medicina, Cirugía, Química, Ingeniería, han adoptado ventajosísimas mejoras; que las ciencias políticas y legislativas han caminado también hacia su perfección, aunque con paso más lento que las físicas. En medio de la actividad y el desarrollo general, no vemos que el Protestantismo haya hecho ninguna conquista digna de especial mención. Por el contrario; si en materias religiosas hay ganancia, ésta se halla á favor de la Iglesia romana. Por tanto, no podemos creer que el progreso de la razón humana, haya de ser fatal á una institución como la católica, de la cual lo menos que se puede decir es que no ha perdido un palmo de terreno desde los tiempos de la reina Isabel, á pesar de los grandes adelantos realizados desde entonces.» (*Essay on Ranke's History of the Popes.*)

CAPÍTULO XVI

BIBLIOTECAS

«Las bibliotecas, esas grandes colecciones de obras impresas ó manuscritas, son señal de una civilización culta y adelantada.» Así empieza la *Enciclopedia Británica* (edic. 1888) un largo y curioso artículo encabezado con el mismo epígrafe que este capítulo. Y es así, en efecto. Un pueblo semibárbaro ó de civilización rudimentaria no abre bibliotecas. Por el contrario, del número y cualidad de ellas puede acertadamente deducirse el grado de cultura intelectual predominante en un pueblo.

Bien pudiera remitir á mis lectores al citado artículo de la *Enciclopedia*, bien seguro de que se impresionarían gratisimamente en favor del Catolicismo; voy, sin embargo, para mayor comodidad, á entresacar algunos hechos y apuntar una que otra sencilla idea.

La historia del Catolicismo es la historia de las letras y de la conservación de sus producciones. Si hoy saboreamos las bellezas de los antiguos clásicos, ¿á quién se lo debemos sino á la infatigable laboriosidad y ardiente pasión por la literatura de los Papas, Obispos, y sobre todo de los monjes, que, á costa de prolongadas vigiliass, nos conservaron sus obras, librándolas así de una muerte inevitable? ¿Quién, sino ellos, una y mil veces reprodujo y cuidadosamente preservó el libro de los libros, ó sea la Sagrada Biblia, sobre todo el Nuevo Testamento, la Biblia por antonomasia de los cristianos? Ellos igualmente nos legaron, á costa de incalculable trabajo y paciencia, los voluminosos in-folios con que la luminosa pléyade de padres, doctores, historiadores y teólogos esclarecieron las letras y alumbraron con su doctrina al mundo cristiano. Nadie ha habido ni habrá tan obcecado

Protestantismo y contrario al Catolicismo. Quisiéramos poder pensar así. Pero tenemos grandes razones para dudar de que sea fundada semejante opinión. Vemos que durante los últimos doscientos cincuenta años, la razón humana ha alcanzado un altísimo grado de actividad; que se han obtenido grandes adelantos en todos los ramos de la filosofía natural; que innumerables inventos tienden á aumentar las comodidades de la vida; que la Medicina, Cirugía, Química, Ingeniería, han adoptado ventajosísimas mejoras; que las ciencias políticas y legislativas han caminado también hacia su perfección, aunque con paso más lento que las físicas. En medio de la actividad y el desarrollo general, no vemos que el Protestantismo haya hecho ninguna conquista digna de especial mención. Por el contrario; si en materias religiosas hay ganancia, ésta se halla á favor de la Iglesia romana. Por tanto, no podemos creer que el progreso de la razón humana, haya de ser fatal á una institución como la católica, de la cual lo menos que se puede decir es que no ha perdido un palmo de terreno desde los tiempos de la reina Isabel, á pesar de los grandes adelantos realizados desde entonces.» (*Essay on Ranke's History of the Popes.*)

CAPÍTULO XVI

BIBLIOTECAS

«Las bibliotecas, esas grandes colecciones de obras impresas ó manuscritas, son señal de una civilización culta y adelantada.» Así empieza la *Enciclopedia Británica* (edic. 1888) un largo y curioso artículo encabezado con el mismo epígrafe que este capítulo. Y es así, en efecto. Un pueblo semibárbaro ó de civilización rudimentaria no abre bibliotecas. Por el contrario, del número y cualidad de ellas puede acertadamente deducirse el grado de cultura intelectual predominante en un pueblo.

Bien pudiera remitir á mis lectores al citado artículo de la *Enciclopedia*, bien seguro de que se impresionarían gratisimamente en favor del Catolicismo; voy, sin embargo, para mayor comodidad, á entresacar algunos hechos y apuntar una que otra sencilla idea.

La historia del Catolicismo es la historia de las letras y de la conservación de sus producciones. Si hoy saboreamos las bellezas de los antiguos clásicos, ¿á quién se lo debemos sino á la infatigable laboriosidad y ardiente pasión por la literatura de los Papas, Obispos, y sobre todo de los monjes, que, á costa de prolongadas vigiliass, nos conservaron sus obras, librándolas así de una muerte inevitable? ¿Quién, sino ellos, una y mil veces reprodujo y cuidadosamente preservó el libro de los libros, ó sea la Sagrada Biblia, sobre todo el Nuevo Testamento, la Biblia por antonomasia de los cristianos? Ellos igualmente nos legaron, á costa de incalculable trabajo y paciencia, los voluminosos in-folios con que la luminosa pléyade de padres, doctores, historiadores y teólogos esclarecieron las letras y alumbraron con su doctrina al mundo cristiano. Nadie ha habido ni habrá tan obcecado

que se atreva en serio á disputar al Clero católico esta singularísima gloria.

En los primeros siglos de la Iglesia, cuando el Cristianismo iba extendiéndose y formándose su literatura, el establecimiento de bibliotecas vino á ser parte integrante de la organización eclesiástica. Cada catedral tenía la suya, y muchas de ellas se han conservado hasta nuestros mismos días. Papas, Obispos y monjes rivalizaban entre sí por coleccionar libros y multiplicar el número de ejemplares, empleando al efecto multitud de copistas que reproduciesen los que mutuamente unos á otros se prestaban.

La más famosa de todas las bibliotecas del mundo es la del Vaticano, fundada en el siglo VI por el Papa Hilario. Me es imposible encerrar dentro de los estrechos límites de este capítulo los interesantísimos datos que la citada *Enciclopedia* me suministra. Elegiremos algunos. De Italia en general dice:

«Este país, como primitivo centro de la civilización, contiene las bibliotecas más antiguas, donde se guardan los manuscritos más raros y estimables.»

Y en otro lugar:

«Los intereses territoriales y particulares que por tanto tiempo se opusieron á la unidad de la Península, contribuyeron en gran manera á la creación y conservación de numerosos archivos locales, cuyos pergaminos de cierto hubieran desaparecido con el predominio de una centralización absorbente como la de Inglaterra... Á pesar de las incursiones enemigas y devastaciones de ejércitos extranjeros de que por tantos siglos ha sido víctima, conserva todavía Italia incalculables riquezas en libros y pergaminos, en lo que aventajará á todas las naciones, exceptuando á la Francia. En la Estadística general del Reino italiano de 1865 apareció un estudio comparativo de la riqueza bibliográfica de diferentes naciones europeas. Desprendiase de él que mientras las bibliotecas públicas de Austria, con sus 2.408.000 volúmenes, superaban en número á las de la Gran Bretaña, Prusia, Baviera y Rusia, eran á su vez sobrepujadas por las de Francia, que poseían 4.389.000 volúmenes, y por las de Italia, que constaban de 4.149.281. Aun comparando entre sí á estos dos últimos países, resulta que, relativamente al número de habitantes, lleva Italia la ventaja sobre su rival. Bajo este punto de vista, tan sólo es superada por (la católica) Baviera.»

Conviene advertir que en la Estadística anterior no estaban

incluidas las inmensas bibliotecas de Roma y Venecia, por no pertenecer entonces dichos Estados á lo que malamente se apellidaba Reino de Italia. Hoy el estado bibliográfico de las naciones europeas ha cambiado mucho con relación á aquella época. Así, verbigracia, sin contar más que las bibliotecas públicas, y aun de ellas sólo las principales, poseía el Austria en 1880 5.476.000 volúmenes, y Francia 7.298.000.

Pero prosigamos con la reseña italiana. Además de las 210 bibliotecas allí computadas, de las que estaban abiertas al público 164, había extendidas por toda la Península otras innumerables, menos importantes, que pertenecían á Congregaciones religiosas. De los primeros actos de los italianismos, fué uno la supresión de las Ordenes monásticas, cegando así una de las más copiosas fuentes de instrucción popular, y desbaratando en un solo día y de una plumada los imponderables tesoros literarios acumulados en sus librerías por tantos siglos y con tantos trabajos. Para 1875 se habían confiscado 1.700 conventos, y en ellos un total de 2.500.000 libros. Y aunque con sus restos se han fundado después nuevas bibliotecas, sin embargo, ¡cuántas obras rarisimas descabaladas ó desaparecidas! ¡Cuántas preciosidades científicas perdidas quizá para siempre é irreparablemente!

Sigamos ya al autor de la *Enciclopedia* en su excursión por las bibliotecas de Francia. Eran éstas hace veinticinco años 340, sin incluir en este número más que las estrictamente públicas. Sólo la «Nacional» de París guarda en su estantería 2.290.000 volúmenes y 80.000 manuscritos. Como otro millón de libros habrá repartidos por otras bibliotecas menores, públicas ó semipúblicas, de la capital francesa. Ninguna otra ciudad del mundo puede competir con ella en riqueza bibliográfica.

Al SO. de Francia nos encontramos con la Península ibérica, de cuya crasa ignorancia tantas fábulas nos cuentan los *touristas*. ¿Qué decir de su estado bibliográfico? Leemos en la obra tantas veces citada:

«En una sola biblioteca de Madrid existen 400.000 volúmenes y unos 200.000 folletos y obritas menores. Está, por lo tanto, bien representada la literatura española. Hay además 30.000 manuscritos y una colección de 120.000 grabados. En 1880 se sacaron de la «Nacional» 54.875 obras, y el número de lectores fué de 51.966. De otras bibliotecas madrileñas mencionaremos sólo la de la Academia, con 20.000 volúmenes y 1.500 manuscritos, en-

tre los que se encuentran preciosidades de inestimable precio. En El Escorial existen 32.142 volúmenes y 4.611 manuscritos, distribuidos en la forma siguiente: 583 griegos, 1.905 arábigos, 53 hebreos y 2.050 latinos.»

Prosigue la Enciclopedia enumerando otras bibliotecas existentes en Barcelona, Cádiz, Salamanca, Santiago, Sevilla, Toledo, Valencia y Valladolid, sobre las cuales nos abstendremos de entrar en pormenores (1).

De las de Portugal dice lo siguiente: «La Nacional de Lisboa ocupa el primer lugar con sus 200.000 volúmenes y 9.415 manuscritos. La Teología, el Derecho Canónico, la Historia y las literaturas portuguesa y castellana véanse muy completas. Hay, además, en Lisboa otras dos bibliotecas de más de 90.000, y comparables con éstas las hay en Coímbra, Evora, Mafra y Oporto, sin contar otras numerosísimas pertenecientes á monasterios, colegios ó personas particulares.

Si como al principio decíamos, la abundancia de esta clase de instituciones es señal de una civilización floreciente y adelantada, no puede negarse este título de honor á la Península ibérica, donde abundan tantos indicios que lo testifican.

Austria ofrece á disposición del público estudioso 2.408.000 libros (hoy pasan de 5.000.000). Según una nota, solamente los Estados representados en el Reichsrath, en 1870 poseían 577 bi-

(1) Lo que el autor decía hace poco sobre los destrozos causados por la revolución de Italia en las bibliotecas de aquella Península, es una fiel pintura de lo sucedido en España en más de una ocasión. Sirva como ejemplo lo acaecido en Andalucía en 1868. Sólo en Sevilla y su provincia había, según los catálogos de la incautación, 120.000 volúmenes, de los que únicamente 30.000 entraron en la biblioteca del Estado. Entre tanto, la ciudad estaba obstruida con los puestos de los que vendían libros al precio de uno á cuatro reales, según tamaño. Los extranjeros mantenían comisionados en las capitales de provincia, y de cuando en cuando salían buques cargados con las riquezas literarias de España. De los 30.000 volúmenes que, según dijimos, se hacinaron en la Universidad, 10.000 resultaron descabalados, los cuales, con lo duplicado de varias agregaciones posteriores, formaron un conjunto de 1.800 arrobas, que se vendían á 22 reales arroba los infolios y á 14 los menores. (Véanse más datos en Mateos Gago. *Opúsculos*, tomo I. Carta al Ministro de Fomento, pág. 164.)

bliotecas importantes. Entre las calificadas allí de primera clase, 159 eran propias de conventos ó Seminarios, algunas de ellas de fundación anterior al siglo VI. Sólo en la capital abríanse al público 101 bibliotecas en las condiciones más lisonjeras. Presentaremos un ejemplo:

«El salón de lectura en la librería de la Universidad vienense abre sus puertas á toda clase de personas desde las cinco A. M. hasta las ocho P. M., y los domingos de nueve á doce. En 1879 leyéronse en dicho salón 159.768 obras, se sacaron á la ciudad 16.300; y 4.418 se mandaron por el correo á los que las pidieron desde fuera.»

De Bélgica leo lo siguiente:

«La famosa Real Biblioteca de Bruselas, compuesta en gran parte de los libros confiscados en los colegios de jesuitas y otros conventos, consta de 365.000 volúmenes, 30.000 manuscritos, 100.000 grabados y 50.000 monedas y medallas.

«La de la Universidad de Gante, allegada también de lo arrebatado á comunidades suprimidas, tiene 250.000 volúmenes y 1.600 manuscritos. El mismo número de libros tiene la católica Universidad de Lovaina; 105.000 la de Lieja, con 87.254 opúsculos, 1.544 manuscritos y 142 incunables.»

Son igualmente notables las de Amberes, Brujas, Maestricht, Mons, Namur y Tournai.

Respecto á la América del Sur, se expresa así la Enciclopedia: «La importancia de las bibliotecas públicas es bien reconocida por los argentinos, que tienen establecidas ya más de 200. Son en su generalidad donativos de particulares, ampliados por la generosidad del Gobierno. La Nacional de Buenos Aires encierra 40.000 volúmenes y un número regular de manuscritos, algunos de grandísimo interés para la historia de las colonias españolas. Hay en la misma ciudad otras dos bibliotecas, cada una con más de 45.000 volúmenes.

La más notable del Brasil es la Nacional de Rio-Janeiro, con 120.000 volúmenes y 1.000 manuscritos.

Además de la citada existen muchas otras en la misma capital, tan importantes algunas como la de la Facultad de Medicina con 18.000 volúmenes; la de Marina, con 19.500; la del Museo Nacional, con 9.000; la de la Sociedad Literaria, con 53.000; la Flumenense, con 43.000; la del Monasterio Benedictino, con 9.000, y la Municipal, con 5.500.

En la Exposición de Philadelphia de 1876, la riqueza bibliográfica del Brasil estuvo representada por un contingente de 460.272 volúmenes. El número de lectores en 1875 fué de 85.044.»

Públicas también, y de grande importancia relativa, son otras bibliotecas establecidas en las principales ciudades, Centro y Sudamericanas, como la de Santiago de Chile, con 65.000 volúmenes; la de Lima, con 35.000; la de Caracas, con 29.000, y otras que omito.

En Méjico, como decíamos en otro lugar, existen 20 públicas (en 1890 ascendían á 72), con un total de 236.000 volúmenes, sin hacer mención de otras innumerables propias de particulares, con un contingente de 1.000 á 8.000 libros.

Por el cuadro que venimos trazando se ve el aprecio grandísimo que se hace de estas instituciones científicas en todos los países católicos. Sólo hemos tratado de las públicas ó semipúblicas; pues de las particulares ni aun el número podríamos calcular según son innumerables. Baste decir que en la morada de todo católico de la clase alta ó de la media, la mejor pieza de la casa y la más artísticamente decorada es la que se llama librería, donde á las claras se echa de ver el grado de cultura y las especiales inclinaciones de la familia. Al amigo que por primera vez hace una visita, se le enseña con muestras de singular complacencia la pequeña colección de libros, como uno de los objetos más visibles y una de las más preciadas glorias de la familia. Esto sucede en todos los países católicos y ha sucedido en todos los tiempos. Lo cual constituye una prueba manifiesta de lo extendido que se halla entre las diversas clases sociales del Catolicismo esa civilización culta y adelantada de que dan claro indicio las bibliotecas.

No nos parece fuera de propósito hacer aquí una observación, que creemos muy significativa. Recórranse los estantes de una biblioteca católica. Allí están recogidas las más selectas producciones del ingenio humano. En el dorso de aquellos libros, con insignificantes excepciones, se leerán únicamente nombres católicos. Acerquémonos luego á una biblioteca protestante; hojéense las obras impresas de más valor y los manuscritos más raros; aquéllas, en su inmensa generalidad, serán debidas á un sabio católico, y éstos habrán sido escritos ó copiados por una pluma también católica. Hágase la experiencia y júzguese. Después de esto, ¿puede acaso desearse testimonio más elocuente de la supe-

rioridad intelectual que tienen los adeptos á la fe Apostólica Romana? *A fructibus eorum cognoscetis eos.* Por sus frutos los podréis distinguir.

Hora es ya de examinar el otro término de la comparación, ó sea los países protestantes. Y empecemos por Suiza, que aunque tiene casi la mitad de su población fiel á la Autoridad Romana, pasa, sin embargo, en la opinión vulgar como un pueblo heterodoxo. Copiamos de la *Enciclopedia Británica*:

«Asígnansele 2.096 bibliotecas, de las que cuatro quintas partes pertenecen á Asociaciones populares, consagradas á la instrucción de la juventud. Sólo hay 18 que cuenten 30.000 volúmenes. La más rica es la de la Universidad de Basilea, fundada al mismo tiempo que dicho Centro docente, en 1460 (por católicos). Las librerías de los Monasterios de San Gall y Einsiedeln, que datan, respectivamente, de los años 830 y 946, tienen extraordinario interés, tanto histórico como literario.»

Se ve, pues, que son de fundación católica las únicas bibliotecas dignas de especial mención, y que honran á este país, uno de los más cultos entre los que profesan la Reforma, y donde es mayor que en ninguna parte el número de niños matriculados en las Escuelas.

Los datos bibliográficos referentes á Alemania me los va á suministrar un periódico de aquel Imperio, el *Kölnische Volkszeitung*, donde hace muy poco se ha hecho muy concienzudamente, por lo que se refiere á los Estados de la Confederación, el mismo estudio que es objeto de este capítulo. Dice así el citado diario:

«Recientemente se ha publicado una detallada estadística de todas las bibliotecas existentes en nuestro Imperio. De esa lista se desprende que tenemos 130 públicas, que reúnen entre todas 20.000.000 de libros y 200.000 manuscritos. Poseemos, además, otras 1.550 propias de Colegios, Seminarios y casas particulares. Sumando las públicas con las privadas, resultan 1.606 bibliotecas, que entre todas arrojan un total de 27.091.288 volúmenes y 240.416 manuscritos. Sobre 2.300.000 marcos, ó sea 575.000 duros, empléanse cada año en el acrecentamiento de estos tesoros literarios.»

Pero lo más interesante, á la par que honorífico, para nosotros los católicos, es el hecho de que la mayor parte de estos infolios han sido coleccionados por hombres que profesaron nuestra misma fe; las más afamadas de estas librerías han sido surtidas de

los despojos arrebatados á los Monasterios y Conventos. Y aun en nuestros mismos días podemos gloriarnos de que los Centros de instrucción católicos y las familias católicas figuran en primera línea por la riqueza y mérito de sus bibliotecas.

Antes de entrar en detalles, débese recordar que á los comienzos de la Reforma fueron proscriptos los Institutos religiosos, y sus propiedades todas confiscadas. ¡Lanzóse de sus Conventos á los monjes á título de enemigos de la Ciencia, y el fruto de su paciente y silencioso trabajo forma hoy mismo el legítimo orgullo científico de la protestante Inglaterra y Alemania, de Austria y Francia!...

Entremos en algunos pormenores. La biblioteca de Berlín, abierta en 1661, formóse con los libros de los Monasterios de Magdeburgo y Westfalia: más tarde, los de Silesia, Posen, Prusia y las provincias rhenanas pagaron también su tributo. Setenta librerías de establecimientos católicos contribuyeron á la formación de la biblioteca que hoy tiene la Universidad de Breslau.

Karlsruhe obtuvo parte de los libros pertenecientes á los Conventos de Baden, tan célebres algunos como el de Reichenau y Saint Blasien. La biblioteca de Heidelberg guarda en su estantería 60.000 volúmenes, que en un tiempo fueron del Monasterio de Salen; la de Leipzig se enriqueció con lo arrebatado á los Benedictinos, Dominicos y Agustinos de Sajonia; y así pudiéramos ir alargando esta lista. Vemos, pues, que muchos de estos establecimientos bibliográficos están vestidos de plumas ajenas, y que son prestadas una buena parte de las glorias que se apropian.

Pero aún hay más. Existen 120 bibliotecas, propiedad de Asociaciones protestantes, y 81 que lo son de Sociedades católicas. Pues bien: las 120 protestantes suman, por todo, 436.647 volúmenes, y nuestras 81 componen un total de 1.119.118. Aquéllas están subvencionadas por el Gobierno, y en su mayor parte son de origen más antiguo; y, sin embargo, no pueden competir con las nuestras, sustentadas por donativos particulares, y muchas de ellas de fundación aún reciente. Sirva de muestra un ejemplo.

El Seminario protestante de Tubinga, dotado de una buena pensión para sus acrecentamientos bibliotecarios, sólo tiene 25.000 volúmenes, mientras que el Colegio católico de la misma ciudad, con muchos menores fondos, posee una rica librería de 40.000 volúmenes. Aun de los Monasterios fundados después de la invasión napoleónica, algunos hay, como el Benedictino de Metten,

con 60.000; el de San Bonifacio, de Munich, con 36.000, etc.

Entre las ciudades más bibliófilas se citan Aquisgran, Colonia, Maguncia, Tréveris, Aachen, todas católicas. Igualmente las bibliotecas particulares más ricas son las de la nobleza católica, la de los Loewenstein, Taxis, Isenburg, etc., entre los que se encuentran colecciones que pasan de 100.000 libros.

En el mismo artículo aparece que de las 21 bibliotecas universitarias de Alemania, las más afamadas remontan su origen á siglos anteriores á la Reforma. Y aunque es verdad que otras se han abierto después de Lutero, tan célebres algunas como las de Berlín, Dresden y Stuttgart, sin embargo, aun para esas mismas, como hemos visto, sirvieron de núcleo los tesoros literarios arrebatados á frailes y religiosos.

¡Muy grande debió de ser la actividad intelectual de aquellos siglos, apellidados, por antífrasis sin duda, de la ignorancia y las tinieblas medioevales, cuando una pequeña parte de sus exuberantes producciones han bastado para enriquecer tantas y tan magníficas librerías!

En la protestante Holanda están dotadas de bibliotecas públicas las ciudades de Amsterdam, Haarlem, la Haya, Leyden, Rotterdam y Utrech, sumando entre todas la cifra de 680.000 volúmenes. La que posee la Universidad de Utrech es de las más notables por sus 150.000 volúmenes. Data su origen del año 1582, en el que habiéndose amontonado en la ciudad los libros de varios conventos confiscados, surgió la idea de formar con ellos una biblioteca pública. La de Amsterdam debe su fundación á una circunstancia idéntica. ¡Que estos han sido en todas partes los procedimientos adoptados por las lumbreras intelectuales del mundo moderno: apropiarse el fruto de ajenos sudores y sacrificios arrogándose la gloria de ellos, mientras llenan de ultrajes á los legítimos dueños, y que justísimamente la reclaman!

Y basta de Holanda para decir algo de los pueblos escandinavos. Cuatro bibliotecas abren sus puertas á los estudiosos de Dinamarca, todas ellas en la ciudad de Copenhague. El número de volúmenes asciende á 822.000, y á 22.000 el de manuscritos. De estos establecimientos, la Librería Real y la de la Universidad son anteriores á la Reforma.

Tres son las bibliotecas de Noruega; dos de ellas están en Cristiania (295.000 volúmenes), y la tercera en Trondhjem (50.000). Iguales en número á las de Noruega son las de Suecia:

la de Stokolmo, con 250.000; la de Lund, con 120.000, y la de Upsala, con 220.000. Tanto las unas como las otras son posteriores á la introducción del luteranismo. Y puesto que la población de Suecia y Noruega juntas es, poco más ó menos, igual que la de Bélgica (6.000.000), cotéjese en el siguiente cuadro el estado comparativo de estos pueblos en punto á riqueza bibliográfica.

	Bibliotecas.	Volúmenes.	Manuscritos.
Suecia y Noruega.....	6	935.200	23.470
Bélgica.....	10	1.399.958	33.909

Ciertamente que el anterior cuadro no suministra mucha materia para entonar ditirambos contra el obscurantismo de los papistas. Veamos si se encuentra más abundante vena en el Reino Unido de la Gran Bretaña.

Aquí, el autor de la Enciclopedia, contra su costumbre de reseñar tan sólo las bibliotecas más importantes y señaladas de cada país, nos teje un largo catálogo de las inglesas, incluyendo en la lista algunas muy pequeñas é insignificantes. Así y todo, la suma total sólo da 330. Merece que nos fijemos en la fecha de fundación de cada una de ellas. En el siglo X se fundó una; en el XI, otra; en el XIV, seis; en el XV, 12; en el XVI, 12; en el XVII, 24; en el XVIII, 44, y en el XIX, 230. De ellas, 123 se han abierto con posterioridad al 1850. Hasta que en dicho año Mr. Eward presentó en la Cámara de los Comunes su proyecto de ley sobre Bibliotecas públicas, nadie se había ocupado con seriedad de este asunto. Y aunque desde aquella época se ha notado extraordinario aumento, es voz común, sin embargo, que Londres no está, ni con mucho, á la altura que le corresponde. Es verdad que en Edimburgo hay bibliotecas notables, pero también se dice que no son accesibles á la gente pobre, ó que lo son con muchas dificultades.

En Irlanda apenas si hallaremos más de cinco que sean de alguna importancia. Todo un Dublin no puede presentar una comparable en el número de tomos, ó facilidad de acceso, ni siquiera con la del Museo Británico de Londres, ó la de Abogados de Edimburgo. En 1854 pidióse en el Parlamento un subsidio pecuniario para remediar esta urgente necesidad, pero la cosa quedó en proyecto y no se pasó de ahí. Dundalk es la única ciudad ir-

landesa subvencionada por el Gobierno para gastos bibliográficos. Y ¿cuánto se creará que recibe? La miseria de 80 libras.

Hasta principios del siglo XIX no contaba Inglaterra en sus vastos dominios sino cien bibliotecas, de las que sólo siete podían mostrar en su estantería 100.000 libros. De modo que la orgullosa Albión, la que se precia de haber luchado más denodadamente en defensa del protestantismo, alimentada y educada por él, y encargada de propagarle por el mundo; ella, tan rica y tan provista de bienes materiales, es en el particular de que aquí tratamos, la última, relativamente, de las naciones civilizadas.

¿Cómo es que aquellas celeberrimas escuelas de Inglaterra, Escocia é Irlanda, en otros tiempos tan frecuentadas por la flor y nata de los ingenios europeos, perdieron su antiguo brillo y esplendor, y se eclipsaron en las tinieblas del olvido? No fué ciertamente por falta de libros, que todo el país estaba cubierto de monasterios y conventos cuyos moradores casi principalmente dedicaban su vida á estudiar, copiar y escribir voluminosos infolios con que inundaron las librerías. ¿Pues qué se hizo de tanto libro? Casi sin excepción fueron borrados de sobre la haz de la tierra por los hierofantes de la Reforma. Las soberbias bibliotecas de Oxford y Cambridge fueron destruidas por los Visitadores Reales, uno de los cuales se preciaba de haber dejado el New College literalmente cubierto con hojas de libros despedazados. Los pocos que escaparon de las llamas fueron regalados ó vendidos para los usos de las tiendas al por menor.

Acerca de estos Comisionados Reales que giraron la visita de Oxford en 1549-1550, dice así Antonio Wood:

«El principal ornamento y sostén de la Universidad, es decir, las bibliotecas surtidas de innumerables obras, tanto del país como del extranjero, fueron saqueadas por orden, ó, al menos, con aprobación de los Visitadores. Una gran multitud de manuscritos, que ni á mil leguas trataban de artes mágicas ó supersticiosas, sólo por las letras rojas con que estaban encabezados, pasaron á ser pasto de las llamas. Las obras de Teología Escolástica fueron vendidas entre los comerciantes al menudeo, y las que contenían círculos ó diagramas como *à priori*, eran calificadas de cosas de magia, y sin más condenadas á la hoguera.» (*Historia Universal Oxon.*)

Uno de los escritores en las «Cartas de Personas Eminentes», se expresa en los términos siguientes:

«Bibliotecas enteras fueron destruidas ó destinadas á los usos más viles. La espléndida abadía de Malmesbury, que guardaba algunos de los manuscritos más raros é interesantes del Reino, fué saqueada, y sus preciosidades literarias condenadas al fuego. Un anticuario que recorrió aquella ciudad muchos años después de la disolución del monasterio, nos refiere que encontró cubriendo los huecos de ventanas rotas magníficos manuscritos en vitela; y que los panaderos aún no habían concluido los enormes cargamentos de papel con que en aquella ocasión se proveyeron para encender sus hornos.»

Esta vandálica destrucción de las Academias científicas y de sus inapreciables tesoros literarios llevóse á cabo, no en un momento de arrebato, sino con toda premeditación y á sangre fría; por decretos del Parlamento ó Reales órdenes.

Análogos á éstos, son los procedimientos de que los Reformados se han servido también en Francia y Alemania para iluminar al mundo y promover los sagrados intereses de la ciencia. Los Hugonotes quemaron la famosa abadía benedictina de Sur Loire con más de 5.000 manuscritos; y dondequiera que llevaban la guerra civil, saquearon é incendiaron los archivos de catedrales y conventos.

Igual rastro de ruínas y cenizas dejó tras sí en Alemania la horrible guerra de los aldeanos, suscitada por Lutero para muerte de más de 100.000 campesinos, y la no menos sangrienta lucha de los Treinta años, debida también á las discordias que la Reforma sembró y alimentó. La más preciada colección de libros de toda Alemania era, sin duda, la de la ciudad de Munster. Una turba de descamisados anabaptistas, soliviantados por uno de los que se apellidaban profetas, la redujo toda á un montón de pavesas. Los fanáticos sectarios del siglo XVI parecían tener por norma de su conducta aquel famoso dilema con que Omar justificó el incendio de la gran biblioteca de Alejandría, sustituyendo únicamente la palabra Biblia donde el Califa decía Corán. Los libros, parecen haberse dicho, ó están conformes con la Biblia, ó no: si lo primero, son ya inútiles; si lo segundo, perjudiciales: en ambos casos deben quemarse; ¡luego á la hoguera con ellos! ¿No es verdad que es bonita la manera de iluminar al mundo?

También creen algunos que la invención de la imprenta, por ser poco más ó menos contemporánea del Protestantismo, es una de las bendiciones que éste nos trajo. ¡Raro empeño por alzarse

con glorias ajenas! Fácil es demostrar que ésta lo es. En efecto: ¿desde cuándo data el papel de algodón y de lino? Hallam fija su invención hacia el año 1100 (*Introduction to Literature*, pág. 50). ¿Cuándo se empezaron á grabar las letras sobre madera, marfil y aun metal? En el siglo X había ya libros escritos por este sistema de grabado, al que llamaban con vocablo griego *chirotypographia*, y también *xylographia*. La *Enciclopedia Británica*, artículo «Tipografía», presenta una lista de 30 libros quirotipografiados, de los que 20 vieron la luz pública en Alemania, y los diez restantes en diversas ciudades de los Países Bajos. ¿En qué consistió entonces el invento de Juan Guttenberg? En arreglar los tipos ó caracteres de modo que se facilitara la multiplicación de las copias. No fué otra cosa la invención de la imprenta, que tuvo lugar en 1450, bastante antes de que nadie soñara en reformarse ó deformarse. En el transcurso de 1455 á 1535 se calcula que se imprimieron unos 22.932.000 libros (1). (Petit Radet, *Recherches sur les Bibliothèques*, pág. 82.)

Créese también ordinariamente entre los protestantes que la traducción alemana de la Biblia, hecha por Lutero en 1530, es el primer caso de publicarse en lengua vulgar las Escrituras. ¡Adelantados andan los que tal piensan! Más de sesenta ediciones en las diversas lenguas de Europa se llevaban hechas para entonces. La librería de los Padres Paulistas de Nueva York posee un ejemplar de la novena edición de la Biblia en alto alemán, publicada en Nuremberg por Antonio Coburger cabalmente el mismo año en que nació Lutero, 1483 (2).

Por aquí verá el lector desapasionado, cuánta fe se merecen los

(1) Se conservan los nombres de más de 1.000 impresores que vivieron desde 1462 á 1500. Véase la lista en Falkenstein. En el período de los incunables había en Maguncia cinco talleres tipográficos, 20 en Augsburgo, 21 en Colonia, etc. Alguno de ellos era tan notable como el de Antonio Coburger, que montaba 24 imprentas. Por el mismo tiempo había en Italia 100 impresores y 30 en España, establecidos en Valencia, Zaragoza, Sevilla, Barcelona, Burgos, Salamanca, etc. ®

(2) Para 1500 se llevaban hechas más de 100 ediciones de la *Vulgata*. Sólo Coburger publicó más de 15, y Amerbach 9, en el decenio de 1479 á 1489. Las ediciones en lengua vulgar eran también muy frecuentes. Sólo en alemán habían aparecido para 1503 11 ediciones de los Salmos, 25 de los Evangelios y Epístolas para 1518, y nada menos que 14 de la Biblia en alto alemán y cinco en bajo. (Vid. Jansen, *Geschichte des deutschen volkes*, t. I, lib. 1.^o, cap. I.)

que en todos los tonos posibles gritan que Roma y su Clero consideran como cuestión capital arrebatar de las manos de los fieles las Escrituras Sagradas. Porque, claro está, ¡si el pueblo bebiera en sus fuentes originales la palabra de Dios!... Hasta suelen pintar el Sagrado Texto encadenado por los papistas á las columnas de una iglesia. ¡Á cuántas amplificaciones oratorias y golpes patéticos se habrán prestado las tales cadenas!

¿Qué respondemos nosotros á lo de la Biblia encadenada? Que el hecho es verdadero, muy verdadero; pero que prueba exactamente lo contrario de lo que nuestros adversarios pretenden.

En efecto, como en aquellos tiempos antiguos los libros escaseaban relativamente, y su adquisición era costosísima para los moderados alcances del pueblo, introdujose la costumbre de atar á los pilares de los templos, para que no le quitasen, uno ó varios ejemplares de la Biblia, comúnmente llamada *Biblia Pauperum*, porque su fin primario era que los pobres pudieran aprovecharse de ella y leerla cuando les acomodara. Venía á ser una costumbre exactamente igual á la que aún hoy se observa en algunas grandes poblaciones, en cuyos comercios se ven á veces suspendidas, Guías de la ciudad, á disposición del público que necesite enterarse.

¡Que la Iglesia romana teme poner en manos de sus fieles los Libros Santos! Si tal temor ábriga, ¿por qué desde los primeros tiempos de su fundación ha trabajado con tanto empeño en expurgar y distinguir los escritos divinamente inspirados de los apócrifos y adulterados, coleccionando los primeros en lo que ha llamado la Biblia, depósito divino que siempre ha conservado intacto y reverenciado como inapreciable tesoro? ¿Por qué tantos miles de monjes consagraron años y más años á reproducir copias de los Libros Santos, con una paciencia asombrosa, con un cuidado y escrupulosidad que casi parecerán nimios, y á las veces con un primor de que dan claro testimonio alguno de esos ejemplares que nos legaron escritos con letras doradas ó artísticamente iluminados?

Nadie inculpe, pues, á los católicos de enemigos de la palabra de Dios. Véase si tal acusación no recae más bien sobre los protestantes, que, después de haber recibido íntegro é incorrupto el sagrado depósito de la revelación, han osado juzgar por sí y ante sí de la inspiración bíblica, rechazando, si bien les parece, libros enteros, ó corrompiendo y adulterando el texto, con el fin de acomodarlo á sistemas erróneos formados como *à priori* y dictados por las torcidas inclinaciones de la viciada naturaleza.

CAPÍTULO XVII

POBREZA Y PAUPERISMO

Nadie crea que, al escribir estas páginas, nos proponemos no ya negar pero ni siquiera empequeñecer las virtudes naturales, y señaladamente la filantropía de algunos protestantes. Nos complacemos en consignar aquí que muchos de ellos la poseen, y en grado eminente. Conmovidus sus nobles y compasivos corazones ante las desgracias ajenas, se han apresurado á aliviarlas y han erigido, tal vez á costa de crecidas sumas de dinero, instituciones benéficas y humanitarias, que por siempre honrarán su memoria. Dios les premiará, cual se merece, su buena obra. Y ¿qué buen católico hay, que de todo corazón no desee que la medida de tal premio sea llena, colmada y superabundante?

Tampoco es mi intento calificar ó graduar esos actos de benevolencia protestante; sólo quiero hacer ver que el Protestantismo, considerado como un sistema religioso, carece en sus principios y en su moral de esa hermosa virtud que llamamos caridad. La benevolencia humana, aunque se practique en el grado más sublime, de que es capaz una virtud natural, dista mucho de ser caridad cristiana. Será si se quiere una obra buena y también agradable á Dios, por más que esto lo niegue la doctrina fundamental del Protestantismo; pero mientras no traspase esta esfera humana, mientras no se funde en un motivo sobrenatural, nunca llegará á ser virtud cristiana. La templanza practicada, ora sea como protesta contra la gula de nuestros prójimos, ora sea como medida higiénica, dista mucho de ser la sobriedad y abstinencia que enseña Jesucristo. Digase otro tanto de la continencia estoica ó de la manirrota y filantrópica benevolencia. Les falta mucho para ser castidad ó caridad cristianas. San Pablo es quien lo dice: «Aunque distribuya mi hacienda entre pobres y entregare mi

que en todos los tonos posibles gritan que Roma y su Clero consideran como cuestión capital arrebatar de las manos de los fieles las Escrituras Sagradas. Porque, claro está, ¡si el pueblo bebiera en sus fuentes originales la palabra de Dios!... Hasta suelen pintar el Sagrado Texto encadenado por los papistas á las columnas de una iglesia. ¡Á cuántas amplificaciones oratorias y golpes patéticos se habrán prestado las tales cadenas!

¿Qué respondemos nosotros á lo de la Biblia encadenada? Que el hecho es verdadero, muy verdadero; pero que prueba exactamente lo contrario de lo que nuestros adversarios pretenden.

En efecto, como en aquellos tiempos antiguos los libros escaseaban relativamente, y su adquisición era costosísima para los moderados alcances del pueblo, introdujose la costumbre de atar á los pilares de los templos, para que no le quitasen, uno ó varios ejemplares de la Biblia, comúnmente llamada *Biblia Pauperum*, porque su fin primario era que los pobres pudieran aprovecharse de ella y leerla cuando les acomodara. Venía á ser una costumbre exactamente igual á la que aún hoy se observa en algunas grandes poblaciones, en cuyos comercios se ven á veces suspendidas, Guías de la ciudad, á disposición del público que necesite enterarse.

¡Que la Iglesia romana teme poner en manos de sus fieles los Libros Santos! Si tal temor abriga, ¿por qué desde los primeros tiempos de su fundación ha trabajado con tanto empeño en expurgar y distinguir los escritos divinamente inspirados de los apócrifos y adulterados, coleccionando los primeros en lo que ha llamado la Biblia, depósito divino que siempre ha conservado intacto y reverenciado como inapreciable tesoro? ¿Por qué tantos miles de monjes consagraron años y más años á reproducir copias de los Libros Santos, con una paciencia asombrosa, con un cuidado y escrupulosidad que casi parecerán nimios, y á las veces con un primor de que dan claro testimonio alguno de esos ejemplares que nos legaron escritos con letras doradas ó artísticamente iluminados?

Nadie inculpe, pues, á los católicos de enemigos de la palabra de Dios. Véase si tal acusación no recae más bien sobre los protestantes, que, después de haber recibido íntegro é incorrupto el sagrado depósito de la revelación, han osado juzgar por sí y ante sí de la inspiración bíblica, rechazando, si bien les parece, libros enteros, ó corrompiendo y adulterando el texto, con el fin de acomodarlo á sistemas erróneos formados como *à priori* y dictados por las torcidas inclinaciones de la viciada naturaleza.

CAPÍTULO XVII

POBREZA Y PAUPERISMO

Nadie crea que, al escribir estas páginas, nos proponemos no ya negar pero ni siquiera empequeñecer las virtudes naturales, y señaladamente la filantropía de algunos protestantes. Nos complacemos en consignar aquí que muchos de ellos la poseen, y en grado eminente. Conmovidos sus nobles y compasivos corazones ante las desgracias ajenas, se han apresurado á aliviarlas y han erigido, tal vez á costa de crecidas sumas de dinero, instituciones benéficas y humanitarias, que por siempre honrarán su memoria. Dios les premiará, cual se merece, su buena obra. Y ¿qué buen católico hay, que de todo corazón no desee que la medida de tal premio sea llena, colmada y superabundante?

Tampoco es mi intento calificar ó graduar esos actos de benevolencia protestante; sólo quiero hacer ver que el Protestantismo, considerado como un sistema religioso, carece en sus principios y en su moral de esa hermosa virtud que llamamos caridad. La benevolencia humana, aunque se practique en el grado más sublime, de que es capaz una virtud natural, dista mucho de ser caridad cristiana. Será si se quiere una obra buena y también agradable á Dios, por más que esto lo niegue la doctrina fundamental del Protestantismo; pero mientras no traspase esta esfera humana, mientras no se funde en un motivo sobrenatural, nunca llegará á ser virtud cristiana. La templanza practicada, ora sea como protesta contra la gula de nuestros prójimos, ora sea como medida higiénica, dista mucho de ser la sobriedad y abstinencia que enseña Jesucristo. Digase otro tanto de la continencia estoica ó de la manirrota y filantrópica benevolencia. Les falta mucho para ser castidad ó caridad cristianas. San Pablo es quien lo dice: «Aunque distribuya mi hacienda entre pobres y entregare mi

cuerpo á las llamas, si no tuviere caridad, nada me aprovecha.

Tal vez estas palabras parezcan paradójicas á más de cuatro; pero acudan por explicación á la Iglesia católica, y entonces comprenderán que lo que hemos dicho en abono de algunos individuos protestantes, y lo que vamos á decir sobre su religión en lo tocante á sus doctrinas acerca de los pobres y necesitados, no son cosas contradictorias, por más que á primera vista lo parezcan. La aparente paradoja desaparecerá si se tiene presente la inconsecuencia de muchos hombres en ajustar su conducta á lo que exigen sus principios religiosos. Resultado de esta inconsecuencia es el que unos sean afortunadamente mejores de lo que se puede esperar de las máximas religiosas que profesan, y en este caso se encuentran muchos protestantes. Otros desgraciadamente deshonran con su vida desarreglada la pura y perfectísima moral que se les enseña, y esto es lo que sucede con muchos católicos.

Debese, además, tener presente que un buen número de disidentes, á juzgarlos con arreglo á las doctrinas fundamentales de sus sectas, no tienen nada de protestantes, si ya no es el nombre: por su vida y hasta por su fe real y objetiva, son más bien católicos y pertenecen á la verdadera Iglesia; por más que tal vez conozcan muy poco de sus doctrinas, y quizá, quizá la odien. No puede, sin embargo, negarse la poderosa influencia que la moral y principios religiosos ejercen en el orden social y la vida de un pueblo. Abundantes pruebas de esta verdad nos suministra, sin ir más lejos, la lectura de este librito.

Expuesta brevemente la diferencia que hay entre la filantropía y caridad cristiana, podemos entrar en materia y examinar las causas del pauperismo y su rápido desarrollo en los países protestantes.

Y ante todo, ¿qué es pauperismo? Entendemos por esta palabra la condición de esas personas que reciben de la beneficencia del Estado los medios necesarios á la vida. No se comprende, pues, bajo esta denominación estrictamente tomada á los que faltos quizá de hogar, abrigo y sustento, mendigan un pedazo de pan. Nuestro Señor llamó bienaventurados á los pobres, y estas palabras del divino Maestro han hecho que los católicos de todos tiempos hayan mirado con respeto y veneración á los desheredados de la fortuna. Por eso Jesucristo prometió á su Iglesia que nunca le faltaría esa clase de hombres privilegiados y benditos por sus divinos labios. Y es una de las más preclaras glorias de

la Iglesia católica y una de las pruebas convincentes de ser ella la verdadera Iglesia de Jesucristo, el hecho de que los pobres todos se refugien á los brazos de esta bondadosa Madre; que la amen y vivan alegres bajo su protección; que acudan á las puertas de los templos, donde proporcionan á los fieles ocasión de satisfacer con su limosna por la pena debida por los pecados, y al mismo tiempo de remediar y socorrer al Redentor en la persona de sus pobres.

El Protestantismo, por el contrario, no ha hecho ningún caso de la primera de las ocho *Bienaventuranzas*, antes ha colmado de ignominia á los comprendidos en ella. Por eso, nunca ha tenido en su seno hijos pobres, ni los tendrá. Cual si fueran una carga pesada, los rechaza de sí: quiere apartarlos de la vista, y encarga á la Policía que los prenda en medio de las calles, cual si fueran criminales, y los encierre en una Casa de Misericordia, donde se les matricula, obligándolos á mantenerse, no con el pan dulce de la caridad, sino con el otro, mucho más seco y desabrido, que les suministra una madre sin entrañas que se llama *El Estado*.

Á Dios gracias, no son de fundación católica ninguno de esos Establecimientos conocidos entre los ingleses con el nombre de *Work House* (Casa de Trabajo), y entre nosotros con el de *Poor House* (Casa de Pobres) (1).

(1) La primera Ley de Pobres que se votó en Inglaterra, data desde 1782. Sus disposiciones principales eran:

1.^a Nadie será forzado á ingresar en un Asilo, á menos de estar absolutamente enfermo é imposibilitado para ganarse la vida.

2.^a Cada parroquia ó distrito debe pasar un tanto á aquellos ciudadanos residentes dentro de su demarcación, para quienes el jornal no alcance á cubrir las necesidades de la familia.

Esta ley llegó á ser contraproducente, pues, por una parte, fomentó la holgazanería de los obreros que tenían asegurado su sustento, y por otra, la codicia de los amos, que se aprovecharon de esta ley para disminuir los salarios. Así, había braceros que no ganaban sino 10, 12 ó 13 reales por semana.

En 1835 se modifica la ley, haciéndose obligatorias las *Work Houses* y poniendo á los pobres en la dura alternativa de morir de hambre ó de ingresar en aquellos Asilos, que más bien que Establecimientos de Beneficencia eran casas de corrección, donde los sometían á los más duros tratamientos, como puede verse por lo que el autor dice más abajo.

La Iglesia católica conoce el espíritu de Aquel que fué el primero en bendecir al pobre; del que, siendo infinitamente rico, quiso, de grado y por amor al hombre, abrazarse con las privaciones y penalidades de la pobreza, llegando á tomar la forma de siervo y no teniendo dónde reclinar la cabeza. La Iglesia, depositaria de las divinas enseñanzas, no podía obrar en tan abierta contradicción con sus doctrinas, aprisionando por la fuerza á los pobres por el mero hecho de serlo.

Las estadísticas, que reseñan el Pauperismo oficial, suelen dar también su contingente respectivo á los países católicos. Es verdad que en ellos también existen Asilos para pobres y Centros oficiales de Beneficencia: pero, sin desconocer esto, decimos que estos Establecimientos en nada se parecen al que nos pinta Dickens en su novela *Our Mutual Friend*, donde vemos á la infeliz Betty Higden intentar la huida y aun arrostrar la muerte por no vivir en aquella casa de horror y desesperación. ¿Y quién no ha conocido á más de una Betty Higden en Irlanda ó en nuestra próspera América?

Repetimos que también en algunos Estados católicos interviene el Estado en la beneficencia pública; pero la subvención oficial es insignificante comparada con la caridad privada, ejercida por individuos particulares, y en especial por esas Asociaciones de personas piadosas, que reputan por una de las principales ocupaciones de su vida el socorro y alivio de los menesterosos. La beneficencia oficial ejercida en los países católicos no reviste una forma tan complicada como entre nosotros, y tanto menos cuanto la Nación haya entrado menos por las vías del mal llamado progreso moderno. Allí, los fondos con que se atiende al sostenimiento de Asilos, Hospitales, etc., más que del Erario público, salen del bolsillo de los particulares; aunque, tal vez en algunos casos, la administración de estos bienes corra por cuenta del Gobierno.

En el *States Man's Year Book* leo lo siguiente, relativo á Italia:

«En esta Península es desconocida la beneficencia legal, entendiéndose por esta palabra el derecho en el pobre á ser socorrido por el Municipio, ó la obligación en éste de atender á los menesterosos.»

Dice á continuación que un capital de 89.673.307 liras ha sido dedicado, por donación particular, á fines benéficos. De esta suma se han empleado ya 39.046.034 liras, y, por lo tanto, aún

quedan en las Cajas de las Sociedades Benéficas 50.627.273 liras, que se invertirán en obras de caridad. Las cifras anteriores aparecerán, con razón, extraordinarias en un país como el italiano, sobrecargado de contribuciones. ¡Dios bendecirá al pueblo donde asentó su cátedra San Pedro! ¡Sí; porque aún es católico, pues que ama á los pobres! Y adviertan una vez más que, aunque nunca han faltado pobres en Italia, jamás se ha conocido el Pauperismo. La aparición de esta plaga y su rápido desarrollo, reservados estaban para los tiempos del régimen anticatólico. Digase otro tanto de España, Portugal, Méjico y otros países fieles á la Iglesia romana.

Á esto se contestará, en tono de triunfo, que los citados países son muy pobres, lo cual viene á ser lo mismo. Pero no, no es lo mismo el que una Nación sea pobre y que haya en ella mucho Pauperismo. En aquellos tiempos en que el espíritu cristiano informaba la vida de la sociedad europea y civilizada, no había, ni con mucho, los inmensos capitales que últimamente se han acumulado, pero tampoco se padecía tan extrema miseria y falta de todo.

Veamos á la Inglaterra de hace cuatro siglos: recordemos aquellos tiempos, de cuya abundancia y felicidad tanto cantan los poetas; cuando la palabra *pobre*, en el moderno sentido, no existe en el lenguaje. Comparemos la Nación de entonces con la de hoy. ¿Qué hallamos? ¿Cuál es la división de la propiedad en Inglaterra, Gales, Escocia é Irlanda? Según Kay (*Social condition of the English People*, pág. 24), en el corto espacio de cuarenta y cinco años, que media entre 1770 y 1815, decreció el número de propietarios en dichos Estados, desde 250.000 á 32.000. Aun la cifra de 250.000 era, ciertamente, muy pequeña para el Reino Unido, ¿qué decir de 32.000? ¿Y cuánto no ha disminuido este número desde la fecha á que se refería Kay? Mulhall (artículo «Land») dice que los propietarios cuyos terrenos pasan de 10 acres no suben arriba de 141.000, y los que poseen más de 500 acres son únicamente 10.070. ®

Pregúntese ahora á la Historia cuál es la causa de esta absorbente reconcentración; cuándo empezó esta expoliación del pueblo; y se hallará, que sus comienzos se confunden con los del Protestantismo. Idéntico fenómeno se verifica en los demás pueblos que abandonan la fe católica. Junto con ella, desaparece de los corazones el amor cristiano, para establecer su reinado la opre-

sión y el Pauperismo. Adviértase también que entre los protestantes la pobreza es tratada con desprecio y asco, y mirada poco menos que como una maldición, á consecuencia de haberse perdido, tanto en los ricos como en los pobres, el sentimiento de la verdadera igualdad ante Dios, que nivela todos los hombres, cualquiera que sea su clase ó condición social.

Ese empeño antieristiano por degradar la realeza y nativa dignidad existente en todos los hombres, ha dictado las «Leyes de Pobres», que han herido el legítimo orgullo de tantas *Betty Higdens* que hay por esos mundos, las cuales, antes de ser pisadas, cual si fueran gusanos, por la tiranía del Estado, que, desdeñoso, les ofrece un pedazo de pan duro, han preferido dejarse caer á la orilla de un camino, y allí esperar á que el hambre les acabara la vida.

Al contrario, entre los católicos, donde aún florece la doctrina consoladora que fija á todos los hombres el mismo origen y destino, obsérvase con más perfección esta noble igualdad, á pesar de otras desigualdades accidentales que necesariamente han de diferenciar en todos tiempos al género humano. De este diferente trato y consideración que se guarda á los pobres en los diferentes países, hallamos una buena prueba en la *Contemporary Review* (Julio 1878).

Léese allí un artículo con el siguiente título: *The Poor Law Experiment at Elberfeld*. Esta ciudad de Westphalia contaba entonces con 85.000 habitantes, católicos en su mayoría. El articulista, W. Edwards, compara el diferente trato que los pobres reciben en Elberfeld y en las ciudades inglesas. Dice que en la ciudad westphaliana no hay «Casas de pobres» (*Work houses*) ni tampoco mendigos públicos. Y ¿por qué así? Pues porque la caridad se ejerce en los domicilios particulares. Averigua la causa de este hecho, y halla que no es otra sino que «el sistema de Elberfeld—son sus palabras—está fundado sobre la idea del respeto hacia los destituidos de la fortuna.» «Porque es indigno—decía el jefe de la Sección de Socorros—remediar la necesidad de una persona por los procedimientos que ustedes los ingleses adoptan en sus *Work houses*.» Y ¿en qué consiste el tal sistema?, ocurre preguntar. Es una Sociedad análoga á la de San Vicente de Paúl, en la que toman parte todos los ciudadanos que gozan de voto. Como los Socios de las Conferencias, se encargan de visitar y socorrer á los pobres en sus buhardillas, según les to-

que por turno. Hay la única diferencia de que los socios de las Conferencias son voluntarios, mientras que aquí se obliga á todos á formar parte, bajo la pena de perder las franquicias de ciudadanía por el espacio de tres á seis años, y sufrir un recargo en las contribuciones por cada vez que se descuide la asistencia á los necesitados.

Pero si en Elberfeld no hay *work-houses*, que los pobres suelen tanto aborrecer, existen en cambio «algunos asilos ó Casas de Misericordia, donde los ancianos y menesterosos en general solicitan con empeño la admisión. Estos establecimientos están bajo la dirección de algunas Congregaciones religiosas y son independientes del Gobierno.»

Á continuación se lamenta de no haberse podido proporcionar datos estadísticos de estas casas de beneficencia. Lo cual nada extrañará á quien sabe que la caridad católica, conforme á la prescripción evangélica, no es amiga de trompetear lo que hace y publicarlo á los cuatro vientos, según es moda entre cierta clase de gentes. Cotéjese de paso lo que dice de la avidez de los pobres por ingresar en los asilos con lo que pasa en los establecimientos análogos de Inglaterra, en uno de los cuales, según datos oficiales, desde 1870 á 1876 ofrecióse la admisión á 2.783 personas, de las que sólo 187 aceptaron la oferta. (*6th Report: Local Government Board*, pág. 22.)

La Iglesia católica, no sólo enseña teóricamente en sus clases de Filosofía y Teología la doctrina de la igualdad y fraternidad humana, sino que prácticamente procura inculcarla entre el pueblo con sus consejos y sus ejemplos. Y tan familiarizados se hallan los católicos con estos principios de verdadera nobleza, que con la mayor naturalidad acomodan á ellos su conducta, sin nada de ese aire insolente y repulsivo que en otras partes caracteriza el trato entre personas desiguales.

¿Queréis ejemplos contemporáneos de lo que llevo dicho? En España, verbigracia, no es caso raro ver á un labrador ú obrero de blusa remendada que, con entero conocimiento y confianza de su dignidad, pide fuego para encender un cigarrillo de papel á cualquier señorón que á su lado esté fumando. El cual, inmediatamente le alargará su habano sin reparo ninguno, y como si en ello no hiciera sino cumplir con un estricto deber.

Católico era también aquel Monarca de quien se refiere la siguiente anécdota. Salía de Palacio, acompañado de lucido cor-

tejo, cuando halló á la puerta un mendigo que, respetuoso, le saludó, descubriéndose. El Soberano correspondió, quitándose también su gorra adornada de perlas, y dándole una limosna, mientras con semblante risueño le decía: «Dios le guarde, hermano.» No faltó entre los cortesanos algún guasón ó mal intencionado que, ridiculizando la acción de su Rey, le dijera: «¿Es acaso ese mendigo de vuestra real familia?» Á lo que respondió: «No: él no es de la mía; pero yo sí de la suya.»

Los protestantes suelen ponderar la tenacidad y atrevimiento con que piden los mendigos católicos. Mas lo que así se tacha, es considerado, bajo otro punto de vista, por los verdaderos fieles, quienes reconocen en aquella porfía la conciencia que abriga el pobre de su igualdad con el rico, y el derecho que tiene de brindarle con una propicia ocasión de hacer una obra meritoria delante de Dios y merecedora de gloria eterna. Por eso, cuando el mendigo, recibida la limosna, prorrumpo, según piadosa costumbre, en bendiciones para su bienhechor, suele éste con frecuencia responderle: «Vos más bien me favorecéis á mí.»

Otra frase muy significativa suele también usarse cuando alguien, por cualquier razón, no puede hacer una pequeña limosna á quien se la pide. En tales ocasiones es frecuente contestar: «Perdóneme, hermano, no tengo qué dar.» ¡Cuán profundo sentido encierra este lenguaje tan connatural en la boca del vulgo católico. Hasta el nombre de pordioseros, con que de ordinario se les designa á los mendigos, está derivado de la fórmula usada para pedir: «Una limosna por amor de Dios.»

¿Hay algo en el idioma de los pueblos reformados, que ni á mil leguas revele esos tesoros de amor al pobre y genuina religiosidad, que se descubren en el lenguaje de los españoles, portugueses ó hispanoamericanos? Pero ¿cómo ha de haberlo, si casi no hay capacidad para sentir la arrebatadora belleza moral de tales locuciones?

Me vienen tentaciones de pensar así, cuando en el libro *The Mexican Guide*, escrito por el protestante A. Janvier, me encuentro con las siguientes textuales palabras (pág. 94). «En Méjico hay pocos pobres, pero en cambio son porfiadísimos en su manera de pedir. Para desprenderse de ellos, no resta otro medio que alargar alguna moneda de cobre ó echarles un exorcismo con la fórmula consabida: «Perdóneme, hermano, en el nombre de Dios.» En otros escritores, que omito, abundan apreciaciones

parecidas sobre hechos evidentes que, no pudiéndose negar, procuran, al menos, desfigurarlos.

Hay, sin embargo, honrosas excepciones. Una de ellas es el protestante Mr. Guernsey, que ha publicado en el *Herald*, de Boston (10 de Julio de 1894), un interesante artículo sobre el espíritu de caridad con que se trata en Méjico á los pobres. Dice así: «Páreceme que entre los resultados prácticos del Catolicismo, en personas que sinceramente siguen sus doctrinas, es uno muy principal el hacer un pueblo verdaderamente humano. Aquí en Méjico, existe entre todas las clases una simpatía general, que reviste un no sé qué de noble y extraordinario. Cuando miro al pobre pedir su limosna de puerta en puerta sin que se le arroje en un asilo; cuando en las haciendas esparcidas por el campo, veo que tienen mesa puesta cuantos pobres ambulantes por allí pasaren, quienes son servidos con caridad cordial y afectuosa por la misma señora de la casa, asistida por sus criadas y sirvientes; cuando presencio espectáculos como estos, ocúrreme reflexionar sobre la causa de dónde este espíritu procede.

»Id á Yacubaya, que es un suburbio de la capital mejicana, y acompañad á los Padres Pasionistas en una de sus excursiones. Veréis su vida sencilla, y apreciaréis cuán enormes son los beneficios que produce entre las clases pobres una religión que anima á tales hombres. Cuando en una edad del más grosero materialismo se tropieza con personas que, despreciando todo interés rastro, se consagran exclusivamente á la tarea de hacer bien á todo el mundo, no puede en manera alguna dudarse de la sinceridad de su fe. Debe ser una convicción muy poderosa la que á hombres de talento é instrucción impele á pasar sus días entre los despreciados y desheredados de la tierra.»

El Secretario de la Embajada Americana en Méjico, Mister Brantz Mayer, en su obrita *Mexico as it was and is*, se expresaba en los siguientes términos acerca del clero mejicano, con el cual creemos fundadamente no sería muy pródigo de elogios: «El principal agente de la caridad y misericordia en toda la República es el clero rural. Los curas de aldea son los consejeros, amigos y protectores de sus desvalidas ovejas. Su casa está siempre abierta para refugio de los pobres ambulantes. En todas ocasiones se han constituido en defensores de los indios y han contribuido al sostenimiento de instituciones benéficas. Siempre que se atenta contra los intereses del pueblo, allí están ellos interpo-

niendo su valimiento y defendiendo los derechos de los oprimidos.»

Sin duda ninguna, la situación del pobre no será hoy en Méjico tan desahogada como cuando se escribía lo anteriormente copiado. Porque cuando el Gobierno desamortizó los bienes eclesiásticos y expulsó á los religiosos, privó á los pobres del patrimonio que les pertenecía y de sus mejores amigos.

Al igual que en España y Méjico, se descubre en otras naciones católicas el mismo espíritu de caridad y amor con el desvalido. En Austria, verbigracia, según el *Statesman's Year Book*, es costumbre de los pueblos pequeños que cada uno de los vecinos, por turno, se encargue de recoger, durante algunos días, á los pobres desvalidos, en el cual tiempo son tratados cual si pertenecieran á la familia. Volvemos á preguntar de nuevo: ¿Qué tiene el Protestantismo en la vida de su pueblo, capaz de compararse con estas costumbres patriarcales, tan encantadoras á los ojos de todo hombre de recto corazón y tan agradables á la vista del Dios del Amor?

Pudiera afirmarse que hasta aquí nada hemos dicho de los servicios del Catolicismo para con los desgraciados, según el mundo; aún nos falta por ver la grande obra, que con razón enorgullece á la verdadera Iglesia de Jesucristo, y avergüenza y confunde á las que, sin serlo, pretenden pasar por tales. Nos referimos á los Institutos religiosos, consagrados á las obras de caridad. Los extraordinarios trabajos y sufrimientos en favor de los desgraciados, constituyen una de las glorias más puras de que puede enorgullecerse el género humano, y son una de las acciones más meritorias que habrá escritas en aquel gran libro que se abrirá el día del Juicio, cuando el Dios del Amor y del Sacrificio venga á remunerar á cada hombre según sus obras. Si quisiera citar únicamente los nombres de estas Congregaciones, tejería una larguísima lista. Con sólo descubrir sus trabajos y heroicas proezas, se llenaría un libro. Y, sin embargo, ¿qué conoce de todo esto la generalidad de los protestantes? Si se exceptúa á las Hermanas de la Caridad y á alguna que otra Congregación de las otras, ni los nombres habrán oído. Y puesto que las Hermanitas de los Pobres son también de las más conocidas, diré de ellas dos palabras.

Es su Instituto recoger y asistir á los ancianos desamparados, á quienes cuidan con la ternura y amor de la más cariñosa

de las madres. Ellas piden limosna para sustentar á sus ancianos, se alimentan de lo que á los ancianos sobra, y se privan de todo con tal de que á los ancianos nada falte. Estableció esta Congregación una joven francesa, María Ganot, en 1840. Al morir la Fundadora, hace todavía muy pocos años, vió esparcidos por el mundo 266 Asilos, donde sus Hijas daban albergue y prodigaban los más tiernos cuidados á más de 40.000 ancianos. Dícese que unos 120.000 asilados habrán muerto en brazos de las Hermanitas sólo en vida de su Fundadora.

Entre las Sociedades laicas merece singular mención la de las Conferencias de San Vicente de Paúl, cuyos miembros, pertenecientes á todas las clases de la sociedad, consagran el tiempo que les dejan libre sus ocupaciones á visitar personalmente á los pobres, llevándoles sustento para sus cuerpos y consuelo para sus almas, á las veces mucho más necesitadas.

Por algunos puntos de semejanza que tiene con la precedente, no quiero omitir otra Asociación, establecida en Bélgica y en Francia, con el título de «Señoras del Calvario.» Compónese exclusivamente de viudas, pertenecientes, en su gran parte, á la principal nobleza, las cuales, sin obligarse por votos religiosos ni hacer vida común, dedicanse, en Hospitales fundados por ellas mismas, al cuidado de los enfermos encarcerados, sirviéndoles en los oficios más bajos y repugnantes á la Naturaleza. Terminado el tiempo de asistencia que á cada una corresponde diariamente, se retiran á sus casas á alternar con la más selecta sociedad.

Todas estas Asociaciones, tanto las laicas como, sobre todo, las que, por medio de los votos religiosos, se obligan al ejercicio de la caridad, forman un bellissimo ornamento de la verdadera Esposa de Jesucristo. ¡Como que son el fruto natural y espontáneo de las enseñanzas y ejemplos del Hijo de Dios!

¿Cuáles son los resultados que las enseñanzas y ejemplos del Dios de los pobres han producido en la Iglesia reformada? ¡Oh! ¡Cuán honda pena da el tener que contestar á esta pregunta! ¿Qué es en este punto la historia toda del Protestantismo, sino la negación más absoluta de la doctrina de Cristo; la historia del odio, desprecio y violenta persecución contra los ángeles de la caridad, los religiosos y las monjas? ¿No fué la pretendida Reforma la que arrojó de sus Asilos y Hospitales á los siervos de Cristo, y confiscó el patrimonio de los pobres, arrebatando sus bienes á los

limosneros y mayordomos del Dios de los pequeñuelos, la que ahorcó á millares de Hermanos y Hermanas de los pobres, é injurió y deshonoró á los pocos que pudieron escapar de sus sangrientas manos? En la negra historia del género humano, pocas páginas habrá tan manchadas como la que relata la guerra de exterminio, promovida por el Protestantismo y proseguida por el moderno Liberalismo, contra los amigos y defensores de los menesterosos.

El Protestantismo arrebató de la frente de los pobres la corona de bendiciones con que el mismo Cristo los había condecorado, y en vez de ella estampó el estigma del desprecio, el sello «de pobre» con que la sociedad moderna los distingue. El Protestantismo proclamó un nuevo Evangelio de riquezas y progreso material, en el que ninguna parte podía caber á los pobres y desheredados, según el mundo. Nada de extraño tiene que los pobres se hayan vuelto sordos á la nueva doctrina y hayan desertado en masa de la nueva religión. Los espléndidos templos, que un tiempo fueron propiedad del Catolicismo, y cuyas puertas se veían coronadas de pobres, fueron un día ocupados por el Protestantismo: mas, desde aquella época, huyeron de sus dinteles aquéllos «cuyo es el Reino de los cielos.» El Señor dice que escuchará siempre las súplicas de los pobres y pequeñuelos. El Protestantismo se tapa los oídos para no oír esa voz lastimera, que pide una limosna por amor de Dios; no consiente que se tropiece con andrajos y miseria en las calles y paseos, donde ha de ostentarse el lujo y lucir la vanidad de las riquezas.

Para muchos sinceros creyentes en la Iglesia reformada comprendo que no tendrán aplicación los cargos anteriores, pero tiénenla, y mucha, dirigidos contra el Protestantismo, considerado como sistema religioso y social. Consecuencia es de sus doctrinas el estado de miseria y abandono á que ha venido una grandísima parte de los pueblos que se le han sometido. Oigamos cómo nos la describen algunos autores protestantes.

Mr. Kay escribía lo siguiente hace medio siglo (*Social Condition of the English People*):

«El horizonte de las clases trabajadoras está limitado por las altas paredes de ladrillo de los asilos (*work houses*). Tanto estos edificios como las cárceles, vénse repletos; los ciudadanos están sobrecargados de contribuciones, y por los pueblos no se descubre sino pobreza y miseria.»

Á continuación copia del doctor Channing (*Duty of Free States*): «La condición actual de las clases bajas en Inglaterra, hace poquísimo honor á las instituciones y civilización nacionales. Las multitudes se hallan reducidas á un grado tal de ignorancia, abandono y miseria, capaces de conmover á un corazón que no sea de piedra. En el mundo civilizado, pocos espectáculos habrá tan tristes como el extraño contraste que forman en la Gran Bretaña, una riqueza fabulosa y un lujo oriental al lado de la desnudez, el hambre y la inanición; la degradación brutal, la falta de todo á muy corta distancia de esos palacios encantados, donde abunda todo, donde reina la profusión y el derroche... Hasta hace poco empleábanse anualmente de seis á siete millones de libras esterlinas en el socorro del *pauperismo abyecto* de sólo Inglaterra y Gales; desde la última «ley de pobres» sólo gastamos de cuatro á cinco millones; pero la independencia y libertad del pobre han perecido. ¿Qué país hay en el mundo donde sea necesario hacer un gasto tan enorme para impedir que los obreros se mueran de hambre? El 1848, sin contar los cientos de miles socorridos por personas particulares, sólo el Estado asistió á 1.876.541 pobres; es decir, la octava parte de la población.»

En el cuadro que inserta á continuación, demuestra el aumento progresivo del pauperismo y en proporciones alarmantes. Lo que desde aquella época ha aumentado, lo diremos en otra parte. Ahora, para que los lectores puedan formarse una idea de lo que era hace algunos años, cuando Dickens escribía *Oliver Twist* ó *Nicholas Nickleby*, uno de los asilos llamados *work house*, vamos á copiar la descripción que nos hace Lester de uno de estos edificios (*The glory and shame of England*, vol. I, pág. 152 y sigs.):

«Los asilos de los ingleses son contados entre las Casas de Misericordia. Pero quizá convendría buscar para ellos otro nombre que les cuadrara mejor. Son, en efecto, habitaciones bastante cómodas, según lo que por *comodidad* entienden esas gentes, que se privan de la mayor parte de las cosas, que entre los demás mortales son necesarias á la vida. Para un obrero nada hay tan penoso como el pensamiento de tener que ingresar el día de mañana en una de estas casas. Tal idea es como negra nube, que siempre flota suspendida sobre el obscuro panorama de su porvenir.»

»Estos asilos son, á las veces, teatro de escenas crueles é inhumanas. En muchas ocasiones los administradores y empleados

especulan á costa de los estómagos de los asilados, negándoles los alimentos más precisos á la vida, ó dándoselos muy escasamente ó de muy mala calidad. Casos se han dado, y no pocos, de morir algunos enfermos completamente solos y abandonados en sus sucios aposentos, sin asistencia médica, sin un enfermero que los atienda, aun sin una miserable lamparilla, que disipando las tinieblas de la noche, hiciese menos amargo el trance de la agonia. La codicia de los administradores, junto con el interés de los barrios ó distritos, cuyo erario tiene que sustentar á los pobres de su jurisdicción, causas son más que suficientes para acabar en poco tiempo con aquellas inútiles existencias.

Para este mismo objeto son medios adecuados el abandono completo y los bárbaros tratamientos que allí reinan. ¡Cuántas veces se ha oído á los enfermos pedir con instancia un médico, un ministro de la religión que recé alguna plegaria por su alma; quejarse de la soledad en que se le dejaba en su aposento obscuro, imagen viva del sepulcro, que dentro de poco les aguardaba! ¡Pero todo en vano! La aurora del día siguiente descubría un cadáver yerto. ¿Cuándo se le separó el alma? ¿Quién lo sabe sino Dios, que fué el único testigo en aquel trance? Poco después se encierran los fríos despojos en un ataúd, donde son conducidos á enterrar y con ellos la memoria del difunto. Sobre su tumba no se derramará una lágrima de cariño, no se le dedicará un recuerdo. Muy en breve nadie podrá distinguir la sepultura donde duerme el pobre; nadie sino Aquel que todo lo ve, y sin cuyo conocimiento, ni un pajarillo cae en las redes del cazador...» *The glory and shame of England*, vol. I, pág. 152.

Cuantos autores han escrito sobre el particular después de Kay y Lester, repiten la misma historia. Merece citarse una obra publicada recientemente con el título de *El pauperismo y la propiedad en la Edad antigua. Pauperism and the Endowment of Old Age*. Su autor es Carlos Boot, presidente de la Real Sociedad Estadística y conocido ya por otro trabajo análogo en cuatro tomos: *Vida y trabajos del Pueblo*. De la última de dichas obras es de donde tomamos el dato siguiente sobre el pauperismo inglés: Entre los menores de diez y seis años, el 2,8 por 100 de la población vive de limosna; entre los diez y seis y los sesenta años, el 3,8 por 100; desde los sesenta á los sesenta y cinco, el 8,1 por 100, y desde los sesenta y cinco en adelante, el 25,9 por 100: bastante más que una cuarta parte.

En la pág. 165 cita Mr. Booth el libro *Ensayos sobre el pauperismo*, de Blakely, donde se dice que, después de diligente investigación, en veintiséis distritos rurales resultaba que nada menos que el 42 por 100 de los ancianos pasaba allí sus últimos años á costa de la beneficencia pública. En vista de este dato, juzga Mister Booth no ser exageración dar al pauperismo la proporción de 30 por 100 con relación á todo el país.

El periódico *Sun*, de Nueva York, publicó un suelto el 6 de Mayo de 1894 con el título de *Age and Pauperism in England*. El articulista, después de citar algunas de las estadísticas que llevamos aquí apuntadas, dice que en el distrito de Southwark (Londres), el 84 por 100 de los ancianos viven de la caridad pública.

Estos hechos son, á la verdad, abrumadores y hacen muy poca honra á la nación en que se realizan y á la religión que informa y vivifica la vida toda nacional. El mismo Kay, con todo y ser un protestante de los finos, confiesa paladinamente que la Iglesia Episcopal Anglicana no es para los desheredados de la fortuna. Nada tiene de extraño que su corazón compasivo y humanitario, conmovido ante los horrores que relata, prorrumpe á las veces, entre sorprendido é indignado: ¿Quién es el responsable de tanta degradación? Interesante es el capítulo que trata de las relaciones entre la Iglesia Anglicana y el pauperismo. ¿Cuál debiera ser la misión de los ministros del altar en las actuales circunstancias? Interesarse por el pobre, apartarle de la degradación moral, resucitar en él los nobles sentimientos de la humana dignidad y de la igualdad cristiana. Y ¿cuál ha sido en esta parte el proceder del Clero anglicano? Mr. Kay nos lo indica suficientemente cuando dice que ni una décima parte de la gente obrera ha pisado en su vida una iglesia. Lo confirma con el ejemplo de una de las parroquias mejor administradas de Londres, cual es la de San Paneracio. Tanto esta iglesia como la capilla aneja son tan pequeñas en proporción al número de parroquianos, que más de cien mil de ellos no podrían asistir á los actos del culto por falta de local. Á pesar de eso, están de ordinario á medio llenar. La mayoría de los niños pobres no reciben instrucción ninguna.

La conclusión que de tales hechos deduce Kay, es que la Iglesia protestante ha alejado de sí á los pobres; que los ministros reformados son demasiado aristócratas para dignarse tratar con gente andrajosa y sin educación. Después de dirigir al Clero protestante estos cargos, velados, eso sí, con una forma inofensiva y

respetuosa, termina comparando el abandono en que ellos tienen á sus pobres y la solicitud de los *romanos* por atraérselos; la inacción de los unos con el rápido desarrollo, y la vitalidad de los otros. Dignas son de transcribirse algunas de sus palabras:

«Entre los obreros de Lancashire es cosa corriente el decir que en Inglaterra la Iglesia no se ha establecido para las clases bajas, sino para las altas. En los templos católicos todos son tratados como iguales ante Dios. Allí el pobre es recibido con los brazos abiertos, como dándole á entender que la Iglesia fué fundada especialmente para los desgraciados y pequeñuelos como él. ¡Cuánto tiene que aprender aquí la Iglesia anglicana!»

Mucho, en efecto, pudiera aprender; pero las lecciones serían inútiles y sin provecho, como quiera que los protestantes no poseen, como los católicos, el alimento espiritual de que necesitan esas desgraciadas muchedumbres, hambrientas más aún que del pan que sustenta los cuerpos, de la doctrina, que robustece y vivifica las almas. Porque la Iglesia protestante no es sino una institución del Estado, entre cuyos empleados se cuenta al Clero. ¿Cómo ha de simpatizar con el pobre quien no le trata ni conoce, quien vive separado de él como por un abismo? ¡Ah! No es ese ciertamente el ideal y modelo del Buen Pastor, que conoce á sus ovejas y es de ellas conocido; del Buen Pastor, que está dispuesto, si preciso fuere, á sacrificar la vida por su rebaño! Ni se crea que este carácter egoísta y despiadado sea nuevo en el Protestantismo. Censurábalo ya en los principios de la Reforma un escritor contemporáneo, Tomás Nash (1567-1600), en un fragmento de su obra *Lágrimas de Cristo sobre Jerusalén*, que no es sino una sátira sobre la ciudad de Londres. Dice así, entre otras cosas:

«Si Cristo se viera hoy desnudo ó enfermo, á buen seguro que nadie le visitaba ni vestía. Lejos de socorrerle, maldecirían y renegarían de él. Dar medio penique mensual para la caja de los pobres, tiénese ya por un derroche. Personas que merecen entero crédito aseguran que las limosnas recogidas en Londres en una semana no llegan ni á la décima parte de las que en un solo día se hacen en cualquiera de las ciudades más pobres de Francia. ¿Qué es nuestra religión, si en todas partes se ve avaricia y en ninguna buenas obras? Porque ya no se edifican monasterios, ni se canten misas, ni se recen sufragios por las almas de los difuntos, ¿nos creemos también dispensados de las obras de misericordia, que el Señor nos encomendó? Nuestros perros son ali-

mentados con lo que sobra de nuestras mesas, ¡y en tanto hay cristianos, hermanos nuestros, que están muriendo de hambre!...»

Si el Protestantismo ha logrado dominar en algunos países, ha sido poniéndose á disposición y servicio del Estado, y convirtiéndose en un instrumento de la política. El lema de los protestantes «La Iglesia y el Estado» sería más lógico y verdadero, si invirtiéndose las palabras, se leyera: «El Estado y la Iglesia.» Porque, en efecto, aquél es el Señor, ésta la criada; aquél manda, ésta ejecuta cuanto se le ordena. Por esta causa, la Reforma es responsable de la plaga del pauperismo, por haber contribuido á ella de dos maneras, negativa y positivamente.

Lo primero, privando á los pueblos de sus verdaderos pastores, muchos de los cuales dieron generosos su vida por sus ovejas. Lo segundo, porque cuando el lobo Estado entró en el redil, sediento de sangre y exterminio, ellos, los que habían usurpado el oficio de los legítimos pastores, ó huyeron cobardemente desamparando á su rebaño, ó se volvieron contra sus ovejas, cooperando traidoramente al despojo y la matanza. El Protestantismo también borró la poética y dulcísima igualdad y fraternidad cristiana, que en otros tiempos nivelaba á ricos y pobres, altos y bajos, y dividió la sociedad en clases y castas, promulgándose para los ricos un nuevo Evangelio, que no es, ciertamente, el de Jesucristo, que ha de ser predicado especialmente á los pequeñuelos y desprecia los del mundo.

Siguiendo las enseñanzas de su religión, los Gobiernos protestantes inventaron un nuevo régimen, cuyos procedimientos tienen más de un punto de contacto con el reglamento de esclavos que antiguamente usaban los negreros. Por estos medios, la antigua plebe, noble y altiva en los tiempos católicos, se acobardó, degradó y anonadó; y cuando, compelida por la necesidad, se dirigió suplicante á sus amos pidiendo un pedazo de pan, oyó que se le respondía: «Sois pobre, id á un asilo.»

Pocas pasiones dominan tan fuertemente el corazón humano como el amor al suelo patrio. Romper los lazos que á él nos ligan, se hace difícilísimo aun en las ocasiones en que el deber lo exige. Pero cuando el hombre, sin ser llamado por la sagrada voz del deber, determina expatriarse, porque el cielo que le vió nacer se ha vuelto de bronce, y de hierro la tierra que recogió su primera lágrima; cuando la madre patria nada tiene que ofrecer á sus hijos sino los harapos de la miseria y la obscura tumba del po-

bre, ¡ah! entonces es doloroso, á par de muerte, dar el último adiós á la tierra natal, para arrojarse á las incertidumbres de un voluntario destierro.

Pues bien; por este durísimo trance, de los más amargos de la vida, han pasado más de doce millones de ingleses, escoceses é irlandeses en los últimos ochenta años del siglo XIX, desde la batalla de Waterlloo hasta la fecha. ¡Doce millones! ¡Hermanos é hijos de los soldados muertos en aquellos inmortales campos por cubrir de gloria á la bandera inglesa, que no había de cobijar y proteger á sus descendientes!

Irlanda es la que da el mayor contingente en esta lista de expatriados. Cinco millones de irlandeses han dado el último adiós á su idolatrada Erin, con los ojos arrasados en lágrimas y el corazón partido de dolor, para buscar en las hospitalarias playas americanas los medios de subsistencia que en otra parte no encontraban. ¡Cuántos de ellos terminaron la vida antes que el viaje! Sólo en el año de 1846-1847 murieron á bordo 20.000 de ellos, ahorrando así al Gobierno inglés el trabajo de cavar otras tantas fosas de pobres.

Y ¿qué habían de hacer? Empobrecidos, perseguidos y desterrados por el Protestantismo oficial, arriesgarse á todo por evitar la muerte. Muchísimos encontraron entre los americanos la libertad y el bienestar por que anhelaban. Otros, en cambio, no hallaron sino un hospital ó asilo en que acabar sus días, inscritos en la matrícula de «pobres oficiales.» Que también nosotros hemos heredado de nuestros antecesores, los ingleses, junto con el protestantismo, el desafecto á los pobres.

Según el censo de 1890, existían en los asilos oficiales de los Estados Unidos 73.043 pobres, que vienen á ser 1 por 857 habitantes. Esta proporción en la Gran Bretaña es de 1 por cada 39 habitantes. De estos 73.043 asilados, 27.648 eran extranjeros, y de ellos 16.915 súbditos ingleses.

Véase la siguiente lista, y por las diversas proporciones en que figuran los países protestantes y católicos, podrá juzgarse del estado del pueblo en unos y otros:

Oriundos de países protestantes.....	25.953
Oriundos de países católicos.....	1.321

Como la pobreza de Irlanda no es debida sino al mal gobierno y á las exorbitantes contribuciones, bien pueden sus pobres

ser cargados en cuenta al Protestantismo, como lo hemos hecho. Porque señalar como causa la religión de la generalidad de los irlandeses, sería un absurdo manifiesto. A no ser que se pretenda decir que si Irlanda hubiera sido cualquiera otra cosa menos católica, aunque fuera idólatra, no hubiera sufrido tanto de su cruel verdugo, lo cual tal vez sea mucha verdad.

Mr. Lester asegura que hace algunos años ofrecía Inglaterra premio al que deseaba emigrar. Y no sólo empleó agentes que se ocuparan en persuadir con falsas razones la expatriación, sino que aun suministró fondos para este fin. Y en la misma página dice lo siguiente:

«Estoy tentado á publicar las estadísticas de los pobres, enviados por el Gobierno británico á los Estados Unidos. Pues nada digo de la exportación de criminales, hecha clandestinamente. En muchas ocasiones han embarcado para nuestras costas á criminales, á gente facinerosa condenada por la justicia; á hombres dañosos para el bien común, á quienes las autoridades de las colonias británicas se negaban á recibir. De modo que además de los millares de pobres, nos regalan asesinos, salteadores y rateros. A tal punto ha llegado este vergonzoso contrabando, que el Gobierno General y el particular de cada Estado, hubo de tomar cartas en el negocio; y en vista de que las protestas y reclamaciones nada aprovechaban, dictáronse leyes para defenderse de aquella agresión.» (*Glory and Shame of England*, vol. I, pág. 289.)

No hemos podido recoger datos de todos los países sobre el pauperismo oficial. Los que hemos hallado, relativos al 1893, son los siguientes:

PAÍSES PROTESTANTES

Suecia.....	Un pobre por cada	19 habitantes.
Holanda.....	»	20 »
Dinamarca.....	»	23 »
Noruega.....	»	25 »
Alemania.....	»	31 »
Gran Bretaña...	»	39 »

PAÍSES CATÓLICOS

Austria.....	Un pobre por cada	145 habitantes.
Bélgica.....	»	1.321 »

CAPÍTULO XVIII

Aunque en el capítulo pasado se tocó en parte la materia que es objeto del presente, vamos ahora á tratarla con alguna mayor detención.

Mr. Lester, después de asegurar que las mismas autoridades inglesas son las que han intervenido en la exportación clandestina de muchos de los pobres y criminales arribados á nuestras costas, hace las siguientes reflexiones:

«Jamás nación alguna civilizada ha usado de procedimientos tan brutales. Cargamentos de pobres, ancianos unos y enfermos otros, eran embarcados lo mismo que reses, en buques alquilados al efecto, y aportados á tierra extraña, que se encargara de la sustentación y entierro de aquellos miserables. ¿No es verdad que semejantes hechos superan en inhumanidad y barbarie á la antigua trata de negros esclavos? Nunca nuestras playas han visto escenas tan desgarradoras como las que presenciaban á la arribada de estos desesperados emigrantes, desterrados por el atroz crimen de ser pobres.

»Y ¿quiénes eran los que como á ramas secas los desgajaban del árbol de la patria? Precisamente los mismos que con robos y exacciones habían sido los causantes de su pobreza. Mientras su trabajo pudo ser productivo, Inglaterra los mantuvo en su seno; mas cuando, debilitados por los años ó la enfermedad, no pudieron roturar el campo ó mover la maquinaria de un taller, hubieron de mendigar en tierra extraña una tumba que cubriera sus huesos. Los antiguos dueños de esclavos alimentaban y vestían á los ancianos é inútiles. Ni hay hombre de sentimientos humanos que se decida á matar á su fiel caballo cuando los años no le per-

miten moverse sino con dificultad. Pero lo que ni los negreros hicieron con sus esclavos, ni hombre alguno con su animal, esto y mucho más hace Inglaterra con sus súbditos. Después de saquearles el bolsillo y agotarles las fuerzas, les despedaza el corazón, arrojándolos sin auxilio y sin esperanza á tierra extraña, á morir en el más completo desamparo.» (*The Glory and Shame of England*, vol. I, págs. 289-290.)

Pero no sólo la Gran Bretaña, sino también otras naciones han puesto á sus súbditos en el duro trance de tener que abrazarse con la emigración.

Según Mulhall, desde 1815 á 1888, 17 millones de europeos han abandonado sus hogares y roto los lazos de la amistad y el parentesco, para buscar su porvenir en tierra extranjera. Y ¿de dónde ha salido ese numeroso ejército de prófugos? Véase el siguiente cuadro:

PAÍSES PROTESTANTES		PAÍSES CATÓLICOS	
Gran Bretaña.....	9.800.000	Italia.....	3.580.000
Alemania.....	5.670.000	Francia.....	1.540.000
Suecia y Noruega....	1.070.000	Austria.....	1.290.000
Holanda.....	345.000	Bélgica.....	970.000
Dinamarca.....	220.000	España.....	760.000
		Portugal.....	540.000

Acerca del cuadro precedente hace Mulhall algunas juiciosas observaciones, que arrojan mucha luz sobre el asunto.

1.^a La emigración de los países protestantes es doblemente mayor que la de los católicos. Y ¿por qué? Porque en los primeros no encuentra el pobre los medios necesarios de subsistencia con tanta facilidad como en los segundos.

2.^a Poquísimo son los católicos que emigran á países protestantes.

3.^a La mayoría de la emigración católica busca su nueva patria en países también católicos. Así, la generalidad de los italianos, españoles, franceses y portugueses se dirigen á Sur América. Gran número de franceses han colonizado á Argel; muchísimos belgas se trasladan á Francia.

4.^a El 5 por 100 de los emigrantes españoles se han repatriado.

5.^a Otro tanto han hecho el 33 por 100 de los italianos. Lo cual parece indicar que la patria adoptiva no les parecía tan buena y apetecible como la natural.

6.^a En Francia y Bélgica la emigración es, poco más ó menos, igual á la inmigración. Y es también de notar que una buena parte de los expatriados franceses la forma esa gloriosa hueste de apóstoles de Jesucristo que se dirige á las cuatro partes del mundo á predicar el Evangelio.

7.^a Una larga experiencia demuestra que, de las diversas inmigraciones á los Estados Unidos, la protestante es la que proporciona mayor contingente de pobres y criminales. Véase la prueba de lo que acabamos de decir:

Pobres y criminales extranjeros existentes en los Estados Unidos (Censo de 1890).

PAÍSES PROTESTANTES		PAÍSES CATÓLICOS			
	Pobres.	Criminales.			
Australia.....	8	58	Argentina.....	0	2
Bermuda.....	1	0	Austria.....	95	173
Barbadas.....	0	1	Azores.....	3	1
Colomb. Inglesa	0	3	Baviera.....	9	8
Guayana ídem..	1	0	Bélgica.....	31	26
Canadá (inglés).	815	1.481	Bohemia.....	170	36
C.º de B.ª Esper.	0	1	Brasil.....	0	4
Dinamarca.....	114	113	Canadá (francés)	109	99
Inglaterra.....	1.956	1.914	Centro-América.	1	1
Alemania.....	6.773	2.936	Canarias.....	0	1
Gibraltar.....	0	1	Chile.....	31	8
Holanda.....	138	61	Córcega.....	1	1
Islandia.....	1	0	Cuba.....	5	13
Irlanda.....	14.129	5.559	Francia.....	410	270
Isla de Man....	6	4	Haiti.....	2	8
» de Malta....	4	3	Hungría.....	49	130
» de S.ª Elena	1	0	Italia.....	145	562
Jamaica.....	0	2	Méjico.....	42	604
Nueva Gales Meridional.....	2	2	Moravia.....	1	0
Nueva Zelandia.	0	6	Panamá.....	0	1
Noruega.....	369	208	Perú.....	3	3
Prusia.....	1	21	Portugal.....	27	9
Islas Sandwich..	2	2	Sicilia.....	0	3
Sajonia.....	1	0	Sud-América....	19	11
Escocia.....	575	479	España.....	14	26
Australia Meridional.....	1	0	Suiza (la mitad).	154	77
Suecia.....	646	348			
Suiza (la mitad).	154	77			
Gales.....	256	89			
Total....	25.953	13.369	Total....	1.321	2.077

Por la razón que en otra parte indicamos se ha puesto á Irlanda entre los países protestantes, así como, por el contrario, el Canadá francés figura entre los católicos por ser su civilización puramente francesa.

¿Y qué decir del crecido número de criminales con que figura Irlanda? Adviértase, ante todo, que si en la criminalidad figura en primera línea, también su colonia entre nosotros es la más numerosa que existe. En segundo lugar, aun concedido que ese número sea grande, resulta, sin embargo, muy inferior al de pobres de la misma nacionalidad. Y, en fin, téngase en cuenta, que de cuantos extranjeros entran por nuestros puertos, los irlandeses son los más necesitados, los que dan muestras de mayor degradación social y los que vienen más desesperados por los malos tratamientos de que han sido objeto. Personas de tales condiciones parecen las más destinadas á llenar las cárceles. Por lo tanto, gran parte de esa criminalidad es efecto del estado social y del sistema de gobierno opresivo que las autoridades de Inglaterra tienen implantado en la Isla hermana.

Por lo demás, el irlandés en su patria es un hombre morigerado y de ley; y si al venir á nuestra República observan algunos opuesta conducta, es debido á que la virtud y la honradez más difícilmente se aclimatan en suelo extranjero. En este sentido se expresa un autor bastante conocido, Mr. Loring Brace, en su obra *The dangerous Classes of New York and twenty years work among them*.

«Es indudable—dice—que el romper los lazos que con la Patria nos unen, produce pésimos resultados morales, sobre todo en la clase obrera. El emigrante se independiza de las leyes y de la vigilancia á que en su casa vivía sujeto, y al mismo tiempo los sentimientos religiosos van insensiblemente entibiándose. Si es católico de ordinario, se hará un mal católico; y si protestante, caerá en el indiferentismo. Los lazos morales se desatan también, al igual que los religiosos. El cambio brusco que se nota entre el antiguo género de vida y el que de nuevo se emprende, no es nada favorable á la moralidad.»

«A esta causa obedece el que la mayor parte de nuestros criminales sean de origen extranjero. De los 49.423 presos que en las cárceles municipales de Nueva York han sufrido condena, 32.225 son de origen extranjero. De ellos, 21.887 nacidos en Irlanda. Y, sin embargo, el pueblo irlandés en su propio país es

de costumbres muy arregladas, siendo en él la criminalidad mucho menor que en Inglaterra ó Escocia.»

De los datos que acaban de presentarse, se desprende el mayor bienestar material de que goza en las Naciones católicas el pueblo bajo, para quien la medianía ó pobreza entre los encantos de la tierra nativa y el cariño de los suyos es preferible á los riesgos y eventualidades de la expatriación. Nada digo de las superiores condiciones en que se hallan bajo el punto de vista espiritual. El Catolicismo perfuma en torno suyo la atmósfera con una deliciosa fragancia de fe y de piedad, que lo mismo respiran los pobres que los ricos; como el Sol derrama sus bienes lo mismo en los palacios que en las chozas. Allí á nadie falta, aun en los lances más apurados, un pecho amigo sobre que descansar y una mano amiga que estrechar: la del ministro de su Religión. El obrero criado y educado por el Catolicismo, nunca, ni aun siquiera al expatriarse, tiene razón para maldecir la tierra que le vió nacer, como lo hacen otros de su misma clase al dirigirse á suelo extranjero en busca de un pedazo de pan y un poco de cariño que la naturaleza reclama y sus paisanos les niegan.

CAPÍTULO XIX

DIVISIÓN DE LA PROPIEDAD AGRARIA

Llevamos dicho en otra parte que las tendencias del Protestantismo son aumentar la prosperidad puramente material y excitar una sed ardiente de riquezas, mientras que el Catolicismo, por el contrario, aspira primaria y principalmente á la perfección espiritual y á la igualdad de los hombres todos, en cuanto es compatible con las variedades y diferencias que forzosamente ha de haber entre seres de tan diversas condiciones y aptitudes. Manifiéstase esa tendencia niveladora hasta en la repartición de los bienes de fortuna.

Las siguientes estadísticas, que tomo de Mulhall, ofrecen al juicioso lector un instructivo contraste:

PAÍSES PROTESTANTES	Terreno labo- rable.	Propiedad media.	Acres.
	Acres (1).		
Gran Bretaña é Irlanda...	78.000.000	180.000	390
Alemania.....	133.000.000	2.436.000	37
Suecia.....	101.000.000	194.000	300
Noruega.....	77.000.000	75.000	200
Dinamarca.....	9.000.000	71.000	115
Holanda.....	8.000.000	154.000	45
PAÍSES CATÓLICOS			
Italia.....	71.000.000	1.265.000	36
Francia.....	131.000.000	3.226.000	32
Austria.....	153.000.000	6.150.000	20
España.....	121.000.000	596.000	95
Portugal.....	22.000.000	419.000	30
Bélgica.....	7.000.000	315.000	18

(1) El acre es una medida de longitud que tiene 4.046 metros cuadrados.

El mismo Mulhall presenta también otra estadística, con datos oficiales, en la que, si el número de propietarios resulta mejorado, en cambio la distribución aparece mucho más defectuosa.

Resultan, en efecto, 314.685 propietarios, en la forma siguiente:

	Acrea.	Propietarios de más de 500 acres.
Inglaterra.....	22.000.000	10.070
Escocia.....	18.000.000	2.705
Irlanda.....	17.000.000	6.500
TOTAL.....	57.000.000	19.275
		Poseedores de menos de 500 acres.
Acrea restantes.....	21.000.000	295.410
TOTAL.....	78.000.000	314.685

De 78.000.000 de acres, los 57 están en manos de 19.275 dueños.

Compárese á la Gran Bretaña con Bélgica, que aunque no tiene sino 7.000.000 de acres laborables, es decir, la undécima parte que el Reino Unido, le sobrepuja en cuanto al número de propietarios en más de un millar. Compáresela con Portugal, objeto de tan a lástima de parte de los protestantes, y se verá que con una cuarta parte de terreno menos, cuenta 105.000 propietarios más.

La *Enciclopedia Británica* hace otra repartición de la propiedad en el Reino Unido:

En 1880, el total de acres eran 77.635.301; de ellos estaban cultivados 47.515.741.

Una quinta parte de todo el Reino es propiedad de unos 600 Pares. Del terreno restante, una mitad está en manos de sólo 7.400 propietarios, y la otra mitad se reparte entre 312.500 poseedores.

De modo que, atendida la población del Reino Unido en 1881, resulta que sólo el 1 por 100 de los ingleses poseía más de un acre de terreno.

De Francia, en cambio, nos hace la siguiente pintura el autor á quien hace poco citábamos:

«Las propiedades menores de 12 acres ascienden á 2.000.000; otro millón de ellas oscila entre 12 y 15 acres, y las que pasan de 100 acres no son sino 150.000. De los labradores franceses, 1.750.000 cultivan sus propias tierras, 850.000 son arrendatarios, y sólo 57.000 trabajan á jornal (1).»

Se equivocaba de medio á medio la *Revista de Edimburgo* al escribir que la gran nación había de ser, andando el tiempo, la nación de la pobreza, y que había de compartir con Irlanda el alto honor de proveer á las naciones europeas de azacanes y malederos. ¡Y qué irrisión! Todo el mundo sabe cuál es hoy el pueblo de la pobreza, y el que desempeña el alto honor sobredicho ú otro de categoría análoga.

El *Statesman's Year Book* asigna á Austria-Hungría tan sólo 3.840.253 propietarios. Aun concedido que esta cifra fuera la verdadera, y no la de Mulhall, que arriba copiamos, así y todo, contaría el Austria millón y medio de propietarios más que Alemania, la nación protestante donde más repartida se halla la propiedad.

Véanse los siguientes cuadros relativos á los tres reinos del Imperio germánico: Prusia, Sajonia y Baviera, según los trae Mulhall:

(1) Más recientemente, la situación económica de Francia estaba muy mejorada con relación á lo que aquí se dice.

Según el Censo de 1885, la agricultura ocupaba en Francia el 53,1 por 100 de la población; el resto se dedicaba á la industria, el comercio, y á las profesiones liberales. En aquella época, el número de propietarios y de labradores que cultivaban sus propias tierras ascendía á 10.000.000: los arrendatarios eran 6.000.000, y 2.000.000 los peones. La gran industria empleaba, poco más ó menos, la mitad de obreros que la pequeña, ó sea 3.133.000 contra 6.140.000.

En Prusia, por el mismo tiempo se ocupaba en la agricultura el 58 por 100 de la población; en Bélgica, el 51 por 100; en los Estados Unidos, el 48 por 100, y en Inglaterra, el 26 por 100.

Por aquí se ve que en la Gran Bretaña no se guarda la proporción natural que debe haber entre la industria y la agricultura, como quiera que en ésta se ocupan 1.600.000 individuos, y en aquella más de 6.000.000.

Por eso la mitad de las materias de primera necesidad que se consumen, es preciso importarlas. Tal estado de cosas pudiera ser muy fatal, sobre todo en un caso de guerra.

Prusia (Protestante).

	Número de poseedores.	Acres.	Propiedad media.
La Corona.....	»	11.200.000	»
Los nobles.....	2.470	21.200.000	950
Propietarios rurales.....	1.503.000	44.800.000	30
Arrendatarios.....	1.087.000	3.100.000	3

Sajonia (Protestante).

	Número de poseedores.	Acres.	Propiedad media.
La Corona.....	»	1.077.000	»
Los nobles.....	440	490.000	1.100
Propietarios rurales.....	53.000	1.440.000	27
Arrendatarios.....	33.000	160.000	5

Baviera (Católica).

	Número de poseedores.	Acres.	Propiedad media.
La Corona.....	»	3.430.000	»
Los nobles.....	1.100	400.000	370
Propietarios rurales.....	226.000	11.700.000	50
Arrendatarios.....	290.000	1.500.000	5

Según otra reseña, Austria posee 25.180.000 acres de terreno laborable, repartidos entre 1.507.000 propietarios, al término medio de 17 acres por cada uno. El número de labradores propietarios es mayor que en cualquier otro estado del Imperio.

Sobre la protestante Dinamarca, se expresa Mulhall en los siguientes términos: «En 1801 pertenecían todas las tierras del reino á 614 nobles, los únicos que hasta 1788 tenían derecho para comprar y vender.»

De Italia, dice el *Statesman's Year Book* que en ella la propiedad se encuentra muy repartida.

Y de España: «Los terrenos están divididos entre un gran número de dueños.»

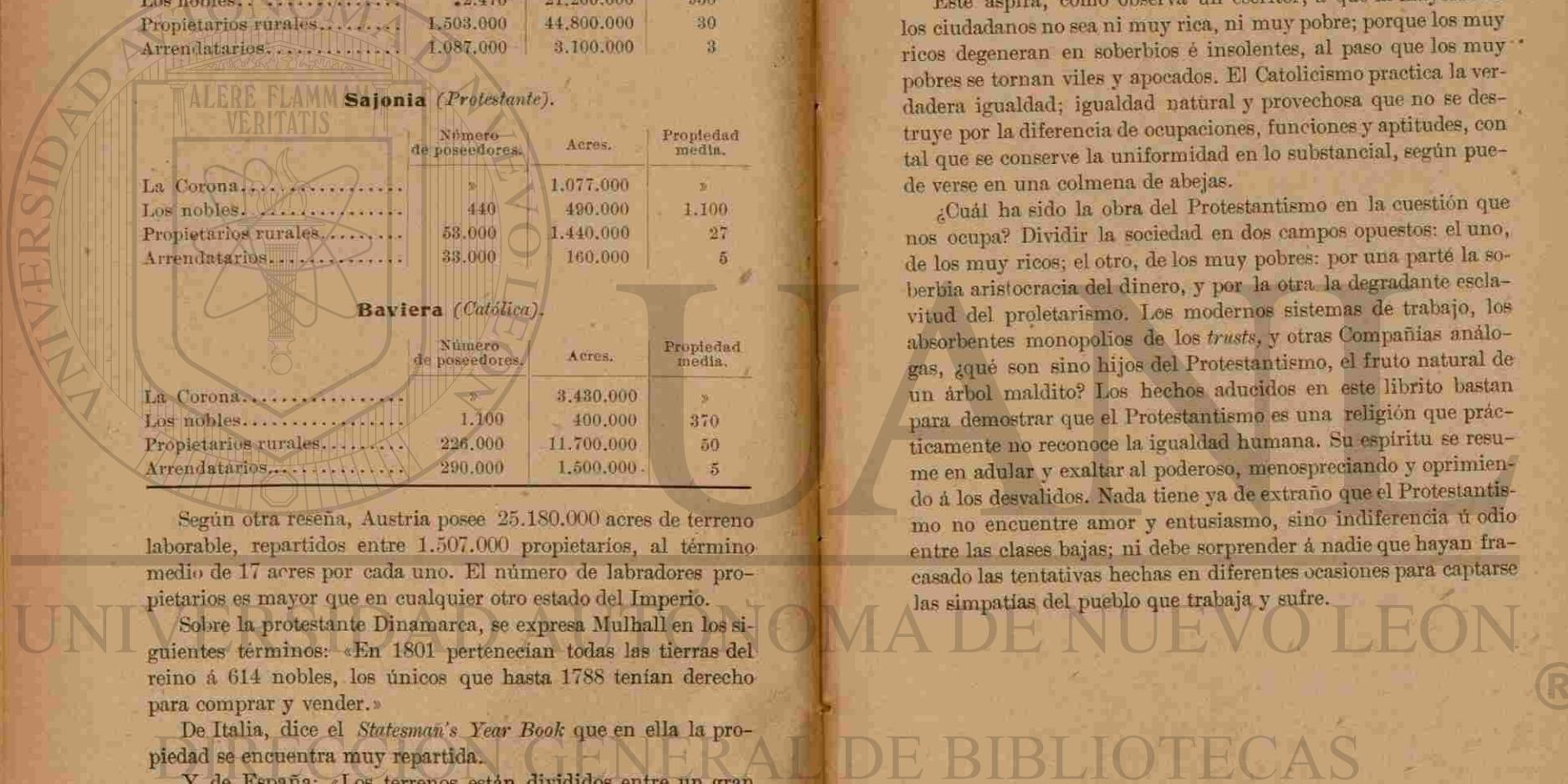
Por último; de Bélgica: «Las tendencias económicas son á la subdivisión.»

También Mulhall, hablando de España, dice que en 1877 toda la riqueza agraria estaba en manos de 596.000 dueños, de los cuales sólo 3.900 tenían de renta anual más de 2.000 duros.

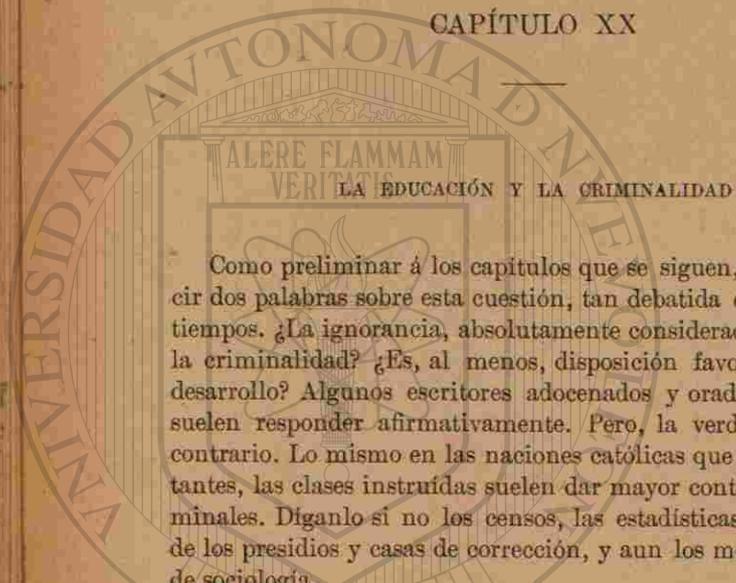
Semejante estado de cosas no es, ciertamente, el ideal del Protestantismo; pero en cambio está muy conforme con las aspiraciones sociales del Catolicismo.

Este aspira, como observa un escritor, á que la mayoría de los ciudadanos no sea ni muy rica, ni muy pobre; porque los muy ricos degeneran en soberbios é insolentes, al paso que los muy pobres se tornan viles y apocados. El Catolicismo practica la verdadera igualdad; igualdad natural y provechosa que no se destruye por la diferencia de ocupaciones, funciones y aptitudes, con tal que se conserve la uniformidad en lo substancial, según puede verse en una colmena de abejas.

¿Cuál ha sido la obra del Protestantismo en la cuestión que nos ocupa? Dividir la sociedad en dos campos opuestos: el uno, de los muy ricos; el otro, de los muy pobres: por una parte la soberbia aristocracia del dinero, y por la otra la degradante esclavitud del proletariado. Los modernos sistemas de trabajo, los absorbentes monopolios de los *trusts*, y otras Compañías análogas, ¿qué son sino hijos del Protestantismo, el fruto natural de un árbol maldito? Los hechos aducidos en este librito bastan para demostrar que el Protestantismo es una religión que prácticamente no reconoce la igualdad humana. Su espíritu se resume en adular y exaltar al poderoso, menospreciando y oprimiendo á los desvalidos. Nada tiene ya de extraño que el Protestantismo no encuentre amor y entusiasmo, sino indiferencia ú odio entre las clases bajas; ni debe sorprender á nadie que hayan fracasado las tentativas hechas en diferentes ocasiones para captarse las simpatías del pueblo que trabaja y sufre.



CAPÍTULO XX



Como preliminar á los capítulos que se siguen, queremos decir dos palabras sobre esta cuestión, tan debatida en los actuales tiempos. ¿La ignorancia, absolutamente considerada, es causa de la criminalidad? ¿Es, al menos, disposición favorable para su desarrollo? Algunos escritores adocenados y oradores callejeros suelen responder afirmativamente. Pero, la verdad, es todo lo contrario. Lo mismo en las naciones católicas que en las protestantes, las clases instruídas suelen dar mayor contingente de criminales. Diganlo si no los censos, las estadísticas, los registros de los presidios y casas de corrección, y aun los mejores tratados de sociología.

El historiador Alison, en su obra *History of Europe*, prueba también nuestra tesis, aduciendo en su apoyo la siguiente razón (vol. 1.º, cap. I.):

«La experiencia ha venido á demostrar con harta evidencia una triste verdad, mil veces repetida en la Escritura; es á saber: que el cultivo intelectual no es bastante eficaz para cegar en el humano corazón las fuentes de la maldad. Podrá, cuando mucho, cambiar la dirección del vicio; pero no disminuir su fuerza poderosa. En algunas partes se han hecho esfuerzos supremos para extender á las clases obreras los beneficios de la instrucción; pero lejos de disminuir por estos medios la criminalidad é insubordinación de los pueblos, ambas cosas han aumentado de una manera alarmante.» Cita como ejemplos á Prusia y Francia. Cuando á principios del siglo XIX se dió en Prusia la ley de la enseñanza obligatoria, hizose en todo el reino la instrucción generalísima. Por el mismo tiempo, casi dos terceras partes de la

población francesa carecía aún de los primeros rudimentos de las letras. Y, sin embargo, véase el resultado en la moralidad:

En la protestante Prusia, la relación entre los criminales y el número de habitantes era de uno por cada 587 de población.

En la católica Francia, de uno por 7.285.

En 1847 nos encontramos con el siguiente testimonio de un escritor francés:

«Es tan generalmente admitida la idea de considerar el aumento de la criminalidad como efecto de la ignorancia, que antes de renunciar á esta opinión común, hube de luchar por largo tiempo conmigo mismo, y más de una vez cerrar los ojos para no ver la evidencia de los hechos. Busqué cuantos sofismas y escapatórias pude para evadir la conclusión que se deducía de sólo comparar las estadísticas de criminalidad. Todo en vano: al fin, me vi precisado á reconocer y confesar que el crimen no es en manera alguna originado por la falta de instrucción.» (M. Allard, *Journal general de l'instruction publique*, 8 Mayo 1847.)

Omitiendo otras autoridades, vengamos al terreno de los números. En los Estados Unidos, el Boletín del censo correspondiente al 6 de Mayo de 1892 arrojaba los siguientes datos:

Número de presos existentes en 1.º de Junio de 1890 en toda la República, 82.329.

Condenados por homicidio, 7.386.

De estos homicidas, sabían leer y escribir el 61,73 por 100; sólo leer, el 4,84 por 100; ignoraban una y otra cosa, 33,43 por 100.

Según Mulhall, en su *Diccionario Estadístico*, pág. 165, en Inglaterra y Gales el 68,6 por 100 de los criminales ha recibido instrucción primaria, y carece de ella el 31,4 por 100. En Irlanda es mayor la proporción de criminales instruídos, pues pertenecen á esta clase el 70 por 100.

El Dr. Leffingwell demuestra, con datos tomados de fuentes oficiales, que en todo el Condado de Mayo (Connaught) el número de nacimientos ilegítimos registrados en el decenio de 1878-88 no pasa de 322. Ahora bien: toda esta región, católica en su inmensa mayoría, es muy pobre, y en punto á instrucción se encuentra muy atrasada. Por el contrario, en el distrito de Ulster, de tantas riquezas y tantas letras, los hijos ilegítimos nacidos en el mismo período fueron 3.084.

La Memoria Oficial de 1862 dice que en los Condados escoce-

ses donde más florece la instrucción, es donde más abundan los nacimientos ilegítimos.

Y añade luego: «En el Condado de Kirkudbright, al S. de Escocia, se halla la instrucción más extendida que en ninguna otra región de Europa: como que el número de analfabetos no pasa del 1 por 100. Y, sin embargo, abundan en él los hijos naturales más que en cualquiera de los 87 departamentos franceses, si exceptuamos á Paris.»

»En la misma Francia, tenemos el departamento de Finistère, de los más atrasados é incultos de la República. Y ¿á qué altura se halla el nivel de la moralidad? En el decenio de 1878-88 registráronse sólo 34 casos de ilegitimidad por cada 1.000 nacimientos; número muy inferior al de cualquiera de los Condados de Inglaterra, Gales ó Escocia.»

Á idéntico resultado vendremos á parar si hojearnos los registros de los Establecimientos penales. Concretémonos primero á los de la ciudad de Nueva York en 1890:

	PRISIONES		
	Sing-Sing.	Auburn.	Clinton.
Número total de presos.	1.553	1.151	804
Número de analfabetos.....	133	126	93
» de instruídos.....	1.420	1.025	711
En escuelas oficiales.....	1.403	545	637
» » privadas.....	17	480	74

El mismo fenómeno que en Nueva York observamos en los demás Estados. Aduciremos dos ejemplos. Y sea el primero el de la prisión de San Quintín, en California:

Total de presos.....	1.393
De ellos eran:	
{ Analfabetos.....	240
{ Instruídos.....	1.152
En escuelas:	
{ públicas.....	945
{ privadas.....	107

Aún son más elocuentes los datos que nos proporciona la Penitenciaría de Philadelphia (Pensylvania):

Año de	Número de presos...	Analfabetos...	Instruídos.	EN ENSEÑANZA		PRIVADA EN ESCUELAS		
				Oficial.	Privada.	Católicas.	De otros cultos.	Mixtas.
Año de 1890.	527	65	469	382	80	13	55	12
» » 1981.	446	43	403	339	64	12	30	22
» » 1892.	474	56	403	361	57	14	24	19

Mr. Vaux, Presidente de la Junta de Directores de la Penitenciaría de Philadelphia, nota en una de sus *Memorias* que los crímenes de educación, ó sea los que suponen cierta instrucción literaria, aumentan progresivamente, y revisten cada día diferentes formas.

La *Memoria* de la misma Penitenciaría, correspondiente al año de 1893, nos ofrece otro irrefragable testimonio. Presenta un cuadro estadístico de los penados que han sufrido condena en dicho establecimiento, desde 1829 á 1893. Los resultados son los siguientes:

Total de penados 17.224

De ellos fueron condenados por crímenes contra la propiedad 13.919, cuyo estado intelectual era:

Sabían leer y escribir.....	10.767
Sabían sólo leer.....	922
Ignoraban una y otra cosa.....	2.230
Condenados por crímenes contra la seguridad personal.....	3.305
De ellos eran analfabetos.....	809
» » sabían sólo leer.....	216
» » » leer y escribir.....	2.280

Se habrá notado en el cuadro correspondiente á la Penitenciaría de Philadelphia, cuán corto es el número de criminales educados en Escuelas católicas. ¡Es una lástima que las *Memorias* de los Establecimientos Penales de los demás Estados no sean tan detalladas como las de Pensylvania! Ellas serían la más elocuente refutación á las calumnias de *Dexter Hawkins*, del senador Juan Jay, de *La Alianza Evangélica* y de los demás enemigos de nuestras Escuelas parroquiales, á las que han dado en llamar «Escuelas del crimen.»

La criminalidad crece en nuestro país, y en proporciones alarmantes. Esto nadie lo puede negar. Pero suponer que la causa de este hecho sea el desarrollo que han obtenido las Escuelas parroquiales católicas, es, á Dios gracias, tan ilógico como absurdo.

¡Ojalá que los protestantes fuesen celosos de la verdadera educación, é imitasen á los católicos en fundar y costear Escuelas donde se diese instrucción religiosa! Entonces se pondría un buen dique á la criminalidad, que se nos está desbordando gracias á la enseñanza atea que se recibe en las Escuelas del Gobierno.

Oigamos cómo se expresa el periódico de Chicago *The Interior*, órgano de la secta presbiteriana.

Dice así en el número correspondiente al 5 de Julio de 1894:

«En una Junta que recientemente han tenido los Directores de los Establecimientos Penales, han convenido todos ellos en que el número de criminales va en aumento. Así lo demuestran las estadísticas. Y aunque no puede sujetarse á una ley fija ese desarrollo progresivo de la criminalidad, el hecho, sin embargo, es cierto y bien patente en toda la extensión de la República. Tal estado de cosas no puede menos de contristar á todo hombre que se precie de cristiano y patriota.»

Pregúntase luego á sí mismo:

«En nuestro sistema de enseñanza, ¿se atiende como se debiera á la educación moral de la juventud?»

Y prosigue diciendo:

«El maestro que descuida la educación moral de sus alumnos se hace reo de gravísimo crimen, no sólo para con sus encomendados, sino también para con la sociedad. Los grandes criminales de hoy día no salen de las clases incultas y semibárbaras; son personas instruidas, y algunos de ellos poseen con suma perfección la caligrafía y varios otros conocimientos de adorno, como lo atestiguan, sin ir más lejos, los frecuentes casos de falsificación que se registran. Cuando las facultades morales del hombre yacen atrofiadas, la ilustración del entendimiento viene á ser un arma peligrosísima. Y, sin embargo, las corrientes de nuestro siglo, de tal manera se dirigen hacia la prosperidad y grandeza material, que la cultura moral ha quedado poco menos que en olvido.»

Muy bien dice el órgano de los presbiterianos: y puesto que los protestantes tanto alardean de ser patriotas y de mantener en su puridad la doctrina de Jesucristo, debieran dar pruebas de ello

combatiendo en su origen una de las principales causas de disolución política, no menos que religiosa, cual es la instrucción atea de la juventud en las Escuelas laicas. ¿Qué puede resultar de tal sistema educativo? Una generación de *escépticos, materialistas y ateos*; de bachilleres presumidos, que con cínico descaro se burlan de Dios, de la inmortalidad y de la conciencia: unos hombres, en fin, sin corazón y sin creencias; la mayor plaga que puede sobrevenir á la sociedad que los cria en su seno.

Afortunadamente, parece que los presbiterianos van abriendo los ojos y empiezan ya á ver las terribles consecuencias que se siguen de la educación laica. Así lo reconoce el Rev. Mr. Williams, y con él otros escritores de mucha nota. Como dice Allison, es una triste verdad, pero verdad innegable, que según va extendiéndose la instrucción popular, va también creciendo el vicio. No sólo aumenta el número de crímenes, sino que hasta su carácter va haciéndose más odioso y repugnante. Los homicidios premeditados y á sangre fría por una mezquina ganancia ó por un simple placer; los infanticidios, abortos, suicidios, falsificación de documentos, desfalcos, etc., etc., y, lo que es efecto de todo esto, la locura, han perdido el horror con que antes se les miraba, y pasan ya casi como cosa corriente y ordinaria (1).

¿Qué consecuencia se deduce de los hechos precedentes? ¿Se podrá inferir que la educación es mala en sí misma? De ninguna manera. Lo que sí se desprende, y nosotros lo llevamos dicho en otra parte, es que la falta aún total de instrucción en alguno de los ciudadanos no es peligro tan formidable para la paz y bienestar de la sociedad, como vulgarmente se suele decir. Lo segundo que se deduce es que la educación moderna tiene un gravísimo vicio.

¿Cuál es? Ciego debe de ser quien no lo vea. Esta marcha de la

(1) En confirmación de esto, véanse los datos que nos suministra una nota presentada por el abate Garnier al Ministerio de Justicia de Francia. ®

Dice así:

«Hace medio siglo había en nuestra Nación 70.000 criminales; hoy llegan á 247.000. Hace dos años se dieron 39.000 casos de locura; el año actual se han dado 71.000. Entonces se registraron 4.500 suicidios; últimamente ha subido esta cifra á 9.000. (*Univers*, 12 de Marzo de 1892.)

criminalidad, paralela á la difusión de la moderna cultura popular, débese á que en nuestras escuelas se forma sólo el entendimiento, dejando intacto el corazón con todos sus resabios y malas inclinaciones.

Tal sistema educativo, tan del agrado de protestantes y liberales, desconoce los más fundamentales principios, aun de la cultura puramente intelectual; como quiera que sin acudir á la religión no puede formarse idea clara y satisfactoria de lo que se entiende por derecho, por libertad, por justicia y caridad, y otras nociones análogas. Redúcese la moderna enseñanza á cargar la mente del alumno con un farrago de nociones científicas y teorías descarnadas más ó menos poéticas y pintorescas.

La religión se ha relegado al olvido como un ramo perfectamente innecesario en la vida de los ciudadanos. En justo castigo de este pecado cometido por los Gobiernos protestantes y liberales, ha aparecido esa horrible plaga de la criminalidad (1), y esos atentados contra el orden y existencia de la misma sociedad.

¡Quitemos á Dios de la mente del pueblo! Tal es el grito de guerra lanzado por los modernos protestantes y librepensadores, y mil veces repetido por el órgano de sus periódicos, clubs y asociaciones. ¿Y cuál ha sido la respuesta de los pueblos? Los pueblos han contestado con el estampido de las bombas de dinamita matando á los legisladores y jefes de Gobierno que les robaron la fe de sus almas (2).

(1) Para convencerse de la poderosa influencia que la enseñanza laica ejerce en los jóvenes, basta observar lo que está pasando en la vecina República francesa. De 1.000 á 1.200 niños ingresan anualmente en las casas de corrección. Según datos recogidos por el Tribunal del Sena respecto á la educación de los niños detenidos en aquel departamento, de cada 100 sólo 11 habían sido educados en escuelas religiosas, y los 89 restantes en laicas.

En París sólo 2 por 100 recibieron educación cristiana. En una nota presentada por el Dr. Garnier, sobre la criminalidad en París, se ve también cuáles son los resultados de la persecución sistemática dirigida contra la enseñanza de los religiosos. En 1888 hubo 20 asesinatos cometidos por jóvenes; en 1890, 45; en 1893, 85; en 1898, 120, y en 1900, 140. ¿Adónde vamos á parar con este género de progreso?

(2) Los asesinatos de Emperadores, Reyes y Presidentes de República cometidos en el siglo XIX llegan á 17, de los que 14 han teni-

Vienen aquí muy á propósito unas palabras de D. Lyman Abbot en el periódico *Christian Union* (Noviembre 22 de 1888): «No basta enseñar lectura, escritura y aritmética. No basta perfeccionar el entendimiento si proporcionalmente no se perfecciona también al hombre moral. Es una pura verdad cien veces repetida que un pícaro con letras es mucho más pernicioso que otro de igual ó superior malicia sin ellas... No por saber elaborar la dinamita es uno más útil á la sociedad, si al mismo tiempo no sabe respetar la propiedad ajena y desconoce los derechos de aquellos con quienes vive. El arte de bien decir, si no va acompañado de una honradez á toda prueba, suele producir ese tipo de la moderna civilización llamado demagogo.»

No queremos extendernos en esta materia, porque aun los más autorizados de los protestantes confiesan ya sin rodeos que la educación laica es el más grave peligro que amenaza al mundo actual. Las naciones han padecido un error funestísimo al emancipar la política y el orden social de la amorosa tutela de la religión.

¿Y á quién es debido que los Gobiernos hayan tomado esta fatal resolución, causa necesaria de un tremendo cataclismo que más tarde ó más temprano ha de conmover la sociedad? ¿A quién sino á los protestantes, liberales y otros sectarios anticristianos, propaladores de las disolventes doctrinas que por todas partes se han extendido, contagiándolo todo con su virus deletéreo?

do lugar en la última mitad del siglo. También el siglo XX promete ser abnante en este género de acontecimientos; como que ya en su primer año ha registrado la muerte del Presidente de los Estados Unidos, Mr. Mac-Kinley.

CAPÍTULO XXI

Los italianos, españoles y franceses son justamente alabados por su moderación en la bebida. Un escritor protestante, Mister Scott, dice lo siguiente acerca de los españoles: «En España se mira á un borracho con horror y mareado desprecio. Hay pocos pueblos donde los excesos del alcoholismo sean tan raros como en la Península.» (*Through Spain*, 1886.)

El corresponsal del *Daily News*, de Londres, escribía á su periódico el 1.º de Septiembre de 1873, relatando algunos acontecimientos de la guerra que entonces ardía entre los partidarios de Carlos VII y los de la República. Después de otros elogios que tributa á los voluntarios legitimistas, dice sobre su sobriedad: «No he visto una reunión de hombres ni más alegre ni más morigerada. Ni un solo caso de embriaguez he presenciado, y eso que la victoria de Diecastillo y la toma de Estella parecía ocasión propicia para que á los mozos se les calentaran un poco los cascos.»

Ya que hemos visto lo que pasa en uno de los países más católicos, veamos si sucede otro tanto en la nación que, sin disputa, es la más protestante de la tierra.

En Octubre de 1875 escribía una revista inglesa: «Cálculase que pasan anualmente de 600.000 las muertes ocasionadas en Inglaterra por excesos en la bebida. No baja de 60.000 el número de borrachos habituales que de ordinario alborotan las calles de Inglaterra y Escocia, excitando escándalos y pependencias, que frecuentemente terminan en asesinatos y suicidios.» (*Quarterly Review*, págs. 415-418.)

La *Saturday Review* (20 de Abril de 1861) decía: «Si Escocia es, entre todas las naciones del mundo, la más calvinista y don-

de mejor se observan las fiestas, es también donde el populacho está más entregado al vicio de la embriaguez.»

Quien quiera ver algunos documentos oficiales relativos á esta materia, vaya á la *Quarterly Review*, Abril 1861, págs. 432-463.

Mr. Lester, en su obra *Gloria é ignominia de Inglaterra*, se expresa en los siguientes términos: «Según cálculos fundados en los libros de las Sociedades de Seguros de vida y en los registros oficiales, por cada 19 defunciones de adultos entre los treinta y sesenta años de edad hay una originada por el alcoholismo. ¿Qué tiene que ver la mortandad de la guerra de Crimea con el sinnúmero de vidas que ha devorado este innoble vicio? Y es de notar que los estragos son proporcionalmente mayores entre las clases educadas.» (Vol. II, edic. 1876, pág. 411.)

Tocante al estado moral de la ciudad de Londres, publicó el periódico neoyorquino *Sun*, en su número del 13 Noviembre 1892 un interesante artículo, del cual voy á extractar algunos párrafos:

«La degradación de la mujer es en Londres más ordinaria que en cualquier otra ciudad del mundo. En ninguna parte, si no es en Londres, está el vicio de la embriaguez tan generalizado entre las mujeres como entre los hombres; en ninguna parte la maldad campea tan libremente, ni la vida de familia es tan escasa y desabrida; en ninguna parte la pobreza es más pobre ni el vicio más vicioso. Por fin, Londres ha sabido con horror que las tabernas y cafés estaban siempre atestados de mujeres; que entre los borrachos que se encontraban por las calles, figuraban en mayor número las mujeres; que los más de los condenados en las cortes de policía por excesos de alcoholismo, eran también mujeres. Tales hechos eran bien notorios y patentes; nadie, sin embargo, reparaba en ellos, hasta que el *Daily Telegraph* empezó á llamar la atención sobre este punto con una serie de caricaturas intituladas «La vergüenza nacional», que levantaron ampollas en la encallecida conciencia pública. Todos convienen en que este feo vicio, baldón de la mujer inglesa, era casi desconocido hasta hace muy poco. Hará veinte ó veinticinco años, los casos de embriaguez entre las inglesas eran tan raros, como lo son actualmente entre las americanas... (1). Casi todas las licorerías y esta-

(1) No parece que fueran tan raros, pues ya en 1848 fueron recogidas en las calles de Londres 16.451 personas completamente borrachas, de las que eran mujeres 7.264. (Leixner, *Nuestro Siglo*.)

blecimientos de bebidas de Londres tienen su departamento especial, donde se juntan las mujeres, por más que no esté exclusivamente destinado para ellas, ni la separación de sexos sea siempre absoluta. Allí se sirven con preferencia licores. La bebida de moda es la ginebra. Sólo ella ha causado más estragos en la mujer inglesa que el whiskey en toda la América... Las mujeres arrestadas en Londres el último año por desórdenes cometidos en estado de embriaguez, ascienden á 8.373. Tal cifra quizá no parezca grande para una ciudad de más de 5.000.000 de almas. Así suelen hablar equivocadamente algunos que felicitan á la capital de Inglaterra por estar en ella el nivel de la moralidad más alto que en Glasgow, donde, con una población muchísimo menor, se arrestan anualmente 10.500 mujeres alcohólicas. Pero debe tenerse en cuenta que el reglamento de policía de Glasgow manda apresar á toda mujer á quien públicamente se la encuentre en estado de embriaguez. Tal causa no es suficiente en Londres para que la autoridad detenga á ningún ciudadano. Las leyes municipales exigen para ello algo más.

»El espectáculo de una mujer borracha, que tan rara vez se presencia en las calles de Nueva York, se ve en Londres á cada paso. El tipo de estas infelices es característico: visten ordinariamente de negro; sus blancas y huesosas manos sostienen un pañolón obscuro, con que se ciñen el cuerpo; en su pálido rostro, surcado de arrugas prematuras y á trechos salpicado de manchas amoratadas, se retrata la bajeza del vicio y el embrutecimiento de las facultades del alma. En sus bolsillos no tiene un céntimo; no por eso pedirá nada á los transeuntes. Tal crimen recibiría inmediatamente su castigo, como un atentado contra la bolsa de un inglés. Parada en las aceras de la calle y recostada contra una pared, vésele esperar pacientemente una hora y otra hora. Y ¿á qué tanto esperar? Aguarda á que pase por allí alguna amiga de su misma catadura, pero más rica, que la convida á gastar en la taberna los últimos cuartos que aún le restan, comprando así un falso placer, que forma la menguada felicidad de su mísera vida...

»También va haciéndose de moda que las señoritas y las señoras, después de las comidas, vayan á los fumadores, donde fuman cigarros y beben licores, como pudiera hacerlo el más barbudo caballero.» (*Vice in modern London*, H. R. C.)

El cuadro siguiente está tomado del *Diccionario* de Mulhall (artículo «Disease.»)

De cada 10.000 defunciones, son causadas por el alcoholismo:

PAÍSES CATÓLICOS		PAÍSES PROTESTANTES	
En Italia.....	1	En Inglaterra.....	21
» Génova.....	5	» Londres.....	12
» Turín.....	5	» Edimburgo.....	10
» Dublín.....	10	» Amsterdam.....	5
» Viena.....	20	» Berlín.....	13
» Bruselas.....	40	» Basilea.....	20
		» Breslau.....	20
		» Berna.....	35
		» Copenhague.....	70
		Ducado de Oldenburgo.....	87
		» » Kiel.....	90
		» » Stokolmo.....	90
		» » Nueva York (1).....	75

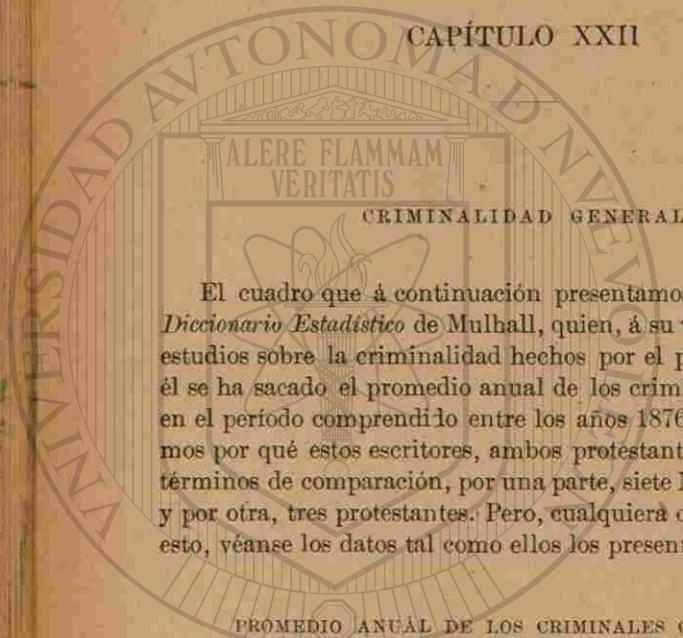
¿Qué medios ha tomado hasta ahora el Protestantismo para contrarrestar el innoble y degradante vicio de la embriaguez? ¿Puede acaso mostrarnos una figura tan simpática y benemérita como la del justamente celebrado P. Teobaldo Mathew, llamado con razón el «Apóstol de la Templanza,» por las Sociedades que fundó para la defensa y propagación de esta virtud? Cuando el Clero y el Episcopado protestante influyan en la reforma de los vicios sociales con la eficacia con que han influido el Clero y Episcopado católicos, entonces se podría creer en la misión civilizadora que prometió al mundo la Reforma del siglo XVI (2).

(1) Según cálculos aproximados, en los Estados Unidos ha producido este vicio, en el período de diez años, 300.000 defunciones, 200.000 viudas, 10.000 suicidios y 1.000.000 de huérfanos.

(2) Á título de curiosidad, y como nota aclaratoria de este capítulo, añadimos á continuación el consumo de bebidas alcohólicas que hubo en los principales pueblos europeos en 1897, tomándolo del *Almanaque* de Bailly-Bailliére, correspondiente al año de 1898:

PUEBLOS PROTESTANTES	Consumo por individuo.	PUEBLOS CATÓLICOS	Consumo por individuo.®
Alemania.....	8,25 litros.	Francia.....	4,08 litros.
Inglaterra.....	2,50 "	Austria.....	3,50 "
Suecia.....	4,15 "	Italia.....	1 "
Holanda.....	4,58 "	España.....	2 "
Dinamarca.....	8,85 "	Portugal.....	2,10 "
		Bélgica.....	4,50 "

CAPÍTULO XXII



CRIMINALIDAD GENERAL

El cuadro que á continuación presentamos está tomado del *Diccionario Estadístico* de Mulhall, quien, á su vez, lo copia de los estudios sobre la criminalidad hechos por el profesor Bodio. En él se ha sacado el promedio anual de los criminales condenados en el período comprendido entre los años 1876-1884. No acertamos por qué estos escritores, ambos protestantes, tomaron como términos de comparación, por una parte, siete Naciones católicas, y por otra, tres protestantes. Pero, cualquiera que sea la razón de esto, véanse los datos tal como ellos los presentan:

PROMEDIO ANUAL DE LOS CRIMINALES CONDENADOS DESDE 1876-1884

PAÍSES CATÓLICOS	Por homicidio	Por lesiones.	Por robos.	Por otros delitos.	TOTAL
Italia.....	2.720	44.220	47.220	1.160	95.320
Francia.....	582	23.910	41.830	3.880	70.202
Austria.....	540	51.160	15.054	2.060	68.814
España.....	1.265	7.180	9.920	172	18.537
Hungría.....	1.180	5.265	10.270	1.210	17.925
Bélgica.....	80	9.710	6.110	764	16.664
Irlanda.....	54	324	3.410	44	3.832
<i>Suma total..</i>	6.421	141.769	123.814	9.290	291.294

PAÍSES PROTESTANTES	Por homicidio.	Por lesiones.	Por robos.	Por otros delitos.	TOTAL
Alemania.....	505	57.420	102.260	6.364	166.549
Inglaterra.....	148	696	43.100	432	44.376
Escocia.....	19	434	10.020	53	10.526
<i>Suma total..</i>	672	58.550	155.480	6.849	221.451

Conviene hacer algunas advertencias acerca del cuadro precedente.

Es la primera, que el capítulo de los robos correspondiente á Austria, aparece vacío en la obra del profesor Bodio. Nosotros hemos llenado ese hueco, tomando de otras estadísticas la cifra de 15.054.

La segunda es, que aunque Bodio asigna al Reino de Hungría 10.227 delitos por robos, los documentos oficiales, sin embargo, sólo señalan 4.905. Dígase otro tanto de los homicidios. Según datos oficiales, son únicamente 190, cuando, en la obra á que venimos refiriéndonos, aparece, sin duda por error tipográfico, la crecida suma de 1.180.

Pero concedamos gratuitamente que sea como quiere Bodio: aun poniéndonos en el caso peor, resulta la criminalidad de los católicos mucho menor que la de los protestantes. Véase, en efecto, el número de criminales condenados anualmente por cada millón de habitantes. Tomámoslo también de Bodio:

Católicos.	Criminales por millón de habitantes.	Protestantes.	Criminales por millón de habitantes.
Italia.....	3.338	Alemania...	3.677
Francia.....	1.862	Inglaterra...	1.715
Austria (corregida).....	3.107	Escocia.....	2.815
España.....	1.117		
Hungría.....	1.019		
Bélgica.....	3.020		
Irlanda.....	744		
<i>Total.....</i>	14.277	<i>Total....</i>	8.207
<i>Criminalidad media.....</i>	2.029	<i>Criminalidad media....</i>	2.735

El profesor Bodio no nos dice cuál sea el número de habitantes de los diversos países que compara. Nosotros vamos á darles la población que tenían en 1881.

En tal caso, los siete Estados católicos sumarian un total de 131.498.000, mientras que los tres protestantes tendrían 75.077.000. Representándolo con números, resulta:

	Población.	Promedio total de criminales por año.	Criminalidad media de cada Estado.
Los 7 Estados católicos	131.498.000	291.294	41.613
Los 3 Estados prots....	75.077.000	221.451	73.813

Cierto que hasta aquí nada aparece de que deban avergonzarse los católicos. Porque si entre ellos fuera la misma la razón de la criminalidad, podría formarse una proporción del modo siguiente: Si 75.000.000 de protestantes dan anualmente 221.000 criminales, 131.000.000 de católicos habrán de dar 386.000. ¡Pero en realidad sólo dan 291.000!

Se dirá tal vez con Mulhall que las cifras asignadas por Bodio á Inglaterra, Escocia é Irlanda son exageradas; como que casi por el mismo tiempo, en el periodo de 1890 á 1889, el promedio de la criminalidad anual era en Inglaterra 10.800, en Escocia 1.907, y en Irlanda 1.760

Respondemos, en primer lugar, que, aun concedida la verdad de estos datos, todavía resulta mayor la criminalidad protestante. En segundo lugar, las tales cifras evidentemente no contienen todos los crímenes de que Bodio se hace cargo en sus estadísticas. Prueba de ello es que el mismo Mulhall, copiando los datos oficiales correspondientes á los años 1880 y 1887, les da una criminalidad mucho mayor. Véanse si no las sentencias condenatorias dadas en 1887; especificadas todas ellas, según se hallan en los documentos oficiales. (Tráelas Mulhall, pág. 164.)

CRÍMENES Y FALTAS CASTIGADOS CON PENA DE MUERTE, DE SERVIDUMBRE PENAL Ó DE PRISIÓN, EN 1887

INGLATERRA

Ase-inatos.....	163
Lesiones con arma blanca ó de fuego.....	970
Robos.....	3.850
Violaciones á mujeres.....	878
Estafas.....	47.223
Injurias.....	75.873
Otros delitos.....	34.400
<i>Total</i>	<u>163.359</u>

ESCOCIA

Ase-inatos.....	23
Robos.....	948
Estafas.....	11.119
Injurias y otros delitos.....	61.560
<i>Total</i>	<u>73.650</u>

IRLANDA

Ase-inatos.....	51
Lesiones con arma blanca ó de fuego.....	171
Robos.....	135
Injurias.....	856
Otras faltas.....	33.165
<i>Total</i>	<u>34.978</u>

Veamos ahora otro cuadro comparativo correspondiente al año de 1886, tomándolo también de Mulhall. Representase la mayor ó menor frecuencia de algunos crímenes entre un cierto número de católicos, y otros, poco más ó menos, igual de protestantes. En dicho año

Inglaterra y Alemania juntas sumaban.....	71.343.000 habitantes.
Italia, Austria, Hungría é Irlanda.....	71.042.000 »

Los homicidios y robos cometidos fueron:

	Asesinatos.	Robos.
Inglaterra.....	163	47.223
Alemania.....	298	88.816
<i>Suma</i>	<u>461</u>	<u>136.039</u>
Italia.....	2.720	47.220
Austria.....	274	15.054
Hungría.....	190	4.905
Irlanda.....	51	3.410
<i>Suma</i>	<u>3.235</u>	<u>70.589</u>

El asesinato es el único crimen que abunda más en los países católicos. Sobre este particular haremos algunas observaciones.

La primera, que el número de 1.180 asesinatos que Bodio atribuye á Hungría, no es exacto, como dijimos más arriba. Los húngaros no matan por miles. Eso queda para los italianos, españoles y norteamericanos.

Lo segundo que se debe notar, es que en algunos países incluyen entre los asesinatos á los infanticidios, y en otros no.

Así se incluyen en Italia, donde, según Mulhall, es asesinato «todo caso de homicidio criminal.» Esto explica en parte el número crecidísimo de asesinos que las estadísticas dan á Italia y España y el relativamente pequeño que se atribuye á las naciones protestantes, donde el matar á una criatura no pasa por asesinato; ó si la ley lo condena como tal, se ocultan á las pesquisas de la autoridad semejantes hechos.

En los Estados Unidos, por desgracia, son los asesinatos harto frecuentes. El periódico de Chicago *The Tribune*, en una serie de artículos consagrados á esta materia, hace subir á 6.791 el número de asesinatos y homicidios cometidos en 1892. Según Mulhall, en el período comprendido entre 1884 y 1889 registráronse en nuestra República 14.770 asesinatos, que por término medio salen á 2.461 por año. La frecuencia de este crimen ha ido aumentando sucesivamente. El superintendente del Censo, de 1892, escribía en un boletín sobre el homicidio, que vió la luz pública en 1892: «De los 82.329 prisioneros existentes en los Estados Unidos el 1.º de Junio de 1890, 7.386 eran reos de homicidio.» Y más abajo añade: «En el censo de 1880 no eran sino 4.608 los condenados por este crimen.»

Por último, téngase presente que, para juzgar de la moralidad relativa de las naciones, se debe atender sobre todo, como dicen cuantos tratan de estas materias, á los crímenes perpetrados con toda deliberación y cálculo, más bien que á los cometidos en un momento de arrebato y de violenta provocación.

Los crímenes cometidos á sangre fría, tales como los robos, estafas, las falsificaciones, los perjurios, violaciones de mujeres y corrupción de menores, los infanticidios, feticidios y suicidios, son los que encierran especial importancia para declarar la moralidad de los pueblos. Y ¿quién, después de vistas las estadísticas que preceden, puede dudar de que los delitos de esta clase sean más ordinarios entre los protestantes que entre los católicos?

En cambio, los asesinatos y lesiones son las más de las veces efecto de un momento de ciega pasión; por eso abundan tanto en

los pueblos de carácter ardiente y exaltado, tales como el italiano ó español.

El aumento de los delitos contra la propiedad indica infaliblemente un descenso correspondiente en el nivel de la moralidad pública. Pues bien: la revista anglicana *The Church and the World* (1867, pág. 388) tomaba del *Diario de la Sociedad Estadística* (1864-1865) los siguientes datos, relativos á los delitos contra la propiedad:

PROTESTANTES

Inglaterra y Gales, un criminal por cada 190 de población.
Sajonia y Suecia, casi lo mismo.
Escocia, algo peor que Inglaterra.

CATÓLICOS

Irlanda, 29 por 100 menos que Inglaterra.
España, un criminal por cada 10.000 de población.
Bélgica, un criminal por cada 1.700 de población.

Luego, particularizando lo que sucede en las principales ciudades inglesas, añade: «El año de 1864 cometieronse en Birmingham 1.576 robos, y 178 personas fueron condenadas por usar pesos y medidas falsas. De modo que resulta un ladrón por cada 169 vecinos, ó sea uno por cada 85 adultos. En Manchester se han registrado 7.242 delitos contra la propiedad: cuantos no se han cometido en toda España ni en toda Rusia. Viene, pues, á resultar un delincuente por cada 46 habitantes, ó sea uno por cada 23 adultos. En Liverpool ha habido 5.933 delitos de esta clase, ó sea un delincuente por cada 70 individuos ó 30 adultos. Podríamos alargar esta lista indefinidamente. En la capital del reino, el estado de las cosas es aún, si cabe, peor. Baste decir que sólo en el distrito Sur de Londres han sido castigados 800 comerciantes que usaban pesas falsas. El mismo delito se ha descubierto en 127 comerciantes de Islington. Lo cual no es sino una muestra de lo que está pasando en el resto del reino, tanto en lo que toca á las medidas, como á la adulteración de los alimentos. Tales descubrimientos revelan una degradación moral lamentable. Según las últimas estadísticas de Inglaterra y Gales, por cada 190 habitantes hay uno cogido en flagrante delito de robo. Proporción casi igual á la que se observa en Sajonia y Suecia.»

Añade á continuación estas palabras, muy significativas en boca de un protestante:

«Es una coincidencia digna de seria reflexión que los atentados contra la propiedad son muchísimo más raros en aquellos países donde la confesión está admitida como una práctica esencial de la religión.»

De la moralidad de Suecia, nos ofrece Mr. Laing el siguiente testimonio:

«Es una cosa que descorazona ver que en un pueblo tan ilustrado como el sueco sea la criminalidad, proporcionalmente al número de sus habitantes, muchísimo mayor que en Inglaterra, Escocia é Irlanda. El número de hijos ilegítimos y el de divorcios es en Suecia más crecido, sin comparación.» (*Notes of a Traveller*, cap. VIII, edic. 1854.)

Después, alegando documentos oficiales, dice que «los asesinatos, estupro, robos y otros actos criminales son allí proporcionalmente más ordinarios que entre el populacho más soez é inculto de nuestras grandes ciudades.» Y en otra parte escribe:

«En 1837 fueron acusadas 26.275 personas, de las cuales se condenó á 21.262; es decir, que el uno con catorce centésimas por ciento de población fuesen acusados, y el uno por 140 condenados. En 1836 el número de los condenados judicialmente fué mayor, pues resultaba uno por 134.» (*A tour in Sweden*, 1838.)

El lector tiene ya suficientes datos, y, por tanto, puede juzgar con conocimiento de causa sobre la decantada moralidad de los países protestantes, que pretende pasar por superior á la de los católicos.

CAPÍTULO XXIII

INFANTICIDIO Y FETICIDIO

Entramos en el examen de dos crímenes más enormes y nefandos que muchos asesinatos de adultos, por la deliberación y sangre fría con que de ordinario se cometen. Sobre los infanticidios y feticidios, pocas noticias se encuentran en las reseñas estadísticas; ¿quién, sin embargo, ignora que desgraciadamente se perpetrán con harta frecuencia? En los pueblos católicos, si se registran algunos casos de este género, son muy contados, y comparativamente muchos menos que entre los protestantes. ¡A buen seguro que si los implacables detractores del Catolicismo tuvieran apariencia siquiera sobre qué fundar una acusación, para estas fechas la hubieran esparcido á los cuatro vientos! Nadie, sin embargo, lo ha hecho hasta ahora.

Dice Mulhall que en Francia ha ido creciendo el infanticidio desde 120 casos anuales que se registran en 1830, hasta 296 registrados en 1880. Por lo que hace á Inglaterra, encuéntrase algunos datos de mucho interés en la obra de Kay (*Social condition of the English People*.)

Dice, y lo prueba con hechos, que en 1850 era costumbre muy extendida entre los pobres de las ciudades inscribir sus hijos en una cierta sociedad llamada allí «Club burial,» Club de entierro (1), encargado de indemnizar con un tanto la muerte de cualquiera de sus socios.

(1) A fin de entender la naturaleza de estas sociedades de entierro, véase cómo las describe el Sr. D. José Ignacio Eleizalde en su obra *El Catolicismo en presencia de sus disidentes*. «Existen en Inglaterra los que se llaman «Clubs de entierro.» Cada individuo que paga un penique por semana, tiene derecho para cobrar cierta cantidad destinada para el funeral del asociado. Apenas nace una criatura,

Esto nada tiene de particular; pero si lo tiene, y casi raya en lo increíble, el que hubiera padres que, por obtener una pequeña paga, procurasen la muerte á sus hijos por medio del hambre, de malos tratamientos, y aun de venenos. Cita muchos casos, y algunos horribles, á los cuales estaba la gente tan acostumbrada, que á nadie impresionaban. De la ciudad de Manchester dice lo siguiente:

«El 60 ó 68 por 100 de las defunciones son de niños menores de cinco años. Padre hubo que tenía á su hijo inscrito en 19 de estas sociedades... Una de ellas se preciaba de contar 34.100 socios, cuando toda la ciudad no tenía arriba de 36.000 almas.»

En el medio siglo transcurrido desde que Kay escribía, la civilización de Inglaterra no ha cambiado sino es de malo en peor.

Oigamos el testimonio de un escritor reciente, el General Booth: «Cuando de labios de un juez tan autorizado como mister Wills oímos que un gran número de padres matan á sus hijos no más que por obtener la mezquina ganancia que les da una casa de seguros, entonces es cuando nos formamos alguna idea de los horrores que envuelve la vida que al nacer reciben muchos hijos de este país tan privilegiado.» (*In Darkest England and the Way Out*, pág. 61.) Quien quisiere conocer más á fondo á qué extremos de perversidad ha llegado la clase pobre de este reino tan privilegiado, lea la citada obra del General Booth, y el interesante opúsculo intitulado *The Bitter Cry of Outcast London*.

Son muy oportunas las reflexiones con que termina Kay el capítulo de su obra, destinado á referir horribles crímenes de infanticidio. Dice entre otras cosas:

«Los hechos aquí referidos son desgraciadamente muy verdaderos. No puede ponerse en duda que muchísimas familias pobres de Inglaterra están sumidas en un abismo espantoso de miseria, degradación moral y desesperación. De ahí el que haya madres que pasando por encima de los sentimientos más naturales

cuando su madre hace inscribir su nombre en uno ó muchos clubs; continúa pagando durante el tiempo suficiente para percibir una cantidad considerable, y cuando éste ha pasado, el niño aparece muerto por efecto de algún accidente violento.

«La policía es casi siempre incapaz de averiguar el crimen, verdadera causa de tales muertes, por fundadas que sean las conjeturas.» (*Eizaguirre*, cap. XIII.)

en el corazón, impelidas por la codicia de un mezquino lucro, maten á los que son fruto de sus entrañas con la misma insensibilidad con que se degüella á un cordero.»

Un clérigo protestante, el canónigo Humble, escribió en la revista *The Church and the World* un largo artículo que se intitulaba *El infanticidio, sus causas y su remedio*. De dicho artículo tomamos los siguientes párrafos:

«Frecuentemente se encuentran en ciertas calles unos envoltorios especiales, que los transeuntes, concedores de su contenido, tienen buen cuidado de no tocar siquiera. Desatado el bulto, hállase el cadáver de algún recién nacido con un emplastro de pez en la boca ó con una soga á la garganta. También el Canal metropolitano se torna á veces casi innavegable por el gran número de niños allí arrojados, en los que tropiezan y encallan las lanchas. Según el Dr. Lankester, existen en Londres 12.000 mujeres culpables del crimen de infanticidio. Es decir, la trigésima parte de las madres son parricidas.»

No carece de gracia uno de los remedios que el articulista señala para combatir y extirpar el horrible crimen del infanticidio. No se olvide que quien escribe es un ministro protestante.

«La irreprochable conducta que en este punto observan los irlandeses, es efecto en gran parte de la práctica católica de la confesión; así como á la falta de este rito sacramental se atribuye la rotura de costumbres existente en Escocia.

«Ni se crea que tan sólo los hijos ilegítimos sean las víctimas de la inhumanidad de padres desnaturalizados: igual suerte está reservada á muchos nacidos de legítimo matrimonio. Según datos publicados en 1875 por el Registrador general, la relación entre los nacimientos y las defunciones de los niños era de 205 por 1.000 entre los hijos legítimos, y de 418 por 1.000 entre los ilegítimos. La proporción en 12 distritos rurales era de 97 para los legítimos, y de 293 para los ilegítimos.» (*Illegitimacy*, por el doctor A. Leffingwell, pág. 70.)

La sexta Memoria anual del Registrador general Sir Jorge Graham dice lo siguiente (pág. 38): «Si la mortandad entre los bastardos no fuera tan grande, la décimaquinta parte de Inglaterra sería de nacimiento ilegal.

»En el trienio de 1873-75 las defunciones fueron de 149 á 154 por 1.000 entre los legítimos, y entre los ilegítimos, de 277 á 293 por 1.000.»

«Durante una larga serie de años se ha observado en Dinamarca que la mortandad entre los hijos bastardos era el doble que entre los nacidos de legítimo matrimonio.» (Dr. Sorensen, *Infant Mortality in Denmark*, págs. 70, 71, 75.)

El Rev. Waugh, en unos artículos que vieron la luz pública en la *Contemporary Review* (Mayo y Julio de 1890) afirma que más de mil niños serán asesinados anualmente en Inglaterra, por obtener el capital en que están sus vidas aseguradas.

Dirijamos ya la vista á los países católicos, donde ciertamente no presenciaremos con tanta frecuencia el horroroso espectáculo de que en los países protestantes hemos sido testigos. La moral católica, conservada en su estricto vigor gracias á la frecuente práctica de la confesión sacramental; las leyes civiles, más rigurosas en esta parte, y hasta el sentido común de los católicos, ante el cual el infanticidio no es menos abominable que el asesinato de un adulto; todas estas causas son otras tantas barreras que debe pasar el pueblo católico antes de entregarse á tan detestable crimen. Es bien notoria la falta de estos poderosos reparos entre los protestantes. Las autoridades civiles hacen la vista gorda en la generalidad de los casos. ¡Cuán rara vez se oye en los Estados Unidos que alguien haya sido condenado por infanticidio!

El canónigo Humble, á quien citaba hace poco, para explicar cuál es el concepto en que es tenido este delito por el público inglés, dice: «Aun aquellos magistrados que, llenos de santa indignación, no paran hasta castigar al asesino de cualquier adulto, cuando se trata de un infanticidio, lo más que harán será desaprobarlo, ó, cuando mucho, imponer una leve pena.»

Si en las estadísticas de criminalidad fueran á figurar los infanticidas entre los asesinos, ¡cuán malparado habia de salir el honor de Inglaterra, de los Estados Unidos y de otros países protestantes!

¿Quién lo dijera? Aun el mismo canónigo Humble, á pesar de su noble celo contra un abuso criminal que deshonor á su patria, contentase con que el Código penal califique de *segunda clase* á la muerte violenta de un niño de siete años para abajo. La razón que da para esta bárbara propuesta vale un Perú, y revela una vez más cuán estragado se halla el sentido moral en la Iglesia reformada. Dice que, siendo Inglaterra un pueblo eminentemente comercial y que vive del negocio, debe valuar las vidas de sus súbditos conforme á las utilidades que puedan prestar.

Y como la vida de cualquier adulto produce algo estimable, y la de un niño relativamente nada, de ahí el que sea un crimen mayor la muerte del primero que la del segundo. ¿Qué decir de semejante manera de pensar? ¡Qué consecuencias tan terribles como lógicas podrían inferirse de tales premisas!

Cuando en los pueblos católicos se ve una familia en tal extremo de miseria que no puede proveer á la sustentación de su pequeñuelo, ó cuando una mujer deshonrada quiere ocultar la prueba de su delito, no acuden al inicuo medio de ahogar, envenenar ó sumergir en un río á la infeliz criatura, sino que la depositan en la Casa-cuna ú orfanotrofio, gloriosas instituciones de la caridad cristiana, que en los países protestantes son casi tan desconocidas como ordinarias en las ciudades populosas del Catolicismo.

Una de las causas que, á mi juicio, más han contribuido á generalizar el infanticidio, es la opinión admitida entre los protestantes de que la pobreza ó la bastardía son en sí mismas un crimen, y que, por lo tanto, constituyen criminales á los que tal patrimonio heredan. Así que el niño nacido de padres fornicarios, ó si se quiere legítimos, pero pobres, en ambos casos es un criminal que no tiene derecho alguno á la vida.

FETICIDIOS

Este es otro delito no tan generalizado, á Dios gracias, en los pueblos católicos. Las doctrinas de la Iglesia romana, los Cánones de sus Concilios, la creencia unánime de sus teólogos y moralistas, han proclamado en todos tiempos que la destrucción del feto animado en el seno de la madre no es de menos gravedad y malicia que el asesinato de un adulto.

Todo buen católico así lo cree; de ahí que también cobre un saludable horror contra tan abominable crimen.

La moral protestante en este punto no es muy explícita y determinada. Por eso hay tantas mujeres que, arrogándose á sí mismas la facultad de definir sobre lo lícito é ilícito, obran en muchas circunstancias no según exigen Dios y la razón.

Ya no deben extrañarnos las horribles consecuencias que de aquí se han seguido. Una de ellas es la generalización de los abortos y otras costumbres detestables, cuyos resultados vienen sin-

tiéndose en la disminución de los nacimientos. ¡Cuántos matrimonios se contraen entre protestantes con la condición expresa de no tener hijos, ó de no tener sino un número determinado de ellos!

En 1867 llamó notablemente la atención de nuestro país un médico de Boston, el Dr. Storer, con la publicación de tres libros sobre el aborto (*Criminal abortion: Why not, A Book for Every Woman* y *Is it I? A Book for Every Man*), á los que poco después siguió otro libro sobre la misma materia, debido á la pluma del Rev. Juan Todd, ministro protestante de Pettsfield, en el Massachusetts.

Confirmando las asombrosas revelaciones que se hacían en los libros que acabo de citar, vieron por el mismo tiempo la luz pública una larga serie de opúsculos, entre los que merecen especial mención dos, publicados por el Dr. Allen, de Lowell (Massachusetts). Intitulanse: *Changes in the new England Population* y *The new England Family*. Todas estas publicaciones vienen á ser una apología directa ó indirecta de la moral católica y de la confesión sacramental, entre cuyos saludables resultados no es el menor la extirpación de esta y otras iniquidades sodomíticas.

El Dr. Storer dice así:

«Públicamente, en los periódicos se enseñan medios de procurar el aborto... Con la venta de medicinas abortivas se han hecho grandes riquezas, según que el consumo ha sido grande y su precio subido.»

Y en otra parte añade:

«Nos vemos precisados á admitir que el Cristianismo, ó al menos el Protestantismo, es impotente á desarraigar el criminal abuso de los abortos.»

También el Rev. Dr. Todd, queriendo explicar por qué los feticidios son *infinitamente más frecuentes (sic)* en los pueblos protestantes, reconoce la poderosa virtud de la confesión sacramental, y rinde tributo de admiración á la sublime moral católica, al mismo tiempo que amenaza á las mujeres culpables de la Iglesia reformada con un severo castigo del cielo.

El Dr. Allen cita, entre otros, el testimonio de un Pastor de Vermont, el Rev. Dike. Este señor, después de haber pedido á un gran número de jueces, abogados, jefes de Policía, médicos, especialistas, etc., que le informasen por carta sobre la moralidad de los pueblos, vino á sacar en limpio de las respuestas recibidas «que en tres cuartas partes de las ciudades de que le informaron

iba extendiéndose de un modo alarmante el libertinaje, y junto con él la abominable práctica de los abortos voluntarios. Los médicos, sobre todo, se expresan sobre el particular con frases de marcada indignación, por los reprobados medios de que muchos se valen. Tal vicio se propaga casi exclusivamente entre los hijos del país.»

Hasta aquí son palabras del Rev. Dike, citado por el doctor Allen, quien añade á continuación:

«Pocas personas pueden formarse idea de lo frecuentes que son los feticidios entre las clases altas de la sociedad. Son, en cambio, muy raros entre los irlandeses, ingleses y aun alemanes residentes entre nosotros. Si los médicos pudieran revelar todo lo que ellos han visto en esta materia, se oirían hechos asombrosos.»

Oigamos cómo se expresa un médico en la Revista de Boston *Medical and Surgical Journal* (Diciembre de 1879):

«Cuando yo empecé á ejercer mi carrera, uno de los más ardientes deseos de toda mujer desposada era el poder ser llamada madre y criar numerosa familia. La esterilidad, que los judíos consideraban como una maldición de Dios, pasaba también en tiempo de nuestros padres por la mayor desventura de un matrimonio. Pero, *tempora mutantur!* ¿Qué médico hay en la actualidad, á quien no se le cae el rostro de vergüenza, ó estalla el pecho de indignación, al presenciar la apatía ó el desagrado positivo con que muchas mujeres advierten las primeras manifestaciones de un nuevo ser que empieza á vivir de su misma vida? Aún no he conocido una madre irlandesa, por pobre que sea, ó por cargada de hijos que esté, que no reciba el nuevo fruto de sus entrañas con emociones de júbilo y expresiones de gratitud al Dios dador de todo bien. Á tan bellos sentimientos, aunque tal vez expresados rudamente, jamás dejé de rendir tributo de admiración, y me gozo en consignar aquí que semejante rasgo de carácter es uno de los que más realzan y ennoblecen á la mujer irlandesa.

«¡Qué contraste forman estas dos clases de madres!—exclama aquí el Dr. Allen.—¡Cuán tierna y natural esta última! ¡Cuán fría y sin corazón la primera!»

Y continúa observando, con mucha razón, que ese horror á la maternidad supone en las mujeres una gran falta, no sólo de virtudes morales, sino también de virtudes cívicas; pues, por falta de patriotismo, rehusan las penalidades que son necesarias para poblar la Patria de ciudadanos que la defiendan y la honren.

Omito otras autoridades para copiar unas palabras del Obispo protestante Coxe:

«En varias ocasiones he amonestado á mi rebaño que aborrezca y deteste los infanticidios y abortos criminales. Si alguien podía dudar hasta aquí sobre la conveniencia de reprender tan feos vicios, debe desaparecer todo asomo de duda desde que el mundo entero ha visto con asombro los horribles sacrificios á Moloch, que deshonoran nuestra tierra.»

Estos testimonios se publicaban hace ya un cuarto de siglo. Desde entonces acá, ¿en qué ha mejorado el estado de las cosas por obra y virtud del Protestantismo? En nada: antes, por el contrario, ha empeorado en mucho, gracias á una poligamia y poliandria legal, que con nombre de divorcio se nos ha implantado, para lo cual es un grande estorbo la crianza de los hijos.

El *Herald*, de Boston, publicó el 9 de Noviembre de 1891 un famoso sermón predicado en Newburyport por el Rev. Brevard Sinclair, Pastor de la Iglesia presbiteriana. Transcribiremos algunos párrafos:

«La infidelidad conyugal es en la actualidad uno de los más graves vicios que deshonoran á Nueva Inglaterra. Díganlo si no las sentencias de divorcio que á diario están pronunciando los Tribunales; díganlo los adulterios que, sin rebozo alguno, se cometen con un descaro incalificable. Pero el pecado capital de esta ciudad de Newburyport y aun de la Nueva Inglaterra lo cometen las mujeres que destruyen los fetos humanos recién formados, conforme á las inflexibles leyes de la naturaleza. Pecado gravísimo, causa de irremediables calamidades para los pueblos; pecado, por otra parte, frecuentísimo, para el cual nuestra sociedad, nuestra religión protestante y nuestra conciencia pública no han tenido una palabra de desaprobación ni de censura.

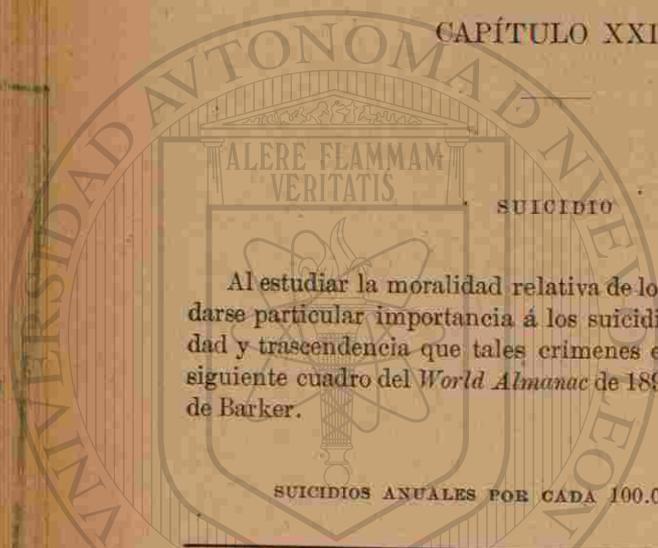
» Vosotras, las que seguís la santa religión de Jesucristo, id y anunciad á vuestras amigas desposadas la indignación del cielo contra las que criminalmente rehusan las cargas y los honores de la maternidad; decidles que las que tal hacen, son responsables, como el antiguo Herodes, de la sangre de los inocentes.

» Dios me prohíbe decir una sola palabra que redunde en honor del Catolicismo. Creo, sin embargo, que debo decir, porque todo el mundo lo ve, que la Iglesia romana es la única que ha logrado herir de muerte á ese infernal dragón, que clava su diente y derrama su letal veneno en el mismo corazón de la vida matri-

monial. Tengo para mí que Dios perdonará muchos errores de los católicos no más que por la fidelidad con que se observa entre ellos la gran ley que Dios impuso al juntar al hombre con la mujer.

Nuestra República se horroriza al solo pensamiento de que, andando el tiempo, pudiera predominar en ella el Catolicismo. Alguien ha dicho que tal día llegará. Yo no lo sé. Yo sólo digo que, si tal calamidad sobreviniera, sería en castigo de estos abominables pecados. Y añadido más: que si las cosas siguen como hasta aquí, tal castigo nos debe venir. «No matarás.» Este mandamiento debéis grabar profundamente en vuestra conciencia vosotros, hijos de Belcebú, que practicáis ó aconsejáis el aborto. Lo repetiré una vez más: el infanticidio es el pecado nacional de Nueva Inglaterra. Y es mucho para temer no ejecute Dios en ella el mismo castigo que antiguamente ejecutó en Sodoma y Gómorra.»

CAPÍTULO XXIV



SUICIDIO

Al estudiar la moralidad relativa de los diversos pueblos, debe darse particular importancia á los suicidios, por la suma gravedad y trascendencia que tales crímenes envuelven. Copiamos el siguiente cuadro del *World Almanac* de 1894, que á su vez lo toma de Barker.

SUICIDIOS ANUALES POR CADA 100.000 HABITANTES

Países protestantes.		Relación.	Países católicos.		Relación.
Sajonia.....	31,1		Austria.....	21,2	
Dinamarca.....	25,8		Francia.....	15,7	
Hannover.....	14,0		Baviera.....	9,1	
Rusia.....	13,3		Bélgica.....	6,0	
Victoria.....	11,5		Hungría.....	5,2	
Suecia.....	8,1		Italia.....	3,7	
Noruega.....	7,5		Irlanda.....	1,7	
Inglaterra y Gales.....	6,9		España.....	1,4	
Escocia.....	4,0				

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA

Naciones mixtas.	Religión.	Suicidios por 100.000 habitantes.
Estados Unidos.....	$\frac{1}{6}$ católicos.	3,5
Holanda.....	$\frac{1}{3}$ »	3,6
Imperio Germánico.....	$\frac{1}{3}$ »	14,3
Suiza.....	$\frac{1}{3}$ »	20,2

Dice Mulhall:

«El suicidio es mucho más frecuente en los países protestantes que en los católicos. Legoit y otros escritores enseñan que aun en las naciones donde están establecidos ambos cultos, se suicidan en mucho mayor número los protestantes. Véase demostrado con números nuestro aserto:

SUICIDIOS POR MILLÓN DE HABITANTES

	Protestantes.	Católicos.
Gran Bretaña é Irlanda.....	63	17
Prusia.....	170	52
Baviera.....	195	69
Austria-Hungría.....	140	90
Suiza.....	262	81

La misma conclusión deduce Mulhall considerando las estadísticas de los suicidios registrados en Suiza en el periodo comprendido entre 1876-1881. En dichos seis años contáronse los siguientes suicidios:

	Católicos.	Protestantes.
En los cantones católicos.....	20	205
» » protestantes.....	127	602
» » mixtos.....	116	360
<i>Total</i>	<u>263</u>	<u>1.167</u>

Es mucho de notar en el cuadro que precede, la influencia que ejerce el predominio de uno ú otro culto, aun en los mismos disidentes. Así se ve, que los protestantes que atentan contra la propia vida son muchos menos en los cantones católicos, que donde predomina la Reforma. Por el contrario, los católicos que viven en cantones protestantes, ó mixtos, dan mayor contingente de suicidios, que si vivieran donde prevalece su propia religión. Daremos otra forma á la estadística que presentamos hace poco, á fin de que resalte más la verdad que aquí asentamos, sobre la diversa influencia moral de los dos cultos.

SUICIDIOS COMETIDOS EN SUIZA POR MILLÓN DE HABITANTES

Católicos suicidados en cantones católicos.....	20
» » » protestantes...	127
Protestantes » » católicos.....	205
» » » protestantes...	602
Católicos » » mixtos.....	116
Protestantes » »	360

Filosofando sobre los números que tenemos á la vista, se deduce:

1.º Que los suicidios de protestantes en los cantones donde ellos predominan, son 30 veces más numerosos que los suicidios de los católicos que viven bajo un Gobierno que profesa su misma religión.

2.º Que la proporción anterior decrece hasta hacerse sólo 10 veces mayor, cuando los protestantes residen en cantones católicos.

3.º Que cuando viven en cantones mixtos, donde las influencias de uno y otro culto se contrarrestan, entonces la dicha proporción sube, hasta llegar á ser 18 veces mayor.

4.º Que los católicos suizos residentes en cantones donde prevalece la Reforma, dan seis veces más suicidas que los que viven en cantones católicos.

5.º Que, en cambio, el exceso es cinco veces mayor en los cantones mixtos, donde igualmente preponderan unos y otros. Ni se crea que este fenómeno moral sea exclusivo de la Suiza, no. El influjo misterioso, pero real, que ejercen las ideas en las costumbres públicas, y de rechazo en la vida, aun de los que viven apartados de la verdadera Iglesia, se descubre igualmente en cualquiera otra nación. Vamos á verlo en los estados protestantes de Alemania.

Según el *Deutsche Criminal Zeitung*, en el periodo de 1875 á 1881 se registraron en los diversos estados el siguiente número de suicidios:

ESTADOS	RELIGIÓN	Suicidios.
Schleswig-Holstein.....	96,6 por 100 protestante.....	287
Sajonia.....	93,2 » »	245
Brandeburgo.....	97 » »	218
Westphalia.....	69 » católica.....	95
Provincias del Rhin.....	73 » »	83
Polonia prusiana.....	54 » »	72

También la *Fortnightly Review* (Octubre 1886) confiesa que la religión protestante produce en sus adeptos una vehemente propensión al suicidio. El articulista, que por cierto es un clérigo protestante, el Dr. Hayman, se fija principalmente en el reino de Sajonia, donde en el quinquenio de 1881-86 aumentaron los atentados contra la propia vida en una proporción alarmante.

Dice así el Dr. Hayman:

«Si tomamos un mapa de Europa, y en él vamos sombreando con ligeras rayas las diversas naciones, según su mayor ó menor criminalidad, notaremos desde luego que las sombras más espesas caen precisamente sobre los pueblos que en la actualidad son los más brillantes focos de luz intelectual; verbigracia, sobre Sajonia, centro de la moderna cultura y alcázar inexpugnable del libre pensamiento. Y es lo más increíble, que tales pueblos sean también los que producen mayor número de suicidas.»

Como prueba de lo que acabamos de decir, presenta una estadística de dos estados casi exclusivamente protestantes: Sajonia y Thuringia. Véase el promedio anual de suicidios que por millón de habitantes se registraron desde 1874 á 1878:

Sajonia.....	338
Thuringia.....	305

Luego añade el articulista á quien transcribimos: «En Sajonia, desde 1874 á 1879 aumentaron los suicidios casi en 56 por 100, mientras que la población aumentó solamente el 7 por 100. Y tan rápida va siendo la progresión, que en el último censo nos encontramos con la casi fabulosa cifra de 408 suicidios anuales por millón de habitantes.»

Á fin de que los ciegos admiradores del progreso ateo se persuadan una vez más de que la instrucción científica, si no se funda en los principios de la verdadera religión, más bien que un elemento de dicha y bienestar, lo es de destrucción y ruina para los pueblos, queremos copiar aquí la marcha progresiva de la criminalidad en el reino de Sajonia, centro de la moderna cultura y alcázar inexpugnable del librepensamiento, como le llama *Fortnightly Review*:

CRIMINALES CONDENADOS			
En 1871.....	11.007	En 1875.....	16.318
En 1872.....	12.706	En 1876.....	19.012
En 1873.....	13.089	En 1877.....	21.319
En 1874.....	15.144		

El mismo fenómeno que en la protestante y culta Sajonia, se ha experimentado en la católica y no menos adelantada Francia. Desde que, en mal hora, se implantó la enseñanza laica en las escuelas del Gobierno y se arrojó de sus colegios á los religiosos, la criminalidad, y sobre todo la horrible manía por los suicidios, ha aumentado extraordinariamente. Oigamos cómo se expresa sobre el particular un distinguido escritor francés, el Vizeconde de Vogüé, quien, en un artículo brillante, escrito para la revista *Harper's Magazine* (Enero 1892), resume en los siguientes términos los frutos obtenidos de la «Nueva Fe en la Ciencia,» que es como se titula el artículo.

«Apenas los hombres de las nuevas ideas subieron al Poder, trabajaron sin descanso por implantar en la República su ideal sobre la educación. No perdonaron ni á trabajo ni á sacrificio con tal de reformar la enseñanza, firmemente convencidos de que éste era el medio más eficaz de aniquilar el Cristianismo y convertir la nación entera á la nueva religión de la Ciencia. Pero ya desde el principio empezó á manifestarse por síntomas inequívocos que la Ciencia podrá, cuando más, saciar las aspiraciones de unos cuantos sabios; pero no puede en manera alguna moralizar y disciplinar la sociedad. Nuestras estadísticas criminales están clamando que la Ciencia no puede tanto.

«Cuando los políticos refundían la sociedad en nuevos moldes, y celebraban la definitiva emancipación del hombre por la Ciencia, entonces precisamente aparecían todas las producciones filosóficas y literarias rebosando una triste desesperación. A los alegres clamores con que se celebraba la apoteosis oficial, se respondía con un grito unánime de desaliento, de escepticismo y de prematura decrepitud. Jóvenes de claro entendimiento analizaban la vida con una fuerza de lógica y una precisión poco comunes en su edad. El resultado de tal análisis era conocer la vida por el lado peor. De ahí el que apartaran de ella el corazón con un miedo horrible. Todos somos testigos de tan singular fenómeno. Cuando nuestra civilización material, poniendo á disposición del hombre las fuerzas todas de la naturaleza, multiplica los goces y descubre cada día nuevos medios de disfrutar en el mundo; cuando la tierra parece convertida en un paraíso para los ricos, ¿quién lo creyera!, en esas mismas clases acomodadas se notan como nunca señales de hastío, de cansancio, de horror por la vida, cuyo peso intolerable se procura sacudir por medio del puñal ó de la pistola.»

Una misma es la causa que arrastra á los abismos de la desesperación á la protestante Alemania y á la incrédula Francia: la falta de la única verdadera Fe.

También en los Estados Unidos empiezan á menudear los suicidas, esos seres desventurados que nuestros padres tenían, y con razón, por malditos de Dios y de los hombres, y cuyo nombre era condenado á perpetua infamia. Al desarrollo de este insensato crimen han contribuido, además del ateísmo ó falta de principios religiosos, el hambre de bienes de fortuna y la sed rabiosa de placeres sensuales que devora á nuestra sociedad.

¿Quién no ha oído hablar de esas diabólicas Asociaciones llamadas Clubs de suicidas? Ved en qué naciones están implantadas estas Sociedades; preguntad por los socios que las componen; preguntad en qué escuela se han educado esos imberbes jóvenes que, insensibles, ponen su vida al azar de una jugada de naipes.

¿Ha salido ya la sociedad del horror que le había producido esa espantosa inundación de vicios y crímenes, de asesinatos y suicidios, cuya encenagada corriente pretende anegar todo? Pero ¿quién dijo horror? ¿No se lee diariamente y se devora con sumo gusto esa sección que los diarios rotativos llaman «Crónica judicial,» donde se describen con todos sus pelos y señales los asesinatos, suicidios, robos, adulterios y divorcios ruidosos, etcétera, etc.? Y ¿quién ha estragado de tal modo el gusto de los cristianos para que cobren afición á esas palabras de muerte, y, en cambio, hagan asco de la «Palabra de Vida Eterna?»

frecuente la bastardía? Dígalo el cuadro que presentamos á continuación. Está tomado de Mulhall, Leffingwell y del *Statesman's Year Book*, correspondiente al 1893:

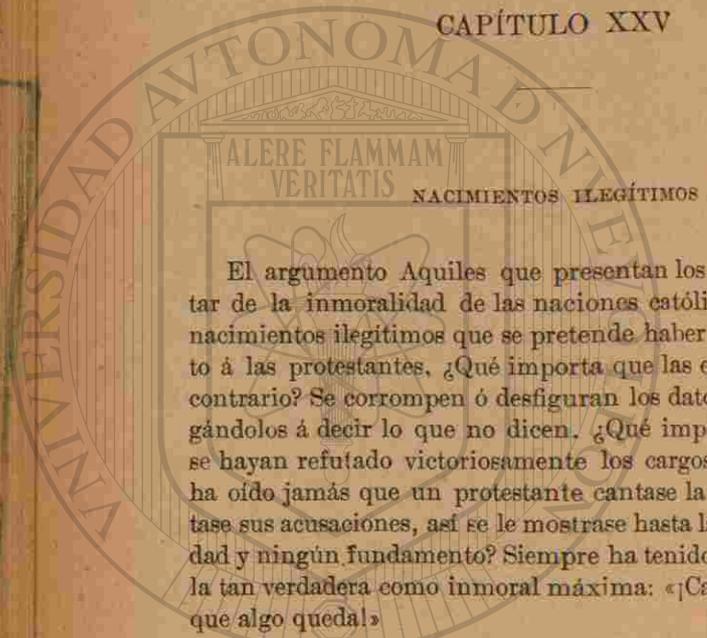
POR CADA 1.000 NACIMIENTOS, FUERON ILEGÍTIMOS:

PAÍSES CATÓLICOS	Según Mulhall, promedio de 1866 á 1878.	Según Mulhall, promedio en el año 1887-88.	Según Leffingwell, promedio desde 1878-82.	Según el <i>Statesman's Year Book</i> —1893.
Austria.....	135	149	143	147
Baviera.....	130		132	142
Francia.....	70	82	74	86
Hungría.....	71			80
Bélgica.....	71	93	77	82
Italia.....	65	75	73	70
Portugal.....	56			122
España.....	55			
Irlanda.....	23	29	25	27
PAÍSES PROTESTANTES				
Sajonia.....	143		127	122
Dinamarca.....	111	100	101	101
Suecia.....	102	149	101	102
Escocia.....	93	83	84	76
Alemania.....	87	95	89	91
Noruega.....	85	79	82	68
Inglaterra.....	54	46	48	42
Holanda.....	35	32	30	31

Ahora, tomando como base de nuestros cálculos el promedio presentado por Mulhall (1865-78), vamos á dar á la estadística anterior otra forma:

PAÍSES CATÓLICOS	Hay un nacimiento ilegítimo por cada	PAÍSES PROTESTANTES	Hay un nacimiento ilegítimo por cada
Irlanda.....	43,47	Holanda.....	28,57
España.....	18,03	Inglaterra y Gales..	19,51
Portugal.....	17,85	Noruega.....	11,75
Italia.....	15,38	Alemania.....	11,59
Bélgica.....	14,08	Escocia.....	10,74
Hungría.....	14,08	Suecia.....	9,80
Francia.....	13,86	Dinamarca.....	9,00
Baviera.....	7,69	Sajonia.....	6,99
Austria.....	7,40		

CAPÍTULO XXV



NACIMIENTOS ILEGÍTIMOS

El argumento Aquiles que presentan los protestantes al tratar de la inmoralidad de las naciones católicas, es el exceso de nacimientos ilegítimos que se pretende haber en ellas con respecto á las protestantes. ¿Qué importa que las estadísticas digan lo contrario? Se corrompen ó desfiguran los datos estadísticos, obligándolos á decir lo que no dicen. ¿Qué importa que cien veces se hayan refutado victoriosamente los cargos aducidos? ¿Quién ha oído jamás que un protestante cantase la palinodia y retractase sus acusaciones, así se le mostrase hasta la evidencia su falsedad y ningún fundamento? Siempre ha tenido muchos seguidores la tan verdadera como inmoral máxima: «¡Calumnia, calumnia, que algo queda!»

Para apreciar en su justo valor los datos numéricos que presentamos á continuación, téngase presente que siendo tan general entre los protestantes el criminal abuso de los feticidios é infanticidios, los registros oficiales han de acusar forzosamente un número de hijos ilegítimos mucho menor del que en realidad existe. Por lo tanto, aun concedido por un momento que los datos oficiales acusasen entre los católicos tantos, ó si se quiere más nacimientos ilegítimos que entre los protestantes, ¿qué se deduciría en favor de la moralidad de estos últimos? Nada absolutamente, por la sencilla razón de que unas estadísticas serían moralmente completas y las otras no.

Además, encontrándose la prostitución mucho más extendida entre los protestantes, nada tendría de extraño que en pueblos de costumbres más relajadas fueran menos los nacimientos ilegítimos. Pero dejando á un lado estas consideraciones, ¿dónde es más

En otro lugar se explicará por qué Austria y Baviera, países católicos, salen tan mal parados en este cuadro comparativo, al lado de la protestante Holanda ó de Inglaterra. Primero haremos algunas sencillas observaciones.

ALEMANIA

Sobre Alemania encontramos en Mulhall un dato interesante. En los cuarenta y seis años comprendidos desde 1840 á 1886, la proporción de hijos ilegítimos ha sido:

Entre católicos, 58 por 1.000.

Entre protestantes, 85 por 1.000.

Los cuadros estadísticos que presentamos á continuación, son debidos á un protestante alemán, el sociólogo Von Oettingen, que los publicó en su *Moral statistik*, de donde los tomó después Von Hammerstein para su *Edgar*.

TANTO POR CIENTO DE NACIMIENTOS ILEGÍTIMOS

	1862		1863		1864		Promedio.	
	Cats.	Prots.	Cats.	Prots.	Cats.	Prots.	Cats.	Prots.
Provincias del								
Rhin.....	3,53	3,62	3,61	3,50	3,67	3,58	3,60	3,59
Westfalia.....	3,15	4,11	3,33	4,42	3,35	4,18	3,28	4,25
Posen.....	6,40	7,01	6,79	7,62	6,83	7,06	6,67	7,32
Prusia.....	6,85	9,31	7,29	9,73	7,45	9,67	7,20	9,57
Sajonia.....	6,11	9,67	6,57	10,31	6,04	10,34	6,24	10,11
Pomerania.....	9,77	9,68	9,48	10,35	9,77	10,36	9,67	10,13
Brandenburgo.....	7,71	11,49	8,36	12,15	8,41	11,51	8,16	11,72
Schleswig.....	9,16	13,04	10,13	14,12	10,07	13,57	9,76	13,58
Todo el reino..	5,96	9,58	6,40	10,18	6,39	10,01	6,25	9,93

El cuadro que tenemos á la vista es la más brillante apología en favor de la moralidad católica, á la vez que una confirmación de aquella ley moral sobre que llamábamos la atención al estudiar los suicidios en los cantones helvéticos. Así habremos podido observar que en las regiones donde el Catolicismo es la religión de la mayoría, v. gr., en las provincias renanas, en Westphalia y en Posen, la bastardía aun entre los protestantes es, sin

comparación, más rara que donde predomina la Reforma. Por el contrario, donde los protestantes están en mayoría, como en Prusia, Sajonia, Pomerania, Brandenburgo y Schleswig, aun los católicos se hacen mucho más licenciosos que sus hermanos residentes en Estados donde el Catolicismo predomina. Lo cual no es, ni más ni menos, que el exacto cumplimiento de aquel proverbio tan vulgar: «Dime con quien andas y te diré quién eres.»

INGLATERRA Y ESCOCIA

Inglaterra y Escocia, lo mismo que Holanda, quieren pasar por pueblos de sanas costumbres, fundándose en el relativamente corto número de nacimientos ilegítimos que les asignan las estadísticas. Ante todo, la consecuencia que de aquí se pretende inferir es á todas luces falsa, como dijimos arriba. Y en segundo lugar, si las estadísticas oficiales favorecen á Inglaterra y Escocia, es porque muchísimos niños, nacidos de unión ilegítima, son bárbaramente privados de la vida por sus mismos padres; y también porque un buen número de los que en los registros oficiales pasan por legítimos, en realidad no lo son.

En efecto; en Londres y otras ciudades inglesas, al inscribirse las partidas de nacimiento no se exige que los padres de la criatura manifiesten que están legítimamente casados. Basta que exteriormente hagan vida de tales, y que nada conste en contrario.

Por lo demás, tenemos hechos y testimonios que claramente revelan el desenfrenado libertinaje que, á modo de asquerosa lepra, está corrompiendo al Reino Unido. El Registrador general de Escocia deploraba en 1860 la *excesiva incontinencia* allí existente, y añadía (*Times*, Noviembre 26 de 1860) *que el libertinaje no era propio solamente de las clases humildes*. El mismo periódico, *Times* (Julio 17 de 1858), aseguraba «que casi una décima parte de los escoceses eran ilegítimos»; y hablando de las poblaciones rurales, decía: «que por excepción se encontraría un maestro á quien no se le pudiese acusar de corruptor de menores.»

El Dr. Leffingwell, en su libro sobre la Ilegitimidad, presenta algunos datos muy curiosos y dignos de conocerse. Trae un cuadro estadístico de los nacimientos ilegítimos, donde se ve que en todos y cada uno de los años transcurridos desde 1878 á 1889,

han nacido en Escocia doble número de hijos ilegítimos que en Inglaterra y Gales, y el triple que en Irlanda. Pregúntase aquí el autor, en vista de tales resultados:

«¿Acaso es más cuidadosa de la castidad de sus hijos la aldeana irlandesa, que la madre de familia escocesa ó inglesa? ¿Acaso en las chozas de adobes de Mayo (Irlanda) se aprecia más la virtud, ó se inculca su práctica con más empeño que bajo las cabañas pajizas de las montañas de Escocia? ¿Se dirá que la virtud es efecto de la educación? ¡Pero si precisamente los aldeanos irlandeses están sumidos en la más grosera ignorancia, y los de igual clase de Inglaterra tienen mucha más instrucción! ¿Es que el vicio y la pobreza se dan la mano como inseparables compañeros? ¡A buen seguro, que más de cuatro ingleses no admitirían, ni para perreras, algunas chozas habitadas por seres humanos en Achill y el Occidente de Irlanda! ¿Será entonces efecto de las ideas religiosas? Tampoco; porque Escocia no reconoce otra regla de fe que la Sagrada Biblia y la inspiración privada, mientras que Irlanda somete su conciencia á la dirección de su Clero y á los oráculos de una Iglesia infalible.»

Cierto que no sería muy difícil dar respuesta satisfactoria á las preguntas que se hace el Dr. Leffingwell. Pero no vamos á detenernos repitiendo lo que todos saben: ahora nos importa más conocer los nacimientos ilegítimos registrados en los condados ó provincias de Inglaterra y Gales, según los trae la obra del citado Leffingwell (pág. 15).

NACIMIENTOS ILEGÍTIMOS REGISTRADOS EN EL ESPACIO DE DIEZ AÑOS EN INGLATERRA Y GALES

CONDADOS	Promedio anual.	CONDADOS	Promedio anual.
Shropshire.....	82 por 1.000	Devonshire.....	47 por 1.000
Cumberland.....	76 » »	Somerset.....	43 » »
Hereford.....	76 » »	Hampshire.....	43 » »
Norfolk.....	74 » »	Kent.....	43 » »
Westmoreland....	70 » »	Surrey.....	40 » »
Gales Septentrio- nal.....	69 » »	Inglaterra.....	48 » »

NACIMIENTOS ILEGÍTIMOS REGISTRADOS EN 1889 (Ibid., pág. 31.)

CIUDADES		DISTRITOS RURALES	
Londres.....	38 por 1.000	Gales Septentrio- nal.....	71 por 1.000
Birmingham.....	45 » »	Westmoreland...	72 » »
Liverpool.....	58 » »	Cumberland.....	79 » »
		Shropshire.....	79 » »

Parecerá muy extraño que en la protestante Inglaterra, al revés de lo que sucede en todos los demás países del mundo, den las ciudades menor contingente de nacimientos ilegales que la población de los campos (1).

Lo cual, si fuese así como los números cantan, no cedería, ciertamente, en mucho honor del Protestantismo, el que sus influencias moralizadoras se hagan sentir tan poco en los pueblos rurales, donde los impedimentos para la virtud son menos y la gente se halla mejor dispuesta que en las ciudades.

El número de hijos naturales nacidos en Escocia en el decenio de 1876 á 1886, tomámoslo también de Leffingwell (pág. 16):

NACIMIENTOS ILEGÍTIMOS EN ESCOCIA

CONDADOS Ó DISTRITOS	Promedio anual.	CONDADOS Ó DISTRITOS	Promedio anual.
Ross and Cromarty	47 por 1.000	Nairn.....	106 por 1.000
Islas Shetland....	52 » »	Roxburgh.....	108 » »
Dumbarton.....	54 » »	Caitness.....	108 » »
Renfrew.....	59 » »	Kincardine.....	125 » »
Islas Orkney.....	62 » »	Aberdeen.....	137 » »
Bute.....	66 » »	Kirkcudbright...	146 » »
Stirling.....	66 » »	Dumfries.....	147 » »
Sutherland.....	68 » »	Elgin.....	153 » »
Fife.....	68 » »	Wigtown.....	158 » »
Lanark.....	69 » »	Banff.....	164 » »

(1) Así, v. gr., en Francia el número de nacimientos ilegítimos registrados en 1891 fué de 99 por 1.000 entre la población urbana, y de 41 por 1.000 en la rural.

Al ver la gran diferencia que en este punto hay entre Inglaterra y Escocia, países limítrofes, y en cuanto á costumbres muy semejantes, ocurre naturalmente dudar de la veracidad con que se formaron las estadísticas aquí presentadas.

¿Y qué suerte está reservada á esas infelices criaturas, nacidas de ilegítimo matrimonio?

En todos los países católicos tienen las tales casi las mismas probabilidades de vida que si hubieran nacido legitimamente.

En vez de ser muertas despiadadamente ó abandonadas en un sitio público, como se estila entre protestantes, encuentran abiertas las puertas de la Casa-Cuna, que se encargará de proveer á su sustentación y asegurarles un honesto porvenir para el día de mañana. ¿Sucede otro tanto entre protestantes? Díganoslo el Dr. Leffingwell:

«En la cristiana Inglaterra, las probabilidades de vida para los hijos ilegítimos son mucho menores que para los legítimos. La mortandad de estos últimos durante el primer año es, por término medio, 205 por 1.000, según testimonio del Registrador general; mientras que la mortandad media de los ilegítimos es á veces el doble, llegando á ser hasta 418.

Véanse los siguientes datos, correspondientes á 1875:

DEFUNCIONES DE NIÑOS DENTRO DEL PRIMER AÑO DE VIDA

CIUDADES	Legítimos.	Ilegítimos.
Preston.....	214 por 1.000	448 por 1.000
Liverpool.....	205 » »	418 » »
Nottingham.....	191 » »	365 » »
Radford.....	187 » »	547 » »
Driffield.....	168 » »	596 » »
Otros 12 distritos.....	97 » »	
Stratford, sobre el Avon..	69 » »	
Glasgow..... de 149 á	154 » »	{ de 277 á 293 por 1.000.

El mismo Registrador general declara que estos niños mueren—son sus palabras—*ahogados, sumergidos en agua, envenenados, escaldados y ¡¡hasta quemados vivos!!* De Dinamarca, nos asegura el Dr. Sörensén que la mortandad de los hijos naturales es igual á la que se registra en Inglaterra y Escocia.

AUSTRIA Y BAVIERA

Fijándose el Dr. Leffingwell en el crecido número de ilegítimos que las estadísticas asignan á estas dos naciones, muéstrase grandemente sorprendido de que tal suceda donde la religión católica romana es la predominante; sacando de aquí en conclusión que las influencias moralizadoras del Cristianismo, en orden á contener el libertinaje, son, poco más ó menos, de igual eficacia que las del Protestantismo.

Antes de inferir tal consecuencia, debiera Leffingwell reparar las circunstancias difíciles por que los austriacos y bávaros han pasado, en orden á contraer matrimonios legales. En efecto: en Austria prohibía la ley contraer matrimonio á toda persona que no supiese leer, escribir y contar. En la misma nación, y también en Baviera, para que el matrimonio surtiera efectos civiles, debía el novio aportar una fortunilla, que no estaba ciertamente al alcance de todos.

Y ¿qué resultaba? Que como muchos esposos no podían reunir estas condiciones, no eran reconocidos por la ley civil, aunque estuviesen quizá unidos por la Iglesia; y, por lo tanto, la prole que de tales padres nacía, era inscrita en los registros oficiales con la fea mancha de ilegitimidad. (*Church and the World*, 1867, artículo «Layman's View of Confession.»)

Por estas razones, como observa muy bien la revista poco ha citada, en las estadísticas de ilegitimidad debiera excluirse al Austria y á Baviera.

Con esto, una vez más se habrá persuadido el juicioso lector de la buena fe que guía á los controversistas protestantes, cuando, haciendo mil ascos de la inmoralidad de Austria, Baviera y aun de Francia, toman á estos países como tipos ó modelos por donde apreciar los resultados obtenidos por el Catolicismo en su obra moralizadora.

IRLANDA

El autor tantas veces citado en este capítulo nos ofrece también un cuadro comparativo de Inglaterra, Escocia é Irlanda. El

promedio anual de las mujeres que en el decenio de 1878-88 llegaron á ser madres sin estar desposadas, es el siguiente:

Irlanda, 4,4 por 1.000.

Inglaterra y Gales, 14.

Escocia, 21,5.

De modo que en la ultra-protestante Escocia nacen cinco veces más hijos naturales que en la católica Irlanda. Pero no toda la población irlandesa permanece fiel á la fe que les predicara San Patricio: también en la verde Erin se crían algunos disidentes.

Y ¿en cuál de las dos Iglesias implantadas en el país reina mayor pureza de costumbres? Leffingwell pone en parangón el Condado católico de Mayo (Connaught) con el protestante de Down (Ulster).

	Total de nacimientos ilegítimos en el decenio de 1879-88.	Tantos por 1.000.
Connaught.....	322	5,6
Ulster.....	3.084	51,1

Es decir, que los protestantes de Irlanda son diez veces más inmorales que sus paisanos católicos. Y aquí también se repetirá probablemente el fenómeno que notábamos en Suiza al tratar de los suicidios, y hace poco veíamos también renovado en los Estados alemanes. Los protestantes del Connaught, que respiran la pura atmósfera de un pueblo católico, son de costumbres más arregladas que sus correligionarios de otras partes; y, por el contrario, los católicos de Ulster, arrastrados por la corriente de sus conciudadanos, son más corrompidos que si vivieran en otros Condados.

En el periódico irlandés *Derry Journal* (19 Marzo 1894) nos encontramos con el dato siguiente, que también ofrece un singular contraste, entre la moralidad de las ciudades de Dublín (católica) y Belfast (protestante):

En Dublín, de 42 nacimientos, uno es ilegítimo.

En Belfast, de 21 nacimientos, uno es ilegítimo.

Lo que quiere decir que Belfast sobrepuja á Dublín en punto á ilegitimidad en un 100 por 100.

Y para que más campee la virtud de los pobres irlandeses, que, aunque pobres, saben ser *honestos*, como ellos dicen con no-

ble orgullo (entendiendo honestidad por sinónimo de castidad), no debe olvidarse que la relación entre el número de matrimonios y el de habitantes es en Irlanda la mitad que en el resto de Europa. Lo cual, aunque en otras partes parecerá ser razón de más para la disolución, no lo es en la heroica Irlanda, que, entre todos los pueblos del mundo, sobresale por la pureza de sus costumbres.

¡Gloria á vosotros, caballerosos hijos y castas doncellas de la inmortal Erin! ¡Vuestras incontaminadas costumbres son la honra de la tierra que os vió nacer, y un elocuente testimonio de la pureza y santidad de la fe, á la que habéis siempre permanecido fieles!

HOLANDA

Cuando se trata de honestidad pública, acostumbran los protestantes sacar á plaza el nombre de Holanda, que, como ellos dicen, iguala, ó poco menos, en punto á moralidad pública, á cualquier otro pueblo que puedan presentar los católicos. ¿Qué decir de la veracidad de las estadísticas en esta parte? Oigamos sobre el particular el testimonio de un escritor protestante:

«Dos palabras sobre la causa por qué Londres y otras ciudades de la Gran Bretaña y Holanda aparecen tan altos en la escala de la moralidad. ¿Cómo explicar que la población urbana de Inglaterra sea comparativamente pura y honesta, y que, por el contrario, la rural sea licenciosa, cuando precisamente en cualquiera nación del Continente sucede lo contrario? No puede darse de que esta diferencia es debida á la extensión que va tomando en Inglaterra, y más todavía en Holanda, esa asquerosa plaga, apellidada con justicia mal social; es decir, la licencia que se concede á la pública prostitución. ®

Claro está que entre los mahometanos ó los indios, los japoneses ó los chinos, ó entre las tribus del África, todos los hijos son legítimos. Pues algo parecido ocurre entre algunos cristianos que viven, poco más ó menos, como los Estados paganos. (J. D. Chambers, Registrador de Salisbury. *The Church and the World*, 1867, pág. 390.)

Si en Inglaterra se registran tan pocos nacimientos ilegítimos, en parte es debido á la pública prostitución, y en parte

también á los frecuentes crímenes de infanticidio. ¿Puede aducirse esta segunda causa tratándose de Holanda?

El *Statesman's Year Book*, correspondiente á 1893, trae un gran número de cuadros estadísticos con el promedio de nacimientos, abortos, matrimonios y defunciones que han tenido lugar en cada país. En estos cuadros se observa que, por regla general, el número de nacimientos ilegítimos es muchísimo superior al de los abortos. Es una excepción de esta regla lo que sucede en Holanda. En efecto, el promedio anual en el espacio de cinco años ha sido:

Nacimientos ilegítimos.....	4.825
Abortos.....	7.540

¿Como explicar esta enorme desproporción, cuando en los demás países los abortos son la mitad ó una tercera, cuarta ó aun quinta parte de los nacimientos ilegítimos? ¿No son las mujeres holandesas celebradas por su robustez y buena salud?

Comparemos lo que sucede en Austria y Baviera con lo que las estadísticas nos dicen de Holanda:

	Promedio anual de nacimientos ilegítimos.	Abortos.
Austria.....	135.571	26.230
Baviera.....	28.592	6.697
Hungría.....	61.730	13.363
Holanda.....	4.825	7.540

Para que mejor resalte la chocante discrepancia que se nota en las estadísticas de Holanda, veamos los abortos que debieran registrarse, caso de que los hijos ilegítimos fueran únicamente los señalados por las estadísticas. En tal caso, y suponiendo que la proporción entre unos y otros fuera la misma que existe en Austria, se podría formar la siguiente proporción:

AUSTRIA	HOLANDA
135.571 ilegítimos.	4.825 ilegítimos.
26.230 abortos.	930 abortos.

Pero los abortos son, según la estadística, 7.540.

Invirtiendo la proporción anterior, podríamos formar esta otra:

AUSTRIA	HOLANDA
26.230 abortos.	7.540 abortos.
135.571 ilegítimos.	38.974 ilegítimos.

Este es el contingente anual que debiera dar Holanda: la enorme cifra de 38.974, ó sea 258 por 1.000; proporción horrible y superior con mucho á la de cualquiera otra nación cristiana.

¿Cuál es, pues, la causa de la gran desproporción que se nota entre el Austria y Baviera por una parte, y la Holanda por otra? Desde luego podemos decir, en obsequio de las mujeres austriacas y bávaras, que entre ellas no debe estar muy extendida la práctica de ocultar un delito cometiendo otro mayor; cual es el privar de la vida á la criatura nacida ilegítimamente. ¿Qué es lo que sucede en Holanda? Nada se puede asegurar con certeza, aunque el lector tiene ya datos por donde conjeturar con más ó menos probabilidad.

SUECIA Y NORUEGA

Si en alguna parte, en la Península escandinava ha encontrado la Reforma campo fértil y acomodado para cosechar los maravillosos frutos que pueden producir las nuevas doctrinas. ¿Y qué resultados han obtenido? Que nos los describa el escocés mister Laing:

«Es un fenómeno bien raro é inexplicable que haya venido á ser uno de los más desmoralizados de Europa un pueblo que, como éste, se halla en circunstancias las menos á propósito para el vicio. Vive aislado del continente, y dedicado en su máxima parte á la agricultura y al pastoreo; posee poquísima industria fabril, y ella muy extendida; casi no cuenta con Ejército ni Armada; su comercio exterior es insignificante; su inmigración cortísima.

»La instrucción se halla muy bien atendida, gracias á un suficiente número de escuelas y universidades; en fin, está gobernado en lo espiritual por una iglesia protestante, donde jamás ha entrado la división ó el cisma, y, sin embargo, el termómetro de la moralidad marca tan bajo. Tal hecho merece estudiarse con atención.» (*A Tour in Sweden in 1838.*)

Mr. Laing prueba su aserto con datos oficiales y presenta estadísticas donde aparece la criminalidad siete veces mayor que en Inglaterra. Entre otras cosas, demuestra que la relación entre los nacimientos legítimos y los ilegítimos es de 1 por 14, y en Stokolmo, única ciudad algo importante, la proporción es de uno por 2,3.

En presencia de tales datos, el Gobierno sueco trató de justificarse; pero Mr. Laing replicó con otra nueva publicación, donde, aduciendo documentos de origen oficial, demostraba:

«Que en el año 1838 los divorcios habían sido 147; los suicidios, 172; que de los 2.714 nacimientos registrados dicho año en Stokolmo, 1.577 habían sido legítimos y 1.137 no: de modo que en esta capital la relación entre los hijos legítimos y los ilegítimos era, no de 1 por 2,3, como antes se había dicho, sino de uno á uno y medio.»

Después acá, la ilegitimidad ha ido desarrollándose muy rápidamente. Véanse los datos que ofrece Mulhall:

Desde 1841 á 60, el promedio anual de nacimientos ilegítimos fué de 97 por 1.000.

Desde 1861 á 70, 105.

Desde 1871 á 75, 115.

DINAMARCA

También aquí nos encontramos con la población rural dada de lleno al libertinaje. He aquí la prueba:

«Por lo que hace á los habitantes de los distritos rurales, se ha averiguado que el 39 por 100 de los hijos primogénitos vienen al mundo antes de los siete meses del matrimonio de sus padres, á lo que debe añadirse otro 9 por 100 que nace entre los siete y nueve meses. Muchas de las novias, ó están ya embarazadas al desposarse, ó han tenido ya hijos de su prometido ó de otros. Así que puede muy bien calcularse que dos terceras partes de las mujeres son ya madres antes de contraer matrimonio.» (*Westergaard on Marriage Statistics of Denmark.*—Traducción presentada en el séptimo Congreso Internacional de Higiene y Demografía.)

El resultado del parangón establecido en el presente capítulo no será muy del agrado de los protestantes; sin embargo, los he-

chos aducidos son innegables y convincentes. Ni puede nadie tacharnos de haber favorecido á la parte católica, ocultando lo que podía ceder en su deshonor. Nada de eso. Cuanto hemos hallado en los libros que hemos revuelto, se ha trasladado fielmente á estas páginas. Si algo ha escapado á nuestras investigaciones, pronto será descubierto por otros que vengan detrás.

Pero abrigamos la firme persuasión de que tales descubrimientos, si los hubiere, no serán de tal calidad que arrebatén á los pueblos católicos la grandísima ventaja que llevan sobre los protestantes, en punto á moralidad y buenas costumbres.

CAPÍTULO XXVI

Aunque el número de nacimientos ilegítimos sea un buen síntoma para conocer el estado de las costumbres públicas en un pueblo, no revela, sin embargo, toda la extensión del mal. Vamos, pues, á presentar otras fases de la misma enfermedad, lo que procuraremos hacer lo más brevemente posible.

Recordará el lector haber leído en uno de los capítulos anteriores la clase de habitaciones en que vive una grandísima parte del pueblo inglés. ¿Quién no echa de ver, con sólo escuchar su descripción, los perniciosos efectos para la moralidad y pureza de costumbres que naturalmente se han de seguir de tal género de viviendas?

Cerca de cien páginas de su obra (*The Social Condition and Education of the English People*) dedica Mr. Kay á referir hechos y cosas que se tendrían por increíbles á no descansar en el testimonio del autor, que los sabe por propia observación, ó por haberlos escuchado á testigos oculares. Á buen seguro que si, omitiendo nombres de personas ó lugares, se leyera dicho libro de Kay ante un público de católicos, se echarían todos á discurrir cuál pudiera ser el pueblo tan bárbaro y salvaje donde tales escenas tuvieran lugar. La pintura que presentamos á continuación puede servir por modelo de un sótano de los que se estilan en muchas ciudades.

«Es muy frecuente que dos, tres, y aun cuatro familias, vivan y duerman juntas en un mismo aposento, sin la menor división que sirva para separar las diferentes familias ó los diversos sexos. Serán muy contados los sótanos donde no habiten al menos dos familias, al modo que llevo dicho. La cama suele ser, de ordina-

rio, un sencillo colchón, ó un montón de paja, echada sobre el frío y húmedo suelo. Aquí duermen padre y madre, hijos é hijas, amontonados todos, y en un estado tal de indecencia é incomodidad, que en nada tiene que envidiar á una caballeriza. No se conocen distinciones de edad, ni de sexos. Tan pronto se encuentra á un hombre durmiendo junto á dos mujeres, como junto á muchachas; unas veces véense á hermanos y hermanas, de diez y ocho ó de veinte años, confundidos entre sí indiferentemente, y tal vez á inocentes criaturas, que descansan en la misma cama que sus padres.

«Nada tiene ya de extraño que los niños de tales familias revelen una degradación moral extraordinaria. Jamás han oído una palabra sobre Dios; jamás han entrado en un templo; y si alguna vez, curioseando, se han acercado á sus puertas, se les ha arrojado pronto de ellas por sus harapos y suciedad. Á tal punto llegan, que muchos, probablemente, no tienen ni aun idea del bien y del mal.» (Kay, pág. 96.)

Al hablar el autor de las chozas donde viven los aldeanos, refiere escenas, si cabe, más asquerosas, y añade que deja de contar otras muchas por excesivamente horribles. «Ni se crea que éstos son casos aislados; es lo que está sucediendo en todo el país.» (Kay, pág. 118.)

Declame un párroco anglicano—son palabras textuales de Kay:—«La lujuria que reina entre las jóvenes es literalmente horrible, y cada día está tomando mayor auge. Nadie parece que piensa en otra cosa que en los placeres de la carne. Cuando yo vine á esta población, la mujer que había concebido por erimen no se atrevía á aparecer en público; hoy andan por todas partes sin el menor rebozo. Entonces no había aquí una mujer pública; hoy, en cambio, hay un número enorme de ellas.»

Otro ministro protestante refería al mismo autor, según él lo cuenta:

«No me acuerdo de haber casado una sola mujer que no estuviera embarazada, ó no hubiera tenido hijos antes de su matrimonio.»

Otro tercero, clérigo también, como los dos anteriores, añadía que «era imposible convencer á las tales jóvenes caídas, de lo feo y bochornoso de su pecado. Parece que en ellas ha muerto por completo el sentido moral por lo que respecta á esta materia.»

Trae después algunos casos particulares que el respeto debido

al público nos prohíbe transcribir en este libro. (Ibid., páginas 168-70.)

Tal era el estado de las cosas cuando escribía Mr. Kay en 1850. Desde aquella época, ¿ha mejorado el estado de las cosas? Díganoslo el Rev. J. B. Sweet, Vicario de Otterson, quien en 1883 escribía así:

«En la historia de Inglaterra no se registra época alguna en la que el indisoluble lazo del matrimonio se haya roto con tanta facilidad, ó su sagrado honor pisoteado con tanta desvergüenza como en nuestros días. La ley del divorcio es, no sólo la negación de la ley de Cristo, sino también un rudo golpe asestado á la vida misma y á la esencia de la sociedad. Tal ley permite y fomenta la disolución de los matrimonios; abre ancho campo al adulterio; legaliza la unión de los contrayentes inválidos; franquea á las curiosas miradas del vulgo locuaz los secretos más íntimos del sagrario de la familia; y, por último, impone severas penas al sacerdote que, en cumplimiento de su deber, se niega á bendecir ante el altar la unión sacrilega de unos adúlteros. Con esta impunidad y aprobación que las mismas leyes conceden, nada tiene de particular que el matrimonio se haya convertido para muchos en un paliativo de anteriores delitos; que el concubinato se extienda por todas partes; que los vínculos de la familia se aflojen de día en día; y, en fin, que las humanas concupiscencias se hayan de tal modo excitado, que ya se pida á voz en grito licencia ilimitada, y supresión de la ley fundamental que el Hacedor puso á todo hombre como condición indispensable para el bienestar del individuo y la propagación de la especie. En tanto, las calles de nuestras ciudades están plagadas de mujeres públicas, entre las que se cuentan muchas niñas de corta edad. Las autoridades municipales y los magistrados públicos buscan solícitos un remedio á tan asquerosa llaga, que está engangrenando el cuerpo social. Y tan general es la alarma en que á todos se ha puesto, que los Pares en el Parlamento, los Obispos, los clérigos y los seglares en los Congresos y conferencias, y hasta las señoras en la Prensa y en la tribuna, se ocupan seriamente en buscar antidotos contra un vicio que, hasta hace unos cuantos años, nadie se hubiera atrevido á nombrar siquiera en un discurso público, ni aun en una conversación privada.» (*The Increase of Immorality*, páginas 28-30.)

Nos haríamos muy molestos si hubiéramos de citar aquí los

testimonios de otros muchos clérigos protestantes que se expresan en términos análogos á los usados por el Rev. Sweet, poco ha citado (1).

Pero no he de pasar en silencio que en Gales, según es fama, ha estado por largos años reclutando numerosos prosélitos la inmoral secta de los mormones. Si tales conversiones fuesen ciertas, bien pudiera asegurarse que los convertidos no han ido de Guatemala á Guatepeor, pues tan peores son unos sectarios como otros en lo que toca á pureza y honestidad de costumbres.

¿Y quién aparece responsable ante Dios y la historia del desenfrenado libertinaje que envilece al populacho inglés? ¿Quién? La Iglesia episcopal anglicana, á quien incumbía el grave deber de moralizar á los pueblos, confiados á su cuidado y vigilancia.

Pero ¿cómo había de exigir la aceptación, y mucho menos la observancia de la moral evangélica, una Iglesia que ni tiene delegación divina para promulgarla, ni puede conferir gracias sobrenaturales para fácilmente cumplirla? No es, pues, extraño que la Reforma haya fracasado por completo en su obra civilizadora. Ni tienen reparo en reconocerlo así aun sus más fervientes adeptos, alguno de los cuales, tan caracterizado como el tantas veces nombrado presbiteriano escocés Mr. Laing, confiesa paladinamente que el Protestantismo, en comparación del Catolicismo, tiene mucho menos poder é influencia sobre el corazón humano.

Si creemos á Mr. Kay, el estado de degradación moral en que yace la plebe protestante es un fenómeno que nace de la falta de educación: la cual, como observa con mucho acierto, por necesidad debe ser sólidamente cristiana.

¡Qué lección podía haber dado aquí al Protestantismo, que, como el mismo autor lo confiesa, no es religión para pobres, ignorantes y pecadores, ni para las masas populares! En cambio, en las dos ó tres páginas que consagra á tratar de las relaciones de la Iglesia católica romana con el pueblo inglés, el mismo Kay reconoce que el clero romano se está abriendo camino aun entre aquella clase de personas, de quienes el Protestantismo no puede conseguir ni conseguirá nada.

(1) La edición inglesa cita 17 de estos testimonios, que se han dejado de traducir, parte por abreviar, y parte por no manosear una materia tan poco limpia y tan enojosa á la generalidad de nuestros lectores.

La razón que da de esta notable diferencia es por demás curiosa. Dice que los sacerdotes romanos, como en su generalidad son personas de costumbres rudas y menos finas que las de los protestantes, no sienten tanta repugnancia como estos en recorrer las callejuelas y meterse en las buhardillas donde vive la gentuza de la plebe.

No, Mr. Kay: la razón no es esa, ni mucho menos. La razón es que la Iglesia católica es la Iglesia de Jesucristo y la depositaria de su espíritu: por eso ama al pobre y va á buscarle, aunque sea á costa de mil trabajos: y con la sabiduría, dulzura y poder de que está revestida de lo alto, le convence, le amansa y le gana, librando así su alma de la eterna condenación.

La historia de lo pasado y la propia experiencia del presente dan elocuentísimo y convincente testimonio de que la Iglesia católica es el único poder de la tierra capaz de salvar el mundo.

Terminaremos de una vez con esta desagradable materia resumiendo en pocas palabras el capítulo de la prostitución.

Véase lo que dice Mulhall sobre el número de mujeres públicas existentes en las principales ciudades europeas:

CIUDADES PROTESTANTES	Número total.	Tantas por 10.000 habitantes.	Ó sea 1 por cada
Londres.....	31.800	83	120 habit.s
Berlín.....	27.300	248	40 »
CIUDADES CATÓLICAS			
París.....	26.900	122	82 »
Lión.....	5.520	145	69 »
Marsella.....	4.080	112	89 »
Burdeos.....	2.610	125	80 »

Según parece, las estadísticas de 1881 debieron servir á Mulhall de base para sus cálculos. Aunque, por otra parte, no parecen convenir con ninguna de las estadísticas de aquel tiempo, al menos que yo conozca, las cifras que señala á varias otras de las ciudades del Continente.

Pero ateniéndonos al cómputo de Mulhall, y suponiendo que en el decenio de 1880 aumentarán proporcionalmente la población y el vicio profesional, tendríamos que diez años más tarde

el número de las mujeres prostituidas en las tres grandes capitales de Europa sería el siguiente:

Año 1891.	Londres.....	35.092
»	» París.....	29.469
» 1890.	Berlín.....	39.853

De una obra publicada por el conocido estadista alemán Hausner, *Vergleichende Statistik von Europa*, 1865, vol. I, pág. 179, entresaco los siguientes datos, algo diversos de los suministrados por Mulhall, según lo verá el lector.

CIUDADES PROTESTANTES	Tantas por 10.000 habitantes.	Ó sea 1 por cada	CIUDADES CATÓLICAS	Tantas por 10.000 habitantes.	Ó sea 1 por cada
Hamburgo..	208	48 hab.s.	Buda-Pesth..	97	103 hab.s.
Berlín.....	161	62 »	Viena.....	62	159 »
Londres.....	109	91 »	Nápoles.....	48	208 »
Liverpool...	77	129 »	Munich.....	45	220 »
Amsterdam..	65	153 »	Madrid.....	41	240 »
Rotterdam..	58	171 »	París.....	40	247 »
Edinburgo..	50	198 »	Bruselas....	36	275 »
Dresde.....	42	236 »	Marsella....	35	283 »
La Haya....	40	248 »	Burdeos.....	32	312 »
Manchester?.	20	489 »	Lión.....	23	422 »

Hemos señalado con una interrogación á la ciudad de Manchester, porque se nos hace muy dudoso que en ella se encuentre tan elevado el nivel de la moralidad con relación á las demás ciudades protestantes.

Y ya que no aparece en el cuadro precedente, merece especial mención la ciudad católica de Bolonia, donde, según el mismo Hausner, tan sólo hay una prostituta por cada 590 habitantes, y sólo 16 por cada 10.000.

El lector se habrá fijado en las notables diferencias que hay entre los dos cuadros que aquí hemos presentado. Si, como poco há lo hacíamos con la estadística de Mulhall, tomamos ahora como base para un cálculo, la proporcionalidad entre el vicio profesional y el número de habitantes que señala Hausner, obtendríamos los siguientes resultados, bien distintos, por cierto, de los arriba obtenidos:

CIUDADES-PROTESTANTES	TOTAL	CIUDADES CATÓLICAS	TOTAL
Londres.....	46.275	París.....	9.910
Berlín.....	25.464	Viena.....	8.582

¿Y cómo explicar tan notables diferencias? La causa de ellas es que en Londres y en Berlín se ha comprendido, bajo la denominación general de mujeres públicas, no sólo á las que como tales están inscritas en los Registros de la Policía, sino también á otras muchas que ejercen una prostitución clandestina, de las cuales sólo ha podido obtenerse un número aproximado, gracias á los datos recogidos por algunos médicos, sociólogos y comisionados del Parlamento.

En cambio, las estadísticas de París y Viena no mencionan sino á las que están públicamente autorizadas para el ejercicio de su infame tráfico.

Por lo demás, cuantos han escrito sobre esta materia, convienen que es casi imposible obtener el número exacto de estas infelices, y que es necesario contentarse con aproximaciones más ó menos exactas y conjeturables.

Los datos que á continuación añadimos nos podrán servir á nosotros de base para rastrear el estado de la moralidad en la capital inglesa.

En un dictamen presentado en la Cámara de los Lores, al discutirse la cuestión de las enfermedades contagiosas, se decía que el año 1859 la Policía denunció en la capital 6.849 mujeres prostituidas, y en 1868, 6.515; pero que, además de éstas, había otras muchas, cuyo número no se podía calcular ni aun aproximadamente por oscilar entre 20.000 y 80.000.

Leo en la Revista *Tait's Edinburgh Magazine* (vol. XXIV, página 748, 1857):

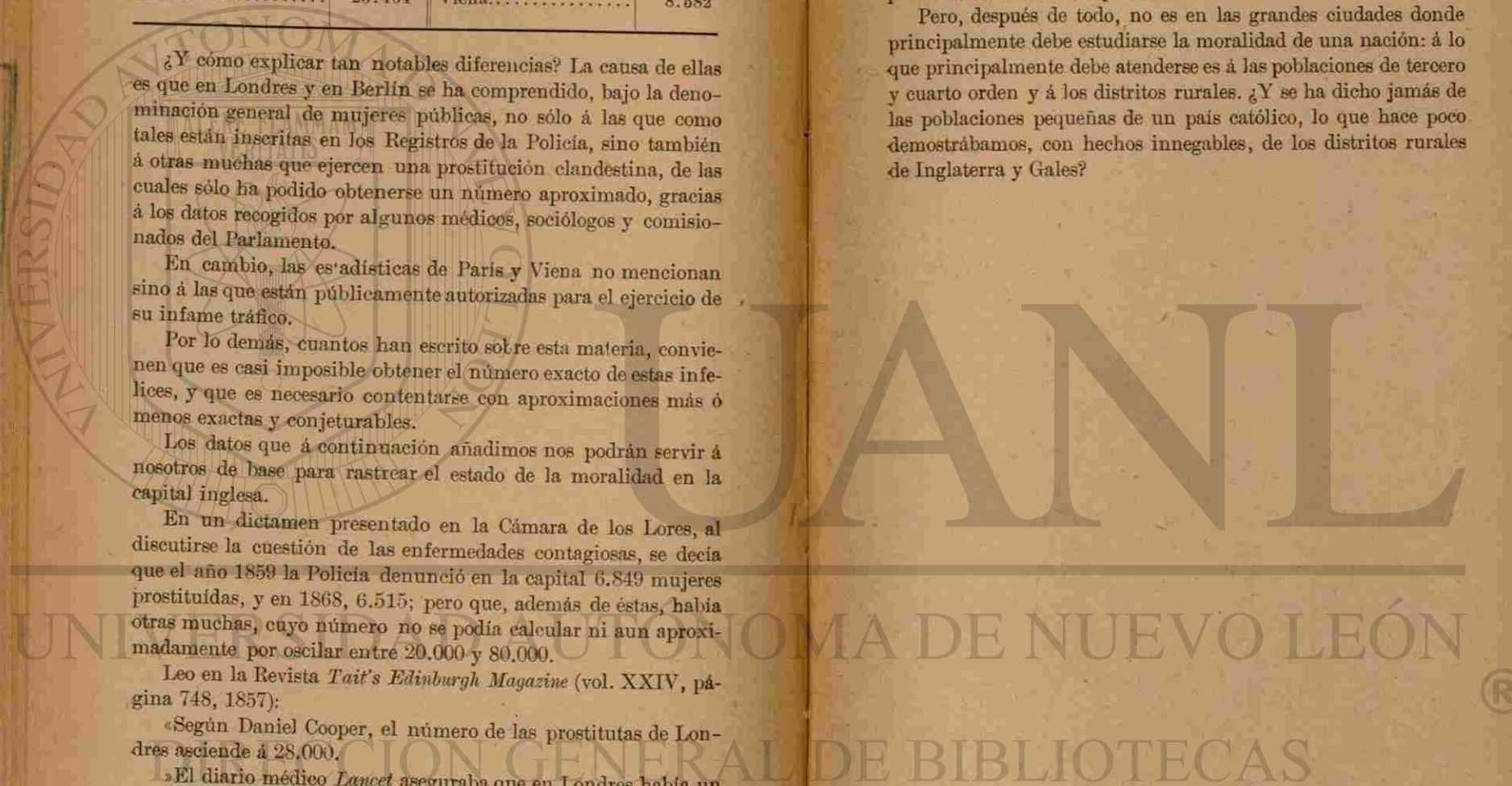
«Según Daniel Cooper, el número de las prostitutas de Londres asciende á 28.000.

»El diario médico *Lancet* aseguraba que en Londres había un burdel por cada 60 casas, y que de 16 mujeres, una era de hecho culpable de este delito.

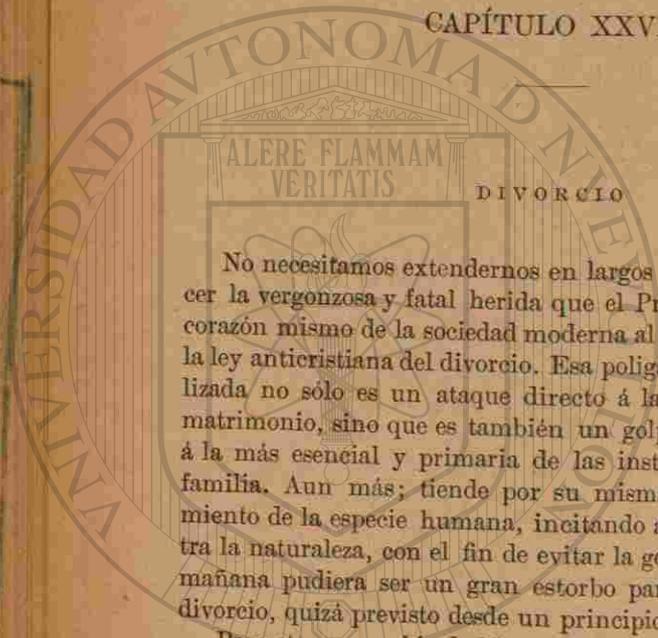
»Mr. Talbot y otros diligentes observadores hacen subir á 5.000 el número de casas de tolerancia, y á 80.000 el de mujeres caídas.»

Cualquiera que sea la verosimilitud que revistan estos cálculos con respecto á Londres, bien puede asegurarse que jamás se le ha ocurrido á nadie hacerlos, ni aun aproximadamente, de la capital de Francia, que es, entre todas las ciudades católicas, la que peor fama tiene en esta parte.

Pero, después de todo, no es en las grandes ciudades donde principalmente debe estudiarse la moralidad de una nación: á lo que principalmente debe atenderse es á las poblaciones de tercero y cuarto orden y á los distritos rurales. ¿Y se ha dicho jamás de las poblaciones pequeñas de un país católico, lo que hace poco demostrábamos, con hechos innegables, de los distritos rurales de Inglaterra y Gales?



CAPÍTULO XXVII



No necesitamos extendernos en largos discursos para encarecer la vergonzosa y fatal herida que el Protestantismo infirió al corazón mismo de la sociedad moderna al introducir y sancionar la ley anticristiana del divorcio. Esa poligamia y poliandra legalizada no sólo es un ataque directo á la divina institución del matrimonio, sino que es también un golpe de muerte asestado á la más esencial y primaria de las instituciones humanas: la familia. Aun más; tiende por su misma esencia al aniquilamiento de la especie humana, incitando á cometer pecados contra la naturaleza, con el fin de evitar la generación que el día de mañana pudiera ser un gran estorbo para la realización de un divorcio, quizá previsto desde un principio.

Para eterno oprobio de Martín Lutero, principal promotor de la revolución religiosa, y de sus íntimos amigos Melanchthon y Bucero, corifeos también de la Reforma, va unida á sus nombres la triste gloria de haber asentado los fundamentos del divorcio laico, cuando consultados como expositores de la doctrina de Cristo por el Landgrave de Hesse sobre si era lícita la bigamia, respondieron afirmativamente en un documento escrito «después de madura deliberación» y firmado en Wittenberg, «viernes después de la fiesta de San Nicolás, 1539», según se lee en el original que puede verse en Spalding. (*History of the Reformation*, vol. I, pág. 484.)

También la Iglesia episcopal anglicana debe su origen, como lo saben hasta los chicos de la escuela, á la desenfrenada concupiscencia y arrebatado carácter de un Monarca que pretendía divorciarse de su legítima esposa.

Es que el Protestantismo lleva entrañados en su misma esencia los gérmenes de destrucción y disolución, aun de lo más inviolable é indisoluble. Rompió la unidad de la fe, fortísimo lazo que estrechaba en uno los pueblos todos de Europa; ¿qué tiene de extraño que soltara el vínculo conyugal, que liga entre sí los individuos todos de una familia?

Empezóse por despojar al matrimonio del carácter sagrado que le comunicaba su institución divina; y dado este primer paso, ¡á qué extremos y aberraciones no se llegó! Todas las sectas, la de los Episcopales, Presbiterianos, Congregacionalistas, Metodistas, Bautistas, Luteranos; en fin, todas y cada una de las ciento y más en que está subdividido el cristianismo protestante, reciben sin menor reparo en su comunión, y aun admiten á la participación de sus oficios ó misterios, á cualquier hombre ó mujer que por decreto del juez esté divorciado de su legítimo consorte, y casado en segundas ó terceras nupcias.

Es verdad que los libros disciplinares de algunas sectas decretan expresamente lo contrario; pero, ¿qué se le va á hacer si lo ordena así la ley civil? ¿Acaso los modernos reformados pueden obrar contra aquella máxima de sus padres los antiguos reformadores: «Primero el César y después Dios?»

Fieles también aquí á nuestro método, dejaremos hablar á algunos publicistas protestantes, á fin de que ellos mismos nos expliquen el desarrollo asombroso que va tomando, y los estragos sin cuento que en las naciones separadas de Roma está causando, el criminal abuso de los divorcios.

«A los dos años de haberse creado un Tribunal especial que entendiase en las causas de divorcio, ascendió el número de demandas, de tres anuales que eran en un principio, á 300. El mismo Lord Campbell, anotando en su diario este fenómeno, añade que le tenía estupefacto, y, como otro Frankenstein, estaba asustado ante aquel horrible monstruo, al que él mismo había dado vida» (1). (*Life of Campbell*, citado en el *Guardian*, Abril de 1881.)

¿Qué hubiera dicho Lord Campbell si hubiera visto lo que en la actualidad está sucediendo en Inglaterra, donde los casos de divorcios son casi tan frecuentes como en Norte América? Y,

(1) En el período de 1858 á 1862, los divorcios anuales de Inglaterra no pasaban de 205; en 1898 ascendían á 644.

cierto, que en esta República aumentan de un modo asombroso. Así, «en Connecticut ventiláronse en 1849, 91 causas de divorcio; hoy se ventilan por término medio anual 440; de modo que la relación entre los matrimonios y los divorcios es ya de diez á uno. En los últimos treinta años, la población ha aumentado en un 70 por 100, al paso que los divorcios se han multiplicado en un 500 por 100.» (*National Church*, Mayo de 1883.)

«Si los divorcios aumentan en los Estados Unidos en la misma proporción que hasta aquí, dentro de veinte años su número igualará al de los matrimonios.» (*Morning Post*, Junio 20, 1883.)

El conocido escritor y clérigo protestante Rev. Barin Gould, en su obra *Germany Past and Present* (vol. I, cap. V), se expresa así:

«El divorcio es en Dinamarca muchísimo más frecuente que en Alemania, y, por lo que yo he visto y he oído á otros testigos oculares, me temo que el nivel moral debe estar bajísimo en la península danesa é islas adyacentes. Por cada 10.000 personas mayores de quince años, hay en Alemania 26 divorciadas; en Dinamarca, 50; en Hungría, 44; en Suiza (en los cantones zwinglianos y calvinistas), 47; en la católica Austria, 4,8 (las cuales probablemente serán protestantes). La Memoria oficial publicada en 1872 contenía esta significativa declaración: Es muy notoria la diferente propensión al divorcio que existe en las diversas comuniones religiosas. En los distritos protestantes, los divorcios son frecuentes; en cambio, son rarísimos en los puramente católicos.»

La *Edinburg Review* (Octubre 1880, pág. 529) dice: «Los divorcios anuales en Prusia son, por término medio, 90 por 1.000 (1). En Transilvania, dos terceras partes de las muchachas lúteras que se casan están divorciadas al cabo de un año, y serán contadas las mujeres que no hayan conocido tres maridos autorizados por la ley.»

El Dr. Allen, en su opúsculo *The New England Family*, trata largamente sobre los peligros con que amenazaba á la sociedad este enemigo y destructor de la familia. Aduce al efecto datos ofi-

(1) Los divorcios de Alemania por los años de 1881 y siguientes hasta el 1885, fueron cerca de 8.000 anuales; en los años sucesivos aumentaron hasta 10.000. En cambio, en la católica Austria fueron 106 en 1890 y 133 en 1894.

ciales, que después fueron repetidos en las «Conferencias sobre la vocación de una mujer cristiana,» que publicó el Rev. Morgan Dix.

Juzgando dichas conferencias la *Literary Churchman* (Octubre 12, 1883), se expresaba en los siguientes términos: «...Trátase en la conferencia cuarta sobre los pecados de una mujer contra su vocación; en la quinta sobre el divorcio, materia de mucha actualidad, y sobre todo en Inglaterra, para que temblemos viendo el espantoso precipicio adonde han llegado los norteamericanos, por la licencia desenfrenada que han dado al divorcio. Fijándonos tan sólo en las estadísticas de 1878, la relación entre el número de divorcios y el de matrimonios fué en Vermont de uno por trece; en Rhode Island y New Hampshire, de uno por diez, y en Maine, aún menor.

El Dr. Dix nota también un hecho que no debe pasarse en silencio: En el número de matrimonios de la proporción anterior no se comprenden los de los católicos, porque ellos, y en esto son muy dignos de alabanza, siguen literalmente el precepto de Jesucristo sobre la indisolubilidad del matrimonio, en cuanto al vínculo. Entre los protestantes no pasa lo mismo, y así vemos en Massachussets una décimacuarta parte de los matrimonios disueltos al poco tiempo, y en Connecticut una octava parte. Lo que de aquí nace en los Estados de la Unión Americana es la separación y ruina de unas 2.000 familias por año (1). Y está ya averiguado que, al mismo paso que se aflojan los lazos de la vida conyugal, crecen horriblemente los delitos contra la castidad y decencia.»

Como el Rev. Dr. Dix pertenece, dentro de la secta episcopal, al partido apellidado «High», reconoce que en la sociedad cristiana es necesario un poder definitivo y ejecutivo, que pueda poner un dique á esta arrebatadora inundación del vicio.

(1) Este número ha crecido últimamente de un modo extraordinario. En un semanario de los Estados Unidos, el *Catholic Columbian*, recogimos los datos siguientes: En la ciudad de Chicago se han dado en el término de doce meses 3.000 sentencias de divorcios; 8.844 demandas de lo mismo se presentaron en otras 24 ciudades, de las que fueron falladas 6.608. Los divorcios autorizados por los tribunales en el término de cuarenta años ascienden á 500.000. El año 1870 son anulados el 3 $\frac{1}{2}$ por 100 de todos los matrimonios del país; en 1881 la proporción es de 4 por 100, en 1890 de 6 $\frac{1}{2}$ por 100, y, por fin, de 8 por 100 en el 1900.

Las cuales palabras, sobre todo dichas por un doctor en Teología de la secta episcopal, contienen una confesión muy preciosa. Porque á cualquiera ocurre preguntar: ¿Dónde está en vuestra Iglesia ese poder definitivo y ejecutivo que exigís? ¿Eslo acaso el Rey de Inglaterra, hoy Eduardo VII, Jefe nato de la Iglesia episcopal anglicana? Pero la rama de América, desgajada del árbol del episcopalismo inglés, no reconoce autoridad ninguna fuera de los Estados Unidos. Y en esta República, ¿cuál es la autoridad civil ó eclesiástica que reasuma en sí un poder definitivo y ejecutivo en lo dogmático, lo mismo que en lo moral? ¿Quién es el supremo Jeraarca á quien han de prestar obediencia el Episcopado, el Clero y los fieles de la «Iglesia episcopal protestante de los Estados Unidos de América,» como ellos se apellidan?

Aquí está todo el punto de la dificultad. Porque todo el mundo sabe que la única autoridad que presuma especial misión y asistencia de lo alto para declarar la doctrina de Jesucristo, y que se crea revestida de poder supremo para exigir el cumplimiento de sus decisiones, es la Iglesia católica romana, de la que el Papa es Cabeza suprema y Pastor universal.

CAPÍTULO XXVIII

PECADORES Y SANTOS

Viendo la superioridad evidente del Catolicismo que resulta del presente estudio comparativo, se habrá alguien imaginado que habríamos de celebrar nuestro triunfo con transportes de extraordinario júbilo y alegría. Sin embargo, no es así. La satisfacción que nos causa esta relativa ventaja, va mezclada de una profunda tristeza, nacida de ver tantos pecados y crímenes en cada uno de los dos opuestos bandos que aquí se disputaban la victoria.

Hay vicios y pecados entre los católicos, y también entre los protestantes, es también muy cierto. Certísimo es que los de estos últimos son más graves y numerosos que los de aquéllos: sin embargo, si se consideran los dogmas fundamentales de las dos opuestas y encontradas creencias, los de la una, revelados por el mismo Dios; los de la otra, nacidos de las aberraciones de la débil razón humana; si se atiende á las copiosas y eficacísimas gracias sobrenaturales que para vencer las pasiones y practicar la virtud se comunican abundantemente á los unos y se niegan á los otros; si todo esto se tiene en cuenta, hallaremos que el cotejo anterior debería resultar para los católicos doblemente favorable de lo que en realidad resulta.

Después de todo, anteponerse á una religión de tan extremada pobreza espiritual como el Protestantismo, diciéndole: «Soy menos inmoral y menos mala que tú,» es una alabanza muy indigna en labios de una religión que es la religión de los Santos; es un himno de triunfo muy triste para que, quien está asegurado en la firme roca de la verdad, lo cante á los oídos de un enemigo que titubea en el pantano cenagoso de la duda y del error, sin hallar

Las cuales palabras, sobre todo dichas por un doctor en Teología de la secta episcopal, contienen una confesión muy preciosa. Porque á cualquiera ocurre preguntar: ¿Dónde está en vuestra Iglesia ese poder definitivo y ejecutivo que exigís? ¿Eslo acaso el Rey de Inglaterra, hoy Eduardo VII, Jefe nato de la Iglesia episcopal anglicana? Pero la rama de América, desgajada del árbol del episcopalismo inglés, no reconoce autoridad ninguna fuera de los Estados Unidos. Y en esta República, ¿cuál es la autoridad civil ó eclesiástica que reasuma en sí un poder definitivo y ejecutivo en lo dogmático, lo mismo que en lo moral? ¿Quién es el supremo Jeraarca á quien han de prestar obediencia el Episcopado, el Clero y los fieles de la «Iglesia episcopal protestante de los Estados Unidos de América,» como ellos se apellidan?

Aquí está todo el punto de la dificultad. Porque todo el mundo sabe que la única autoridad que presuma especial misión y asistencia de lo alto para declarar la doctrina de Jesucristo, y que se crea revestida de poder supremo para exigir el cumplimiento de sus decisiones, es la Iglesia católica romana, de la que el Papa es Cabeza suprema y Pastor universal.

CAPÍTULO XXVIII

PECADORES Y SANTOS

Viendo la superioridad evidente del Catolicismo que resulta del presente estudio comparativo, se habrá alguien imaginado que habríamos de celebrar nuestro triunfo con transportes de extraordinario júbilo y alegría. Sin embargo, no es así. La satisfacción que nos causa esta relativa ventaja, va mezclada de una profunda tristeza, nacida de ver tantos pecados y crímenes en cada uno de los dos opuestos bandos que aquí se disputaban la victoria.

Hay vicios y pecados entre los católicos, y también entre los protestantes, es también muy cierto. Certísimo es que los de estos últimos son más graves y numerosos que los de aquéllos: sin embargo, si se consideran los dogmas fundamentales de las dos opuestas y encontradas creencias, los de la una, revelados por el mismo Dios; los de la otra, nacidos de las aberraciones de la débil razón humana; si se atiende á las copiosas y eficacísimas gracias sobrenaturales que para vencer las pasiones y practicar la virtud se comunican abundantemente á los unos y se niegan á los otros; si todo esto se tiene en cuenta, hallaremos que el cotejo anterior debería resultar para los católicos doblemente favorable de lo que en realidad resulta.

Después de todo, anteponerse á una religión de tan extremada pobreza espiritual como el Protestantismo, diciéndole: «Soy menos inmeral y menos mala que tú,» es una alabanza muy indigna en labios de una religión que es la religión de los Santos; es un himno de triunfo muy triste para que, quien está asegurado en la firme roca de la verdad, lo cante á los oídos de un enemigo que titubea en el pantano cenagoso de la duda y del error, sin hallar

en parte alguna punto de apoyo: es una ostentación de trofeos muy poco honrosa para quien, disponiendo de las armas todas del poder divino, logra postrar á sus plantas á un adversario inerme y debilitado.

Para la Una, Santa, Católica y Apostólica Iglesia de Dios, fecunda Madre de Santos y verdadero cielo de las almas (si cielo pudiera haber sobre la tierra), sería ciertamente una menguada gloria el que, dirigiéndose al pobre y harapiento Protestantismo, desgarrado por innumerables excisiones intestinas, le dijera: «Mira las estadísticas! Mis hijos no son tan malos como los tuyos!»

Así es, en efecto. Por eso la Iglesia católica jamás se ha valido de tal argumento para probar su verdad y su santidad. Pero el Protestantismo, deseoso de parangonarse con el Catolicismo, y firmemente convencido de que en la parte doctrinaria, tanto dogmático como moral, no puede ni á cien leguas equipararsele, ha echado mano de este rastrero argumento, que, aparentemente al menos, le da algunos puntos de contacto con su rival: «Tú — ha dicho — eres tan malo y tan perverso como yo!»

Consúltese la historia apologetica del Protestantismo. Hace tres siglos, lo mismo que hoy, toda ella se reduce á un zurcido de burdas calumnias con que se explota á maravilla la candidez é ignorancia de las masas populares. En toda ella no se hace más que repetir en todos los tonos posibles esta misma canción: «Los pueblos católicos son los más ignorantes. La doctrina católica enseña que la ignorancia es madre de la devoción. Los católicos son más incivilizados, más pobres, más criminales, más tales y más cuáles.»

¡Á cuántas y cuántas almas se habrá engañado con esta sofística gritería! Impedir, pues, que en lo sucesivo caiga nadie en las redes de la mentira y hacer ver claro como la luz meridiana lo falso y absurdo de tales recriminaciones, ha sido el único fin que nos propusimos al escribir esta obrita.

Que tanto en el Catolicismo como en el Protestantismo hay pecadores, nadie lo niega. ¡Demasiados hay, por desgracia! Pero, ¿de qué aprisco sale el Buen Pastor á buscar la oveja descarriada, y va lejos, muy lejos, sin perdonar á trabajo ni á distancia, hasta que al fin la encuentra, y poniéndola sobre los hombros, la vuelve alegre al rebaño, del que en mal hora andaba alejada? ¿Quién ha sido en todos tiempos la tierna y solícita madre que ha exco-

gitado toda clase de artificios é invenciones para el alivio y bienestar de los desventurados, de los pobres, de los enfermos, de los huérfanos, de los niños abandonados, de los ancianos é inválidos, en fin, hasta de las infelices mujeres á quienes el vicio ha convertido en los seres más abyectos de la tierra?

¿Quién puede arrogarse tamaña gloria sino la Iglesia católica? ¿Quién sino ella cura y cicatriza las heridas del alma por asquerosas que sean? Por eso gusta de ser apellidada con el hermoso renombre de «Refugio de pecadores,» timbre de honor singularísimo, que también se tributa á la Madre de Dios, María Santísima, como uno de sus títulos más honoríficos.

Pero la misión de la Iglesia no es sólo cooperar con Jesucristo en la obra divina de la Redención, estableciendo paz entre Dios y el pecador; incúmbele también continuar el otro fin, más grande si cabe, que el Hijo de Dios se propuso en su venida al mundo en carne mortal: la santificación de las almas.

Y aquí también es donde el Protestantismo aparece inmensamente inferior: incapaz aun de sufrir comparación. ¿Dónde está el poder santificante del Protestantismo? ¿Dónde está el catálogo de sus santos, comparado con esa gloriosa pléyade de almas perfectas que en todo tiempo han formado el ornamento más precioso y la corona del Catolicismo? ¡Ah! Solamente la Iglesia, fundada por el mismo Dios y enriquecida por los dones sobrenaturales de su liberal mano, puede poseer esa fuerza misteriosa para santificar á un alma y conducirla por los senderos de la cristiana perfección.

Y tal Iglesia no es más que una, por antonomasia apellidada Santa: la Santa Iglesia Católica; campo fértil donde se dan los sabrosos frutos de todas las virtudes cristianas, y escuela de la más elevada perfección. Ella, en efecto, ilustrando el entendimiento con las verdades reveladas, y educando el corazón con el ejercicio de las virtudes cristianas, conduce á las almas generosas que se someten á su dirección hasta la unión íntima con Dios. ®

La débil razón humana en ninguna cosa ha descubierto para el hombre peregrino sobre la tierra destino tan noble ni dicha tan completa como en el servir y adorar á un Dios Criador. Pero el Catolicismo, y sólo el Catolicismo, depositario del rico tesoro de la revelación hecha por Jesucristo, sublima infinitamente el destino de los mortales sobre la tierra, exhortándolos á la imitación de la vida del mismo Dios. «Sed perfectos — dice á

sus fieles,—como vuestro Padre celestial es perfecto.» Y los que, sintiendo en sí alientos para cumplir este consejo de su Madre la Iglesia, se esfuerzan incesantemente por asemejarse al dechado de perfección infinita, la santidad de Dios, tales son los que el Catolicismo canoniza con el glorioso título de Santos. ¡Inefable exaltación de la humana naturaleza!

Y aquí volvemos á preguntar de nuevo: ¿Quién es capaz de realizar tamaño prodigio, como es el que la criatura nacida en pecado participe en alguna manera de las perfecciones y vida santísima del mismo Dios? El Catolicismo ha visto reproducido este milagro del orden sobrenatural en millones y millones de hijos suyos, elevados al honor de los altares.

¿Puede el Protestantismo presentar nada que á esto se parezca? No. El Protestantismo jamás ha soñado en canonizar á ninguno de sus adeptos, ni lo canonizará.

CAPÍTULO XXIX

LA VUELTA Á LA FE CRISTIANA Y Á LA UNIDAD

La Reforma del siglo XVI es considerada por muchos como una revolución religiosa que dió nueva organización al Cristianismo y creó un nuevo poder en la Iglesia de Dios, con plenas facultades para libertar á los pueblos de la coyunda de Roma. Pero no: la Reforma no merece llamarse revolución, puesto que dejó incólumes el antiguo credo y la antigua constitución jerárquica del Catolicismo: cuádrale mucho mejor el título de rebelión religiosa.

El nombre de protestantes, que se apropiaron los corifeos de la nueva secta, expresa muy al propio el carácter de aquel movimiento religioso, que no consistió en otra cosa que en protestar é insurreccionarse contra el orden ya establecido en la Iglesia de Dios. El Protestantismo no edifica nada; no sabe más que destruir. Jamás ha podido congregar á sus dispersas muchedumbres en un Concilio general, donde se formulase el símbolo de las creencias y se redactase la constitución de la nueva forma de Cristianismo. Ni aun siquiera ha logrado juntar en uno las abigarradas haces desertoras de Roma, y dirigir con todas ellas un ataque organizado y uniforme contra unos mismos dogmas revelados.

En lo único en que todos convienen, es en atacar bajo diversos pretextos al Catolicismo; de modo que pudiera afirmarse que si éste, por un imposible, desapareciera del mundo, el Protestantismo carecería de razón de ser.

Quien detenidamente examina la naturaleza de la Reforma, no podrá menos de extrañar que, ora se la considere como un sistema general (si nombre de sistema merece una aglomera-

sus fieles,—como vuestro Padre celestial es perfecto.» Y los que, sintiendo en sí alientos para cumplir este consejo de su Madre la Iglesia, se esfuerzan incesantemente por asemejarse al dechado de perfección infinita, la santidad de Dios, tales son los que el Catolicismo canoniza con el glorioso título de Santos. ¡Inefable exaltación de la humana naturaleza!

Y aquí volvemos á preguntar de nuevo: ¿Quién es capaz de realizar tamaño prodigio, como es el que la criatura nacida en pecado participe en alguna manera de las perfecciones y vida santísima del mismo Dios? El Catolicismo ha visto reproducido este milagro del orden sobrenatural en millones y millones de hijos suyos, elevados al honor de los altares.

¿Puede el Protestantismo presentar nada que á esto se parezca? No. El Protestantismo jamás ha soñado en canonizar á ninguno de sus adeptos, ni lo canonizará.

CAPÍTULO XXIX

LA VUELTA Á LA FE CRISTIANA Y Á LA UNIDAD

La Reforma del siglo XVI es considerada por muchos como una revolución religiosa que dió nueva organización al Cristianismo y creó un nuevo poder en la Iglesia de Dios, con plenas facultades para libertar á los pueblos de la coyunda de Roma. Pero no: la Reforma no merece llamarse revolución, puesto que dejó incólumes el antiguo credo y la antigua constitución jerárquica del Catolicismo: cuádrale mucho mejor el título de rebelión religiosa.

El nombre de protestantes, que se apropiaron los corifeos de la nueva secta, expresa muy al propio el carácter de aquel movimiento religioso, que no consistió en otra cosa que en protestar é insurreccionarse contra el orden ya establecido en la Iglesia de Dios. El Protestantismo no edifica nada; no sabe más que destruir. Jamás ha podido congregar á sus dispersas muchedumbres en un Concilio general, donde se formulase el símbolo de las creencias y se redactase la constitución de la nueva forma de Cristianismo. Ni aun siquiera ha logrado juntar en uno las abigarradas haces desertoras de Roma, y dirigir con todas ellas un ataque organizado y uniforme contra unos mismos dogmas revelados.

En lo único en que todos convienen, es en atacar bajo diversos pretextos al Catolicismo; de modo que pudiera afirmarse que si éste, por un imposible, desapareciera del mundo, el Protestantismo carecería de razón de ser.

Quien detenidamente examina la naturaleza de la Reforma, no podrá menos de extrañar que, ora se la considere como un sistema general (si nombre de sistema merece una aglomera-

ción de doctrinas contradictorias), ora se la mire como representada en alguna de sus innumerables fracciones, en ningún caso puede preciarse de haber descubierto una sola verdad, ni de haber creado nada positivo que antes no creyera y tuviera la Iglesia católica.

Y es que como su carácter esencial consiste en la rebelión, está reñido con cualquier superior legítimo ó autoridad organizada, que pueda definir doctrinas ó promulgar leyes en materia de religión. Si tal teoría se implantase en el orden político, traería consigo la anarquía más completa, y haría tan imposible cualquiera forma de gobierno, como es imposible que se establezca ninguna religión cristiana sobre el principio fundamental de la Reforma.

Si los protestantes fueran lógicos, no debiera haber entre ellos ni orden, ni unión, ni sistema, ni gobernantes, ni gobernados. Aun los individuos que componen una misma secta y aparentan creer unos mismos dogmas y someterse á una misma disciplina, no lo hacen así porque reconozcan en su Iglesia ningún derecho á exigirles adhesión intelectual y moral, sino por la mera casualidad de que las creencias de aquella comunión coinciden con las opiniones de los miembros que las componen; y los ejercicios del culto y el orden jerárquico establecido, es el que más se acomoda á los gustos ó inclinación de los particulares. Así se encuentran protestantes que abandonan la secta en que han nacido y se han educado, por la suprema razón de que ya no se les acomoda.

No existe entre ellos esa poderosísima y convincente razón que tenemos nosotros los católicos para profesar la religión que profesamos. Nosotros, en efecto, tenemos esta religión santísima porque Dios así lo ha querido, y expresamente nos lo ha mandado, conminándonos, caso de contravenir á su soberana voluntad, con la eterna condenación. No somos, pues, como erróneamente suele decirse, *moralmente libres* para escoger la religión que nos parece, y distamos mil leguas de admitir el absurdo é inmoral lema del Protestantismo: «Licencia absoluta para creer y obrar lo que á uno se le antoje, sin la menor responsabilidad.»

Pero, ¿y cuál es la razón porque los señores reformados *protestan* contra la Iglesia católica? La razón suprema y fundamental no es otra sino porque la Iglesia se proclama investida por el mismo Cristo de suprema autoridad, á la cual reclama sumisión y obediencia.

No, no rechazan á la Iglesia porque crean absurdos los dogmas y corrompida la moral que predica, sino más bien, llaman á sus dogmas absurdos y corrompida á su moral, precisamente porque la Iglesia enseña entre sus principales verdades la obediencia humilde en nombre de Jesucristo. Y ya se ve: semejante doctrina echa por tierra la principal añagaza de que la Reforma se ha valido en todos tiempos para reclutar prosélitos, que no ha consistido en otra cosa que en halagar el natural orgullo del corazón humano. «¡En el Cristianismo todo el mundo es libre para gobernarse á sí mismo! La lectura de la Biblia es la única regla de fe y de conducta!» Tales han sido las enseñanzas protestantes.

Pero, ¿quién me asegura de la autoridad del Sagrado Texto? ¿Quién de su autenticidad? ¿Qué medio les resta á los analfabetos, á quienes es imposible leer la santa Biblia? El contestar á tales preguntas ofrece, ciertamente, serias dificultades en el sistema protestante; pero, ¿qué les importa por unas cuantas dificultades, por insolubles que sean á ellos, que tantas contradicciones y absurdos están acostumbrados á devorar?

Muchos, sin embargo, se imaginan que los principios de la Reforma fueron obra de Dios, aunque llevada á cabo, eso no lo pueden negar, por medio de instrumentos bien poco dignos, por no decir otra cosa. Según esta opinión, Lutero, Calvino y Enrique VIII no hicieron más que plantar la maravillosa semilla, de la que, andando el tiempo, había de nacer el árbol gigantesco cuyos sabrosos frutos de moralidad, libertad y civilización habían de engrandecer á los pueblos cobijados bajo su benéfica sombra.

¡Cuánto se explota en el mundo con hueca palabrería la buena fe de las gentes sencillas é ignorantes! Nosotros, al menos, no comprendemos qué punto de semejanza tenga la Reforma en el germen viviente de una planta. Porque si toda semilla constituye por sí misma un organismo específico, que se desenvuelve con sujeción á una forma determinada, y tiende á la producción de un fruto distintivo, ¿cuál de estos caracteres encontramos en la Reforma?

Un afamado publicista y Rector de la Iglesia episcopal de Gracia, en la ciudad de Nueva York, el Dr. Huntington, ha dicho, tratando de la dificultad que habrá siempre para unir en un solo cuerpo los diversos miembros ó sectas del Protestantismo:

«Existe una gran diferencia entre una organización y un organismo. Este último nace; aquélla se hace. Podrá un carpintero con su sierra, martillo y clavos construir un artefacto que imite á un árbol. Pero que lo plante un hortelano en su huerto, ¿echará raíces si antes no está provisto de un principio de vida? Más de un punto de contacto guarda la Eclesiología con la Biología.

«Piensan algunos que la unión será un hecho. Nosotros creemos que para eso se necesita una fuerza intrínseca unitiva como la que existe en la simiente; no basta la mera unión extrínseca que pudiera obtenerse por cualquier procedimiento mecánico.

«Hoy por hoy, y tal como se presentan las cosas, parece claro que ninguna de las sectas en que se halla fraccionado el Protestantismo americano, puede aspirar á atraerse el amor y la alianza ni aun siquiera de la mayoría de nuestro pueblo. No parece, por lo tanto, que ninguna de ellas esté llamada á ser el núcleo de agrupación de donde ha de resultar el organismo definitivo.» (*The Independent*, Abril 12 de 1893. *Difficulties of Organic Union.*)

Si la Biología no ha logrado hasta el presente, ni logrará en lo sucesivo, producir un organismo viviente por distintos procedimientos de los señalados por la naturaleza, bien pueden los eclesiólogos protestantes despedirse para siempre del irrealizable proyecto de infundir germen vital en alguna de las ramas secas de que consta el Cristianismo reformado.

Como toda acción violenta y repentina, el Protestantismo adquirió muy pronto el maximum de su fuerza, y ya desde un principio causó todo el daño real que habia de causar en el cuerpo místico de la Iglesia, separando de su comunión algunas naciones. En el primer acto de aquella rebelión religiosa, que fué la sustitución de la autoridad divina por la humana, hallábanse ya contenidos como en germen todos los sucesos que después se desarrollaron: la subordinación de la religión á la política, de la Iglesia al Jefe del Estado.

Desde entonces, el Protestantismo no ha progresado más que en una cosa: en adoptar cada vez nuevas formas, en cambiar incessantemente de fe. Aunque dije mal. Porque el Protestantismo no cambia de fe, sino de opinión, como quiera que no puede haber fe ni virtud teologal donde el objeto del acto no es Dios, donde no se cree por la autoridad infalible de un Dios que nos habla.

¡De modo que la grande obra de la Reforma ha consistido en la abolición de la fe divina y el entronizamiento de la nebulosa

y rastrera opinión humana! Su única adquisición se ha reducido á averiguar que los dogmas y misterios no son de esencia del Cristianismo; que la religión revelada, con sus augustas verdades y sublime moral, se halla contenida en esta sencilla máxima: «Sé bueno y obra el bien.»

¿Cómo? ¿Será posible satisfacer con hueca palabrería esa ardiente sed de conocer á Dios y á Jesucristo, que siente naturalmente nuestro corazón? ¿Podrán resolverse tan á poca costa los trascendentales problemas relativos á nuestro destino en este mundo, á la suerte de nuestra alma en el otro, etc., etc., que con tanta frecuencia se plantean en la conciencia de todo hombre?

No es extraño que las sectas protestantes experimenten á cada paso sensibles defecciones en las personas más caracterizadas por su ciencia ó su honradez natural. Poco después de Enrique VIII, los más afamados sabios del Protestantismo inglés negaban descaradamente la Divinidad de Jesucristo y se proclamaban públicamente deístas. Del Deísmo se deriva, como consecuencia natural, el Filosofismo francés del siglo XVIII, y más tarde el Racionalismo y Panteísmo de la moderna Alemania. Así lo reconocen los mismos escritores protestantes.

La *Quarterly Review* (Enero 1861, pág. 288) decía: «Los antiguos deístas ingleses fueron los padres del Ateísmo francés y de la incredulidad alemana.»

Y Mr. Vizitelli escribía en 1879:

«El Protestantismo prusiano ha ido gradualmente convirtiéndose en un puro Panteísmo ó Ateísmo. Estos son hoy los credos dominantes, no sólo en la capital alemana y en las grandes ciudades, sino hasta en los distritos rurales. Un diario de Berlín se queja amargamente porque el Protestantismo liberal ha borrado hasta el último rastro de respeto hacia Dios, y ha destruído completamente el Cristianismo. En Berlín se cuentan por muchos miles las personas que no tienen absolutamente nada de cristianos, sin contar á otros innumerables que no tienen de tales más que el nombre... (*Berlin under the New Empire*, vol. II, página 108.)

También al furibundo presbiteriano Mr. Laing inspiraba poco tranquilizadores presentimientos la situación religiosa de Alemania. «La cuestión religiosa de Alemania—escribe—no tiene más que una de dos soluciones: O se abraza al Catolicismo, con todos sus errores, supersticiones é idolatrías, ó se cae en la incre-

dulidad, con su torpe apatía, indiferencia y abandono de toda religión. La alternativa es terrible, y resulta por demás dificultoso determinar cuál de los dos partidos sea preferible para una nación culta. Puede afirmarse que las Iglesias luterana y calvinista no existen ya en Alemania y Suiza. La influencia de las ideas religiosas en la vida y costumbres del pueblo no se nota en parte alguna, si no es entre los adeptos de la Iglesia católica romana.» (*Notes on the German Catholic Church*, pág. 145.)

Por Octubre de 1880, escribía también la *Edinburgh Review*:

«El país que fué cuna del Protestantismo ha venido á ser su sepulcro. Tanto la lectura de las obras que actualmente se publican en Alemania, como la observación de lo que allí sucede, revelan por síntomas inequívocos la existencia de una gravísima enfermedad. Mientras entre las gentes instruidas se rechazan abiertamente las doctrinas todas protestantes, reina entre el pueblo sencillo la más glacial indiferencia por toda idea religiosa. Bajo el influjo de estas dos causas, positiva la una y la otra negativa, ha sucumbido la Iglesia levantada por los Luteros y los Melancthons.

«En parroquias contiguas de un mismo pueblo se ha observado más de una vez que la puerta del templo protestante está obstruida por las hierbas y maleza que con el ningún tránsito han nacido, al paso que los caminos que conducen al templo católico están concurridísimos de fieles y devotos.» (Págs. 530-539.)

Más recientemente, el 6 de Septiembre de 1894, el *Independent*, de Nueva York, publicaba un artículo interesante, intitulado «La nueva teología de Alemania.» Merece que copiemos la manera de empezar:

«La patria de Lutero es el centro de todas las tormentas que en la actualidad perturban el cielo de la Teología. Allí germinan todos los nuevos sistemas religiosos y teológicos, que trasplantados inmediatamente á otras naciones, arraigan ó no, según las diversas circunstancias del terreno.»

El articulista, que lo es el profesor Schodde, continúa hablando de la meditada reconstrucción del Cristianismo sobre nuevas bases, entre las cuales se cuenta el negar la inspiración de la Biblia, la divinidad de Jesucristo, su misión divina, sus milagros, etc. Todo esto es indicio manifiesto de que el Protestantismo de Alemania, como el de todo el mundo, no es, ni más ni menos, que puro Racionalismo, y no es necesario ser profeta para predecirle un funesto desenlace.

El Protestantismo, considerado como religión cristiana, con un cuerpo de verdades reveladas y un código de leyes morales impuestas por Cristo, está llamado á desaparecer por completo en plazo muy breve. Quizá muy pocos lustros basten para consumarse la total descomposición, que se encuentra ya muy adelantada.

En todos tiempos, pero principalmente en los nuestros, abandonan el campo protestante numerosas huestes de soldados desertores. De ellos, muchísimos, desgraciadamente los más, van á engrosar las filas del Racionalismo ó del Excepticismo. Otros muchos, entre los que figuran los más caracterizados por su posición social ó por sus cualidades personales, se alistán bajo las gloriosas banderas del Catolicismo. Todo el mundo ha oído hablar de las tendencias de aproximación á Roma que se notan en el Protestantismo inglés, iniciadas por los famosos «Tratadistas» de Oxford. En aquella ocasión perdió la Iglesia anglicana hombres tan ilustres como Newman, Manning; Welberforce, Ward, Faber, Dakeley, Allies, Formby, Dalgaírns, Lockhart, Coleridge, etc. También la Iglesia episcopal americana ha experimentado ruidosas decepciones en personas tan prominentes como Ives, Obispo protestante que fué de la Carolina del Norte; Bayley (1), Hewit (2), Walworth (3), Wadhams (4), Preston, Mc. Master (5), y cien otros no menos ilustres por su virtud que por su ciencia.

Para formarse una idea aproximada del gran número de conversiones al Catolicismo, realizadas en estos últimos tiempos, basta hojear un librito que tengo delante, intitulado *Converts to Rome during the XIX th Century*. (London. Swan Sonnenschein and C.^o) Más de 100 páginas de columna doble ocupa con sólo los nombres de los personajes más caracterizados que han abrazado el Catolicismo, sobre todo en Inglaterra. Allí figuran en grandísimo número, nobles, Doctores por Oxford y Cambridge, Oficiales

(1) Fué octavo Arzobispo de Baltimore.

(2) Fué segundo Superior general de la Congregación de los Paulistas.

(3) De distinguida familia neoyorquina, hijo del canceller Walworth y hermano del literato del mismo nombre, también convertido.

(4) Obispo de Ogdensburg.

(5) Literato conocido y director del periódico *Freeman's Journal*.

del Ejército y la Armada, científicos, literatos, escritores, etc. Por lo que toca á Alemania, hácese mención de 16 miembros de familia real, y de otros innumerables, tomados exclusivamente de las clases más altas.

El catálogo de los convertidos norteamericanos resulta muy deficiente, por lo que nos hemos decidido á hacer otro algo más completo, que si no contiene todos los nombres de nuestros conversos, para lo cual se requeriría un grueso volumen, basta al menos para dar una idea de los consoladores síntomas de aproximación á Roma que se notan entre nuestros compatriotas» (1).

(1) El autor, en efecto, hace, por vía de apéndice, una larga lista de 20 páginas á columna doble, con los nombres de los norteamericanos más conspicuos, convertidos últimamente al catolicismo. Aparecen allí 76 ministros protestantes, 84 oficiales del Ejército y Armada, entre los que figuran 28 generales, y así proporcionalmente de los diversos estados y profesiones. Nosotros, en vez de copiar este catálogo de nombres, los más de ellos desconocidos á la generalidad de nuestros lectores, preferimos copiar unas palabras del Cardenal Sancha, relativas al desarrollo del Catolicismo en las modernas naciones protestantes.

Dice, pues, el Emmo. Purpurado en su obra *El Kulturkampf Internacional*, cap. XX:

«Notables son también los progresos que el Catolicismo viene alcanzando en Inglaterra. Pasados los tiempos de la cruel intolerancia de Enrique VIII, y desechados los prejuicios que allí quedaron contra la Iglesia romana, el pueblo inglés muéstrase más propicio y dispuesto á cambiar de opinión y á no impedir que cada ciudadano se instruya en las verdades religiosas del culto á que pertenezca.

»El movimiento de Oxford suscitado por los tratadistas, que fueron los que se dedicaron de un modo especial á estudiar la Iglesia anglicana, y á compararla con los fundamentos y origen de la romana, dió por resultado la conversión de muchos fieles á la fe católica, y entre ellos los preclarísimos Purpurados Newman y Manning, los Obispos Witkison, Brownlow y Patterson, y los Pastores Spencer, Faber, Ward, Dalgains, Oakeley, Casswall Collins, Coleridge, Fabbot, Purbrik, con otros muchos cuya enumeración sería larga y difícil. Cuando hace pocos años estuvimos en Londres, oímos decir á una persona constituida en dignidad eclesiástica, que había cerca de dos mil *clergymen*, deseosos de ingresar en la Iglesia católica, y que no lo verificaban por falta de recursos.

¿Quiénes son, en cambio, los que abandonan la Iglesia romana para engrosar las filas protestantes?

No conozco ninguna lista algo extensa de estos miserables, pero creo que se podría hacer un trabajo curiosísimo y á la par interesante, publicando los nombres de estos prófugos, junto con algunos pormenores sobre sus vidas y sobre la fama de que gozaban en cada una de las dos Iglesias á que pertenecieron.

¿Y á qué hablar de los motivos tan diversos que mueven á unos á abrazar el Catolicismo y á los otros á abjurar de él? Es bien sabido que ningún interés humano mueve á los protestan-

»Desde el día en que se convierten, pierden toda la renta que antes percibieran.

»Con aprobación de nuestro Santísimo Padre León XIII hay abierta una suscripción á fin de atender á esta necesidad, pero no da lo bastante para llenar el fin expresado.

»Según datos estadísticos, son unos 12.000 los que anualmente se separan del cisma anglicano para ingresar en la Iglesia de Roma...

»De todos modos, es un hecho notorio é innegable que el Catolicismo se ha difundido en Inglaterra de una manera maravillosa. Cuenta hoy en todos sus dominios 28 Arzobispos católicos, 105 Obispos, 27 Vicarios Apostólicos y 11 Prefecturas. El número total de católicos se calcula actualmente en más de 12 millones. Entre ellos hay 32 Pares del Reino, 17 Lores, 55 Barones, 17 miembros del Consejo Privado del Rey y 72 Diputados en el Parlamento.»

Del capítulo XXV de la misma obra tomamos lo siguiente, relativo á los Estados Unidos:

«El primer Obispo de aquella Iglesia fué Mgr. John Carroll, que gobernó la diócesis de Baltimore, en la que había á la sazón unos 30.000 católicos, diseminados en medio de una población numerosa de protestantes. Desde aquella fecha, el progreso del Catolicismo, según un diario de aquel país, hasta el año 1879, es el siguiente: un Cardenal, 12 Arzobispos, 65 Obispos, 9.500 iglesias, 5.500 sacerdotes, 25 Seminarios de Teología, 1.130 seminaristas, 519 Academias, y cerca de 100 Colegios, con un número considerable de obras é instituciones de carácter benéfico y social. En la actualidad es notable el vuelo que allí ha tomado la vida católica; y según cálculo aproximado, hay ya 84 Obispos, 10.000 sacerdotes y 10.000.000 de católicos en una República que tendrá 75.000.000 de habitantes, de los cuales 25.000.000 no profesan religión alguna, y entre los 40 restantes se conocen cerca de 100 sectas diferentes.»

tes á cambiar de religión. Por el contrario, con frecuencia se ven obligados á superar gravísimas dificultades, y no rara vez á hacer heroicos sacrificios.

Motivos de carácter puramente espiritual, tales como el adquirir un conocimiento más perfecto de Dios, de sus misterios y de la religión cristiana, ó el realizar las aspiraciones del alma por una vida de mayor santidad y sacrificio, ó, en fin, adquirir las mayores seguridades posibles de la eterna salvación, tales y no otros son los móviles que de ordinario inducen á los protestantes á tomar esta resolución importantísima.

¿Son tan puros y levantados los motivos por que se guían los apóstatas de la Iglesia romana? Ni mucho menos. Las más de las veces, la apostasia es un lugar de refugio para los que son condenados por sus ideas pertinazmente erróneas, ó un paliativo con que se disfraza una vida desenfrenada.

Solía decir Swift con mucha agudeza: «Cada vez que el Papa limpia su jardín, arroja las malas hierbas á nuestro huerto.»

¡Y con qué demostraciones de gozo suelen recoger algunos cándidos estas malas hierbas, principalmente si pertenecen á la familia de clérigos ó frailes! Aunque ya van conociendo prácticamente, á costa de muchos desengaños, la clase de gente que suelen ser los que cuelgan los hábitos y reniegan de su fe primera. Oigamos algunos párrafos de una obra por demás curiosa y entretenida (*Four and a half years in the Italy Mission: a criticism of missionary methods*, por el Rev. Everet S. Stackpole):

«La costumbre de emplear en nuestras Misiones clérigos apóstatas viene resultando muy fatal, lo mismo en Méjico que en Sud-América... Por fin, nos ha sido necesario desentendernos de ellos. Los dos únicos que se han empleado en la Misión mejicana, no han hecho absolutamente nada por la causa. Los más de estos exclérigos tienen el *ex* por necesidad. Muchos son gente in-subordinada que ha reñido con sus Superiores, ó cometido alguna inmoralidad. Otros vienen en busca de dinero, ó á caza de algún matrimonio.

»Y de ordinario, ellos suelen tener buen cuidado de asegurar su porvenir antes de que, por escrúpulos de conciencia, se decidan á convertirse.

»En fin, que ninguno de estos clérigos apóstatas ha traído nada de bueno, antes, sí, mucho malo á nuestra causa...»

Refiere á continuación varios hechos de robos y cosas por el estilo que los celosos apóstoles convertidos han hecho á la Misión. Pero los dejaremos en obsequio á la brevedad.

Ciertamente, cuando la prensa heterodoxa celebra con tanto bombo la apostasia de algún exfraile renegado, se forma un po-brísimo concepto del carácter espiritual de la Iglesia que á tales hombres recibe en su seno con tantas demostraciones de júbilo. Por el contrario, el Catolicismo, al cortar estos miembros podridos de su cuerpo místico, lejos de perder lo más mínimo, da una brillante prueba de su santidad y exuberante vida.

¿Y cuál es el paradero que unos y otros convertidos tienen dentro de su nueva religión?

Los que abrazan el Protestantismo, ó se arrepienten luego del paso mal dado, y vuelven, cual hijos pródigos, al regazo de su abandonada madre, ó si, resistiendo á las especiales gracias con que Dios los llama, perseveran algunos en su apostasia, tienen de ordinario un fin funesto y desastroso.

En cambio, los que se convierten á la Iglesia romana, á pesar de ser en general personas graves y de tan distintos gustos é inclinaciones, todos ellos encuentran en la doctrina y en las prácticas del Catolicismo, la satisfacción de sus nobilísimas aspiraciones espirituales y la verdadera paz y tranquilidad del alma, que en vano buscarían en otra parte. Aquí hallan la eterna Verdad, la Bondad infinita y el Amor sin límites de un Dios; caracteres inequívocos que distinguen á la única Iglesia fundada por Jesucristo nuestro Redentor.

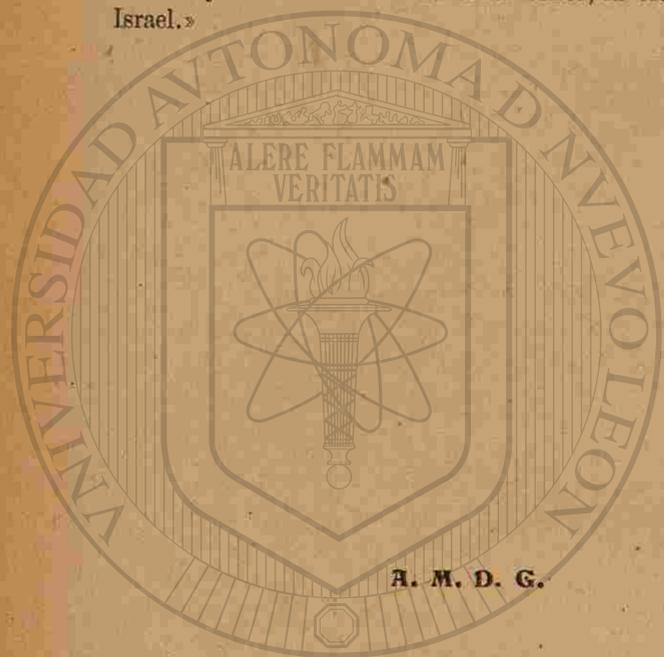
«Por todas partes se va á Roma,» dice un refrán. Y dice una gran verdad, si quiere dar á entender que todas las personas sinceramente deseosas de conseguir la satisfacción de las aspiraciones más puras y levantadas del alma vienen por último á parar en Roma.

Roma, en efecto, es como el centro de un gran círculo, el punto al cual convergen innumerables radios que parten de todas las direcciones posibles. En esta singular y misteriosa atracción que ejerce la Iglesia católica sobre personas de tan diversos gustos é inclinaciones, se cumple aquella profecía de nuestro Señor, en que dice de sí que «cuando fuese levantado en alto, esto es, conocido del mundo, traería hacia sí á todos los hombres.»

¡Oh! Si conociésemos la vida que hoy hacen entre nosotros muchos de los conversos del Protestantismo, ¡con cuánta verdad

podríamos aplicar á la Iglesia católica aquellas palabras del Profeta Isaías! (Cap. LX, vers. 14.)

«Y vendrán á ti encorvados los hijos de aquellos que te abatieron, y adorarán las huellas de tus pies todos los que te desacreditaban y te llamarán la ciudad del Señor, la Sión del Santo de Israel.»

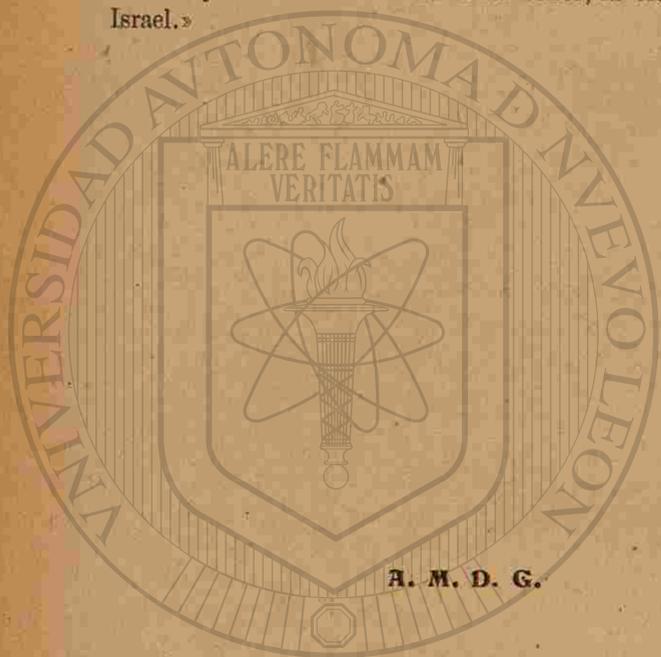


ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO.....	vii
CAPÍTULO I.—Idea de la verdadera civilización.....	1
II.—Civilización protestante en Inglaterra.....	5
III.—Civilización protestante en Irlanda y la India.....	15
IV.—Rápida ojeada por algunas naciones católicas de Europa.....	22
V.—Civilización católica en Méjico.....	34
VI.—Civilización de los pueblos bárbaros de Oceanía.....	40
VII.—Civilización de los indios americanos.....	45
VIII.—Misiones católicas y protestantes entre los gentiles de Asia y Africa.....	50
IX.—Finura de modales y suavidad de costumbres.....	54
X.—Felicidad popular.....	64
XI.—El Catolicismo y la libertad de los pueblos.....	77
XII.—El Protestantismo y la libertad.....	86
XIII.—La Iglesia y los Gobiernos civiles.....	104
XIV.—Instrucción popular.....	107
XV.—Educación superior.—Universidades.....	121
XVI.—Bibliotecas.....	133
XVII.—Pobreza y pauperismo.....	147
XVIII.—Emigración.....	166
XIX.—División de la propiedad agraria.....	171
XX.—La educación y la criminalidad.....	176
XXI.—Embriaguez.....	184
XXII.—Criminalidad general.....	188

podríamos aplicar á la Iglesia católica aquellas palabras del Profeta Isaías! (Cap. LX, vers. 14.)

«Y vendrán á ti encorvados los hijos de aquellos que te abatieron, y adorarán las huellas de tus pies todos los que te desacreditaban y te llamarán la ciudad del Señor, la Sión del Santo de Israel.»

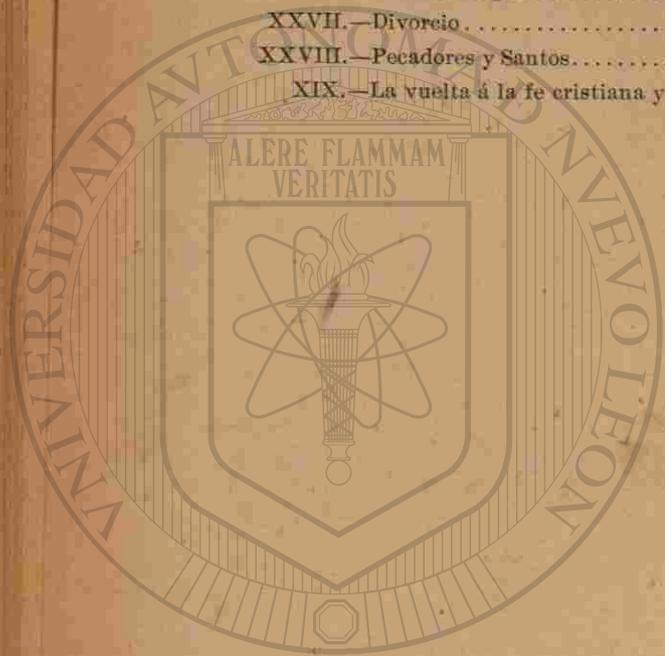


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO.....	vii
CAPÍTULO I.—Idea de la verdadera civilización.....	1
II.—Civilización protestante en Inglaterra.....	5
III.—Civilización protestante en Irlanda y la India.....	15
IV.—Rápida ojeada por algunas naciones católicas de Europa.....	22
V.—Civilización católica en Méjico.....	34
VI.—Civilización de los pueblos bárbaros de Oceanía.....	40
VII.—Civilización de los indios americanos.....	45
VIII.—Misiones católicas y protestantes entre los gentiles de Asia y Africa.....	50
IX.—Finura de modales y suavidad de costumbres.....	54
X.—Felicidad popular.....	64
XI.—El Catolicismo y la libertad de los pueblos.....	77
XII.—El Protestantismo y la libertad.....	86
XIII.—La Iglesia y los Gobiernos civiles.....	104
XIV.—Instrucción popular.....	107
XV.—Educación superior.—Universidades.....	121
XVI.—Bibliotecas.....	133
XVII.—Pobreza y pauperismo.....	147
XVIII.—Emigración.....	166
XIX.—División de la propiedad agraria.....	171
XX.—La educación y la criminalidad.....	176
XXI.—Embriaguez.....	184
XXII.—Criminalidad general.....	188

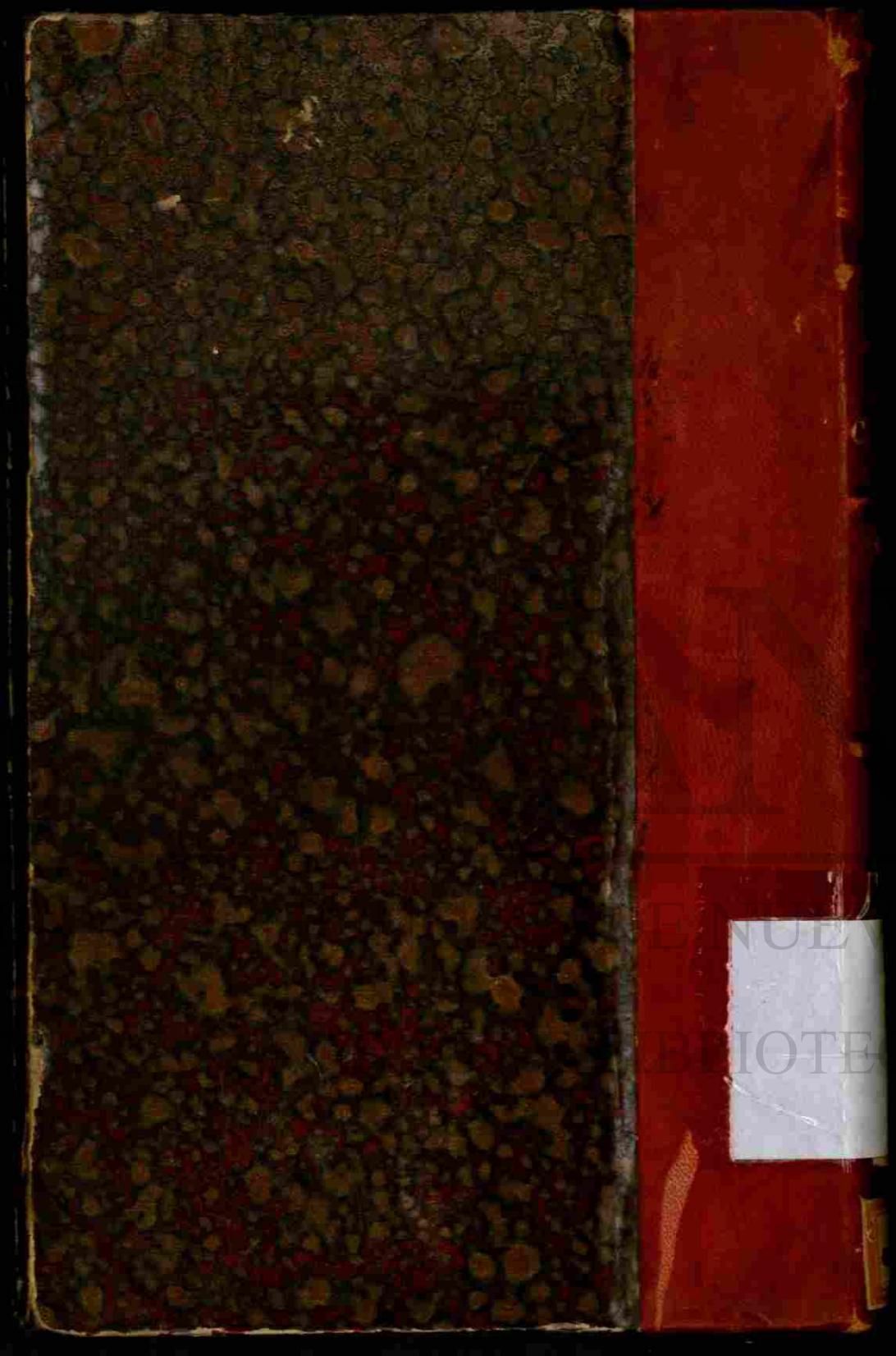
	Págs.
CAP. XXIII.—Infanticidio y feticidio.....	195
XXIV.—Suicidio.....	204
XXV.—Nacimientos ilegítimos.....	210
XXVI.—Moralidad general.....	224
XXVII.—Divorcio.....	232
XXVIII.—Pecadores y Santos.....	237
XIX.—La vuelta a la fe cristiana y a la unidad.....	241



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSITY
OF TORONTO
LIBRARY